
Chloe Santana
Todas las veces que saltamos al vacío
SUMA

Chloe Santana

Todas las veces que saltamos al vacío



Para aquellas personas que son un rayo de luz
en los momentos más oscuros de otras.
Para los amigos que te rescatan cuando te olvidas de creer en ti.
Y para quienes hacen de este mundo un lugar mejor y te
tienden la mano sin esperar nada a cambio

Amarse a uno mismo es el principio de una historia de amor eterna.

OSCAR WILDE

Lila

Hace dos años

Observé el escaparate repleto de flores. Ramos de margaritas, lirios, girasoles, azucenas, calas, narcisos y tulipanes. Era un paraíso de tonos vívidos que se llamaba El Jardín del Edén. Lo había fundado mi bisabuelo materno. De él lo había heredado mi abuelo y ahora lo regentaban mis padres. Presidía la entrada una bicicleta azul con una cesta de mimbre llena de paniculatas, rosas y cardos silvestres que solía atraer la atención de los turistas, que se tomaban fotos y bloqueaban la puerta de la floristería. Mi madre se quejaba, pero seguía colocando la bici en el mismo lugar desde hacía más de veinte años. Decía que cambiar las tradiciones era traicionar al pasado.

En el interior flotaba un aroma delicioso. De pequeña me gustaba esconderme tras las macetas de ficus para asustar a Lucas. Él siempre fingía que no me había visto y se llevaba la mano al pecho mientras exclamaba: «¡Lila, por poco me matas!». Yo me partía de risa, cogía una galleta de chocolate de la bandeja que había sobre el mostrador y salía disparada hacia el almacén para saludar a mi padre, que tenía la cabeza enterrada en un libro de contabilidad. Me sentía inmensamente feliz, pero, como suele ocurrir, no tenía ni idea de lo afortunada que era hasta que mi vida cambió.

Me quedé paralizada ante el escaparate. Había un cartel colgado en la puerta que rezaba VUELVO DENTRO DE DIEZ MINUTOS. Seguro que mis padres estarían ocupados peleándose con la página web; el siglo XXI los había obligado a ceder y ahora el negocio familiar sobrevivía gracias a los pedidos online, aunque no terminaban de acostumbrarse.

Era el momento de cruzar la floristería y subir las escaleras que daban acceso a nuestra casa. Me resultaba más sencillo ignorarlos porque así me ahorraba sus reproches, pero, durante unos segundos, permanecí inmóvil y rota por el dolor. Y entonces me pregunté: «¿La tristeza tiene fecha de caducidad?».

Sentí un nudo en la garganta cuando abrí la puerta. El hogar deja de ser acogedor cuando la ausencia de un ser querido pesa demasiado. Evité mirar a mi alrededor porque así se me antojaba más fácil fingir que nada había cambiado. Subí los escalones a toda prisa y me encerré en mi habitación. Odiaba la tienda, los recuerdos y mi vida, pero

sobre todo el seguir adelante porque me parecía muy injusto.

¿Cómo hacía la gente para sobreponerse a una tragedia?

«Resiliencia», la capacidad de adaptarse a las situaciones adversas. El psicólogo me había hablado de ello, pero yo no quería oír ni una palabra al respecto. Porque adaptarse significaba olvidar; y, si olvidaba, entonces admitía que era capaz de pasar página sin toda la culpa que merecía.

Me tumbé bocarriba en la cama y clavé la mirada en el techo. Estaba repleto de estrellas fluorescentes que iluminaban la habitación al caer la noche. Cuando tenía siete años y un pánico atroz a la oscuridad, Lucas se subió a una escalera y durante dos horas colocó aquellas pegatinas en el techo. Ya había superado el miedo a la oscuridad, pero cuando miraba las estrellas me acordaba de él. Me invadía la horrible sensación de que algún día me olvidaría de su rostro y lo único que me quedaría para recordarlo serían las fotografías. Un temblor se apoderó de mi cuerpo. Conté hasta diez. Luego hasta veinte. Puse la mano derecha sobre mi vientre, la izquierda sobre mi pecho y respiré profundo como me habían explicado en terapia. Entonces, alguien llamó a la puerta con suavidad. Era mi madre. Había que reconocer que tenía muchísimo mérito. A pesar de mi actitud, jamás se rendía conmigo. Pese a todo lo que habíamos sufrido, no me daba por perdida. Y yo no sabía cómo sentirme al respecto porque no me la merecía.

—Me ha llamado tu profesor —comenzó con cautela—. Dice que no te has presentado al examen de ingreso. Nos prometiste que este año retomarías las clases. ¿Cuándo pensabas contárnoslo?

«Nunca».

Mi madre se sentó en el borde de la cama. Lo único que teníamos en común era el cabello pelirrojo. Por lo demás, ella era más fuerte y persistente que yo. En aquel instante me sentí brutalmente incomprendida. No sabía cómo explicarle que era incapaz de hacer algo que antes significaba todo para mí. Me ponía enferma solo de pensar en que debía sentarme al piano. La primera vez que intenté tocarlo de nuevo me mareé de la impresión y hui llorando del conservatorio. Habían pasado once meses de mi supuesto año sabático. Me tumbé de lado y me dolió ver la decepción en sus ojos, pero desconocía qué otra cosa hacer. Había perdido la ilusión por todo y me parecía ridículo fingir que tenía ganas de emprender algo de provecho en mi vida.

—Estás tirando tu futuro por la borda, Lila.

—Me da igual.

—Para todos está siendo muy difícil. —Alargó el brazo y me apretó la mano—. ¿De verdad quieres esto? Tienes muchísimo talento.

Me encogí de hombros y le di la espalda. No me cabía ninguna duda

de que para todos resultaba muy complicado. Por la noche oía llorar a mi madre mientras mi padre trataba de consolarla, lo cual hacía que me sintiera peor conmigo misma. Pero había algo con lo que ellos no debían lidiar: la culpabilidad. Porque, aunque nadie me lo echara en cara, todos sabían que aquello había sido culpa mía.

—Sé que has cortado con Hugo —dijo de repente, y me sobresalté al escuchar el nombre de mi exnovio—. Deberías llamarlo.

—Él ha roto conmigo —le expliqué dolida.

Guardó silencio. Hacía seis días que Hugo me había dejado. No se lo había contado a nadie, aunque estaba convencida de que Jimena, mi mejor amiga y la hermana de mi ex, le había ido con el cuento a mi madre. No derramé ni una lágrima, lo que no significaba que no me sintiera como una mierda, pero durante el último año había llorado tanto que estaba vacía. Me dolía mirarme en el espejo y ver que no quedaba nada de la chica alegre y optimista por la que todos me tenían. Hugo no había permanecido a mi lado. En el fondo, debía reconocerle cierto mérito, ya que yo había idealizado el amor hasta que él me demostró que solo es una ilusión que se desvanece cuando llega la tormenta. O quizá es algo más sencillo y somos las personas quienes lo complicamos al cargar sobre la pareja nuestra maleta de carencias. Qué se yo.

Mi madre pareció leerme la mente y dijo:

—Hugo te quiere. Todos te queremos. Pero es imposible estar con una persona que te aleja.

Me acarició la espalda y me mordí la lengua. Sé que solo intentaba hacerme recapacitar, pero estaba tan hundida que no veía más allá de mi propio dolor. Por eso respiré aliviada cuando se marchó. Permanecí tumbada en la cama durante varias horas, sin saber qué haría con mi vida y sin que tampoco me importara. Y, cuando creí que estaba a punto de volverme loca, me senté en la silla del escritorio. Contemplé una foto en la que aparecía abrazada a Lucas. Mi padre nos la había hecho en el parque de atracciones. Aunque teníamos la misma edad, él siempre fue más maduro que yo. Acaricié su rostro por encima del cristal. Dios, cuánto lo echaba de menos. Su ausencia me pesaba demasiado. Me sentía como si él se hubiera llevado una parte de mí que me impedía volver a ser yo misma. ¿Me acostumbraría algún día a vivir con su recuerdo? Mi madre tenía razón, apartaba a todo el mundo de mi lado porque solo deseaba hablar con la única persona con la que no podía hacerlo. Movida por un impulso, cogí una libreta vacía y comencé a volcar mis sentimientos en el papel. No sé por qué lo hice, pero aquella fue la primera de un montón de cartas. Y resultó catártico.

Querido Lucas:

Es increíble lo mucho que te puede cambiar la vida en un instante. Hasta aquel momento, no fui consciente. Un pestañeo. Una mala decisión. Un solo segundo y todo lo que tienes se viene abajo. Así de sencillo.

Pero tú lo sabes mejor que nadie.

Sé que vas a echarme la bronca porque odias que me compadezca de mí misma. «No sirve de nada», dirás. «¿Qué ganas con hacerte la víctima?», añadirás, y luego pondrás los ojos en blanco porque he agotado tu paciencia. Recuerdo el día que me rompí el brazo y estuve una semana protestando porque no podía ir a la piscina con mis amigos. Tú me dijiste: «La autocompasión es el peor enemigo de una persona, ya que la mantiene tan ocupada quejándose por sus circunstancias que no mueve ni un dedo para cambiarlas». Y luego me animaste a apuntarme a aquel curso de italiano para hacer algo de provecho durante el verano. Lo pasé genial, hice buenos amigos y me di mi primer beso con un compañero de clase. Así que ahora no sé qué puedo decir en mi defensa porque paso la mayor parte del tiempo compadeciéndome de mí misma. Sí, yo tampoco estoy orgullosa de la persona en la que me he convertido. Vivo por inercia y soy algo parecido a un robot. Porque si algo he aprendido en este último año es que hay una gran diferencia entre vivir y sobrevivir. Lo primero consiste en saborear cada momento, y yo ya no siento nada. He llegado a la conclusión de que las circunstancias nos definen, puesto que tenía un sueño y una vida que me gustaban, pero todo se truncó aquel día. A lo mejor podría hacer algo más, no lo sé. Jimena no deja de insistir para que vuelva a terapia. He cortado con Hugo, por cierto. Puntualizo, él ha roto conmigo. Sé que no te gustaba, así que la noticia quizá te alegre.

Durante mucho tiempo he intentado reconciliarme con mi dolor. Te lo prometo. Pero cuando el dolor va acompañado de culpa es muy complicado pasar página. Y, en el fondo, los dos sabemos que yo no quiero cerrar este capítulo. Uno de los psicólogos que me atendió —podría escribir un libro sobre el tema— me dijo que el destino es caprichoso y no debemos buscar una razón para lo que se escapa a nuestro control. Aunque la busco. Una y otra vez me pregunto: «¿Qué habría sucedido si…?», y las posibilidades son tan maravillosas que me niego a vivir en un mundo en el que se cometen injusticias. ¿Por qué sigo aquí? Lo sabes de sobra, mis padres me necesitan. Es penoso tener la sensación de que sobras y al mismo tiempo ser consciente de que le haces falta a mucha gente, ¿no te parece?

Lo siento, Lucas. Sé que disculparme no cambiará nada, pero necesito que lo sepas. Lo siento de corazón. Cada día. Cada minuto. Cada segundo que me faltas. No sabía que aquella mala decisión me perseguiría durante el resto de mi vida. No sabía que echaría de menos discutir contigo por no ponernos de acuerdo sobre qué película ver en el cine. No sabía que echarte de menos me dolería en el alma.

Te quiero.

LILA

Fragmento de la revista *¡Escándalo!*

Gabi Luna vuelve a liarla parda en Twitter

Gabriella Luna, vocalista de Yūgen, ha vuelto a hacer de las suyas en Twitter. Hay que reconocer que no nos aburrimos con ella. ¡Dios bendiga las redes sociales! Todo comenzó con un *trending topic* dedicado a la cantante en el que sus fans la criticaban por una entrevista. El titular era: «Estoy harta de ser famosa». Enseguida, los tuiteros comenzaron a recriminar a la artista su falta de humildad. A las pocas horas, la vocalista de Yūgen salió a defenderse:

> @GabiLunaYūgen: Se me está juzgando por unas palabras sacadas de contexto. En la entrevista expliqué que a veces estoy harta de ser famosa porque es agotador que te sigan a todas partes las veinticuatro horas del día. Todos los que me criticáis ni siquiera os habéis tomado la molestia de leerla. ¿Y os extraña que esté hasta las narices de vosotros? Que os den.

Las críticas no se hicieron de rogar. Algunos seguidores de la artista están cansados de su actitud altiva. Gabi Luna tiene fama de ser una estrella difícil y poco amable con sus fans. Varios le recordaron que de no ser por ellos no habría llegado a lo más alto ni viviría de la música. Y entonces se hizo viral un hilo de Twitter en el que ciertos fans de la artista contaban experiencias vividas con ella.

> @malena27: Estuve en el *meet and greet* de Barcelona. Se portó como una diva y apenas charló un minuto con nosotros antes de largarse. Doscientos euros tirados a la basura. #AsíNoGabiLuna.
>
> @josedelnoventaydos: ¿A alguien le extraña su actitud? Siempre ha sido una sobrada. Mi prima fue con ella al instituto y dice que era insoportable. #AsíNoGabiLuna.
>
> @Yūgen4EverPol: Me encanta su grupo, pero es una antipática. La conocí en un restaurante, le pedí una foto y me dijo que la estaba molestando en mitad de su almuerzo. Has perdido una fan. #AsíNoGabiLuna.

¿Una diva insoportable? ¿Una sobrada? Está claro que a Gabriella Luna no le gustan las críticas. La madrugada del viernes, después de que se hiciera viral el *hashtag* #BoicotAGabiLuna, en el que algunos tuiteros llamaban a los fans a no asistir a la gira de la banda, Gabi Luna estalló en Twitter:

> @GabiLunaYūgen: Me importáis una mierda. Yo hago música. Todo lo demás me resbala. Vosotros me resbaláis. 😉

No sabemos cómo se habrán tomado sus palabras los demás integrantes de Yūgen, pero las entradas para el próximo concierto de Madrid, que el año pasado se agotaron en menos de veinticuatro horas, todavía siguen a la venta y

su último videoclip no está teniendo tantas visualizaciones como el anterior. Parece que el boicot a Yūgen es real. ¿Pasará factura a la banda que su vocalista no sepa mantener la boca cerrada?

Axel

Hace tres meses

—No pares…

Le mordí el cuello y me hundí en ella. Sabía cómo debía tocarla. Sabía que le gustaba que enredara una mano en su pelo mientras le susurraba un puñado de palabras sucias al oído. Era la décima vez que nos acostábamos. La mayoría de la gente sobrevalora la primera vez. Mi amigo Pol es de los que dicen que no ha nacido en un mundo de más de siete mil millones de personas para follar con la misma chica, pero tengo algo que decir al respecto: cuando repites con la misma persona, aprendes lo que le excita y lo que no. Porque el sexo es confianza, y la confianza se consigue con el paso del tiempo.

Sería incapaz de disfrutar si siento que la mujer que está conmigo no se divierte tanto como yo. Por eso me entregué por completo cuando sospeché que Amber estaba a punto de llegar al orgasmo. Clavó las uñas en el colchón, arqueó la espalda y me dedicó una mirada traviesa antes de morderse el labio.

—Axel…

Tardé pocos segundos en correrme después de que ella gimiera de placer. Me desplomé sobre su cuerpo y me eché a un lado para no aplastarla. Los dos respirábamos con dificultad. Me acarició la espalda y murmuró algo que no llegué a entender. No estaba acostumbrado a las muestras de cariño, por eso me puse tenso cuando se acurrucó a mi lado. Apartarla sería una falta de respeto después de la intimidad que acabábamos de compartir, pero no me sentía cómodo. Por eso me levanté con la excusa de quitarme el preservativo y me encerré en el baño. Si empecé a acostarme con ella fue porque sabía de sobra que los dos buscábamos lo mismo. Cuando regresé a la habitación, Amber estaba asomada a la ventana mientras fumaba un cigarro. Noté un gran alivio y me senté en la cama, agotado.

—¿Te importa que fume? —preguntó.

—Qué va —mentí.

Me molestaba el humo del tabaco, pero no podía quejarme porque estábamos en su casa. Aquello había empezado como la mayoría de mis relaciones, dando ella el primer paso. Amber me invitó a su piso después de una larga jornada de trabajo en el estudio de grabación.

Ambos sabíamos por qué acepté la invitación. Desde entonces, cada vez que venía a Madrid terminaba en su cama. Era un acuerdo muy placentero porque los dos queríamos pasarlo bien, pero desde la semana pasada sentía que algo había cambiado entre nosotros.

¿Y si ella buscaba algo más? Y la pregunta del millón: ¿quería yo algo más?

Amber era preciosa y teníamos química sexual. Era rubia, simpática y no me agobiaba a llamadas. La había conocido hacía seis meses porque era la nueva recepcionista del estudio de grabación al que iba con el grupo. Me lanzó bastantes indirectas, pero por aquel entonces estaba conociendo a Anne. La cosa no salió bien. Por alguna razón, mis relaciones terminaban antes de empezar. De repente, perdía el interés o me daba cuenta de que era muy injusto salir con una chica de la que no estaba enamorado.

No era el típico tío que iba a una discoteca y tenía facilidad para ligar. Eso se lo dejaba a Pol. Se me daba fatal conocer gente nueva y, para ser sincero, tampoco le ponía mucho empeño. Iba a mi puta bola y me encantaba estar solo. Sería muy fácil acostarme con alguna fan de la banda, pero lo tenía absolutamente descartado. En el sexo buscaba igualdad y no a una chiquilla que me idolatrara y cometiera locuras por mí. Por eso, Amber había resultado ser perfecta. Los dos queríamos lo mismo, sexo sin ataduras hasta que alguno se cansara y cortara la relación. No habría dramas absurdos. Era el acuerdo entre dos personas adultas y sexualmente activas.

Pero ahora sospechaba que Amber había cambiado de opinión. Yo, por el contrario, no lo tenía del todo claro. Me gustaba, sí, aunque me daba la impresión de que el amor era algo más. O, por lo menos, quería pensar que era algo más profundo que echar un polvo e intercambiar un puñado de mensajes guarros en WhatsApp.

Cuando alcancé la fama con mi grupo, comprendí que era difícil encontrar el amor en un mundo donde la mayoría de las chicas que conocía siempre me hacían la pelota. No quería una mujer que me rindiera devoción porque era el bajista de un grupo de rock, sino alguien que estuviera a mi lado porque se hubiera tomado la molestia de conocerme. Había intentado enamorarme, pero tenía la impresión de que el amor no se buscaba, sino que era algo tan imprevisible como ser alcanzado por una flecha. A veces sentía un pellizco de envidia cuando observaba a Leo con Nura. Sin embargo, no había encontrado aún a esa chica que me rompiera los esquemas; que me hiciera aspirar a algo más que a una relación de sexo sin compromiso. Sabía que ella estaba en algún lado. En el fondo lo creo porque siempre he sido un romántico. Pero, mientras tanto, no pensaba esperar al amor de mi vida matándome a pajas.

Amber le dio la última calada al cigarro y regresó a la cama. Si me

hubiera levantado en ese momento, habría quedado fatal. Así que me limité a permanecer sentado cuando ella apoyó la cabeza en mi hombro. Me acarició el torso con un dedo y se me puso dura. La nuestra no era una relación romántica o exclusiva, pero teníamos buen sexo. De ese que se vuelve adictivo y descontrolado; el de dos personas con muchas ganas del otro.

—¿Alguna vez has pensado en hacer de esto algo más serio? —preguntó Amber.

Levantó la cabeza y me miró a los ojos sin pestañear. Me estaba evaluando. Yo tenía un nudo en la garganta porque no quería herir sus sentimientos.

—No lo sé.

—Yo sí. —Dibujó círculos con el dedo índice sobre mi pecho—. Ya sé que eres un tío bastante cauto. No eres de los que toman decisiones precipitadas. Pero nos llevamos bien y funcionamos de miedo en la cama. ¿Por qué no?

—No lo sé —repetí, porque no sabía qué otra cosa contestar. No quería hacerle daño, no era la clase de cretino que le decía todo lo que quería oír para seguir acostándome con ella.

—Piénsalo. No me voy a poner en plan pesada. Me va bien lo que tenemos. Por ahora. Pero, si algún día quieres dar ese paso, ya sabes cuál será mi respuesta.

El arrojo de Amber casi siempre me abrumaba. No era una chica que se anduviera por las ramas. Tenía veinticuatro años, uno más que yo, aunque era una persona con las ideas muy claras, y me estaba diciendo que quería apostar por lo nuestro.

¿Y yo? ¿Quería iniciar una relación con Amber y ver qué nos deparaba el futuro?

Me desperté sobresaltado. Tenía cuatro llamadas perdidas de Leo y tropecientos wasaps de Pol. Cuando viajaba a Madrid, siempre me alojaba en el mismo hotel que los chicos. En cambio, aquella noche una cosa llevó a la otra y al final acabé rendido en la cama de Amber. Sabía que algo iba mal antes de coger el móvil.

Pol

La princesa la ha liado. Tenemos reunión con los de la discográfica. Viene el jefazo y está furioso. Quiere que estemos todos.

Te estamos esperando. ¿Dónde cojones te has metido?

Me vestí a toda prisa. Amber seguía dormida y le dejé una nota para no despertarla. Con aquello de «la princesa la ha liado», Pol se refería a Gabi. No tenía ni idea de lo que había sucedido, pero supuse que era

algo malo si el director de la discográfica quería vernos. Y, si la protagonista era Gabi, me podía esperar cualquier cosa. Era la vocalista de nuestro grupo y la veía como a una hermana pequeña, aunque tenía la habilidad de meterse constantemente en líos y de dar titulares a la prensa. Joder, parecía que lo hacía a propósito.

Intenté parar un taxi en la calle. Estaba en el extrarradio y a aquella hora del día había poco tráfico. Busqué un Uber, pero tardaba más de quince minutos en llegar y mis amigos me seguían acribillando a mensajes. Me estaba poniendo de los nervios cuando un taxi aparcó en la acera de enfrente. Crucé a toda prisa y abrí la puerta del pasajero. Estaba a punto de subirme cuando alguien me tocó el hombro.

—Es mi taxi. Lo he parado primero.

Era una chica pelirroja y menuda que me llegaba por los hombros. El taxista asomó la cabeza por la ventanilla y nos miró con gesto inquisitivo. Ella no me reconoció, pero tampoco me extrañó porque soy el rostro menos popular del grupo. Seguro que la cosa habría cambiado de tratarse de Gabi o Pol.

—Podemos compartirlo —sugerí esperanzado—. Llego tarde y es una urgencia.

Entornó los ojos. No parecía del todo convencida. Tenía el pelo rizado y de un tono anaranjado que no le hacía pasar desapercibida, los ojos azules y almendrados y el rostro pecoso. Su aspecto era adorable e infantil. Quizá podía persuadirla.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—Al hotel Four Sesons.

Resopló y se cruzó de brazos. El aspecto adorable se esfumó y se convirtió en una pitufa pelirroja y malhumorada.

—De eso nada. Voy a la otra punta de la ciudad. Tardaría más de cuarenta minutos en llegar si te deja a ti primero.

—¿Os ponéis de acuerdo? —preguntó el taxista, que estaba empezando a perder la paciencia.

—Sí, el grandullón se va a buscar otro taxi.

«Grandullón».

Puse mala cara porque me había tocado la pelirroja más antipática de España. Estaba decidida a subirse al taxi mientras a mí no paraba de vibrarme el móvil en el bolsillo. No sabía de qué iba la reunión, pero tenía pinta de ser algo muy gordo. No quería hacer esperar al jefazo de la discográfica, que tenía fama de ser un tipo muy desagradable. Por eso me armé de valor y me monté en el coche. Al principio, la chica se quedó paralizada por el estupor. Luego me dedicó una mirada afilada y enrojeció de rabia. Levanté los brazos en señal de paz.

—Lo siento, pero tengo muchísima prisa —me disculpé avergonzado porque era la primera vez en mi vida que le robaba el taxi a otra

persona.

—¡Estarás de broma! —exclamó alterada—. ¡Es mi taxi! ¡Lo he parado!

—Chaval, no quiero problemas —murmuró incómodo el taxista.

—Le pagaré el doble —dije, y eso pareció aplacarlo. La pelirroja, por el contrario, me atravesó con la mirada. Me metí la mano en el bolsillo para coger un billete de cincuenta euros—. Disculpa las molestias. Tu viaje corre de mi cuenta.

Se sobresaltó como si hubiera acabado de insultarla.

—No pienso aceptar tu dinero, gilipollas.

—No hace falta que me insultes —respondí malhumorado—. Nos puede llevar a ambos. Te estoy pagando el viaje para agradecerte el detalle.

—¡No pienso subirme a ese coche contigo! —gritó, y comenzó a golpear la ventanilla del conductor—. Eh, te exijo que bajes a ese energúmeno de tu taxi. ¿Los taxistas no tenéis un código ético? ¡Abre la puerta!

El hombre respiró profundamente y arrancó el coche. Luego me miró por el espejo retrovisor.

—Te llevo si me pagas el triple.

—Hecho —respondí sin dudar.

Cerré la puerta ante la mirada atónita de la pelirroja. Estaba a punto de bajar la ventanilla para disculparme de nuevo cuando me enseñó el dedo corazón. Fruncí el ceño y le leí los labios: «Capullo». El taxi se alejó a toda prisa mientras la expresión enfurecida de la chica me perseguía hasta que el coche dobló la esquina. Entonces respiré aliviado.

Me recibió el caos cuando entré en la suite del hotel. Leo, Pol y Gabi discutían de manera acalorada, mientras que Andrés, nuestro mánager y padre de Leo y Gabi, intentaba mediar sin éxito entre ellos. Debí de hacer algún ruido porque los cuatro se volvieron hacia mí. Gabi estuvo encantada de dejar de ser el centro de atención y se tumbó en el sofá de dos plazas. Luego cogió su móvil y Leo se lo arrebató de las manos.

—De eso nada —dijo, y se guardó el teléfono en el bolsillo pese a las protestas de su hermana pequeña—. Ya has hecho suficiente. ¿Dónde te habías metido?

Eso iba por mí.

—Estaba pasándoselo bien con Patri —respondió Pol con tono jocoso mientras me guiñaba un ojo—. Bien por ti. Divirtiéndote mientras a nosotros nos cae la bronca del siglo. De haber podido, yo habría hecho exactamente lo mismo que tú.

—No sabía que teníamos reunión —me defendí—. Y se llama Amber.

—No estaríamos aquí de no ser por la princesa del pop.

Pol señaló a Gabi y ella resopló.

—No es para tanto.

—Eso será tu opinión —le recriminó Leo—. Nos acaba de caer una buena por tu culpa. Te lo has perdido, Axel. Ayer salieron a la venta las entradas de la gira y los de la discográfica piensan que nos vamos a comer una mierda. Están furiosos.

Me estaba mareando. No entendía nada. Nuestras entradas siempre se agotaban en cuestión de minutos. Clavé la mirada en Gabi porque estaba convencido de que era la culpable de la situación.

—¿Qué has hecho? —le pregunté.

Puso los ojos en blanco.

—¡Nada! Defenderme de un puñado de imbéciles. ¿En este país no existe la libertad de expresión? Pensaba que vivíamos en un estado democrático.

—Si esto fuera una democracia, todos votaríamos para echarte del grupo —respondió Pol.

—¿Y qué haríais sin mí? —replicó ella sacando pecho—. ¡Soy la esencia de Yūgen!

—No eres Céline Dion, guapa.

—Lo sé. Tengo menos nariz y soy más joven.

—En el fondo eres una egocéntrica llena de complejos.

—Mira quién fue a hablar. Tocar la batería no es tan difícil. Te pareces al mono que choca los platillos y vive en el cerebro de Homer Simpson.

—Y tú te pareces a…

Leo y yo pusimos cara de circunstancia. Lo de que aquellos dos se llevaran a matar no era algo nuevo. Se hacían la vida imposible desde que tenían diez años. Estuvieron discutiendo durante un buen rato hasta que Andrés se dignó a intervenir. Entonces Leo me enseñó el perfil de Twitter de Gabi y me hizo un breve resumen de la situación. Varios directivos de la discográfica se habían marchado hacía cinco minutos, justo después de advertirles que tomarían una drástica decisión al respecto.

—¿Nos van a rescindir el contrato? —pregunté asustado.

—De eso nada —me tranquilizó Andrés dándome una palmadita en la espalda—. Están preocupados porque sois su gallina de los huevos de oro. No son tontos. Saben que sois un caballo ganador. Pero no pueden dejarlo pasar y quieren tomar alguna medida para que la reputación del grupo no se vea perjudicada. Eso es todo. Dentro de un par de meses nadie se acordará del tema. Así que no vuelvas a utilizar Twitter, Gabriella.

—¿Lo has oído, Britney Spears? —le dijo Pol—. Tus tonterías nos afectan a todos. Por tu culpa nuestro *community manager* no gana para disgustos y va a pedir un aumento de sueldo.

—¡Habló el que nunca comete un fallo! —exclamó Gabi y lo señaló con un dedo—. Seis palabras: concierto de Madrid del año pasado.

Pol apenas se inmutó, aunque sabía que en el fondo le dolía recordar aquel espectáculo tan bochornoso. Casi nunca hablábamos del tema, pero todos sabíamos que tenía un problema que intentaba ocultar bajo su actitud despreocupada.

—¿Podéis dejar de echaros mierda el uno al otro? —les pidió Leo—. Ni que tuvierais diez años.

—Ha empezado él —musitó Gabi.

En ese momento, a Andrés le sonó el móvil. Todos permanecimos en silencio mientras nuestro mánager mantenía una breve y tensa conversación con algún pez gordo de la discográfica. Luego colgó y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Todo solucionado.

—¿En serio? —preguntó extrañado Leo—. ¿No han puesto ninguna condición?

—Han redactado un comunicado para que Gabi lo publique en sus redes sociales.

—¡No quiero disculparme! —exclamó furiosa—. Dije todo lo que sentía. No me arrepiento ni de una sola coma.

—Y hay algo más. —Su padre la ignoró—. Os vais de vacaciones.

A Pol se le iluminó la expresión.

—¡Toma ya! —exclamó como si le hubiera tocado la lotería—. ¡Nos merecemos un descanso! ¿A dónde vamos? Siempre he querido conocer La Habana.

—La pregunta no es a dónde, sino con quién. Porque no vais solos. Tres fans tendrán la oportunidad de viajar con vosotros para conoceros en persona. Pasarán unas vacaciones de ensueño con sus ídolos y vosotros les demostraréis lo cercanos y humildes que sois. —Ante nuestros rostros de estupefacción, Andrés añadió con ironía—: Sí, es una estrategia de la discográfica para vender más entradas y limpiar vuestra reputación.

Gabi puso mala cara. Pol se encogió de hombros. Leo dijo que no era justo. Y yo, en fin, me hice a la idea de que pasaría mis vacaciones con un puñado de fans gritonas y pesadas con las que tendría que hacerme el simpático por el bien común.

Comunicado del perfil oficial de Yūgen en Instagram

¿Quieres pasar unas vacaciones de ensueño en Maldivas con Leo, Gabi, Pol y Axel?

Playas de arena blanca, aguas turquesas y arrecifes de coral. No estás soñando, ahora tienes la posibilidad de tumbarte bajo la sombra de una palmera, beber agua de coco y ser la mejor amiga de Gabi Luna. ¿Alguna vez has deseado irte de vacaciones con tus ídolos? Yūgen te da la oportunidad de vivir diez días en una paradisiaca isla privada de Maldivas. Tomarás el sol, bucearás con tiburones y surcarás el mar en moto de agua. ¿Qué te parece un crucero por el océano Índico? ¿O tal vez contemplar la puesta de sol en una cala desierta? Vivirás esta experiencia acompañado de tus dos mejores amigos y te llevarás un recuerdo inolvidable. ¡No dejes pasar esta oportunidad![1]

1

Lila

¿Hay algo peor que tener la impresión de que estás desperdiciando tu vida? Sí, ser consciente de que la estás tirando por la borda y no hacer nada para remediarlo.

Supongo que todos tenemos bajones de vez en cuando. Pero hay una gran diferencia entre tener altibajos puntuales y vivir estancada en una depresión que te impide levantar la cabeza.

Rocío la barra del bar con espray desengrasante y paso la bayeta por encima. Tengo veintiún años, trabajo de lunes a sábado por las mañanas en la cafetería, mientras que por las tardes ayudo a mis padres con los pedidos online de la floristería porque de lo contrario se volverían locos. Me gusta estar ocupada, aunque, para ser sincera, esta no era la vida que esperaba llevar a esta edad.

«Tampoco está tan mal».

En realidad, no me gusta mi trabajo, pero de algo tengo que vivir. Y tampoco me apasiona arrimar el hombro en el negocio familiar, pero no puedo dejarlos tirados. Eso es todo. Bienvenido a mi mundo. Me llamo Lila y una monja de clausura tiene más vida social que yo.

Pedro, mi jefe, me quita la bayeta cuando estoy sacándole brillo a la encimera. Para él soy un caso perdido. Rectifico. Para todos los que me conocen soy un caso perdido. Solo me contrató porque mi amiga Jimena, su sobrina, lo convenció. Acordamos que sería un trabajo temporal hasta que supiera qué quería hacer con mi vida, pero tres años después sigo aquí.

—Tu turno terminó hace diez minutos, Lila —dice, y me mira con una lástima que resulta casi humillante—. Es sábado. ¿Por qué no te vas con tus amigos y haces lo que sea que hagan las chicas de tu edad?

—Claro.

Me quito el delantal y lo cuelgo del gancho de la puerta de la cocina. Detesto ser tan transparente. Todos saben que estoy deprimida, pero no es plato de buen gusto que te lo restrieguen por la cara. No pienso salir con mis amigos, aunque en realidad la única amiga que me queda es Jimena y no sé por qué me soporta. No soy una compañía agradable y he llegado a la conclusión de que solo se compadece de mí porque estamos juntas desde que teníamos nueve años.

Veré alguna serie coreana de Netflix mientras devoro un paquete de Cheetos. Jimena me animará a salir con su grupo de amigas de la universidad, pero la última vez que la acompañé tuve suficiente. Acabé sosteniéndole el pelo a una tal Sandra mientras vomitaba en el baño cochambroso de una discoteca. Cuando fui a despedirme, las pillé cuchicheando sobre mí. Una de ellas me llamó bicho raro, pero no se lo tuve en cuenta, puesto que me pasé toda la noche con mala cara. Nadie quiere estar con una persona gris porque arrastra a los demás a su amargura. Y me he acostumbrado a ser la nota discordante que no encaja en ningún sitio. No pasa nada. Hay una gran diferencia entre estar sola por elección y estar sola porque no tienes a nadie. Y yo estoy sola porque me lo merezco.

Me extraña encontrarme con Jimena cuando llego a mi casa. A veces me pregunto cómo es posible que dos personas tan diferentes como nosotras sean amigas. Porque Jimena tiene toda la alegría y vitalidad que a mí me falta. Está sentada a la mesa de la cocina mientras charla con mi madre. No es la primera vez que se presenta sin avisar, pero no suele venir de visita si sabe que no estoy. Se lleva de maravilla con mi madre, aunque cuando se juntan tengo la impresión de que lo hacen para hablar de mí. Y te aseguro que no es agradable saber que los demás te ven tan perdida que se sienten en la obligación de encauzar tu vida.

—Hola, Mena.

—¡Lila! —Jimena se levanta y me da uno de sus abrazos de oso—. No podía esperar para contártelo. ¡Me acaban de dar la mejor noticia de mi vida! Tía, vas a flipar. ¡Es tres mil veces mejor que aquella vez que me encontré con Mario Casas en un bar y me invitó a una caña!

A Jimena le dan buenas noticias cada dos por tres. Es de esas personas que siempre ven el vaso medio lleno. Una vez se quedó atrapada durante una hora y media en un ascensor y aprovechó para ligar por teléfono con el técnico. Su lema es «Todo pasa por algo. Y, si no pasa, haz que suceda. Cuando no surge una oportunidad, tienes que salir a buscarla».

—¿Has aprobado el examen de Contabilidad? —pregunto, porque sé que esa asignatura se le está atragantando.

—¡Que le den a la contabilidad! —Se ríe—. ¡He ganado el sorteo! Se lo estaba contando a tu madre. ¿Cuántas posibilidades había? ¿Una entre un millón? Pero ya sabes que tengo un dicho: «Si deseas algo con todas tus fuerzas, al final lo consigues».

La miro con escepticismo. Mi lema es otro: «Si no puede ser, te aguantas», pero no quiero cortarle el rollo. No tengo ni idea de a qué sorteo se refiere —participa en una media de veinte al mes—, aunque

viniendo de ella me puedo esperar cualquier cosa. Como aquella vez que me llamó a las cuatro de la mañana para contarme que había ganado treinta euros en la lotería y para celebrarlo había comprado una botella de ginebra que tenía pensado pimplarse conmigo. «Es el universo, tía. Te devuelve lo que le das». Así es Jimena, la persona más optimista del mundo.

—¡Nos vamos a Maldivas! —exclama emocionada, y me coge de las manos—. Dentro de cinco días. Prepara los biquinis y la protección solar. ¡O puede que hagamos toples! «No sé por qué dan tanto miedo nuestras tetas…» —canturrea, y de repente se queda pensativa—. Espera, no sé si allí se puede hacer toples. Bueno, la cuestión es que nos vamos, Lila. Haz la maleta porque nos largamos a pegarnos la vida padre. ¡Yujuuu!

—A Maldivas, qué guay —respondo con frialdad—. ¿Con qué dinero?

Jimena resopla.

—Lila, ¿en qué mundo vives? Te lo acabo de explicar. ¿Te acuerdas de que participé en el sorteo que realizaba Yūgen para pasar diez días de vacaciones en una isla de Maldivas? Pues flipa, porque lo he ganado. ¿Qué te parece?

—Que tienes mucha suerte —digo impresionada—. Y me alegro un montón por ti.

—Tenemos mucha suerte —me corrige con alegría—. Venga, no pongas esa cara. ¿Sabes cuánto cuesta un viaje como este? Somos pobres. Es un regalo caído del cielo. Según la ley del tieso, los regalos no se devuelven.

—Es un detalle que hayas pensado en mí, pero…

—Pero nada. Nos vamos. Ni se te ocurra cortarme el rollo. Soy tan feliz que te prohíbo que me arruines este momento.

—¿Por qué no te llevas a una de tus amigas de la universidad? Estarán encantadas de acompañarte.

Jimena me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Me prometiste que me acompañarías si ganaba el sorteo —me recuerda con tono acusador.

—¡Porque pensé que era imposible! —exclamo con sinceridad, y me da por reír con escepticismo. Entonces lanzo una mirada suplicante a mi madre para que me eche un cable—. Díselo tú. No puedo marcharme diez días. Papá y tú necesitáis que os ayude con la página web.

—Sobreviviremos sin ti —responde mi madre con tranquilidad—. Nos puede ayudar la hija de la vecina. Un día se lo dejé caer y me dijo que le vendría bien el dinero extra.

Jimena y mi madre intercambian una mirada de complicidad. Cómo no. Ya han tratado el tema en mi ausencia. Creen que están haciendo

lo mejor para mí, pero no me veo con fuerzas para dejarme arrastrar a la otra punta del mundo. Nunca he salido de España. ¡Ni siquiera sé ubicar las islas Maldivas en el mapa! Y no me hace ni pizca de ilusión compartir unas vacaciones ultracaras con un grupo de músicos con los que no tengo nada en común. Soy una experta en arruinarlo todo. Le estoy haciendo un favor a Jimena.

—Lo siento —digo muy seria—. No voy.

Me largo a mi habitación para huir del problema. Ya sé que para cualquier otra persona esto sería un sueño hecho realidad, pero no soy como el resto de la gente y por eso es una pésima idea que acompañe a Jimena. Mi amiga debería elegir a alguien con quien pasárselo bien y no a la amiga de su infancia que siempre está con el ánimo por los suelos.

Jimena me deja cinco minutos de margen antes de llamar a la puerta de mi habitación. Seguro que ha estado hablando con mi madre sobre cómo hacerme cambiar de opinión. Va lista si cree que voy a dar mi brazo a torcer.

—Tía, no me hagas esto —suplica con un puchero—. Me hace ilusión que vengas conmigo.

—No sé por qué. Las dos sabemos que no soy el alma de la fiesta.

—Antes lo eras. —Jimena se cruza de brazos—. No te volveré a dirigir la palabra si pasas de mí.

—¡No estoy pasando de ti!

—Estás rechazando un viaje con tu mejor amiga. En el manual de la amistad es casi tan grave como liarte con su ex.

—Mi ex es tu hermano —le recuerdo con aspereza—. Y tengo trabajo.

—Sabes de sobra que mi tío te dará vacaciones. Y ya has oído a tu madre. No tienes excusa para no acompañarme.

—Sí, que no me apetece.

Jimena se frota la cara y me mira como si fuera un caso perdido.

—Lo digo en serio. Si no vienes conmigo, te dejo de hablar.

—Ya sé que lo estás haciendo con tu mejor intención, pero…

—Pero nada. —Me pone las manos sobre los hombros—. Mi cumpleaños es dentro de diez días y quiero pasarlo en Maldivas con mi mejor amiga. Beberemos agua de coco y volveremos más bronceadas que aquella vez que nos untamos aceite de zanahoria y tomamos el sol en la terraza de la casa de mi abuela.

—Habla por ti. Yo parecía un cangrejo.

—He celebrado todos mis cumpleaños contigo. —Ahora opta por hacerse la dramática—. No será lo mismo sin ti.

—Mena…

—¡Lila! —exclama desesperada—. Por favor. ¿Te lo tengo que suplicar?

Jimena está a punto de arrodillarse, pero consigo detenerla a base de forcejar con ella y acabamos tiradas en mi cama. Me hunde los dedos en el costado y me doblo por la mitad. Me sobreviene un ataque de risa porque sabe que las cosquillas son mi punto débil.

—No seas perra —musita, y apoya la cabeza en mi hombro. Luego entrelaza su mano con la mía—. Eres mi mejor amiga.

—A veces me pregunto por qué.

—Porque eres increíble cuando no te empeñas en fingir que eres un auténtico coñazo.

—Soy un auténtico coñazo el cien por cien del tiempo.

—El noventa —me corrige con suavidad—. Ven conmigo a Maldivas y traigamos de regreso a la Lila que me animaba a cometer locuras. Si no lo haces por mí ni por ti, entonces hazlo por Lucas. A él le gustaría que me acompañaras.

Se me forma un nudo en la garganta cuando pronuncia su nombre. Jimena sabe tocarme la fibra sensible. No es la primera vez que intenta convencerme de algo recordándome que a Lucas le habría gustado. Pero hoy, no sé por qué, consigue que funcione.

Querido Lucas:

Me voy de vacaciones a Maldivas con la loca de Jimena. Es surrealista que mi madre y mi mejor amiga se hayan puesto de acuerdo para arrastrarme a la otra punta del mundo. Las islas Maldivas están en el océano Índico y a cuatrocientos cincuenta kilómetros de la India (sí, lo he buscado en internet). Soy una cateta en geografía, ya lo sabes.

¿Qué pinto yo en Maldivas? ¡No pongas esa cara! Ya sé que se supone que debo hacer lo típico: broncearme, bucear y subir fotos de postureo a Instagram. Pero estoy convencida de que es una pésima idea que Jimena me haya elegido a mí. Con la cantidad de amigas que estarían encantadas de acompañarla y tiene que decantarse por la única que está amargada…

Sé que no te gusta que hable así de mí misma. «Cuando eres tu peor enemiga, saboteas todas las posibilidades de ser feliz», me dijiste una vez. También sé que, si estuvieras aquí, me echarías la bronca por ser tan negativa. Así que te prometo que voy a hacer todo lo posible por pasármelo bien y no arruinarle el viaje a Jimena. Es lo mínimo que se merece por aguantarme durante doce largos años.

¿Te puedes creer que voy a conocer a los miembros de Yūgen? A veces escucho su música, pero la verdad es que no soy una gran fan del grupo. Jimena no consiguió arrastrarme al concierto que dieron en Madrid. Las aglomeraciones me provocan ansiedad. ¿Serán simpáticos o se habrán convertido en las típicas estrellas a las que la fama se les ha subido a la cabeza? Estoy un poco nerviosa y espero no pifiarla. Las dos sabemos que soy una experta en meter la pata hasta el fondo. Tú lo sabes, yo lo sé, y el resto del mundo me da la razón.

Pero, como me dijiste el día que cumplí dieciocho años, solo tenemos una vida y es nuestra obligación aprovecharla al máximo. Así que por una vez voy a dejar a un lado mis dudas para que te sientas orgulloso de mí.

Te quiero.

LILA

2

Axel

Dentro de dos días me voy a Maldivas. Estoy en Madrid porque he quedado con el grupo para terminar de grabar el próximo disco. Al final he acabado en casa de Amber porque mis amigos tenían sus propios planes después del día de trabajo en el estudio. Pol es el único al que le hace ilusión irse de vacaciones, pero porque para él la palabra «vacaciones» es sinónimo de pasarlo bien, independientemente de las circunstancias. Gabi ha montado en cólera y Leo no para de quejarse de no poder pasar su tiempo libre con su novia. Y yo solo quiero irme de España con un buen recuerdo, así que…

—Dios —murmura Amber.

Acabamos de follar como si fuera el último momento de nuestras vidas. Amber se ha puesto más cariñosa de lo normal porque dice que vamos a estar diez días separados. En realidad, solemos pasar más tiempo sin vernos ya que solo quedamos cuando vengo a Madrid. Una vez sugirió que podía ir de visita a Guipúzcoa, pero me entró el pánico, puesto que eso implicaba presentársela a mis abuelos, algo que significaría que vamos en serio. Y, joder, no tengo del todo claro que vayamos a ser una pareja formal.

—Te voy a echar de menos. —Se acurruca en mi pecho.

—Y yo.

Amber me tira del pelo.

—Tú solo echarás de menos esto —dice, y pone una mano en mi entrepierna—. Si te pones en plan romántico justo ahora, me caigo de espaldas.

—Tranquila.

Se ríe.

—¿Te quedas a dormir?

—No creo.

—No me voy a hacer ilusiones, Axel. Ya somos mayorcitos.

—Entonces me quedo.

Amber se torna pensativa. La miro de reojo e intuyo lo que está pasando por su cabeza. Ya llevamos varios meses acostándonos. Nada serio. No hay exclusividad y jamás le pregunto si ha estado con otros. No es asunto mío.

—¿Ya conoces a las tres afortunadas? —pregunta con cierto retintín. La miro sorprendido porque ponerse celosa no es su estilo.

—Ni idea. A lo mejor son tres afortunados.

—¿No te pica la curiosidad?

—Para nada —respondo con sinceridad—. A ninguno de nosotros nos hace ilusión compartir un viaje con tres desconocidos.

—A Pol sí.

—Pol está cruzando los dedos para que alguna le entre por los ojos. Ya sabes cómo es.

—¿Y tú no?

—¿Liarme con una fan? —replico sin dar crédito—. Parece que no me conoces.

—Yo soy vuestra fan.

—Cuando me conociste no me pediste un autógrafo.

—Porque quería hacerme la interesante —me confiesa, y pone las manos en mi pecho para alejarse un poco y mirarme a los ojos—. Y funcionó.

—Qué va. Preferí cuando te lanzaste.

—Ah, ya. —Amber pone los ojos en blanco—. Olvidaba que te gusta que las tías hagan tooodo el trabajo.

—Todo no. —Esbozo una sonrisa socarrona—. ¿O tienes alguna queja?

—Sexualmente, ninguna. Afectivamente, unas cuantas.

No sé qué decir, así que permanezco callado. Amber se muerde el labio. No ha vuelto a preguntármelo desde que hace tres meses sugirió que podíamos ir en serio y mi respuesta fue «No lo sé». No quiero perder lo que tenemos, pero tampoco estoy convencido de dar ese paso. Me va bien así.

—No estoy segura de querer seguir con esto —se sincera—. No me malinterpretes, eres muy bueno en la cama. Pero quiero otras cosas. Lo típico, presentarte a mis padres y salir a cenar por ahí. Ya te lo dije.

Amber me observa a la espera de una reacción. No muevo ni un músculo. Lo último que me apetece es discutir con ella antes de viajar a Maldivas, pero tampoco soy la clase de capullo que hace promesas que no está dispuesto a cumplir.

—No sé si buscamos lo mismo.

Amber suspira.

—En ese caso será mejor que dejemos de vernos —responde apenada.

—Quiero seguir viéndote —digo, y es todo lo que puedo ofrecerle—, pero te entiendo. ¿Prefieres que me vaya?

Amber se lo piensa durante unos segundos.

—No —decide al fin—. Aunque me gustaría que hiciéramos una

cosa. Vas a estar diez días en una playa paradisiaca. Quizá rodeado de chicas guapas. Habrá alcohol. Lo pasarás bien. Vete a saber. Tendrás tiempo de sobra para averiguar si me echas de menos. ¿Qué te parece?

—Bien.

—Uf, ¡qué parco eres siempre! ¿Qué hay dentro de esa cabeza tan dura? A veces tengo la impresión de que no te conozco ni un poquito.

Me siento incómodo porque no lo hago a propósito. Soy una persona de naturaleza reservada a la que le cuesta mostrar sus sentimientos. No me abro a los demás con facilidad. Leo es mi mejor amigo y hay muchas cosas que no sabe de mí. ¿Por qué iba a abrirle mi corazón a Amber?

—Lo siento, pero es mi carácter —digo con voz queda.

—Ay, Axel. ¿Qué voy a hacer contigo?

—¿Mandarme a la mierda? —bromeo.

—Me entran muchas ganas de hacerlo, pero resulta que me gustas un montón —admite sin tapujos—. Y por eso no quiero que me hagas promesas. Pásatelo bien en esa isla paradisiaca. A la vuelta no habrá rencores ni te preguntaré si te has acostado con otra.

La república de Maldivas está compuesta de más de mil islas, aunque no la corrijo porque no quiero quedar como el típico sabelotodo insufrible.

—No me debes nada ni yo a ti, ¿de acuerdo? Pero, cuando vuelvas, quiero que tomes una decisión. Si estamos buscando lo mismo, seguiremos viéndonos. De lo contrario, prefiero que seas sincero conmigo porque me estoy enamorando de ti como una idiota.

A Amber se le quiebra la voz. Sus ojos se llenan de lágrimas y me siento como una mierda. Le froto la espalda. Me sabe fatal que esté llorando porque no sé si puedo darle lo que ella quiere.

—Eres una chica increíble.

—No me regales frases hechas y ten valor de iniciar algo conmigo.

—Te prometo que habré tomado una decisión cuando regrese.

Le doy un beso en el pelo y se relaja. Estoy siendo sincero. Aprovecharé el viaje para ordenar mis ideas y llegar a una conclusión sobre lo nuestro. A lo mejor solo estoy asustado y demasiado ciego para ver que Amber es la chica de mis sueños.

3

Lila

La primera pregunta que me asalta cuando llegamos al aeropuerto es «¿Por qué me he dejado convencer?», y la segunda «¿Qué coño hace Hugo aquí?». No me da tiempo a formular esta última en voz alta porque mi padre me da un abrazo.

—Adiós, chiquitina. Pásalo bien. Ya sé que no hace falta que te pida que seas responsable, pero tengo entendido que en el mundo de la música hay muchos vicios raros y no me gustaría que…

—¡Jesús, no seas plasta! —lo interrumpe mi madre—. Por el amor de Dios, Lila, diviértete como la chiquilla que eres. Solo tienes veintiún años. A tu edad yo era más espabilada y cada tres semanas me echaba un novio nuevo.

Mi padre se sobresalta.

—¿Vosotros sabíais que Hugo venía? —Clavo una mirada acusadora en Jimena y su hermano, que están despidiéndose de sus padres. Me dijo que el viaje era para dos personas. Menuda mentirosa está hecha.

Mi madre pone cara de santa.

—Ni idea. ¿Tú lo sabías, Jesús? —No lo deja responder—. Bah, no tiene la menor importancia. Lo pasarás genial. Si yo pudiera, me cambiaría por ti sin dudarlo.

Mi madre comienza a empujarme en dirección al control de seguridad del aeropuerto. Cualquiera diría que está deseando perderme de vista, pero sé lo que se propone. Hace unos meses la escuché hablar a escondidas con mi padre. En su última visita al psicólogo le había planteado lo preocupada que estaba por mí, y este le había aconsejado que me vendría bien un cambio de aires. Así que mi madre cree que este viaje a Maldivas es una solución caída del cielo.

—No tengo por qué ir —insisto agarrándome al cordón de seguridad—. Debería quedarme y ayudaros con la floristería.

—Pásalo bien, chiquitina. —Mi padre me da un beso en la mejilla. Le brillan los ojos y no puede ocultar su inquietud, pero, al igual que mi madre, cree que está haciendo lo mejor para mí—. Haz muchas fotos. Y no olvides tener el móvil encendido las veinticuatro horas del día.

—Jesús, no la agobies. —Mi madre lo aparta de mí—. Te quiero. Te

queremos. Sobreviviremos sin ti. Y, ahora, lárgate. ¡Pásalo bien!

Mi padre busca mi mirada y esboza una sonrisa triste. Tengo que contenerme para no correr detrás de ellos una vez que mi madre lo arrastra hacia la salida. Respiro profundamente. Estoy convencida de que estoy cometiendo un error. Les hago mucha falta.

Cuando los pierdo de vista, clavo una mirada furiosa en la traidora de Jimena. No me puedo creer que se las haya apañado para arrastrarme a este viaje omitiendo el pequeño detalle de que Hugo, mi ex, viene con nosotras. A diferencia de mis padres, los suyos la abrazan como si la enviaran a la guerra y no supieran cuándo volverán a verla.

—Mamá, no seas pesada —se queja Jimena.

—Jimena, por favor te lo pido, pórtate bien —suplica su madre, que conoce su afición por cometer locuras—. No nos des ningún disgusto. ¿Lo llevas todo en la maleta?

—Protección solar, tangas, preservativos… —enumera mi amiga.

—¡Jimena! —exclama escandalizada su madre—. ¿Qué hemos hecho mal con esta niña, Manolo?

—Deja que se vaya —responde cansado su padre, y consulta su reloj de muñeca—. Te lo dije, Mariví. Dentro de una hora juega el Athletic y me voy a perder el partido. La niña ya es mayorcita y sabe cuidarse sola.

—Veintiún años y solo me das disgustos. Hugo, cuida de tu hermana. Lila, querida, ¡pásalo bien! —La madre de Jimena me saluda con la mano. Parece aliviada de verme—. Si la insensata de mi hija intenta hacer de las suyas, confío en ti para que la disuadas de participar en algo ilegal o peligroso. ¡Y traedme un imán!

Jimena cruza el control de seguridad del aeropuerto y suspira aliviada. Hugo y yo nos miramos y pongo mala cara. Me recuerdo que ya no siento nada por él. Rompimos hace dos años y ahora él está saliendo con una tal Lourdes que Jimena considera una petarda, pero sé que solo lo hace para que me sienta mejor. Desde que Hugo terminó conmigo lo he estado evitando, aunque de vez en cuando nos hemos tropezado porque no deja de ser el hermano mayor de mi mejor amiga. Él ha intentado hablar conmigo en varias ocasiones, pero me mantengo inflexible. Me dejó. No tenemos ningún asunto pendiente. Fin de la historia.

—Hola, Lila —me saluda Hugo—. Me alegro de verte.

Me da dos besos que recibo con frialdad.

—¡Por fin libres! —exclama Jimena—. Nos están esperando en la sala vip del aeropuerto. Qué fuerte. ¿Viajaremos en primera clase?

—No te hagas ilusiones. Dudo que compartamos las mismas comodidades que ellos. No son tus amigos, Jimena. Este viaje solo es una campaña publicitaria para limpiar su imagen —dice Hugo, y estoy

de acuerdo con él—. No quiero que te lleves un desengaño cuando te traten como a cualquiera de sus fans.

—Mira este. A mí lo que de verdad me hace ilusión es pegarme las vacaciones de mi vida a cuerpo de reina. Por mí como si son un puñado de estirados. ¡Alojamiento, comida y bebida gratis en el paraíso! ¿A quién le importa si son simpáticos?

Jimena coge una bandeja de plástico para depositar los objetos personales que deben pasar por el escáner. Adelanto a Hugo y me coloco detrás de mi amiga. En cuanto pasamos el control de seguridad, la sujeto del brazo antes de que se me escape.

—Me podrías haber dicho que tu hermano venía con nosotras —le recrimino.

—Entonces no habrías aceptado —responde con naturalidad—. El viaje era para tres personas y mi madre solo me dejaba venir si él nos acompañaba. Por lo visto, es el hijo responsable. ¿Te lo puedes creer?

«Sí, porque es un hipócrita».

—Es mi ex —le recuerdo, por si acaso se le ha olvidado—. Y me voy a sentir incómoda durante todo el viaje.

—¡De eso nada! —Jimena tira de su maleta y me veo obligada a seguirla—. Acabasteis de buen rollo. Que sí, que tenéis una conversación pendiente. Podéis pasar página de una vez por todas en Maldivas. ¡Y a vivir la vida, que son dos días!

«No acabamos de buen rollo», pienso para mis adentros, pero Jimena es la última persona con la que hablaría de mi historia con Hugo. El hecho de que tu mejor amiga sea la hermana de tu ex lo complica todo. Jimena parece leerme la mente y añade:

—No hubo cuernos. Eso es acabar de buen rollo —dice categórica—. Eres mi mejor amiga y él es mi hermano. ¿Qué brazo me corto sin que me duela?

—¿De qué habláis? —Hugo se une a la conversación.

—De lo bien que lo vamos a pasar —miente Jimena—. Uf, estoy deseando conocer a Pol. Dicen que en persona gana más. ¡Es mi amor platónico! ¿Cuántas caipiriñas creéis que aguanta este cuerpo serrano?

—Mena, controla —le pide Hugo—. Que nos conocemos, y papá y mamá quieren que te portes bien.

—Sí, claro. Me voy a comer más de catorce horas de avión para ser una niña buena. Tú alucinas. No he venido a este mundo a pasar de puntillas. ¡Maldivas, allá vamos!

Por primera vez desde hace dos años, Hugo y yo intercambiamos una mirada cómplice y sonreímos. Menuda nos espera con semejante loca.

Nuestro avión sale dentro de media hora y no hay ni rastro de las

estrellas. Me pregunto si todos los famosos se harán de rogar para resultar más interesantes e inalcanzables. Me trae sin cuidado. Jimena está aprovechando al máximo los privilegios de la sala vip. Va por el tercer gin-tonic y está arrasando con los canapés. Yo estoy sentada en una cómoda butaca de cuero mientras leo *Los siete maridos de Evelyn Hugo*. Estoy concentrada en la lectura cuando alguien se sienta a mi lado. Es su hermano.

—Oye, Lila…

—No hace falta —lo corto con frialdad.

Típico de Hugo. Se cree que podemos ser amigos porque le he dedicado una sonrisa artificial.

—No sabes lo que te voy a decir.

—Hugo, en serio, soy de las que piensan que la amistad con un ex es imposible. Pero, si te preocupa que haya mal rollo entre nosotros, puedes estar tranquilo.

—Te iba a decir que no habría venido de saber que mi hermana no te lo había contado. Me dijo que estabas al tanto y que no te importaba.

—Pues vale.

—La verdad es que me hace ilusión este viaje y mis padres quieren que le eche un ojo a Jimena. —Señala con la cabeza en dirección a su hermana, que está ligando con el camarero—. Ya sabes cómo es.

—Está como una cabra, pero es inofensiva.

«De ti, por desgracia, no puedo decir lo mismo».

—Aunque, ahora que lo has mencionado, no estaría mal que pudiéramos ser amigos —sugiere esperanzado—. Como en los viejos tiempos.

—En los viejos tiempos follábamos.

A Hugo se le descompone la expresión.

—Joder, Lila.

—Tranquilo, que ya sé que tienes novia y no tengo la menor intención de viajar al pasado. ¿Lo ves? Las conversaciones entre ex siempre son tensas. Y ahora, si me disculpas, estaba leyendo.

Hugo se levanta. Tiene el rostro encendido.

—Se me había olvidado el carácter que tienes.

—Ojalá lo hubiera sacado antes.

Hugo me mira a los ojos y está a punto de decir algo, pero se lo piensa mejor y da media vuelta. Respiro aliviada cuando se sienta en la otra punta de la sala. Hablar con él significa traer al presente recuerdos muy dolorosos, y no estoy preparada para enfrentar el pasado.

Estoy devolviendo la atención al libro cuando tres personas entran en la sala vip. Sé quiénes son porque a Jimena se le ilumina la expresión. Ni que hubiera visto a Dios. Me hace gestos con las manos

y murmura: «Son ellos». Cruzo los dedos para que la poca vergüenza de mi amiga no nos deje en evidencia.

Una chica rubia, bajita y muy delgada evalúa la sala vip sin quitarse las gafas de sol. A Jimena y a mí no nos presta atención, pero a Hugo lo mira durante un par de segundos como si estuviera decidiendo si merece la pena. A su lado, un joven bronceado esboza una sonrisa amable. El tercero es un chico muy atractivo y con el pelo negro azabache.

—Uf, necesito dormir diez horas seguidas —dice la rubia.

El joven bronceado le susurra algo al oído y ella pone mala cara.

—Sí, como se llamen. —Se dirige a la barra e ignora a Jimena, que la mira como si fuera una diosa caída del cielo. Supongo que esa debe de ser Gabi, la vocalista. Le hace un gesto al camarero. Todavía no se ha quitado las gafas—. Vichy Catalán con una rodaja de limón.

—Hola, Gabi. —Jimena le tiende la mano, pero la rubia no se la estrecha. Mi amiga no puede disimular su nerviosismo—. Soy Jimena y ellos son mi hermano Hugo y mi mejor amiga Lila.

—Genial —responde Gabi con desdén—. No me gusta que invadan mi espacio personal. No somos amigos. Estáis avisados.

—Ni caso —dice el tipo del pelo azabache—. Es una estirada y nadie la soporta. Soy Pol, encantado de conoceros a todos.

Jimena levanta la mano con timidez, pero a mí no me engaña. Antes de que el avión aterrice en el aeropuerto de Malé ya se habrá hecho amiga de Pol. La cantante parece una idiota, aunque eso a mí me resbala porque no tengo la menor intención de trabar amistad en este viaje.

—Lo siento, estamos muy cansados. Ayer dimos un concierto y apenas hemos podido descansar. Disculpad a mi hermana. Se estresa cuando no duerme —dice el que debe de ser Leo—. Seguro que lo pasamos de maravilla en este viaje. ¿Nos hacemos una foto?

—Paso —responde su hermana.

—Gabi… —la censura.

—Que me olvides. Tengo ojeras. No pienso salir con esta cara en una foto.

—La que tienes siempre —se burla Pol—. Es tu cara de acelga. No los vas a asustar. Nosotros ya estamos acostumbrados.

—¿Ya te estás haciendo el simpático? Pensaba que te hacían falta tres cervezas para desplegar todo tu encanto —responde ella con ironía.

—Lo mío es natural. —Pol le guiña un ojo—. No os dejéis impresionar por la mala leche de Gabi. No va de farol. Es tan insoportable como parece.

—Porque sacas lo peor de mí. Y porque no soy tan falsa como vosotros y no finjo que me gusta estar en los sitios por obligación.

Leo suspira. Es evidente que la actitud de su hermana lo saca de sus casillas, pero tiene que mantener la compostura para quedar bien. Hugo y Jimena parecen bastante descolocados con semejante recibimiento. Yo lo asumo con indiferencia. De repente, me percato de que alguien está delante de mí y me mira con curiosidad. Es Pol.

—Hola, pelirroja.

Uf, lo que faltaba. Jimena me ha hecho un breve resumen del grupo. Por lo visto, el batería es el típico ligón que cada semana sale en la portada de alguna revista con una chica diferente.

—Me llamo Lila —respondo con aspereza.

—¿Quieres algo de beber?

—No, gracias.

—Pues yo estoy seco. —Pol se despereza y va a la barra a pedir una cerveza—. ¿Dónde se ha metido Axel?

—Ni idea —responde Leo—. Siempre suele ser muy puntual.

—Si él no va, yo tampoco —refunfuña Gabi.

—Gabriella, no empieces —la sermonea su hermano—. Seguro que está a punto de…

En ese momento se abre la puerta. Echo un vistazo para descubrir de qué palo va el bajista, el último integrante del grupo. ¿Será tan estirado como la vocalista o irá de seductor como el batería? ¡Qué misterio! Nótese la ironía. Un tipo alto y con gafas entra en la sala vip. Su cara me resulta familiar. Lo observo con curiosidad y abro los ojos de par en par cuando lo reconozco.

«No-puede-ser».

¡Venga ya!

El grandullón.

El gilipollas.

El cretino que me robó el taxi.

Y yo que pensaba que el karma ya se había cebado lo suficiente conmigo al incluir a mi ex en este viaje. Una súbita rabia se apodera de mi cuerpo y me arden las mejillas. Aquel día no pude cantarle las cuarenta, pero ahora me va a oír. Nadie me roba un taxi y sale impune. Aunque sea el bajista de un famoso grupo de rock. De eso nada.

4

Axel

He llegado tarde porque mis abuelos se han presentado por sorpresa para despedirse. Ellos lo son todo para mí y durante estos últimos tres meses los he visto un puñado de veces contadas por culpa del trabajo. Creo que cuando estás rodeado de extraños tiendes a valorar más la compañía de tus seres queridos. Soy un tipo bastante familiar y quizá por eso me supone un gran esfuerzo abrirle mi corazón a los demás. En verdad me gustaría regresar a casa y pasar mis vacaciones con mis abuelos, por eso este viaje me hace tan poca ilusión. De todos modos, no me gusta hacer esperar a nadie, aunque cualquiera se marchaba del hotel sin probar las pastas caseras de mi *amona* y jugar una partida de ajedrez con mi *aitona*.

Apenas he tenido tiempo de echar un vistazo a mi alrededor cuando Gabi se lanza a mi cuello.

—¡Menos mal! —exclama con su dramatismo habitual—. Pensé que no venías. No quería vivir esta experiencia con el pelmazo de mi hermano y el cromañón de Pol.

—Que te estamos escuchando, guapa —replica Pol.

Gabi se cuelga de mi brazo y lo ignora.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta con tono socarrón—. ¿Con tu novia? ¿Cuándo la vas a invitar a una de nuestras quedadas? ¿Por qué los tíos tardáis tanto en dar el primer paso?

No pienso explicarle delante de un puñado de desconocidos que Amber y yo no somos pareja.

—Siento llegar tarde, pero mis abuelos han venido a Madrid y no podía largarme sin estar un rato con ellos. —Les enseño un táper para demostrarles que estoy diciendo la verdad—. Ya le dije a mi *amona* que en el vuelo nos dan de comer, pero ella insistió. Dice que la comida del avión es una porquería. Ya sabéis cómo es.

—¡Tortas de San Blas! —Pol se apodera del táper—. Tu *amona* es la hostia.

—¿En serio vas a mezclar las pastas con la cerveza? —Gabi lo mira alucinada—. Menudo estómago tienes. Yo paso de sentarme a tu lado en el avión. Como eches la pota, te mato.

—Tranquila, Britney Spears. Para aguantarte debo tener mucho estómago. Está hecho a prueba de bombas. ¿Quieres una?

—Estoy a dieta.

La observo sin dar crédito, pero Leo me hace un gesto para que no diga nada. No es la primera vez que Gabi hace una dieta absurda y que no necesita. Solo tiene diecinueve años y es una de las mujeres más influyentes de España, o eso dice el artículo de una revista al que le hizo una foto y me envió por WhatsApp. Pero, en el fondo, sigue siendo una chiquilla insegura y vulnerable que intenta lidiar con la fama a su manera.

—Me estaba volviendo loco con los niños —bromea Leo refiriéndose a Gabi y Pol. Luego me da un abrazo de los suyos y me susurra al oído—: Gabi ha sido muy borde con ellos. Sé simpático o pensarán que somos unos capullos.

Por qué será que no me sorprende. Gabi es la típica persona transparente que no siente la obligación de medir sus palabras para no herir los sentimientos de los demás. Quizá por eso Pol y ella chocan tanto, aunque la suya es una historia que viene de lejos.

—Ella es Jimena —me explica Leo haciendo las presentaciones oportunas.

Una chica de pelo castaño y rizado me ofrece una sonrisa sincera.

—Encantado de conocerte, Jimena.

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunta ilusionada.

—Por supuesto —respondo por educación.

No me gusta el contacto físico con extraños, pero sé que tengo que hacer todo lo posible para que este viaje no sea un fracaso. Al fin y al cabo, es una estrategia de marketing para limpiar la imagen del grupo.

—¿Nos hacemos un selfi?

Leo y yo nos acercamos para posar con ella. Le hace un gesto a su hermana para que se una a nosotros, pero ella lo ignora. Pol llega corriendo y posa con una galleta en la boca. Jimena se ríe al ver la foto y Pol le da una galleta.

—Axel, te presento a Hugo. Es el hermano de Jimena —dice Leo.

Hugo me estrecha la mano. Parece más reservado que su hermana y lo agradezco porque se me da fatal fingir que soy extrovertido. Ya solo me queda una persona y esto habrá terminado. Cuando aterricemos iré a mi bola y dejaré que ellos dos se encarguen de las interacciones sociales. Seguro que a Pol no le importa. Ha hecho buenas migas con Jimena y siempre está encantado de ser el centro de atención.

—Y ella es Lila —dice Leo.

Me doy la vuelta para saludar a la tal Lila y me encuentro con una chica pelirroja y bajita. Tardo menos de dos segundos en reconocerla porque sería incapaz de olvidar ese pelo rizado de color jengibre. Estoy tan descolocado que no sé si estrecharle la mano o darle dos besos. Me pregunto si ella se acordará de mí, aunque descubro la respuesta en cuanto clava sus ojos azules en los míos.

¿Y ahora qué? ¿Actúo con naturalidad? ¿Disimulo? ¿Hago como que no me acuerdo de ella? Opto por esta última opción por el bien común. Estoy a punto de darle dos besos cuando ella retrocede. Mi cara es un poema. A mi lado, Leo se percata de que la pelirroja acaba de rechazarme y frunce el ceño.

—Hola, Lila.

—¿Qué tal, ladrón de taxis? —responde con tono acusador.

Me rasco la nuca y esbozo una sonrisa tensa. Conque esas tenemos. No sé de qué me extraño. Se nota que es una borde con ganas de gresca. Conmigo lo lleva claro. Soy el tío más pacífico del mundo y huyo de los conflictos.

—¿Os conocéis? —pregunta extrañado Leo.

—Vagamente —respondo.

—Me robó el taxi y me ofreció cincuenta euros como compensación —le explica Lila.

Todos nos miran. La pelirroja esboza una sonrisa cargada de satisfacción. Menuda rencorosa. Estaba deseando devolvérmela, pero no le voy a dar semejante placer porque dos no se pelean si uno no quiere.

—¿Le robaste el taxi? —Pol se empieza a reír—. Menuda casualidad que volváis a encontraros.

Lila arruga la nariz y tiene la desfachatez de poner cara de asco.

—Sí —responde con desagrado—, menuda casualidad.

—Tenía prisa —respondo avergonzado—. Y te pedí disculpas.

Lila levanta la barbilla con ademán indignado.

—Yo también tenía mucha prisa.

—Se nota. Me llamaste gilipollas.

—Y grandullón, que no se te olvide —responde sin inmutarse—. Es lo que sucede cuando vas por el mundo creyendo que puedes robarle el taxi a otra persona tan solo porque das por hecho que tus problemas son más importantes que los de los demás.

Me está entrando calor a pesar de que estamos a 11 de noviembre. La pelirroja no va a dejarlo correr. Y no sé qué más puedo hacer porque ya le pedí disculpas en su día. No pienso seguir arrastrándome. Ya sé que robarle el taxi estuvo feo por mi parte, pero vamos a compartir unas vacaciones. ¿No podemos hacer borrón y cuenta nueva?

—No creo que mis problemas sean más importantes que los tuyos —respondo irritado.

—Pues me robaste el taxi.

—Quería compartirlo contigo —le recuerdo con aspereza.

—Pero te subiste y le ofreciste el doble al taxista para que te llevara a ti en lugar de a mí. Tener dinero no te da derecho a pisotear a los demás.

—Yo no… —Me quedo con la palabra en la boca porque no estoy acostumbrado a que me traten así. Por norma general, las fans me acorralan a la salida de un concierto y me hacen la pelota. Esta situación es nueva y desagradable para mí—. Lo que tú digas. Ni siquiera me conoces.

—Ni me apetece.

La pelirroja me dedica una mirada cargada de superioridad moral que me enerva. Un intenso calor se apodera de mi rostro. Me está dejando en evidencia delante de mis amigos. Decido morderme la lengua porque tengo la impresión de que es la típica chica a la que le encanta discutir para llevar la razón. Yo no soy de esos.

—Axel es un buen tío. —Leo me echa un cable y me da una palmadita en la espalda—. Y aquí todos hemos venido a estar de buen rollo. Seguro que cuando habléis un poco os lleváis genial.

La chica abre la boca, pero su amiga la agarra del brazo y se la lleva al otro extremo de la sala. No puedo evitar mirarla. Cuánto engañan las apariencias. Parece una ninfa pelirroja, pecosa e inofensiva. Menuda bruja. Nuestras miradas se cruzan y los dos ponemos mala cara. Ella es la primera en volverse y darme la espalda. Frunzo el ceño. ¿De qué va?

—¿Le robaste el taxi? —Pol se descojona—. Menudos huevos tienes.

—Llegaba tarde a la reunión y me estabais bombardeando a mensajes. Era una situación de emergencia.

—Parece que no le caes muy bien.

Me encojo de hombros.

—Me da igual.

—Es dura —bromea Pol—. A mí casi me come cuando la he llamado pelirroja.

—Ya se le pasará el disgusto —respondo convencido—. Vamos a estar en una isla privada rodeados de lujos.

—Me gustan las pelirrojas.

Pongo los ojos en blanco.

—Te gustan todas.

—Su amiga es más simpática, pero las mujeres con carácter son mi debilidad.

A pesar de sus palabras, se le va la mirada hacia Gabi. Pongo los ojos en blanco. Nunca cambiará.

—No vayas a liarla.

—Se llama diversión, colega.

—Lo que tú digas. —Me doy la vuelta para dejar de mirar a la pelirroja—. Toda tuya. Prefiero tenerla bien lejos.

—¿En una isla privada? Buena suerte, colega. —Pol se deja caer en la butaca—. A mí no me importaría tenerla todo lo cerca que me dejara.

En ese momento, una azafata nos informa de que es la hora de embarcar. Cojo el móvil para activar el modo avión y descubro un mensaje de Amber: «Te voy a echar de menos».

Me pregunto si saldré de este viaje con las ideas claras. Necesito recargar las pilas después de haber terminado de grabar el nuevo disco. No me vienen mal diez días de desconexión en una paradisiaca isla de Maldivas. Seguro que tengo tiempo para darle una respuesta a Amber.

5

Lila

Viajamos en primera clase sentados en unos espaciosos asientos convertibles en cama. Una azafata nos agasaja con bebidas y aperitivos durante todo el vuelo. Solo hay un asiento por hilera y Jimena se acomoda en el que está al otro lado del pasillo. Me guiña un ojo y levanta la copa de champán.

—¿Por qué he nacido pobre? —se queja, y comienza a toquetear todos los botones de la pantalla táctil—. Hay Spotify Premium. ¡Y puedo ver todas las temporadas de *Riverdale!*

El avión todavía no ha despegado y ya ha pedido sushi, Coca-Cola y M&M's. Parece una niña pequeña en un parque de atracciones. Luego señala a Axel, que se ha colocado en el asiento más alejado.

«Sé buena con él», leo en sus labios.

En la sala vip Jimena me echó la bronca por enfrentarme a Axel. Yo me limité a recordarle que hace tres meses le prometí que pondría en su sitio al ladrón de taxis si volvía a encontrármelo. Las oportunidades de hacer justicia jamás se desperdician. ¿Qué culpa tengo yo de que sea el bajista de Yūgen? Las promesas están para cumplirlas.

«Puedes estar tranquila», respondo. Ella levanta el pulgar. Estoy siendo sincera. Ya le he cantado las cuarenta y me he quedado satisfecha. No tengo la menor intención de entablar ningún tipo de conversación con Axel. Lo he calado. Es la clase de egocéntrico al que le encanta que le bailen el agua. Conmigo que no cuente para eso.

Alguien me tiende una copa de champán. Es Pol, el batería. Jimena lo ha bautizado como «el Rompebragas», razón de sobra para pasar de él.

—¡Un brindis por nuestro viaje a Maldivas!

Levanto el brazo para no ser la nota discordante y me mojo los labios. Luego dejo la copa intacta en la bandeja de mi asiento.

—Buen viaje, pelirroja.

—Lila —lo corrijo irritada—. Prefiero Lila.

—Que sea Lila —responde sin perder la sonrisa—. Eh, Axel, ¿cuántas horas de diferencia hay con Maldivas?

—Cuatro en invierno —responde el bajista.

Pol estira los brazos.

—Me voy a sobar. Quedan catorce horas y el *jet lag* me sienta fatal.

Nos vemos en el aterrizaje, peli… —consigue controlarse justo a tiempo—Lila.

Cuando Pol se sienta, Jimena me hace gestos exagerados para llamar mi atención. Sé lo que va a decir antes de que abra la boca. No me cuesta leerle los labios. Fuimos compañeras de clase en primaria y en el instituto. Los profesores siempre le echaban la bronca por hablar en clase y juntas perfeccionamos esta técnica infalible.

«Tía, me muero. Le gustas».

«Le gustan todas», pienso para mis adentros, pero opto por no responder porque Jimena puede ser muy pesada cuando se lo propone. Mi nula vida sentimental la trae de cabeza y está empeñada en adjudicarme un novio. Una vez me dijo que el himen se regenera si no tienes una vida sexual activa y lo busqué en internet para comprobar que me había mentido. En fin, ¿quién quiere un novio pudiendo leer novelas románticas?

Abro el libro y continúo por donde lo había dejado. Conforme van pasando las horas y el cielo se oscurece, los cubículos de los asientos se van apagando y todos caen rendidos. Me tomo una pastilla para conciliar el sueño a pesar de que sé que no voy a pegar ojo. Ya me he acostumbrado a dormir una media de cuatro horas al día. Respiro profundamente y rezo para que no haya turbulencias. Es la primera vez que viajo en avión y, aunque no tengo miedo, preferiría que la experiencia fuera lo más tranquila posible.

Cuando han transcurrido cinco horas, me levanto para estirar las piernas. Todos están dormidos. Hugo abraza la mochila de la cámara como si se la fueran a robar. Es su posesión más preciada. Siento una punzada en el pecho y recuerdo cuando pasaba horas haciéndome fotos en las que, según él, salía preciosa. No echo de menos lo que teníamos, pero, desde luego, sí a la persona que era en aquella época. A la chica alegre y desinhibida que quería comerse el mundo.

Me da cierta envidia que sean capaces de conciliar el sueño. Yo duermo fatal y tengo pesadillas. He llegado a la conclusión de que las personas cambiamos, ya sea por la huella de la experiencia o como mecanismo de supervivencia para poder enfrentarnos al pasado. Sea como sea, ya no soy la Lila de hace tres años.

Alguien me mira de reojo cuando paso por su lado. Es Axel. Pensé que dormía, pero está leyendo. Me pica la curiosidad y le echo un vistazo a la portada de su libro con disimulo. Es el último de Paul Auster, un autor que me encanta. Son las cuatro de la mañana, ¿por qué sigue despierto? Ignoro el interés que me produce y me dirijo al servicio. El lavabo es más espacioso de lo que me imaginaba y me pregunto si el mundo de los ricos siempre será así de ostentoso. Desde luego, debe sobrarte el dinero para ofrecerle cincuenta euros a una desconocida por quedarte con su taxi. Ni siquiera gano eso por dos

días de trabajo.

El avión comienza a temblar cuando salgo del baño. Se enciende la luz que indica que debemos abrocharnos los cinturones. Extiendo los brazos para sujetarme a los asientos mientras me doy prisa por llegar al mío. Entonces me tropiezo y me caigo encima de un cuerpo enorme y cálido. Axel se sobresalta y murmura una palabrota.

—Perdón —digo avergonzada—. Ha sido sin querer. He perdido el equilibrio.

—No pasa nada.

Intento levantarme y pongo las manos en su pecho. Me sorprende descubrir que está más duro que una piedra. No me lo esperaba porque es un tipo alto y con gafas que tiene pinta de ser un empollón y no un bajista cachas que se lo curra en el gimnasio. Me lo pienso mejor y trato de buscar otro punto de apoyo mientras el avión se sacude con fuerza.

—¿Quieres que te ayude a llegar a tu asiento?

—No hace falta.

Suspira.

—Tómate tu tiempo —dice con tono ofuscado.

—¡Que conste que no estoy disfrutando de la situación!

—No grites. Están todos dormidos.

—No lo he hecho a propósito —musito acalorada, y me apoyo en algo duro para ponerme de pie—. No te creas que me gusta estar sentada encima de ti.

Axel da un respingo.

—¿Qué pasa?

Nuestros ojos se encuentran. Su cara es un poema. Me mira a través de las gafas y me percato de que respira con dificultad. La nuez de su garganta sube y baja. Reconozco lo que estoy tocando antes de que él abra la boca.

—Que me estás tocando la…

—¡Mierda!

Me pongo nerviosa, levanto los brazos como si me hubieran pillado robando y pierdo el equilibrio. Al final termino recostada encima de él. Axel pronuncia otra palabrota. Madre mía, ¿acabo de tocarle loquetúyasabes a Axel? Me pongo enferma ante la posibilidad de que él piense que soy una pervertida. ¿Y si me toma por una de esas acosadoras que están mal de la cabeza? De repente, me coge de la cintura con una facilidad pasmosa y me ayuda a ponerme de pie. Las palabras se atascan en mi garganta cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo. Los dos estamos tan avergonzados que ninguno se atreve a mencionar lo sucedido.

—¿Te ayudo? —pregunta ofreciéndome la mano.

—No, gracias.

El avión se tambalea de nuevo. Tiene unas manos enormes y cálidas que abarcan mis hombros por completo.

—No seas cabezota. —Me sostiene del brazo con delicadeza y me ayuda a llegar hasta mi asiento—. Sana y salva.

—Gracias, Superman —respondo con ironía—. Ahora estoy en deuda contigo.

—Me conformo con que olvides lo del taxi, Lois Lane —responde irritado.

—Ya he pasado página.

—Qué suerte la mía.

Tuerzo el gesto. Mi expresión de enfado intenta competir con la suya. Es evidente que también quiere perderme de vista, pero el avión se sacude con brusquedad y se ve obligado a agarrarse a mi asiento para mantenerse en pie. Nos miramos con incomodidad y él es el primero en apartar la vista. Entonces se fija en mi libro.

—¿Me lo recomiendas? —Sé que solo lo pregunta por educación.

—Voy por la mitad. Me está gustando mucho.

El avión se inclina hacia abajo. Axel se agarra al borde de mi asiento. Inhalo con brusquedad y cruzo los dedos. Sé que estoy pálida. Solo necesitas saborear el peligro para reconocer que tienes muchísimas ganas de seguir viviendo. Quién me lo hubiera dicho. No sabía que le tenía tanto aprecio a esta vida patética e insulsa. Nunca subestimes el instinto de supervivencia.

—¿Temes las turbulencias? —pregunta con tacto.

—Un poco —admito con un hilo de voz.

—Las probabilidades de morir en un avión son de una entre 1,3 millones. Y la mayoría de los accidentes se saldan sin muertos.

—Qué bien, muchas gracias —respondo con frialdad—. Me quedo más tranquila ahora que mencionas la posibilidad de que la palmemos.

—Solo intentaba quitarte el miedo.

—Tu comentario es de mal gusto. Esas cosas no se le dicen a alguien que viaja por primera vez en avión.

—Yo no… —Axel suspira. En ese instante, el avión deja de moverse y él parece aliviado de no tener que seguir discutiendo conmigo sobre la remota posibilidad de un accidente aéreo—. Hasta luego.

—Adiós, Superman —digo sin poder contenerme.

Axel endereza la espalda mientras se aleja caminando. Me tapo la cara con las manos. Madre mía. Ahora voy a tener que convivir bajo el mismo techo que el tipo al que le he tocado el rabo sin querer. Tierra, trágame.

6

Lila

Son las doce del mediodía cuando sobrevolamos las Maldivas. Tengo las extremidades entumecidas y el cansancio se apodera de mi cuerpo. Aun así, miro por la ventanilla porque las vistas lo merecen. Al principio el cielo está cubierto de nubes, hasta que el avión comienza a descender y me encuentro con un paisaje espectacular iluminado por un sol intenso. Me quedo sin aliento. Islas dispersas en mitad del océano Índico. Lenguas de arena blanca e infinita. Atolones de un intenso verde esmeralda que se funden con el agua más turquesa que he visto en mi vida.

Jimena está embobada y Hugo no para de hacer fotos. Pol se despereza y asoma la cabeza por encima de mi asiento. Tiene los ojos hinchados porque acaba de despertarse.

—Hola, pelirroja. ¿Has disfrutado del viaje?

—Lila —le recuerdo con aspereza.

—¿Un buen vuelo, Lila?

—Sí —miento como una bellaca. Ojalá hubiera podido pegar ojo.

—¡Eh, Gabi! —la llama Pol—. Pensaba que lo tuyo era cantar, pero nos has amenizado a todos con tus ronquidos.

Gabi se levanta el antifaz y le enseña el dedo corazón. Pol se ríe.

—Me encanta tu buen humor por las mañanas.

—Que lo primero que vea cuando me despierto sea tu cara de feo no tiene precio —responde ella—. Y no ronco, imbécil.

Pol se lleva una mano al pecho.

—Me partes el corazón, princesa.

Jimena se aguanta la risa y Pol le guiña un ojo. Mi amiga se ruboriza y se aparta el pelo del rostro con gesto coqueto. Gabi, que ha sido consciente del intercambio de miradas cómplices, pone mala cara y se dirige a Jimena.

—No te hagas ilusiones con él. Es un neandertal que no merece la pena. Y dicen por ahí que la tiene pequeña.

—Ven y lo compruebas, Gabi —la provoca Pol.

Gabi se mete un dedo en la boca y finge una arcada. Leo y Axel se miran como si no fuera la primera vez que presencian una escena como esta. A pesar de que estoy agotada, lo veo todo con bastante claridad. Debo tener una conversación con Jimena para que no se

interponga entre lo que sea que tengan esos dos. No quiero que mi mejor amiga salga escaldada de este viaje.

Todos estamos deseando salir del avión después de catorce largas horas de vuelo. Por suerte, al viajar en primera clase somos los primeros en desembarcar. Me pregunto si hay algo que no pueda el dinero. Apenas ponemos un pie en el aeropuerto de Malé, un joven moreno agarra la maleta de Jimena.

—¡Eh, mi maleta! —protesta ella—. Devuélvemela, ladrón.

Gabi suelta una risilla despectiva.

—No te está robando. Se encarga de trasladar nuestro equipaje, bonita —la informa con un tono petulante que me saca de mis casillas.

—Oh —responde Jimena, y se pone colorada.

Leo le pide a su hermana que se comporte y ella hace oídos sordos. Sacudo la cabeza sin dar crédito. Menuda tía soberbia y maleducada está hecha. Axel se percata de mi expresión y me mira de reojo. Aprieto los dientes porque me acuerdo de lo que sucedió hace unas horas entre nosotros.

—¿Estás bien? —le pregunto a Jimena cuando nos quedamos atrás.

—Qué vergüenza.

—Pasa de ella. No merece la pena.

—¿Por qué es tan borde con nosotros?

—Porque cree que no estamos a su altura. No dejes que te afecte. Tú sabes quién eres y no necesitas que te dé su aprobación.

—Cómo te quiero, tía. —Jimena me rodea los hombros con el brazo —. Lo vamos a pasar genial, ya lo verás. Dentro de poco ni siquiera me tendrás en cuenta lo de mi hermano.

Nos subimos a un *buggy* que nos traslada al otro extremo del aeropuerto. Me parece una frivolidad porque solo son unos cuantos metros a pie, pero supongo que este viaje va a ser tan ostentoso como ridículamente caro.

Hay un hidroavión esperándonos en mitad del mar. A Jimena se le escapa un gritito de euforia y me da un codazo. Sonrío sin poder evitarlo.

—¿Otro avión? —pregunta alucinada.

—Para que nos traslade a la isla en la que vamos a alojarnos —le explica Axel.

El bajista es el primero en salir del *buggy*. Después ayuda a bajar a Gabi y luego a Jimena. Paso de él cuando me ofrece la mano. Qué plasta. Soy perfectamente capaz de bajar del coche. No soporto a los caballeros de la vieja escuela. Mucho darme la manita como si fuera una damisela en apuros, pero bien que me robó el taxi. Que le den. Axel me atraviesa con la mirada cuando lo adelanto. Hay un piloto y un azafato esperándonos en la plataforma flotante de madera.

—*Salam alaikum* —nos saludan.

—*Va-alaikum as-salaam* —responde Axel.

—¿Aquí se habla árabe? —pregunta Gabi cuando subimos al hidroavión.

—El idioma oficial es el divehi, pero el saludo es igual que el árabe —le explica Axel—. La religión oficial es el islam y el 98 por ciento de los ciudadanos son musulmanes.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. Conque aparte de ser un ladrón de taxis, también es un empollón. Cómo no. El muchacho es completito.

—¿Cómo se llama la isla a la que vamos? —pregunta Pol.

—Naladhu, que en divehi significa «hermosa isla». Está en la cara oriental del atolón sur de Malé.

—¿Qué es un atolón?

—Maldivas está formada por más de mil doscientas islas que abarcan veintiséis atolones, palabra que también proviene del divehi. Un atolón es un conjunto de islas que se forma cuando un arrecife de coral crece alrededor de una isla volcánica —informa Axel.

—Y luego te sorprende que te llamemos Axelpedia —bromea Pol, y se dirige a nosotros—. Axel es una enciclopedia con patas. Yo le puse el mote. ¿A que le viene que ni pintado?

«Un listillo con ínfulas», pienso para mis adentros.

Jimena me aprieta la mano cuando el pequeño avión despega del mar. Vuela a baja altura y desde la ventanilla podemos observar todas las islas. Las hay de formas circulares y alargadas o pequeñísimos montículos de arena que sobresalen en mitad del océano. Son manchas de tonos blancos y verdes que se funden con el agua cristalina.

—Somos unos privilegiados. Los científicos estiman que el país desaparecerá dentro de cien años —dice Axel.

—No seas exagerado —responde Pol.

—Es el país más bajo del mundo, con una altura promedio de 2,3 metros. No estoy exagerando.

—Pues entonces tendremos que aprovechar al máximo el viaje.

Pol me guiña un ojo. Me cruzo de brazos y clavo la mirada en la ventanilla para dejarle claro que no me interesa. Sé de qué palo va y no pienso ser el juguete con el que se entretiene mientras trata de poner celosa a Gabi.

—Haced lo que queráis, pero yo he venido a relajarme y ejercitarme para mantener mi tipazo. Todas las mañanas saldré a correr en ayunas —dice Gabi.

—Di que sí, rubia. No vaya a ser que engordes medio gramo. Que alguien le diga que no le hace falta matarse de hambre —responde Pol, y hay cierta preocupación en su voz.

—Estás estupenda, Gabi —dice Jimena.

—Tú qué vas a decir. A ti los periodistas no te siguen a todas partes

ni te hacen fotos poco favorecedoras que luego aparecen en la portada de alguna revista. Ni tampoco tienes que soportar que algún idiota critique tu aspecto en Instagram —responde Gabi con tono agresivo.

—Jimena solo intentaba ser amable contigo —la reprende su hermano.

Mi amiga se encoge en el asiento. Atravieso a Gabi con la mirada, pero está demasiado ocupada con su teléfono móvil como para darse cuenta del efecto que su falta de tacto provoca en los demás. Es una niñata egocéntrica y maleducada.

—Se te va a quedar pequeña la isla —interviene Axel para romper el silencio—. La más grande no llega a medir ocho kilómetros.

—Alguien ha hecho los deberes —bromea Pol para distender la tensión—. ¡Estamos aterrizando!

Todos pegamos las caras a las ventanillas. El hidroavión desciende sobre una pequeña isla alargada de arena blanca y espesa vegetación. Aterrizamos en mitad del mar y el azafato nos ayuda a bajar. Al otro extremo de la plataforma de madera hay un grupo de empleados maldivos que nos saludan. Llevan collares de flores alrededor del cuello y esbozan sonrisas amplias e idénticas. Todos excepto Gabi levantamos las manos para devolverles el saludo. Varios de ellos se acercan para cargar nuestro equipaje y una mujer nos coloca collares como los suyos. Axel, que es el más alto, se agacha para que consiga ponérselo.

—*Shukuriyaa* —dice él.

—¿Qué significa? —pregunta Jimena con curiosidad.

—«Gracias».

—¿Sabes hablar divehi?

—Qué va. Solo sé decir gracias. Lo he buscado en internet, aunque no creo que nos haga mucha falta porque su segundo idioma es el inglés.

Ahora sí que pongo los ojos en blanco. Creo que él lo nota porque me mira de reojo y frunce el ceño cuando paso por su lado. Es superior a mí. ¿Por qué tiene que comportarse como si los demás fuéramos unos completos ignorantes?

Me encantaría decirle al hombre que lleva mi maleta que no es necesario, pero supongo que los empleados del resort están obligados a cargar nuestro equipaje y solo conseguiría que le echaran la bronca. Así que me limito a seguir a los demás cuando nos adentramos en la isla. Hay una larga franja de vegetación sobre la cresta de la playa. Atravesamos una pequeña selva donde predominan las palmeras de coco, los árboles de pan y las higueras de Bengala. Jimena me da un codazo cuando me distraigo admirando el paisaje, aunque no puedo evitarlo porque me he criado en una floristería y disfruto como una niña al reconocer los diferentes árboles. Predominan las especies

tropicales y exóticas como el pandano y el ficus, pero también hay plantas importadas y de vívidos colores como los amancayos, los hibiscos y las buganvillas. Entre palmeras de coco y jardines de flores amarillas, púrpuras y moradas llegamos a una inmensa villa de dos plantas a orillas del mar.

Jimena me aprieta la mano y a Hugo se le escapa un suspiro de admiración.

—Qué pasada —musita mi amiga.

Tiene razón. Porque no sabía que el paraíso existía hasta que hemos aterrizado en esta isla.

La casa es una villa de inspiración colonial con más de seiscientos metros cuadrados de espacio y una piscina que se funde con el mar. Es un lugar que combina la opulencia con la privacidad. Techos altos, suelos de madera y todos los lujos que te puedas imaginar alrededor de un jardín cerrado con vistas a la playa. Hay tumbonas en la terraza, un minibar e incluso una hamaca balinesa suspendida sobre un suelo de cristal bajo el que se ve el agua turquesa del mar. Cuando me asomo para curiosear, hay un banco de peces alargados y amarillos.

—¡Mira! —Señalo los peces para que Jimena los vea.

Axel también se une para echar un vistazo.

—Peces flauta. O comúnmente denominados trompeta —nos informa Axel, a pesar de que nadie le ha preguntado.

—¿Hay algo que no sepas? —bromea Pol.

«Mantener la boca cerrada».

Un hombre de estatura baja y piel bronceada aparece en la terraza y nos ofrece una de esas sonrisas de fábrica que intuyo que imponen a todos los empleados del resort. Va vestido con un traje blanco de dos piezas.

—Encantado de conocerlos. Bienvenidos. Soy Hassan, su *kuwaanu.* —Se presenta en un perfecto español—. Estaré a su disposición las veinticuatro horas del día para hacer de su estancia en la villa una experiencia inolvidable.

—¿Nuestro qué? —pregunta Gabi.

—Su mayordomo —explica Hassan sin perder la sonrisa—. Me encargaré personalmente de confeccionarles un menú personalizado y de comunicárselo al chef, de abastecer el bar de la casa para garantizar que dispongan de sus vinos favoritos y de preparar el equipamiento de buceo. Además, los puedo acompañar de compras y organizar diferentes excursiones y actividades si así lo desean.

—Ah, genial —responde Gabi—. Prepárame un baño con sales aromáticas. Necesito gotas de lavanda para perfumar mi almohada. Y quiero fruta fresca recién cortada. Nada de coco. Me da igual que sea

típico de aquí. Odio el coco. Te dejaré una lista con la dieta que me ha preparado mi nutricionista. Tengo prohibidos los hidratos.

—Por supuesto, señorita Gabriella.

Gabi desaparece en el interior de la villa sin despedirse de nadie. Su hermano se frota la cara como si no pudiera dar crédito a su comportamiento. Hugo y Jimena están pasmados ante su actitud de diva. En cambio, a mí me bastaron tres segundos en el aeropuerto para descubrir que es una petarda insufrible. Menos mal que solo vamos a convivir diez días bajo el mismo techo.

Apenas han transcurrido unos minutos cuando Gabi regresa con las manos en las caderas.

—Solo hay cuatro habitaciones y somos siete —se queja—. No pienso compartir mi cuarto con nadie.

Leo suspira. Intuyo que está empezando a cansarse de la actitud mezquina de su hermana. Tengo la impresión de que en otro momento ya le habría cantado las cuarenta, pero ahora se está controlando porque estamos presentes. No quiere montar un espectáculo. Se nota que es una persona que guarda las apariencias.

—La puedes compartir conmigo —sugiere su hermano.

—De eso nada.

—No empieces, Gabi.

—A nosotros no nos importa compartir la habitación —interviene Jimena con tono conciliador.

—¡Estupendo! —exclama Gabi triunfal—. Me quedo con la de la segunda planta.

—Deberíamos hacer un sorteo. Es lo más justo —insiste Leo.

—Haz todos los sorteos que quieras, pero yo me quedo con una habitación individual.

Leo la fulmina con la mirada, aunque su hermana lo ignora.

—No podéis dormir los tres en un solo cuarto —añade Axel—. Vais a estar muy incómodos. Leo y yo podemos compartir una habitación doble. Pol, a ti no te importa dormir con Hugo, ¿no?

—¿Bromeas? —Pol estrecha la mano de Hugo con camaradería—. Hugo y yo ya somos casi hermanos. Los dos somos del Barça.

—¿Estamos de acuerdo? —pregunta Leo, que se encuentra visiblemente incómodo por el numerito egoísta que acaba de protagonizar su hermana.

Todos asentimos y él se queda más tranquilo. Jimena y yo nos dirigimos a una habitación libre de la primera planta. Tiene una enorme cama con dosel, un ventanal con vistas a la piscina y un baño privado con una bañera de hidromasaje y una ducha en la que como mínimo caben tres personas. Mi amiga se deja caer en la cama con los brazos abiertos y una sonrisa apacible en la cara.

—Esto es mejor que tener un orgasmo.

Comienzo a deshacer mi equipaje. En la mesita de noche hay una caja de bombones y una cubitera de hielo con una botella de Moët & Chandon. Jimena se sirve una copa de champán y rasga el envoltorio de un bombón.

—¿Quieres una?

—No.

—¡Solo por una vez! Esta botella vale una pasta. Es una pena no bebérsela. Casi un pecado.

—Sabes que no bebo.

Jimena no insiste porque conoce mi opinión acerca del alcohol.

—Son todos muy majos, ¿a que sí?

—Sobre todo Gabi —respondo con ironía.

—Menos ella —concuerda decepcionada—. Menudo palo. La admiraba muchísimo.

—Ni caso.

—Y Axel es un encanto.

Resoplo. Jimena me tira una almohada.

—Deja de poner caras cada vez que el pobre cuenta alguna curiosidad. Eres muy transparente y se nota que no lo tragas.

—Es un sabelotodo.

—Ya tenéis algo en común.

—¡No es verdad! —exclamo indignada, y luego me lo pienso mejor —. Por lo menos no voy soltando por la boca todas las chorradas que he buscado en internet para impresionar a la peña.

—No creo que lo haga por eso —dice pensativa—. Tú podrías habernos dado una lección de botánica, pero estabas demasiado ocupada observándolo todo con ese ojo crítico que tienes. Relájate, Lila.

—Estoy muy relajada —respondo a la defensiva.

—Se nota.

Paso de discutir porque sé que va a empezar con ese rollo hippy de disfrutar del momento y vivir al límite. A la mierda toda la propaganda del *carpe diem.* Sé lo que sucede cuando te dejas llevar y no mides las consecuencias de tus actos.

Alguien llama a la puerta.

—¡Adelante! —exclama Jimena.

Leo asoma la cabeza.

—¿Interrumpo? —pregunta con prudencia.

—¡Para nada! —responde mi amiga encantada de verlo.

—Nos vamos a dar un paseo por la playa para conocer la isla. ¿Os apuntáis?

Estoy agotada y solo quiero descansar, pero Jimena habla por las dos.

—Por supuesto que sí.

—¡Genial! —Leo esboza una sonrisa sincera—. Siento que hayáis tenido que presenciar el numerito de mi hermana. No quiero justificarla, pero os prometo que no es tan insufrible como parece.

«Ja, seguro».

—No pasa nada. —Jimena le resta importancia—. De verdad. Ya está olvidado.

Leo parece aliviado.

—Os esperamos en la entrada.

Jimena se lleva una mano al corazón cuando él se va.

—Lástima que esté pillado. Por lo visto está superenamorado de su novia. Me lo ha contado Pol.

—Será mejor que te mantengas alejada de Pol.

Jimena resopla.

—¿Por qué haría tal cosa? —Se ríe—. Tú eres la que le mola, aunque no le hagas ni caso. No soy tonta, no te preocupes por mí. Ya sé que es el típico tío con el que te lo pasas bien y no puedes ir en serio. Por eso te lo digo. Podrías darte una alegría con él.

—Lo lleva claro conmigo. No es mi tipo, y, si lo fuera, jamás me interpondría entre él y Gabi.

—Sí, parece que hay algo entre ellos —admite Jimena—. Pues si Pol no te gusta, Leo está cogido y mi hermano es tu ex, el único tío disponible es Axel.

—Te lo regalo.

—Qué mala eres.

7

Axel

La isla de Naladhu es un auténtico paraíso. Estamos dando un paseo por la orilla de la playa. La arena es blanca y fina y el agua de un azul turquesa que parece sacado de una postal de alguna agencia de viajes. Jimena charla animadamente con Pol, con quien parece haber hecho buenas migas. Unos metros más adelante, creo que Leo está sermoneando a su hermana por lo sucedido con el reparto de habitaciones. Adoro a Gabi, pero la verdad es que se ha pasado tres pueblos. Hugo está haciendo fotos y Lila permanece alejada del grupo y absorta en su mundo. Me gustaría darle conversación, aunque he decidido mantener la distancia con ella porque no hemos empezado con buen pie. Además, cada vez que nuestras miradas se cruzan pone mala cara. Estoy acostumbrado a causar buena impresión en los demás y su actitud me saca de mis casillas.

Lleva un kimono blanco de estilo étnico y un biquini rojo palabra de honor. Es guapa, lo reconozco. No es una belleza despampanante. Tiene el rostro aniñado y las facciones delicadas. La nariz respingona, la boca pequeña y los ojos de un azul cielo que destacan en su piel pálida cubierta de pecas.

«No es mi tipo».

Es bajita y está muy delgada, pero no pasa desapercibida con ese cabello pelirrojo y rizado. Además, a Pol le gusta y jamás me pelearía con un amigo por una tía. Le deseo suerte porque la va a necesitar. Se nota que es una chica bastante complicada. De repente, me pilla mirándola y enarca una ceja. Giro la cabeza con brusquedad y finjo estar muy interesado en un cangrejo que se esconde dentro de una caracola.

Alguien se cuelga de mi brazo. Es Gabi.

—Como me siga dando la chapa, lo mando a la mierda. —Se refiere a su hermano.

—¿Debo recordarte que estamos aquí por tu culpa? —Le froto los brazos para que se relaje—. Nadie te pide que te hagas amiga de ellos, pero al menos podrías intentar ser amable.

—Guardar las apariencias debería estar prohibido. La sociedad te bombardea para que seas tú mismo, pero cuando eres imperfecto te exige que te conviertas en otra persona. La vida no tiene ningún

sentido si finges ser alguien que no eres. —Siempre responde con tanta libertad que a veces la envidio—. No he nacido para cumplir los estándares absurdos que me han impuesto un puñado de extraños a los que les importo una mierda. ¿Por qué a todos os parece bien que nos obliguen a ser unos falsos?

—Yo no he dicho que me parezca bien.

—Pero pasas por el aro.

—Porque quiero seguir trabajando en lo que me gusta.

—Somos buenos haciendo música. Eso es lo único que debería importar. No soy perfecta ni quiero ser el ejemplo de nadie. Soy cantante. Y mi trabajo se me da de maravilla. Sin embargo, todos quieren que sea simpática, dulce y una hipócrita que se desvive por caer bien a los demás. ¿Y sabes qué? Prefiero ser imperfecta y real antes que un espejismo de mí misma. No sé de qué va la vida, pero estoy convencida de que no tiene nada que ver con ser una actriz el cien por cien del tiempo, ¿no crees?

—Nadie te pide que seas hipócrita —respondo con cautela—, solo que suavices ciertas actitudes. Este es nuestro mundo, Gabi. Y todos sabemos que no es un lugar fácil en el que se nos permita cometer errores.

—Así que para ganarme la aprobación de los demás no puedo ser yo misma… —Sacude la cabeza y esboza una sonrisa sarcástica—. Creo que paso.

No voy a discutir con ella porque sé que es perder el tiempo. Gabi tiene una forma de ver la vida que implica coger todo lo que desea y aprovechar el ahora sin pedir disculpas. Es de las que piensan que la vida son dos días y no puedes desperdiciar ni uno solo por miedo a cometer errores.

Se agacha para coger un puñado de arena. Luego separa los dedos y deja que se escurra entre ellos.

—¿Por qué la arena es tan blanca? —pregunta con curiosidad.

—Porque está compuesta, en su mayoría, por fecas de pez loro. El resto viene de un alga.

—Espera, ¿qué?

Pol y Jimena, que están a pocos metros, se acercan a cotillear. Gabi se sacude la arena de las manos y pone cara de asco.

—¿Me estás diciendo que esto en realidad es mierda de pez? —pregunta horrorizada.

—Pues sí. El pez loro tiene una dentadura especial que le sirve para romper los corales de los que se alimenta. Luego los excreta y pasan a la arena como sedimento. Se calcula que esta especie produce unas quinientas treinta y una toneladas de arena al año. Impresionante, ¿eh?

—Qué asquito.

Pol le tira una bola de arena a Gabi que impacta en su cabeza. Ella se pone hecha una furia.

—Eh, Gabi, ¡tienes mierda en el pelo!

Ella se lo sacude.

—¿Qué tienes? ¿Quince años? —Luego coge arena con las dos manos y corre detrás de él—. ¡Ven aquí, idiota!

—¿No querías salir a correr? —se burla Pol.

Gabi le lanza una bola de arena, pero él consigue esquivarla. No contenta con eso, también lo persigue por la orilla. Pol le da una patada al agua y le salpica las pantorrillas.

—¡Te vas a comer toda la arena de la playa! —le advierte cabreada —. Pol, ven aquí. Como no vengas, va a ser peor.

—Gabriella, Gabriella…, que me pongo tontorrón cuando te enfadas.

—Pues yo me pongo enferma cuando no me tomas en serio.

Gabi consigue por fin tirarle un puñado de arena encima y sonríe triunfal, pero la alegría le dura poco porque Pol la tira al suelo. Comienzan a forcejear. Ella chilla y patalea. Parecen dos críos. Leo sacude la cabeza y los mira como si fueran un caso perdido.

—¿Te imaginas que al final Pol termine siendo tu cuñado? —bromeo.

A mi amigo se le cambia la cara.

—Que me caiga un ladrillo encima si eso pasa.

A pesar de que Gabi es más pequeña que Pol también tiene más mala leche y le hunde el codo en las costillas. Él abre la boca y ella le mete un puñado de arena dentro, lo que provoca que comience a toser. Después aprovecha su momento de debilidad para arrastrarlo de una pierna en dirección a la orilla.

—Con suerte te comerá un tiburón y no volveré a verte la cara.

—¿Y qué harías sin mí, rubia?

—¡Ayudadme a ahogarlo!

Jimena, ni corta ni perezosa, se une a ella y lo arrastra de la otra pierna. Entre las dos consiguen meterlo dentro del agua. Pol suplica que lo ayudemos. Leo y yo nos encogemos de hombros.

—¿Se lo tiene merecido? —pregunto.

—Desde luego —responde Leo—. Pero le están dando una paliza. Y es nuestro amigo.

Nos metemos en el agua para echarle un cable. Gabi y Jimena inician una pelea de ahogadillas. Hugo se une a nosotros porque esas dos tienen muy mal genio. Pol consigue sacar la cabeza del agua y comienza a salpicar a Gabi.

—¡Vamos, Lila! —le pide Jimena—. Demostrémosles que la unión de las mujeres hace la fuerza.

Pero Lila está cruzada de brazos y se limita a observarnos con

expresión censuradora. La pelirroja, desde luego, es el alma de la fiesta. Pol corre hacia ella para hacerle un placaje. Lila levanta los brazos y le advierte con la mirada que no se atreva.

—¡La Sirenita debe estar en el agua! —La coge en brazos—. ¡Te pesqué!

—No, ¡para! —protesta ella.

Por mucho que suplica, no le hace ni caso y la arroja al mar cuando viene una ola. El agua se traga a Lila. Pol puede ser un bruto cuando se lo propone, así que extiendo el brazo para echarle un cable. Entonces ella emerge a la superficie escupiendo agua y me da un tortazo. Jimena y Gabi se doblan por la mitad y se parten de risa. Leo pone cara de circunstancia, pero la sonrisa lo traiciona.

—Menuda hostia te ha dado.

—Joder con la Sirenita. En la película no tenía tan malas pulgas —dice Pol.

Me aparto de ella y le dedico una mirada asesina. Al menos tiene la decencia de parecer avergonzada.

—Ha sido sin querer —musita.

—Sí, ya —respondo ofuscado—. Me has confundido con Pol y me he llevado un guantazo. Tienes muy mal carácter, ¿no te lo han dicho nunca?

—Te estoy diciendo que ha sido sin querer. —Comienza a alejarse caminando y murmura—: Malpensado.

—Habló.

—¿Qué has dicho? —replica, y se vuelve hacia mí hecha una furia.

—Desde el aeropuerto tenías ganas de guerra. Todos lo hemos notado. Solo sabes poner malas caras y lanzar miraditas cargadas de superioridad moral.

—Ten cuidado. Parece que has tragado mucha mierda de pez, Einstein.

—Por lo menos no voy pegándole a la gente, Jackie Chan.

—¡Que ha sido sin querer! —grita, y se aleja en dirección a la casa.

Estoy a punto de vocearle que es una rencorosa con muy mal genio a la que es mejor tener bien lejos, pero me percato de que todos me están mirando y se están partiendo de risa. Pongo mala cara.

—Venga, tío, que ha sido sin querer. Ya la has oído —me tranquiliza Leo, y se le escapa la risa floja.

—Por poco te tumba. —Pol me da una palmadita en la espalda—. ¿Cómo está tu ego, grandullón?

—Ja, ja. —Me río con desgana al recordar el apelativo que me dedicó la pelirroja—. La culpa ha sido tuya y te has ido de rositas. ¿Por qué tengo que pagar yo las consecuencias de tus actos? No lo entiendo.

—Mi encanto natural siempre me salva de las situaciones adversas

—responde orgulloso—. Y esta cara está hecha a prueba de tortazos.

—Eres tonto, Pol. —Gabi le salpica—. Qué lástima que no lo sepas.

—En realidad es un amor de persona. —Jimena sale en defensa de Lila—. Solo hay que conocerla un poquito.

—Gracias, no me apetece —respondo con frialdad.

Antes muerto que cerca de esa pelirroja pequeña pero matona. ¿La Sirenita? De eso nada. Le pega más ser Úrsula, la villana de la película. Aunque Úrsula tenía su gracia y a la pelirroja no se la encuentro por ningún lado porque es una borde.

Fragmento de la revista *¡Viva la música!*

¿Quién es Axel Vila?

Puede que el nombre de Axel Vila no os suene demasiado, pero si os hablo del bajista de Yūgen, el joven de veintitrés años alto y taciturno de la banda, seguro que la cosa cambia. Aunque cuenta con su propia legión de fans, Axel es el integrante que se mantiene más alejado de los focos y, por tanto, es el menos conocido de los cuatro.

Su vida es un misterio. No tiene redes sociales y siempre está en un discreto segundo plano. Al joven vasco no se le conoce pareja y, a diferencia de sus compañeros de grupo, jamás ha protagonizado un escándalo. Quienes lo conocen dicen que es un chico sensato y humilde que huye de la fama. Algo casi imposible teniendo en cuenta que es el bajista del grupo de rock más conocido de España…

Pero ¿quién es Axel en realidad? Para Pol, el batería, es el amigo más leal que te puedes echar a la cara; para Gabi, la vocalista, su segundo hermano; y para Leo Luna, la voz de la razón.

Sin embargo, por mucho que sus compañeros hablen de él, seguimos sin saber casi nada sobre el integrante más reservado de Yūgen. Tiene varios clubes de fans en Instagram, pero es ajeno al revuelo que causa a su alrededor. Se ha convertido en una incógnita, lo que aviva la curiosidad de los seguidores del grupo y de la prensa.

Un joven que ha decidido pasar desapercibido en un mundo que exige saberlo todo de él. ¿Lo conseguirá?

8

Lila

Estoy que trino después de lo sucedido en la playa. ¿Cómo puede creer que lo he golpeado a propósito? Me estaba ahogando y le pegué sin querer cuando intentaba salir del agua. No soy tan mala ni tan vengativa, pero supongo que no tiene ningún sentido que intente explicárselo porque Axel ya se ha formado una opinión de mí. Me trae sin cuidado. Ni siquiera quería venir a este viaje y solo estoy aquí para complacer a mi mejor amiga. ¿Qué importa lo que piense el bajista de una banda de rock con el que no tengo nada en común?

Jimena se ha empeñado en peinarme y me está haciendo una trenza de espiga. Le he pedido que no se esforzara mucho, pero ha hecho oídos sordos y se ha puesto a toquetearme el pelo después de maquillarme. Ahora llevo un delineado malva con el que no me siento cómoda, aunque dice que me queda de fábula.

—Te resalta los ojos —insiste cuando nuestras miradas se cruzan en el espejo del tocador—. Ojalá tuviera tu pelo.

—Te regalo mi pelo de estropajo. Ser pelirroja está sobrevalorado. De pequeña me llamaban Zanahoria. ¿Te acuerdas de aquel chico que se pasó todo el año metiéndose conmigo? Una vez me encerró en el servicio y me dijo que las pelirrojas dábamos mala suerte.

—¡Cómo olvidarlo! Lucas nos convenció para darle su merecido y a la salida le tiramos encima un cubo de agua con azafrán. Nos expulsaron una semana.

—Pero no volvió a meterse conmigo.

Jimena levanta el puño y exclama:

—¡Justicia!

—Éramos los tres mosqueteros —recuerdo con nostalgia, y noto que me empiezan a picar los ojos.

Jimena me da un abrazo.

—Yo también lo echo muchísimo de menos —me confiesa. Durante estos tres últimos años nuestras conversaciones sobre Lucas han sido escasas porque sabe que me duele hablar de él—. Le habría encantado venir con nosotras.

—Quería ver mundo…

Me levanto para evitar su mirada. Sé que Jimena me mira preocupada. Probablemente se está mordiendo el labio mientras busca

alguna forma de llegar a mí, pero me he convertido en una experta que se cierra en banda cuando los demás intentan ayudarla.

—No fue culpa tuya, Lila —dice con suavidad—. A él no le gustaría que te culparas. Los amigos de verdad te animan a perseguir tu felicidad. Y Lucas era un gran amigo. No querría que te quedaras estancada en el pasado. ¿Te acuerdas de lo que solía decir?

—«El que mira atrás es incapaz de avanzar» —respondo esbozando una sonrisa débil—. No sé por qué no le dio por estudiar Filosofía. Siempre tenía frases para todo.

—Nunca hemos hablado de lo que sucedió —dice con tacto—. ¿Cómo te vas a olvidar del pasado si no puedes enfrentarlo?

—No quiero hablar de ello —respondo con un hilo de voz.

—Solo quiero que sepas que me tienes aquí si necesitas desahogarte. Eres humana y viviste algo muy duro. Pedir ayuda no te hace menos fuerte.

—Deberíamos ir a cenar. Nos estarán esperando. —Cambio de tema.

Jimena lo deja estar y me sigue hacia la terraza. Hay una enorme mesa de madera repleta de comida. Ella se sienta enfrente de Pol y me veo obligada a ocupar el único sitio libre, al lado de Axel. No nos miramos. Aparto la copa cuando Pol intenta servirme vino.

—¿Coca-Cola? —sugiere.

—Sí, gracias.

—Una chica sana —dice Gabi con retintín. Hassan aparece en ese momento y Gabi señala los platos—. ¿Qué es todo esto?

—Comida tradicional maldiva para darles la bienvenida. Nuestra gastronomía se basa en cuatro ingredientes principales: pescado, arroz, curry y coco —nos explica Hassan—. Ese plato se llama *gulha*. Son unas albóndigas de pescado fritas con coco y cebolla, aderezadas con lima y chili. Y ese tentempié triangular se llama *bajiya*. Es una masa con una mezcla de patata, guisantes y lentejas. También hay curry de berenjenas, *theluli kavabbu*, que son croquetas de pescado, *kulhi borkinaa*…

Se me hace la boca agua al observar el banquete. Hay langosta, cangrejos, atún con sésamo, yuca, plátano verde y batata cocida, entre otros manjares maldivos. La comida desprende un olor exquisito y se nota que el chef se ha esmerado. Hassan explica con orgullo los pormenores de su gastronomía natal cuando Gabi lo interrumpe.

—Te dije que estaba siguiendo una dieta especial.

El mayordomo no pierde la sonrisa.

—Lo sé, señorita Gabriella. El pescado no es hidrato de carbono y hay fruta fresca. No obstante, el chef espera que su dieta pueda ser flexible para que disfrute de nuestra deliciosa gastronomía.

—Dile al chef que eso lo decidiré yo —responde indignada—. ¡Y hay coco por todas partes!

—A algunos nos gusta el coco —respondo sin poder evitarlo.

—¿Qué dices? —Gabi clava la mirada en mí. Va lista si cree que puede intimidarme con su actitud de cría caprichosa.

—Eres una maleducada. Hassan está siendo muy profesional y amable. En su lugar ya me habría pegado un tiro si hubiera tenido que lidiar con todas tus exigencias de diva.

Gabi abre los ojos de par en par. No está acostumbrada a que le hablen así. Pol comienza a comer y dice:

—¡Delicioso!

Todos le siguen el rollo. Gabi echa chispas por los ojos mientras yo le sostengo la mirada sin inmutarme.

—Puedo pedir que le preparen otra cosa, señorita Gabriella —sugiere Hassan.

—Todo está riquísimo. No hace falta, Hassan. Y tutéanos, por favor —interviene Leo con tono diplomático—. Esta noche podemos prescindir de tus servicios. Gracias por la cena. Y dale la enhorabuena al chef.

El hombre se despide de nosotros. Me siento aliviada cuando se marcha porque lo compadezco. Debe de ser muy difícil nacer en un país como el suyo y desvivirse para cumplir los deseos de un puñado de extranjeros que se comportan como si el mundo fuera de su propiedad tan solo porque creen que pueden comprarlo todo con dinero.

Leo susurra algo al oído de su hermana y ella coge un trozo de atún. Está comiendo de mala gana y de vez en cuando me lanza miradas de soslayo. La tensión se puede cortar con un cuchillo, a pesar de que Pol intenta animar el ambiente contando una anécdota del día que una adolescente lo confundió con Harry Styles.

—¡No nos parecemos en nada!

—Desde luego —responde Gabi—. Él está mil veces más bueno que tú.

Apenas me integro en la conversación. Me doy cuenta de que Pol y Leo son los más habladores del grupo. Gabi a veces interviene para picar a Pol, pero la mayor parte del tiempo está ocupada con su teléfono móvil. Me sorprende que Axel sea tan reservado y se limite a responder cuando le hacen preguntas directas. Lo tenía por un tipo bastante parlanchín, pero resulta que Einstein es más parco de lo que imaginaba.

—Un segundo. Me parece que estamos en inferioridad de condiciones. Vosotros lo sabéis todo sobre nosotros, pero nosotros no sabemos nada de vosotros —dice Pol.

—A mí no me interesa —responde Gabi.

—Nadie te ha preguntado —la corta su hermano.

Ella pone los ojos en blanco antes de devolver la atención a la

pantalla de su móvil.

—Estudio ADE en la Complutense —explica Jimena.

—Soy fotógrafo —dice Hugo.

A Gabi se le ilumina la expresión.

—¿Qué clase de fotógrafo? —pregunta con repentino interés.

—La verdad es que hago cualquier trabajo que me vaya saliendo: bautizos, comuniones, *books* de fotos…

—¡Ya sé quién me va a hacer las fotos para Instagram!

—No tengas morro, Gabi —dice Pol—. A lo mejor no le apetece hacerte fotos en biquini. Todos sabemos que te crees guapísima, pero seguro que Hugo prefiere fotografiar las palmeras antes que a ti.

—Me lo dice el que se queda embobado cuando me pongo a tomar el sol.

—Me fascina tu ego, princesa.

—Me lo creo porque lo valgo.

—No necesitas abuela, ¿eh? —Pol cabecea mientras esboza una sonrisa divertida—. Te lo he dicho mil veces, Gabi. Me gustan más altas y simpáticas que tú. Por favor, no insistas. Lo nuestro es imposible.

—El día que te mire con otros ojos habré perdido el buen gusto —responde ella—. No, gracias.

Jimena y Hugo están alucinados, pero Axel y Leo se limitan a cenar sin darle mayor importancia al intercambio de pullitas entre Pol y Gabi.

—A mí no me importa hacer de fotógrafo —resuelve Hugo para calmar el ambiente—. Me encanta mi trabajo.

«I mí ni mi impirti hicir di fitigrifi». Uf, qué pelota. Si todos lo conocieran tal cual es, otro gallo cantaría.

Gabi sonríe triunfal. Está encantada de salirse con la suya.

—¿Y tú a qué te dedicas, pelirroja? —pregunta Pol con curiosidad.

Me doy cuenta de que me está hablando a mí. Le encanta poner motes y ya he llegado a la conclusión de que me voy a quedar con «pelirroja» aunque lo corrija un millón de veces. Creo que puedo soportarlo.

—Trabajo en una cafetería.

Jimena me da una patada por debajo de la mesa y le lanzo una mirada de advertencia para que esté callada. Ya sé lo que va a decir, pero no tengo la necesidad de impresionarlos. Mi trabajo es tan honrado como cualquier otro. No tengo de qué avergonzarme.

—Qué interesante —responde Gabi con desdén, que estaba deseando devolvérmela—. Ya sabemos quién puede servirnos los cafés.

—Gabi… —la censura Axel.

—¿Qué? —replica con falsa inocencia.

—Prefiero servir cafés a creerme la última Coca-Cola del desierto —respondo sin venirme abajo—. Al menos lo primero tiene utilidad.

Pol se ríe. Gabi pone mala cara y me dedica otra mirada llameante. Quiere responder, pero su hermano se le adelanta.

—Tengamos la fiesta en paz, Gabi.

—No iba a decir nada. No vaya a ser que me dé un tortazo como a Axel.

—Descuida, soy pacifista y pobre. Me da a mí que ponerte en tu sitio me saldría bastante caro —respondo con frialdad.

Jimena se atraganta con el vino. Todos me miran perplejos.

—Guau. Camarera, pacifista y karateka. Lo tienes todo, guapa —contraataca Gabi con tono mordaz.

Axel se pasa la mano por el pelo, incómodo. Leo se frota la cara. Jimena y Hugo no saben dónde meterse. El único que disfruta de la situación es Pol y sospecho que se debe a que es la clase de persona que no se toma nada en serio. Ya he tenido suficiente por hoy. Me estoy levantando para marcharme cuando un grupo de diez hombres aparece en la terraza. Todos van descalzos, vestidos con camisa blanca de manga larga y un pareo azul atado a la cintura. Algunos llevan tambores y supongo que van a amenizarnos la velada con algún tipo de actuación típica del país.

—Espera, que todavía nos queda lo mejor —se burla Gabi.

Pol le lanza un trozo de coco.

—Cállate, aguafiestas.

—Me parece que van a interpretar una danza llamada *boduberu* —nos explica Axel—. Es un baile que aúna todas las culturas que han tocado el país. Tiene reminiscencias tropicales, orientales y africanas. Los tambores están hechos de coco, y ese instrumento alargado se llama *onugadu* y está fabricado con bambú.

Escucho la explicación de míster sabelotodo con curiosidad porque no tenía ni idea. Hay que reconocer que el mote de Axelpedia es muy apropiado.

Una melodía lenta y marcada por la percusión comienza a sonar mientras los bailarines danzan con movimientos frenéticos hasta quedar envueltos en una especie de trance. Es un espectáculo extraño y salvaje. Pol toca las palmas y los demás lo secundamos. Incluso Gabi se anima cuando un bailarín le ofrece la mano para bailar. Al final todos se levantan para moverse al ritmo de la percusión. Axel y yo somos los únicos que permanecemos sentados observando la actuación. De repente, alguien me coge del brazo y me arrastra hacia la pista. Es Jimena.

—¡Qué pasada! —Extiende los brazos e intenta imitar los movimientos exaltados de los bailarines—. ¡Me siento libreee!

Sonrío al verla tan feliz. Jimena es la clase de amiga que cualquiera

se merece y que pocos tienen la oportunidad de conocer. Intento mezclarme con los demás para no desentonar. Un bailarín me coge de la mano y me hace dar una vuelta.

—*Let yourself go!* —me anima.

—Oh, no sé bailar —murmuro avergonzada.

Pol y Gabi lo están dando todo mientras Hugo y Leo intentan seguir los pasos. Jimena se atreve a tocar un tambor como si hubiera nacido para ello. Me estoy dando la vuelta para escaquearme cuando de repente choco con alguien. Axel me sostiene por la cintura porque estoy a punto de perder el equilibrio. Es una mole. Sobrepasa el metro noventa y a su lado me siento minúscula. No en sentido figurado, sino literal, porque apenas le llego por los hombros.

—Parece que no podemos escaparnos.

—Sí —respondo, y noto cómo un intenso calor se apodera de mis mejillas.

Es atractivo. Por primera vez desde que lo conozco reparo en su apariencia. Alto y de pelo castaño oscuro. Las gafas le dan un rollo intelectual y serio. Tiene los ojos de un tono verde pardo y la boca muy carnosa. Sus enormes manos siguen ancladas en mi cintura. Nos miramos. Tengo un nudo en la garganta. No soy de piedra y hace muchísimo tiempo que no bailo con un chico. Un segundo. ¿Se supone que vamos a bailar? ¿De verdad me estoy planteando la posibilidad de bailar con el grandullón?

—Creo que deberíamos movernos para no llamar la atención —sugiere.

—No sé bailar.

—Yo tampoco.

—Y me parece que este ritmo no es para bailar pegados.

Axel se queda descolocado hasta que se percata de que tiene las manos en mi cintura y se aparta de golpe, como si tocarme le produjera urticaria.

—No me había dado cuenta. Te ibas a caer y…

—Tranquilo. —Levanto los brazos en señal de paz—. Aunque tenga mala fama, no voy a pegarte.

Axel sonríe. En sus ojos verdes brillan motitas de un tono dorado. Me evalúa con algo que no sé discernir e intento mantener el tipo. No me afecta, es solo que llevo demasiado tiempo sin acostarme con un chico. Los dos nos movemos con torpeza e intentamos seguir el ritmo de la música. Le doy un pisotón y él se ríe. Me muerdo el labio y le ofrezco una mirada avergonzada. Lo estamos pasando bien. Ya no recordaba lo que se siente al divertirse. Se me había olvidado qué es ser una chica de veintiún años que solo quiere disfrutar del momento. Por eso me permito un instante de debilidad. Axel extiende el brazo y me estremezco cuando me roza el costado. Bailamos casi pegados

porque ambos tenemos miedo de romper la escasa distancia que nos separa. Hay un acuerdo tácito e implícito entre nosotros. Una tregua pasajera en la que nos permitimos ser dos personas que se lo están pasando bien. Las risas se mezclan con el sonido de los tambores. Y me dejo llevar…

Bailo.

Me río cuando Jimena dice una barbaridad un tanto obscena.

Le devuelvo la sonrisa a Axel.

Estoy dándolo todo cuando, de repente, una copa se cae al suelo y se rompe en pedazos. Es el ruido. Ese ruido que interpreto como una amenaza. Me sobresalto y me quedo paralizada por el miedo. Siento como si un centenar de arañas me treparan por la espalda. Un puñado de recuerdos dolorosos me atraviesa el pecho. Ya no puedo pensar con claridad. Estoy aquí, pero mi cabeza se encuentra en un lugar muy lejano. Mi cerebro se niega a cooperar y comienzo a verlo todo borroso. Me llevo una mano al pecho porque no puedo respirar. Axel me pregunta si estoy bien, pero la situación me supera y me aparto de él. El ruido se vuelve insoportable y noto que me falta el aire. Entonces alguien me agarra del brazo y me aleja de la multitud.

9

Axel

Estoy preocupado porque Lila no reacciona. Está pálida y tiembla como un cervatillo asustado en mitad de una autopista. Los demás siguen bailando en la terraza y no se han percatado de lo sucedido, pero yo me encontraba muy cerca de ella y he sido consciente de cómo le ha cambiado la expresión cuando la copa se ha caído al suelo. Se ha quedado paralizada. Parecía que hubiera visto un fantasma.

—¿Estás bien? —pregunto con voz suave.

Lila se agarra a la encimera de la cocina. Tiene los ojos vidriosos y se lleva una mano al pecho. Me doy cuenta de que le cuesta respirar. Cojo un taburete y la ayudo a sentarse para que no se caiga. Luego abro todos los cajones hasta que encuentro una bolsa de papel. Sé lo que tengo que hacer porque lo aprendí en un curso de primeros auxilios.

—La bolsa te ayudará a respirar.

No reacciona.

—Parece una tontería, pero al respirar en la bolsa inhalas parte del CO2 que has exhalado, y eso te ayuda a recuperar la normalidad. —Lila no parece estar escuchándome, así que le froto la espalda y añado con tono calmado—: Por favor, confía en mí.

Se lleva la bolsa a la boca y comienza a respirar. La bolsa se hincha y se deshincha. Le susurro al oído que todo va a ir bien mientras le acaricio la espalda, pero en el fondo estoy aterrado porque de repente parece vulnerable y pequeñita. Continúa respirando con la ayuda de la bolsa durante un par de minutos hasta que se calma un poco. Entonces me aparto de ella para ofrecerle un vaso de agua.

—Gracias —musita después de beber.

—¿Estás mejor?

—Sí.

El color ha regresado a sus mejillas, pero el miedo en sus ojos sigue intacto. Sé que no debo meterme donde no me llaman. Quizá tendría que dejarla sola y avisar a sus amigos, pero no soy de esos que ignoran una situación complicada cuando alguien lo está pasando mal. Según mi *amona*, solo los cobardes optan por mirar para otro lado.

—¿Necesitas ayuda? —insisto, y ella sacude la cabeza con vehemencia—. Podría llamar a un médico.

—No hace falta.

Lila se pone de pie. Ahora vuelve a ser la chica dura e inaccesible a la que me tiene acostumbrado, aunque hay algo en su mirada que me dice que solo es una fachada. Hasta hace un momento estaba aterrada.

—¿Quieres que avise a Jimena?

—Ni una palabra de esto a Jimena —me ordena.

Asiento con expresión tensa. No quiero dejarla sola, pero no sé qué otra cosa puedo hacer por ella. Apenas nos conocemos y es evidente que ninguno es una compañía grata para el otro. De todos modos, me veo obligado a insistir porque mi conciencia me lo ordena.

—Parecía un ataque de ansiedad.

—Solo ha sido una bajada de tensión. —Le resta importancia.

—Ya sea un ataque de ansiedad o una bajada de tensión, lo conveniente sería que te viera un médico.

Lila endereza la espalda y me ofrece una mirada tirante.

—Gracias por ayudarme, pero me encuentro perfectamente y sé cuidar de mí misma —responde con aspereza—. Me voy al dormitorio a echarme un rato. Si Jimena te pregunta por mí, dile que estoy cansada.

—Vale —contesto dándome por vencido.

La veo marchar y contengo el impulso de seguirla para cerciorarme de que se encuentra sana y salva. «No es asunto mío», me repito. Y si llamara a la puerta de su habitación sé que nos enfrascaríamos en una discusión. Lila tiene muchísimo carácter. A las pruebas me remito. Hace un momento ha puesto en su sitio a Gabi sin despeinarse.

Todos entran en casa cuando el espectáculo termina. Jimena me pregunta si he visto a Lila y me veo obligado a mentirle. Suspira decepcionada y se apunta a jugar una partida de futbolín con Pol, Leo y Hugo. Gabi se tumba en el sofá para cotillear Instagram y pone el grito en el cielo cuando lee los comentarios de sus seguidores.

—Mira esta. Dice que por qué me pongo tantos filtros en la foto, que así cualquiera sale guapa. —Gabi comienza a teclear con furia—. Querida Minerva, me pongo los filtros que me salen del…

—Pasa de ellos, Gabi —le aconsejo.

—En Instagram hay un botón para silenciar a la peña. ¿Por qué no lo pruebas? —añade Pol—. ¡Goool! Leo, eres oficialmente un perdedor. ¿Cuántas veces tengo que ganarte al futbolín para que te des por vencido? Asúmelo de una vez. Soy mejor que tú.

—La partida todavía no ha terminado —responde Leo, que es muy competitivo—. Gabi, en serio. Deja Instagram. Se te va la fuerza por la boca y luego te arrepientes.

—¡Tener seguidores para esto! —exclama indignada—. Pandilla de acomplejados. Creen que pueden descargar sus frustraciones en las redes sociales. No tengo la culpa de que sus vidas sean vacías y

patéticas. Los famosos también tenemos sentimientos. ¿Se enterarán algún día de que detrás de la pantalla hay una persona que puede pasarlo mal por culpa de sus comentarios dañinos?

—No te hagas mala sangre, Gabi. No merece la pena —trata de animarla Jimena.

—¡Nadie me entiende! —se queja mientras se levanta del sofá—. Me voy a ver *Yo nunca*. Necesito olvidarme de que mi vida es una porquería. Quiero un Paxton Hall-Yoshida.

—¿Es una marca de bolsos? —pregunta Pol confundido.

—Es un personaje de la serie —le explica Jimena.

—Qué pena. Yo le habría regalado uno con tal de verla calladita.

—¡Te he oído! —exclama Gabi desde las escaleras—. Descuida. A partir de ahora no te pienso dirigir la palabra.

—¡Oh, no! Ahora mi vida no tendrá sentido sin tus comentarios elocuentes —ironiza Pol.

Se enzarzan en otra discusión. No me apetece escucharlos, así que cojo el libro que llevaba en el avión y busco un lugar tranquilo para continuar con la lectura. Decido ir al jardín delantero de la casa porque hay una hamaca colgada de una palmera que parece bastante cómoda, aunque, en cuanto llego, veo que alguien se me ha adelantado. Es Lila.

Mi intención es darme la vuelta y buscar otro sitio, pero debo de hacer algún ruido porque levanta la cabeza del libro.

—Hola.

—Pensaba que estabas en la habitación —digo, porque no quiero que piense que la estoy espiando.

—Dentro hacía calor y aquí fuera se está de maravilla. Buscaba un refugio para leer sin interrupciones.

—Yo también. Te dejo que sigas disfrutando de la lectura.

Lila se muerde el labio.

—No pretendía insinuar que me estás molestando —responde con tono conciliador—. El jardín es grande, cabemos los dos.

Hay una mesa de cristal con dos sillas de mimbre. Me siento en una de ellas y abro el libro, pero algo me impulsa a desviar la mirada hacia Lila. Me sorprende que me esté mirando. Por primera vez no pone mala cara cuando nuestros ojos se encuentran. Es otro avance. El primero sucedió cuando bailamos juntos.

—Gracias por lo de antes.

—No hay de qué. —Le resto importancia—. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Me parece que tienes un concepto demasiado positivo de la gente. Me podrías haber dejado sola. No te lo habría reprochado.

—Yo sí me lo habría reprochado.

Nos quedamos en silencio. Su libro descansa sobre su regazo. En la

oscuridad de la noche su pelo adopta un tono rojo más oscuro. Me doy cuenta de que Lila es un misterio que me apetece descifrar.

Quiero preguntarle si de verdad se encuentra bien, pero ya sé cuál será su respuesta.

—Lila es un nombre poco común —digo lo primero que se me ocurre porque siento la necesidad de romper este silencio tan incómodo. Soy un hombre poco hablador, pero con ella todo resulta aún más complicado—. No conozco a nadie que se llame como tú.

Se encoge de hombros.

—Mis padres tienen una floristería. Es la flor favorita de mi madre.

—Es un nombre de origen árabe que significa «la que nació de noche».

—Nací a las diez de la mañana —responde con frialdad.

—Vale. —Pongo cara de circunstancia—. Era un decir. Debería aprender a mantener la boca cerrada cuando estoy contigo. No te caigo bien.

Lila suspira.

—Eres de los que gustan a todo el mundo. A Jimena y a Hugo les caes bien. Seguramente el problema lo tengo yo.

—No creo que tengas ningún problema. Empezamos con mal pie. Eso es todo —digo con tono cauteloso, y ella casi sonríe. Entonces me animo por esta pequeña victoria y suelto lo primero que se me pasa por la cabeza—. Un momento, ahora que lo pienso sí conozco a una Lila. Es la yorkshire de mi vecina.

Enarca una ceja.

—¿Me estás llamando perra?

—¿Qué? ¡No! ¿Sabes? Déjalo —murmuro agobiado—. Ha sido un comentario desafortunado. Lo mío no es hacer chistes. Tampoco pretendía burlarme de ti…

De repente, a Lila se le escapa una sonrisa y comprendo que me estaba tomando el pelo. Respiro aliviado y sonrío también. Cuando la miro a los ojos me percato de lo guapa que es. La luz de la luna perfila sus facciones suaves. No me extraña que Pol se haya fijado en ella. Posee una belleza dulce que contrasta con una personalidad fuerte.

—No creo que tengas mal fondo, Axel —dice al fin—. Pareces un buen tío. Y tienes razón. No hemos empezado con buen pie.

—Desde luego —concuerdo—. Oye, siento lo que ha pasado en la cena.

—Da igual. Tú no has tenido nada que ver.

—Pero Gabi es mi amiga. Ya sé que se ha pasado contigo. Para los que no la conocéis puede resultar muy complicada, aunque…

—Egocéntrica —me corrige con aspereza—. Es una egocéntrica y una malcriada.

—Es mi amiga. —Me pongo tenso—. No hables así de ella.

—¿La estás defendiendo? —pregunta alucinada—. No espero que te pongas de mi parte, pero ha sido muy injusta con el pobre Hassan.

—Lo sé, pero…

—No puedes entenderlo —sentencia—. Eres rico.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Lo observas todo desde una posición de poder. Crees que no ha sido para tanto porque eres incapaz de ponerte en el lugar de Hassan y sientes la obligación de defender a tu amiga.

—No me conoces —respondo indignado—. ¿A qué viene ese rollo de la desigualdad de clases? No estoy justificando la actitud de Gabi. De hecho, creo que le debe una disculpa a Hassan. En cuanto a ti, bueno, las dos os habéis puesto a la misma altura.

Lila pone mala cara.

—No voy a agachar la cabeza cuando una estrellita mimada intenta ridiculizarme. Estáis acostumbrados a que todos os bailen el agua. No vivís en el mundo real.

—Mira quién fue a hablar. No me conoces de nada y te atreves a juzgarme —respondo airado—. ¿Nunca le das una segunda oportunidad a la gente? Porque debe de ser agotador andar a la defensiva todo el tiempo.

—¿Lo dices por ti? No te des tanta importancia. Ya te dije que había pasado página.

—Se nota —respondo con ironía.

—No tengo la culpa de que intentes maquillar la actitud de tu amiga. Le vendría bien una cura de humildad.

—Y a ti otra.

—¿Perdón?

—Lo que oyes. Bájate del pedestal en el que te has subido tú sola, Doña Perfecta.

—¡Le dijo la sartén al cazo! —exclama tan colorada que tengo la impresión de que va a explotar—. Don Einstein, que necesita buscar información en internet porque siente la necesidad de impresionar a los demás.

—Yo no… —Frunzo el ceño. Ahora entiendo sus caras de exasperación cada vez que hacía algún comentario—. Si tuviera la necesidad de impresionar a todo el mundo intentaría caerte bien. Eres insufrible, Jackie Chan.

—Tu opinión me resbala. Y ahora que lo pienso, sí que me estás molestando. ¿Por qué no te buscas otro sitio donde leer y me dejas en paz? La casa es lo bastante grande para que no tengamos que coincidir.

Joder, ¿de qué va? Me repantingo en la butaca para demostrarle que no pienso moverme del sitio.

—La casa no es tuya. Y ahora me dirás que me estoy aprovechando

de mi posición de poder, pero evitar que te salgas con la tuya me produce un intenso placer.

—Eres un flipado.

—Y tú una borde.

—¿Interrumpo algo? —pregunta Pol con tono burlón. Los dos estábamos tan ocupados discutiendo que no lo hemos visto venir—. Mierda, os estabais enrollando y os he cortado el rollo.

—¿Te parece que me esté enrollando con ella? —respondo cabreado—. Tengo entendido que las víboras son venenosas. Por eso guardo las distancias.

—Ni que fuera a permitir que te acercaras. No me van los empollones.

Pol nos mira entusiasmado. Parece que se estaba aburriendo y ha venido en busca de diversión.

—Lo habré malinterpretado. Le estabais poniendo mucha pasión al intercambio verbal y he dado por hecho que os quedaban un par de frases antes de morrearos —dice con tono jocoso.

Los dos ponemos mala cara.

—No tengo tan mal gusto —murmuro, y me gano una mirada iracunda de la pelirroja.

Pol saca un porro del bolsillo. Ya empezamos.

—¿Fumamos la pipa de la paz? —Lo enciende, le da una calada y me lo ofrece. Sacudo la cabeza y se lo tiende a Lila, que tampoco lo acepta—. Nos quedan diez días en el paraíso y no pienso permitir que lo convirtáis en un infierno. Sería un auténtico desperdicio. La vida es demasiado corta para estar enfadado.

—No estoy enfadada —responde Lila para mi sorpresa, y entonces añade con tono ufano—: No pierdo el tiempo con gente anodina. No merece la pena.

Se me revuelve el estómago cuando me llama anodino.

—Para no querer perder el tiempo conmigo, me prestas bastante atención —respondo para provocarla—. Si las miradas mataran, yo ya estaría bajo tierra.

—Con lo listo que eres, seguro que se te ocurriría alguna escapatoria, Einstein.

Pol deja escapar una bocanada de humo y de risa. Luego coge una butaca y se sienta entre nosotros como si fuera el árbitro de esta improvisada discusión sin sentido.

—De aquí no me levanto hasta que hagáis las paces —dice, y le da otra calada al porro—. ¿Quién empieza?

Lila y yo nos retamos con la mirada. Pol nos observa expectante y se frota las manos. La pelirroja farfulla algo que no llego a entender y me pregunto si no habría sido más fácil compartir este viaje con alguna fan pesada. Por lo menos no me tendría que enfrentar a esos ojos

azules que echan chispas.

10

Lila

He de reconocer algo: discutir con Axel saca lo peor de mí. La rabia se apodera de mi cuerpo y el calor invade mis mejillas. Me siento absolutamente viva, lo cual no sucedía desde hacía tres años. Es surrealista, lo sé, pero ha sido demasiado tiempo sin sentir nada y ahora tengo que gestionar un montón de emociones intensas. A lo mejor el primer paso para seguir adelante es salir de tu zona de confort. Sin embargo, no pienso permitir que un bajista con ínfulas de sabelotodo se cruce en mi camino y se salga con la suya.

—Si esto fuera una terapia, os pediría que dijerais algo amable el uno del otro —sugiere Pol.

—No puedo decir nada amable de ella. No la conozco —responde Axel con tono agrio.

—Si no puedes decir nada amable de ella, tampoco puedes decir nada malo, ¿no? Es un avance. Guau, soy un genio. —Pol le da otra calada al porro y sospecho que ya se le está subiendo a la cabeza—. A ver, ¿qué problema tenéis?

—No tengo ningún problema con ella. Y te recuerdo que no estaríamos así si no la hubieras tirado al agua.

—No lo metas en esto —intervengo, y luego añado para picarlo—: Pol me cae bien.

—Sí, Axel. No me metas en tus movidas. Lila y yo ya somos buenos amigos. —Pol me dedica una sonrisa socarrona—. Y no somos algo más porque ella no quiere, que si no…

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que fue sin querer? —le recrimino a Axel, y me indigno más de lo que me gustaría.

—Ah, perdón, que eres pacifista. Lo había olvidado.

—¿Pacifista o Jackie Chan? ¿En qué quedamos?

—Ni idea. Me tienes descolocado. Todavía estoy intentando aclararme.

—Pues nada. A tu ritmo. Como no lo puedes buscar en internet, supongo que te llevará un tiempo.

—Qué graciosilla te pones cuando te enfadas. Te podrían fichar para *El club de la comedia*.

—Y a ti para ponerle voz a los documentales que nadie ve porque son un coñazo.

Axel se sobresalta.

—Eh, que a mí me gustan los documentales.

—Porque eres un coñazo de tío.

—Habló el alma de la fiesta. A tu lado soy Ben Affleck después de un *after*.

—Dios, esto es absurdo…

Se me escapa la risa floja porque la discusión se está desmadrando. ¿En qué momento hemos pasado a hablar de documentales y de Ben Affleck? Esta conversación no tiene ningún sentido.

Pol se levanta de un salto y me señala con un dedo.

—¿Eso ha sido una sonrisa? —pregunta impresionado—. Bueno, una media sonrisa. Vamos mejorando. Venga, Axel. Dile que está muy guapa cuando sonríe. Queremos verte sonreír de nuevo, Lila.

—Ni se te ocurra —siseo lanzándole una mirada de advertencia a Axel.

—Tranquila, no estoy ciego.

—No, no. —Pol hace la señal de punto muerto con las manos—. Estamos retrocediendo. Os estáis comportando como dos niños. Esto es más propio de Gabi y de mí porque somos un par de inmaduros. Lila, te tenía por alguien más serio. Axel, pensé que te conocía y me estás defraudando. ¿No querréis hacernos la competencia?

—¡No! —exclamamos al unísono.

—Bien. —Pol se pone de pie y nos mira de manera alterna—. Vamos a ponerle remedio. Daos un abrazo.

—Ni de coña. —Me niego de forma tajante.

—Corta el rollo, Pol —dice Axel.

—Solo es un abrazo. Si tanta importancia le dais, voy a pensar que entre vosotros dos hay algo más.

Axel tuerce el gesto y yo resoplo. No sé por qué le estoy siguiendo el juego, pero me da que Pol es un liante y no quiero que le vaya a los demás con el cuento de que me gusta este tío. Entonces Jimena se pondría en plan plasta y estos diez días se convertirían en una tortura.

—Un abrazo de colegas. —Pol se echa a un lado.

—No es mi amigo —siseo.

—No quiero serlo —responde Axel entre dientes.

—¿Un abrazo de dos personas que firman la tregua? —sugiere Pol.

Axel me mira dubitativo. Pongo los ojos en blanco. ¿Qué pasa? ¿Me tiene miedo? No muerdo y encima me saca tres cabezas. Decido terminar de una vez por todas con esta tontería y me acerco a él. Sin ponerle mucho énfasis, todo sea dicho, lo rodeo con mis brazos. Estoy a punto de separarme para dar el trámite por finalizado cuando sus brazos envuelven mi cintura.

Un segundo.

No estoy preparada para esto. Para el calor que invade mi cuerpo.

Para la electricidad que recorre mi piel como si quisiera demostrarme que no soy invulnerable al contacto físico. Mi mejilla se apoya en su pecho y escucho los latidos fuertes y acompasados de su corazón. El mío, por el contrario, va a mil por hora. Su olor se mete muy dentro de mí sin que pueda hacer nada por evitarlo. Axel huele a sal y gel de baño. A un montón de cosas prohibidas y excitantes. Y no me gusta. Para nada. O puede que sí. Estoy demasiado confundida para pensar con claridad y me aparto aturdida cuando él me suelta. Evito su mirada y en su lugar me centro en Pol. Mirarlo a él es más fácil.

—¿Satisfecho?

Nuestro pacificador parece pensativo.

—Sí.

—Se acabaron tus numeritos —le advierte Axel con tono grave, y noto que me mira de reojo—. Y nada de expandir rumores absurdos por ahí. Te conozco. Te encanta un chisme.

—¿A mí? —Pol se lleva una mano al pecho—. Antes me di una vuelta por esta isla privada. No tengo la culpa de que nuestros vecinos sean un matrimonio japonés que no entiende ni una palabra de español. ¡Me han echado de malas maneras! Me han gritado *akutō*. Vete a saber lo que significa, aunque seguro que no es algo bueno. Y las otras casas están vacías. Así que, si no hay diversión, tendré que buscarla. Además, gracias a mí habéis hecho las paces. Soy un santo y todo el mundo me tiene infravalorado.

—Será posible… —Muevo la cabeza sin dar crédito y se me escapa una risilla—. Me parece que el porro te ha dejado tocado.

—¡Sabes hacer bromas! —exclama Pol.

—Qué va. Es su estado natural —me cuenta Axel—. No nació para tomarse la vida en serio.

—Qué bonito. —Pol finge hacerse el ofendido—. Ahora os ponéis en mi contra.

Axel y yo intercambiamos una mirada y nos reímos. Hay una complicidad extraña entre nosotros. Como si de repente hubiéramos decidido que vamos a llevarnos bien y estuviéramos haciendo un esfuerzo para no estropearlo.

—¿Qué hacéis aquí a oscuras? —pregunta Leo, que aparece junto con Jimena y Hugo. Lleva una guitarra en una mano y un paquete de cervezas en la otra.

—Un trío. Nos has cortado el rollo —responde Pol.

—A ti el rollo no te lo corta nadie. Tienes demasiada cuerda.

Leo me ofrece una cerveza, pero no la acepto y me limito a esbozar una sonrisa tibia. Los demás sí cogen una. Hugo y Leo se sientan en el suelo. Jimena lo hace a mi lado en la hamaca y me mira como si intuyera que ha pasado algo que no le he contado.

—¿Qué vas a cantar? No me lo digas. Una de las tropecientas

canciones que le has compuesto a Nura —se burla Pol—. Eres un puto plasta.

—Ya te llegará la hora y no te reirás tanto.

—Soy demasiado cariñoso para creer en la monogamia.

Leo le ofrece la guitarra a Axel, que comienza a tocarla con destreza. Tiene unas manos grandes y sus dedos se deslizan con habilidad por las cuerdas. Lo miro embobada y me pregunto cuántos instrumentos tocará. Pol se me adelanta.

—Axel es el músico más completo que he conocido. Si le das una flauta travesera, te toca *El lago de los cisnes*.

—No sé tocar la flauta travesera —responde con humildad—. La guitarra, el bajo, el piano…, y lo intenté con el clarinete, pero los instrumentos de viento no son lo mío.

Jimena me da un codazo y yo le pellizco el brazo. Ya sé que quiere que me una a la conversación. No sé por qué no lo deja estar. Yo me olvidé del piano hace tres años. No quiero ni oír hablar del tema. Cierro los ojos y me concentro en la música. Leo tiene una voz ronca y grave, aunque no es tan espectacular como la de su hermana. Los he escuchado en Spotify. Gabi es una cantante que se luce en todos los registros y su hermano, sin llegar a eclipsarla, tiene también una voz muy especial.

Porque todas las veces que me enamoré de ti,
en las que no fuimos perfectos…
Porque todas las veces en las que intenté no enamorarme de ti
fallé de lleno.

Todos aplaudimos cuando termina de cantar. Nunca me he parado a escuchar las letras de sus canciones porque casi toda la música que consumo es en inglés. Se nota que Leo la escribió pensando en una chica. Algo tan bonito debe de estar inspirado en una persona. De lo contrario, no tendría mucho sentido.

—Hasta yo me he puesto cachondo —dice Pol.

—Eres un cerdo. —Leo le tira una lata de cerveza vacía.

Pol se encoge de hombros.

—¿Cada vez que Nura se enfada contigo le escribes una canción? —bromea Pol, y comienza a cantar—. «Oh, Nura, nena, perdónameee… Yo siempre te voy a quereeerrr…».

Todos se ríen, incluida yo, porque me doy cuenta de que Pol es un caso perdido.

—Te voy a asfixiar mientras duermes —le advierte Leo—. Ya son once años haciéndote el gracioso. ¿Tienes pensado parar algún día?

Pol sonríe de medio lado.

—Jamás.

—Qué tortura —dice Axel.

—Soy el alma de este grupo. Le caigo bien a la prensa y lleno los conciertos. Y tengo más seguidores que tú en Instagram, Leo. Uf, olvida lo que he dicho. De repente, me he parecido a Gabi. Ah, y soy un gran amigo.

Leo y Axel ponen los ojos en blanco.

—¿Algo más? —pregunta Leo.

—Estoy tremendo —añade con orgullo.

—¿Qué hacemos con los baterías de veinte años que se lo tienen muy creído? —pregunta Leo.

—Tirarlos a la piscina para que se les bajen los humos —responde Axel sin dudar.

—¡A la piscina con él!

—Venga, no seáis cabrones…

Pol no tiene escapatoria. En cuanto Axel y Leo lo atrapan, Jimena y Hugo lo agarran de las piernas para contribuir a la causa. Pol alarga el brazo y me roza la muñeca.

—Pelirroja, ¡haz algo!

—Como quieras.

Ayudo a Jimena a cargarlo de la pierna. Pol me mira ofendido.

—Menudo golpe bajo, pelirroja. No me esperaba esto de ti.

Pol intenta zafarse de nosotros, pero lo tenemos bien sujeto y conseguimos trasladarlo a la terraza. Entre risas y quejas por su parte, lo lanzamos al agua con la ropa puesta. Pol agarra del tobillo a la primera persona que encuentra, que resulta ser Jimena. Ella se cae a la piscina y comienzan una lucha de ahogadillas. Hugo y Leo se unen a la improvisada guerra. A mi lado, Axel contempla la escena y retrocede cuando intentan meterlo.

—¡Aburridos! —exclama Jimena.

—¡Sois un par de amargados! —la secunda Pol—. Estáis hechos el uno para el otro.

Axel y yo nos miramos de reojo. Nuestras caras son un poema. Los cuatro comienzan a salpicarnos y doy un paso atrás. De repente, alguien me agarra la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—De amargados nada —dice Axel, y evalúa mi expresión tensa—. ¿Te enfadarás si te tiro al agua?

—No, pero…

Axel me coge en brazos y se me escapa un grito de sorpresa. Me agarro a su cuello como si eso pudiera salvarme. Dos segundos después, estamos en la piscina. Y sucede algo que me descoloca. Me río. Y lo hago a carcajadas, como si llevara tanto tiempo guardándome cosas malas dentro que necesitara espacio para las buenas. Axel y yo nos miramos. Sus ojos verdes me sonríen. Es una sonrisa sincera que va directa al centro de mi pecho. De repente, soy la Lila de antes. Una

chica que flota en una piscina y solo quiere pasarlo bien. Y todo encaja.

Querido Lucas:

¿Sabes dónde viven los sueños que nunca se cumplen? Yo no.

Te escribo esta carta con la ropa empapada. Jimena se ha metido la primera en el baño. Ya sabes cómo es. Ahora tardará una eternidad en salir y yo tendré tiempo de sobra para escribirte.

Estoy un poco confundida. Acabo de hacer las paces con el bajista de un grupo de rock al que tenía por un imbécil. Definitivamente, es menos imbécil de lo que yo pensaba. Y me he metido en la piscina con la ropa puesta. Bueno, me han tirado. Pero me he sentido liviana durante un buen rato. Y creo… creo que he rozado la felicidad. Porque ya sabes que soy de las que piensan que la felicidad no es un estado perpetuo de ánimo, sino la suma de un puñado de momentos que hacen que la vida cobre sentido. Luego me he acordado de ti. Porque ya sabes que siempre te cuelas en mi mente cuando menos me lo espero. Y entonces me he venido abajo como si fuera un castillo de naipes que se tambalea ante una ligera brisa. Lo sé. Sé que tú querrías que fuera feliz. Jimena me lo repite constantemente y hago todo lo posible por creérmelo. Pero no paro de darle vueltas a algo; aquí, en Maldivas, rodeada de palmeras y del agua más turquesa que he visto en mi vida:

¿Dónde se quedaron tus sueños?

Sigo pensando que lo que pasó aquel día fue muy injusto. Te lo arrebataron todo. Tenías tantos deseos que se quedaron en el camino que, si tuviera fuerzas, te juro que los viviría por ti. Porque mis sueños murieron aquel día contigo. Me da igual lo que digan los científicos. Me trae sin cuidado que hayan descubierto que los sueños se fabrican justo encima de la nuca, en un lugar llamado zona cortical superior. Creo que esa zona de mi cerebro ha muerto. Sin embargo, la parte que se encarga de la tristeza funciona a las mil maravillas. Porque estoy deprimida desde que te fuiste, y vivir con esta culpa se me hace cuesta arriba. Me niego a olvidarte, pero me duele tanto recordarte que no sé cómo vivir con tu ausencia. Ojalá pudiera hablar una última vez contigo. Quizá todo sería más sencillo.

Te quiero.

LILA

11

Axel

Por la mañana todos estamos agotados después de la improvisada fiesta que montamos en la piscina. Lila está sentada en el otro extremo de la mesa. No sé cómo me atreví a tirarla al agua, pero su reacción me sorprendió para bien. Lleva el pelo suelto y un biquini azul que hace juego con sus ojos. Me pilla mirándola. Sonrío. Ella también. Tiene una sonrisa que le ilumina el rostro. Pol tenía razón. Ojalá le hubiera dicho que está preciosa cuando sonríe. Siento una presión extraña en el estómago y aparto la vista porque todavía no hemos llegado a ese punto en el que podemos sostenernos la mirada sin una pizca de incomodidad.

Hay fruta cortada, cereales, café recién hecho, pan tostado, mermelada y bollería. Me llama la atención un pan triangular acompañado de una especie de pasta picada que visualmente no tiene muy buena pinta.

—Hassan, ¿qué es eso? —pregunto con curiosidad.

—*Mas huni*, el desayuno típico maldivo. Es una mezcla de carne de coco rallada, atún, cebolla y chile regada con zumo de lima. Se suele acompañar de pan *chapati* recién horneado y té caliente endulzado.

—Coco y atún —dice Gabi con desdén—. Qué apetecible.

Lila se sirve una generosa ración y me pregunto si lo hace para complacer a Hassan o para molestar a Gabi. La imito porque me gusta probar la gastronomía de los sitios que visito.

—Está bueno —digo sorprendido.

—Riquísimo —añade Lila, y le ofrece un poco a Jimena para que lo pruebe, pero su amiga se echa hacia atrás como si la estuvieran apuntando con una pistola. Los demás tampoco se atreven a catar el *mas huni*. Lila pone los ojos en blanco—. Sois unos quisquillosos.

Hassan se marcha a preparar más café. Me vuelvo hacia Gabi, que está quitándole las pipas a una porción de sandía.

—Creo que le debes una disculpa a Hassan —le recrimino, y enarca las cejas porque no se espera que le eche la bronca delante de los demás—. Hace todo lo posible para que nos sintamos cómodos y ayer lo menospreciaste. No se lo merece.

Todos guardan silencio. Me percato de que Lila me está mirando fijamente. Gabi resopla, aunque la conozco lo suficiente para saber

que no es tan orgullosa como aparenta. Es de las que necesitan su tiempo para reconocer sus errores, pero jamás le ha costado pedir perdón cuando mete la pata.

—Vale —responde de mala gana—. Anoche me pasé. Lo admito.

Hassan regresa con el café y le sirve una taza a Gabi.

—Hassan, siento si anoche te hablé mal —dice Gabi sin vacilar—. No era mi intención faltarte al respeto ni menospreciar tu trabajo. Te pido disculpas.

Hassan está confundido y me temo que no es la primera vez que se ha enfrentado a una situación como la de anoche, pero tal vez sí sea la primera que alguien le pide disculpas. Me parece tan injusto como triste que esté acostumbrado a que lo traten mal.

—No pasa nada, señorita Gabriella —responde él con alegría—. Ya he hablado con el chef y de ahora en adelante preparará un menú personalizado para usted.

—Eh… no hace falta —contesta avergonzada—. Comeré lo mismo que los demás. Y llámame Gabi, por favor.

—Como quieras, Gabi —dice el mayordomo sin perder la sonrisa.

Respiro aliviado cuando Hassan se marcha. Todos siguen desayunando y Pol cuenta uno de sus chistes malos. Cuando terminamos, recogemos el equipo de *snorkel* para salir a bucear. Lila contempla las gafas de buceo con el ceño fruncido. No parece del todo convencida.

—Es muy fácil —la tranquilizo.

—Soy más de secano, la verdad. Creo que voy a pasar.

—¡No puedes! —exclamo escandalizado—. Estamos en el paraíso de los arrecifes de coral y los tiburones ballena.

—Tiburones… —repite asustada—. Esa es otra razón para mantenerme alejada del agua.

—Hay más probabilidades de morir por la caída de un coco que por la mordida de un tiburón.

—Pues me mantendré alejada de las palmeras y del mar.

—El tiburón ballena es inofensivo. Es el pez más grande del mundo. Supongo que lo llaman así por su tamaño, ya que puede medir hasta doce metros. Pero, tranquila, se alimenta de plancton y pequeños peces. —Observo su reacción. Al menos esta vez no ha puesto mala cara—. Soy un sabelotodo insufrible, ¿no?

—No.

—¿No?

—Un poquito —admite con una sonrisilla pícara—. Pero todo lo que cuentas es muy interesante. Y está bien tenerte a mano.

—¿Para resolver tus dudas?

—Para dejar que te devore un tiburón mientras yo escapo. Eres enorme. Si yo fuera un tiburón, me iría a por la presa más grande.

—Ah, qué bonito. Pues que sepas que las pelirrojas son bastante llamativas en el agua. Si yo fuera un tiburón, me iría directo a por ti.

—Los tiburones solo ven en blanco y negro.

—¿Esos no eran los perros?

—Es un mito. Los perros ven los colores, pero de una forma diferente a la nuestra.

—¿Y ahora quién es una listilla?

—No te quiero quitar el puesto —bromea, y luego se pone seria—. Ha estado bien lo que le has dicho a Gabi. No me esperaba que le pidiera disculpas a Hassan.

—Gabi es muy impulsiva, pero no tiene mal fondo. Es mi mejor amiga. Te aseguro que te llevarías una grata sorpresa si la conocieras.

—Ya… —responde poco convencida.

Aprovecho que estamos de buen rollo para dar un paso más.

—Siento haberte llamado borde. Y Jackie Chan.

—Y víbora —me recuerda.

—Creo recordar que dije que eras venenosa como una víbora. —Hago memoria y ella frunce el ceño. Levanto los brazos en son de paz—. También lo siento.

—Y yo siento haberte llamado Einstein. Y flipado. Y alguna cosa más de la que ya no me acuerdo porque a veces pierdo la fuerza por la boca.

—Empatados, pues —zanjo el tema—. Empezamos con mal pie. Creo que deberíamos presentarnos de nuevo para comenzar de cero.

Le tiendo la mano y digo:

—Hola, soy Axel.

A ella se le escapa una risilla. Mueve la cabeza sin dar crédito, pero me sigue el juego y estrecha mi mano.

—Lila.

—Encantado de conocerte, Lila.

Su mano pequeña y pálida desaparece bajo la mía. El calor abrasador que sentí cuando nos dimos aquel abrazo me invade de golpe. Retiro la mano y rezo para que ella no lo haya notado.

—¿Te apuntas a hacer *snorkel*, Lila?

—Me da miedo el mar. Puedo estar en la orilla, pero le tengo pánico a todo lo que hay debajo. En el momento que el agua me rodea me empiezo a agobiar.

—Talasofobia —respondo, y me maldigo por no saber mantener la boca cerrada—. Es un temor bastante común. Yo también le tenía mucho respeto al mar, pero se me pasó cuando hice mi primera inmersión de buceo. Cuando ves qué hay debajo, le pierdes el miedo.

Lila parece indecisa.

—Creo que me iré a la playa a terminar mi libro.

—Las palabras que hay escritas en ese libro no se van a mover. No

dudo de que sea una gran obra, pero la vida es más interesante si la vives que si la lees. Además, ¿cuándo tendrás de nuevo la oportunidad de darte un chapuzón en el océano Índico?

—Teniendo en cuenta que soy pobre, nunca.

—Vamos. —La cojo de la mano para arrastrarla hacia la salida—. Te prometo que no me despegaré de tu lado.

—Axel…

—Iremos despacio —le aseguro—. No te obligaré a hacer algo que no quieras.

Lila se muerde el labio. Está nerviosa y asustada. No quiero que se pierda esta experiencia porque algo me dice que va a disfrutarla si se deja llevar. Por eso me envalentono y le acaricio los nudillos con el pulgar. Levanta la barbilla y me mira a los ojos.

—Las mejores experiencias nacen de saltar al vacío.

—¿Sin saber lo que hay debajo?

—Eso es lo más emocionante. Saltas sin saber qué hay debajo, pero confías en que merecerá la pena. —Entrelazo mis dedos con los suyos —. Ven conmigo. Te prometo que no voy a soltarte.

12

Lila

No sé cómo me he dejado arrastrar hasta la orilla. Axel emana tanta seguridad que, al parecer, me ha contagiado, así que por una vez quiero creer que soy capaz de perder el miedo. Los demás ya están buceando en mitad del mar. Los observo con una pizca de envidia. Debe de ser increíble saborear la vida sin temores y supongo que te pierdes muchas cosas por ser una cobarde. Pero el miedo te acomoda en el cajón de las inseguridades y es muy difícil escapar cuando lo has cerrado con llave.

—Deberías ir con ellos. —Le suelto la mano—. No pierdas el tiempo conmigo, Axel.

—Estoy contigo porque quiero.

Su mano roza la mía. Me está pidiendo permiso para cogerla. Me muerdo el labio y contemplo indecisa el agua que baña mis tobillos. Aferro su mano con fuerza a pesar de que sé que no va a soltarme. Ha hecho una promesa y tengo la impresión de que Axel es la clase de persona que cumple lo que promete. Doy el primer paso porque no quiero que crea que soy una pusilánime. Y luego otro. Y otro más. Avanzo hasta que el agua me llega por la cintura y el corazón me late desbocado. El mar es tan trasparente que puedo ver incluso las pecas de mis pies.

—¡Mira! —exclamo emocionada.

Está ahí. Un par de metros más adelante. Una estrella de mar de color amarillo que se mueve lentamente sobre la arena blanca. Doy tres pasos para acercarme con cuidado. Sé que no puedo tocarla, así que me coloco las gafas y sumerjo la cabeza para observarla de cerca. Es preciosa. Los rayos de sol se reflejan en sus brazos. Casi parece de mentira, como si alguien la hubiera colocado ahí para que me anime a zambullirme en las profundidades del océano. Axel señala a lo lejos y sigo el recorrido de su dedo. Hay un banco de peces plateados alrededor de un arrecife de coral. Nadamos hacia ellos para observar el espectáculo de colores. Un despliegue de tonos amarillos, púrpuras y verdes. Un pez payaso se esconde en una anémona. Saco la cabeza del agua y me levanto las gafas.

—Hemos visto al pequeño Nemo. No sabía que aquí hubiera peces payaso —digo fascinada.

—Es un pez payaso de Maldivas. Solo se encuentra aquí. Si te fijas, tiene una franja blanca alrededor del cuello, a diferencia de los peces payaso comunes.

—¿Hay algo que no sepas, Axelpedia?

—Me tragué un documental antes de venir —confiesa con humildad—. Me gusta ir bien informado a los sitios que voy a visitar.

De repente, algo me roza el tobillo y un estremecimiento me recorre la columna vertebral. Entonces me percato de que ya no hago pie. Estamos muy alejados de la orilla. Se me cambia la expresión y Axel lo nota.

—No pasa nada.

—Algo me ha rozado el tobillo. —Me tiembla la voz.

—Habrá sido un alga.

—Me estoy agobiando.

—Tranquila.

—¡No me pidas que me tranquilice! —Comienzo a chapotear con fuerza—. Ay, Dios… ¿Por qué te habré hecho caso?

—Agárrate a mí —me ordena con suavidad.

—¡Quiero volver a la orilla!

—Lila, estoy aquí. —Su tono calmado consigue que lo mire.

Axel y yo estamos flotando en mitad del mar y la orilla parece muy lejana. Me sujeta los brazos y los enrolla alrededor de su cuello. Pataleo para mantenerme a flote, pero me doy cuenta de que agarrada a él me siento más segura.

—Solo es agua.

—Vale.

Estamos muy juntos. Centro la mirada en él porque me niego a mirar a mi alrededor. Sin las gafas es todavía más atractivo. Y lo tengo tan cerca que puedo observarlo a mi antojo. Desde la boca carnosa a la mandíbula ligeramente recortada. Las gotas de agua se deslizan por sus pómulos. Le estoy abrazando el cuello como si me perteneciera. Me roza la cintura sin querer. Nos miramos. Parece tenso y me doy cuenta de que me estoy excediendo. No quiero que piense que me aprovecho de la situación.

—Perdona —musito avergonzada—. Pero no me sueltes, ¿vale? Todavía no.

—No te voy a soltar.

—¿De verdad?

—No lo haré hasta que me lo pidas.

Cierro los ojos y respiro profundamente. El mar está en calma. Todavía no he muerto engullida por un enorme tiburón blanco. Sigo aquí. Con Axel. El sonido de nuestras respiraciones aceleradas me devuelve a la realidad.

—Abre los ojos, Lila.

—No quiero —respondo como una niña enfurruñada—. Me da angustia. Te lo dije. Le tengo pánico a las profundidades.

—Como quieras, pero te lo vas a perder.

—¿El qué?

—Una tortuga carey. La tienes justo a tu izquierda. ¿Sabías que es una especie en peligro crítico de extinción? Creo que ha venido a saludarnos para que te des cuenta de lo afortunada que eres, y te lo estás perdiendo porque no quieres mirar.

Abro los ojos de par en par. Seguro que solo es una treta.

—Eres un embus… ¡Oh!

Es una pequeña tortuga de forma ovalada, con el caparazón amarillo pálido y manchas negras. El animal permanece durante unos segundos en la superficie, como si quisiera hacerme un regalo antes de volver a sumergirse. La veo nadar bajo el agua turquesa mientras se aleja muy despacio de nosotros. Axel y yo la contemplamos en silencio hasta que desaparece.

—¿Mejor? —pregunta con voz ronca.

Me percato de que estoy abrazada a él como si fuera una lapa. Su expresión es indescifrable y supongo que está deseando que me quite de encima. Por mi culpa debe mantenerse a flote mientras carga con la mitad de mi peso. Lo suelto y me alejo un poco para darle su espacio.

—Sí —musito—. Me ha entrado el pánico.

—¿Quieres que sigamos?

Clavo una mirada anhelante en el mar. Un pequeño esfuerzo me ha recompensado con algo que atesoraré para siempre en mi memoria. He visto una estrella de mar, peces de colores y una tortuga carey. Ahí dentro hay un universo marino que merece ser explorado. Por eso me armo de valor y vuelvo a colocarme las gafas. Lo que comienza siendo una tímida exploración se convierte en una incursión de *snorkel* en toda regla. Axel y yo nos adentramos en el arrecife de coral. Cada vez que veo algo que me llama la atención, le aprieto la mano para que no se lo pierda. Parezco una niña. No sé distinguir las diferentes especies que me encuentro, pero eso no me impide disfrutar de la experiencia. Los peces son de colores brillantes. Los hay de tonos azules y otros con rayas verticales blancas y negras con las aletas de amarillo intenso. Contemplo ensimismada uno anaranjado con una boca muy rara que se alimenta de coral. Supongo que es el pez loro al que se refirió Axel. Vemos un pulpo que cambia de color y que luego se esconde en el arrecife para escapar de sus depredadores. Incluso tenemos la suerte de cruzarnos con una enorme mantarraya jaspeada. Cuando la veo, el corazón me da un vuelco, pero luego me doy cuenta de que nos ignora y sigue nadando sobre el fondo de arena. Tardo muy poco en descubrir que la fauna marina está muy acostumbrada a los turistas. Para ellos debemos de ser un par de intrusos a los que toleran porque

no les queda más remedio.

Buceamos entre anémonas y erizos de mar. Nos detenemos para contemplar una almeja gigante que vive escondida en una roca. Es un paraíso subacuático con un hermoso arcoíris de peces.

No sé cuánto tiempo hemos estado buceando, pero se me ha pasado volando. Saco la cabeza del agua, me quito las gafas y tomo una bocanada de aire. De repente, me siento exhausta y hambrienta.

—Ni rastro del tiburón ballena —digo apenada—. Ahora me siento estafada.

—¿No decías que te daba miedo?

—Has dicho que es inofensivo.

—Y enorme.

—Acabo de descubrir que la mayoría de los peces son pacíficos si no los molestas.

—Mañana podríamos coger las aletas. Y, si te ves preparada, hacer un bautismo de buceo.

—¿Bucear con botella? —pregunto con un hilo de voz.

—Tenemos nueve días por delante —me tranquiliza—. Podríamos ir a buscar tiburones nodriza y de punta negra.

La palabra «tiburón» consigue cortarme el rollo.

—Creo que por el momento me quedaré con la opción de las aletas.

Axel se ríe. No logro entender cómo he sido capaz de bucear con *snorkel*, pero supongo que ir de la mano de Axel me ha facilitado las cosas. Ha cumplido su promesa y no se ha despegado de mí. Cada vez que me entraba el pánico solo tenía que girar la cabeza para comprobar que estaba a mi lado. Tiene muchísima paciencia.

Cuando llegamos a la orilla, los demás están sentados en la arena. Gabi y Pol se están peleando, cómo no. Leo y Jimena están charlando y Hugo hace fotos con su Canon profesional. Me pilla desprevenida cuando dispara mientras salgo del agua. Luego aparta el ojo del visor y me observa con bastante incredulidad.

—¡Por fin! —exclama Jimena—. Lleváis dos horas en el mar. Pensábamos que os habíais convertido en peces.

—¿Tanto tiempo? —pregunto alucinada.

—Os dije que era la Sirenita —responde Pol antes de volverse hacia Gabi para enfrascarse en otra discusión.

—¿Has buceado? —pregunta Hugo sorprendido.

Me encojo de hombros.

—Sí.

—Te daba pánico. Cuando íbamos a la playa no pasabas de la orilla.

Casi parece una recriminación. Tiene razón. Siempre le he tenido mucho respeto al mar y solo me metía hasta donde hacía pie.

—Axel me ha ayudado a perder el miedo.

—Ya veo. —Hugo lo mira y frunce el ceño. Axel está hablando con

Leo y no se percata de nada—. Pensé que te caía mal.

—Las primeras impresiones engañan.

—Me alegro de que hayáis hecho las paces —dice, y tengo la impresión de que no está siendo del todo sincero—. Si le has dado una segunda oportunidad, supongo que también puedes dármela a mí. Apenas hemos hablado desde que hemos llegado.

—Es diferente y lo sabes —respondo con tono bajo porque no me apetece que los demás se enteren de nuestra historia—. Si no hemos hablado es porque no tenemos nada que contarnos. Lo nuestro forma parte del pasado. No sé qué quieres que te diga.

—Podríamos ser amigos.

Suspiro con desgana. No soy el tipo de persona que fuerza las relaciones. Cuando cortamos, cada uno siguió su camino. No veo por qué debería hacer un esfuerzo para retomar una relación que ya no tiene ningún sentido.

—Ya sabes cómo soy. Jimena es mi amiga y tú eres mi ex.

—¿Todo lo tienes que ver blanco o negro?

—No te estoy diciendo que no podamos llevarnos bien. Durante los dos últimos años hemos mantenido una relación cordial. Sinceramente, no sé qué quieres de mí.

—Eres muy injusta conmigo.

—Estoy siendo sincera. No puedo ser tu amiga porque enseguida surgen los reproches. Déjalo estar, Hugo. Es lo mejor para ambos.

—Será lo mejor para ti.

Aprieto la mandíbula. No quiero hacer esto. No me apetece traer a colación viejas rencillas del pasado. Soy consciente de que una parte de mí todavía no lo ha superado del todo. Los dos sabemos que no éramos una pareja perfecta. No me interesa ser su amiga y prefiero estar lo más alejada posible de él. Para mí la amistad se basa en la confianza ciega y jamás podré volver a confiar en Hugo. Por eso nunca será mi amigo.

13

Axel

Estamos esperando el barco que nos llevará a ver delfines. Jimena está muy emocionada y habla como si le hubieran dado cuerda. Lila, por el contrario, está distraída y parece sumergida en sus propios pensamientos. Sé que lo ha pasado genial. Me apretaba la mano cada vez que algo llamaba su atención. Ha sido una experiencia alucinante para ambos. Pese a que siempre suelo ir a mi bola, acabo de descubrir que a veces los momentos son inolvidables con la compañía adecuada. Y Lila es una compañía muy placentera.

Me rasco la barbilla y frunzo el ceño. No lo entiendo. Antes no la tragaba y de pronto esta mañana he descubierto que me gusta estar con ella. Tanto que tengo la impresión de que podemos llegar a ser amigos. Yo, que me cierro en banda a establecer nuevas relaciones porque me cuesta confiar en los demás, dándole un voto de confianza a una pelirroja de armas tomar que me tiene muy intrigado.

Durante el almuerzo me he percatado de que Hugo no le quitaba la vista de encima a Lila. Soy una persona muy observadora. Además, creo que han mantenido una pequeña discusión en la playa. Me ha parecido que él le recriminaba algo y ella no daba su brazo a torcer. Sé que Lila y Jimena son buenas amigas, pero desde el principio tuve la impresión de que ella con Hugo no tenía una relación muy estrecha. No me pareció raro que Jimena eligiera a su mejor amiga y a su hermano para que la acompañasen en este viaje, pero ahora me pregunto si entre ellos hay, o alguna vez hubo, algo más. Visto desde fuera no me parece que Lila esté muy interesada en él, aunque es evidente que Hugo intenta entablar conversación cada vez que tiene la oportunidad.

No es asunto mío, decido.

Me pica la curiosidad, sí. Y me sorprende porque no soy ningún cotilla y solo me interesan los problemas de mi pequeño círculo de amistades y seres queridos. Pero Lila tiene algo que me atrapa y desconcierta a partes iguales. No me gusta. No es eso. Simplemente me pregunto por qué emana tanta tristeza y qué hay detrás de esa coraza con la que se enfrenta al mundo. Además, no voy a interponerme entre ella y Pol. O entre ella y Hugo, si es que hay algo. Me gustan las relaciones sencillas, y es evidente que Lila es una

persona muy complicada.

—¿Qué miras con tanto interés? —pregunta Pol.

Me pilla con los ojos clavados en Lila y desvió la mirada hacia el mar. El barco se está acercando a la plataforma de madera.

—Ha llegado el *dhoni*.

—¿El qué?

—El barco que nos llevará hasta la isla de Dhiffushi para ver delfines. Es una embarcación típica de Maldivas. Antes la utilizaban los pescadores, pero ahora la mayoría están equipados con motores y se limitan a copiar la estética de los *dhonis* antiguos.

—Tú y tus datos.

—Soy curioso. —Me encojo de hombros.

—Ahora me explico por qué te la estás comiendo con los ojos —responde Pol con tono socarrón, y señala a Lila con la cabeza.

—¿Qué dices? —replico indignado.

—Que te mola.

—Qué va. Hemos hecho las paces. Pensé que era lo que querías. No hay nada entre Lila y yo.

Pol entorna los ojos. No se lo cree, pero se ve obligado a dejarlo estar porque Gabi aparece en ese momento.

—¿Creéis que podré hacerme una foto con los delfines? Quedaría guay para Instagram.

—Por supuesto. Los tienen adiestrados para que se queden quietos. Solo les tienes que dar veinte euros. Y por treinta te hacen una pirueta y dicen «patata» —bromea Pol.

Gabi resopla.

—Si fueran tiburones, te tiraría por la borda.

—¿Y qué ibas a hacer sin mí, Gabriella?

Gabi pasa de él y acepta mi mano para subir al barco. Pol le mira el culo y le doy un codazo. Pone cara de inocente antes de montarse en el *dhoni*. Leo lo atraviesa con la mirada y le doy una palmadita en la espalda para que le quite importancia. Esta mañana no me pasó desapercibido que Gabi se comió a Pol con los ojos cuando él estaba tomando el sol. En lo de lanzarse miraditas cargadas de intenciones van empatados y prefiero no imaginarme a dónde los llevará este juego tan absurdo. Le ofrezco la mano a Jimena para subir y luego se la tiendo a Lila. Al contrario de lo que sucedió en el *buggy*, la estrecha sin reticencia alguna. Vuelvo a sentir ese calor desconcertante en la punta de los dedos. Lila escoge un lugar alejado del resto del grupo y se apoya en la barandilla. Lleva un pañuelo verde atado al pelo y un vestido de lino blanco con la espalda descubierta. Me acerco a Gabi porque no quiero que Pol crea que estoy interesado en Lila, ya que entonces se pondría a hacer de las suyas y no me apetece ser el protagonista de uno de sus cotilleos absurdos.

El barco zarpa. Está atardeciendo y el cielo se torna rojo y anaranjado. Es una auténtica gozada navegar por las aguas cristalinas. El sol se va ocultando detrás del mar y las nubes se tiñen de azul lavanda. De repente, alguien lanza una exclamación. Es Lila, que acaba de perder su pañuelo por culpa de un golpe de viento. El trozo de tela sobrevuela la cabeza de Gabi y está a punto de aterrizar en el agua, pero soy más rápido y lo atrapo al vuelo. Se lo devuelvo a Lila, que me dedica una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, es de mi madre —dice, y se lo ata alrededor de la muñeca con un fuerte nudo.

—¿Va todo bien? —pregunto aprovechando que nos hemos quedado solos.

Lila intenta apartarse el pelo de la cara, pero la brisa marina no le da tregua. Los tirabuzones rojos le cubren los ojos y se rebelan contra ella. Se hace una coleta con una gomilla que lleva en la muñeca y contengo el impulso de pedirle que se deje el pelo suelto porque, como dijo Pol el otro día, se parece a la Sirenita.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—¿Eh?

—Me has preguntado si va todo bien.

—Ah —respondo avergonzado, porque me he quedado embobado mirándola—. Te he visto hablar con Hugo y me ha dado la impresión de que estabais discutiendo.

Lila intenta enmascarar su expresión irritada bajo una falsa mueca de indiferencia.

—Sí, todo bien.

Decido dejar el tema porque no es asunto mío. Ni siquiera sé por qué le he preguntado. Por lo que he visto, Lila no es una persona que se abra con facilidad a los demás, quizá por eso me intriga tanto. Es como un cubo de Rubik que intento resolver. Encuentro ciertas similitudes entre su carácter y el mío, y he llegado a la conclusión de que por eso chocábamos tanto.

—¡Mira! —exclama ilusionada, y me aprieta el brazo para que no me lo pierda—. ¡Acabo de ver una aleta!

Todos corren hacia nuestro lado del barco y se asoman. Después de unos segundos de silencio, Gabi resopla.

—Te has confundido.

—Que no —insiste Lila—. He visto una aleta de delfín. Estaba justo ahí…

—Sí, en tu imaginación.

Lila está tan decepcionada que no presta atención a la respuesta de Gabi. Apoya los brazos sobre la barandilla y recuesta la cabeza sin perder de vista el agua. Todos están a punto de darse la vuelta cuando escuchamos el característico chasquido de un delfín. Como si quisiera

tomarnos el pelo, una aleta gris aparece durante unos segundos antes de volver a sumergirse en el agua. Jimena y Gabi aplauden emocionadas. Lila abre los ojos de par en par y luego busca mi mirada como si quisiera asegurarse de que he visto lo mismo que ella. Los dos sonreímos.

En ese momento, un delfín salta del agua y hace una pirueta en el aire antes de aterrizar y salpicarnos.

—Qué maravilla —murmura Lila sin quitar la vista del agua.

Un grupo de delfines plateados nada alrededor del barco. Parecen jugar con nosotros. Bailan y cantan como si quisieran darnos la bienvenida. Gabi intenta hacerles fotos, pero ellos se sumergen cada vez que pulsa la cámara del móvil, como si quisieran burlarse de ella. Tres delfines saltan como si estuvieran sincronizados. La manada nos acompaña durante un buen recorrido hasta que nuestra presencia deja de causarles curiosidad. Lila pone cara de pena y se despide de ellos con la mano.

—Oh —se lamenta—. ¡Adiós, Flipper!

El capitán detiene el barco para que podamos verlos marchar. En ese instante, un delfín saca la cabeza del agua y se queda mirando a Lila. Ella se lleva las manos al pecho y lo contempla maravillada. Parece que ha venido a despedirse de ella. Todos nos quedamos paralizados, pero Lila se atreve a adelantar la mitad del cuerpo por encima de la barandilla. Quiero advertirle de que no debería acercarse a un animal salvaje por muy adorable que parezca, pero entonces el delfín emerge a la superficie y arrima su hocico a la boca de Lila. Ella, asombrada, cierra los ojos y le da un beso antes de que el mamífero emita uno de sus chasquidos y se aleje alegremente para reunirse con su manada.

—Te ha dado un beso —digo impresionado.

—¿Acabas de ligar con un delfín? —bromea Pol—. Al final voy a tener razón y eres la Sirenita.

—¡He hecho una foto! —Hugo se la enseña y ella se ruboriza.

—Deberíamos ponerle nombre a ese delfín. ¿Cómo se llamaba el delfín de *La sirenita?* —pregunta Pol.

—¿Tú en qué mundo vives? La Sirenita tenía dos amigos: Sebastián, el cangrejo, y Flounder, el pez —le informa Gabi.

—¿Qué clase de nombre es ese para un pez? —protesta Pol—. No me puedo creer que en *La sirenita* no haya delfines. Menuda decepción.

—Sí hay, pero no tienen nombre.

—*Flounder* significa «lenguado» —le explico.

—¿El adorable Flounder es un lenguado? ¡Acabas de arruinar mi infancia, Axel! —responde Gabi.

—¿Y yo qué culpa tengo de que sea un lenguado? —protesto.

La sonrisa de Lila llega a su máximo esplendor cuando Leo le dice que no estamos tan locos como parecemos. La tristeza que la embargaba se esfuma. Como si la oscuridad no fuera capaz de competir con el intenso brillo de felicidad que ahora la envuelve. Me da por pensar que la tristeza es un mecanismo de defensa que algunas personas utilizan para que no puedas llegar hasta ellas porque se han negado la posibilidad de ser felices. Y entonces me pregunto por qué Lila ha llegado a la conclusión de que no tiene derecho a ser feliz.

Hacemos una parada en la pequeña isla local de Dhiffushi y cenamos en un restaurante a orillas de la playa. Después de comer un delicioso pescado a la parrilla con guarnición de arroz frito y *noodles*, regresamos al barco. El capitán nos permite disfrutar de la noche estrellada y nos sentamos en la cubierta. El mar está en calma y de vez en cuando somos mecidos por alguna ola caprichosa. Todos estamos medio adormilados cuando Pol nos enseña una botella de Jägermeister que vete tú a saber de dónde ha sacado.

—¿Verdad o reto? —sugiere.

Gabi se anima en cuanto ve la botella.

—¿Dónde la has encontrado? —pregunto con recelo.

—Tengo mis contactos.

—¿En Maldivas? Estamos en un país árabe. Solo podemos beber en los resorts.

—No hay leyes en altamar.

—No se considera altamar si no te alejas más de veinte kilómetros de la costa —lo informo.

—A veces eres un sabelotodo insufrible, colega. —Pol comienza a repartir vasos de chupitos—. ¿Quién se anima? ¿Pelirroja?

—No bebo —responde ella.

—Pero puedes jugar a verdad o reto. Las normas son muy sencillas. Puedes pasar una pregunta si bebes o atreverte con el reto. Si respondes a la pregunta, la persona que te la ha hecho debe beber.

—No estaría en igualdad de condiciones —argumenta Lila con desgana—. Ya te lo he dicho, no bebo.

—Bebe Coca-Cola.

—¡Eso no es justo! —exclama Gabi—. La esencia de este juego es beber o hacer el reto. No sería gracioso si toma Coca-Cola.

—De acuerdo, no jugaré —decide Lila que, todo sea dicho, no muestra mucha disposición.

—Déjala que no beba. Solo es un juego absurdo —intercedo.

—Con ustedes Axelpedia, el alma de la fiesta —bromea Pol, que termina de repartir los vasos—. ¿Quién empieza?

Gabi, a quien le encanta una juerga en la que haya alcohol y

preguntas comprometidas de por medio, se ofrece voluntaria. Por supuesto, Pol aprovecha la oportunidad.

—¿A qué edad perdiste la virginidad? —le pregunta.

Leo lo fulmina con la mirada.

—Bebe, Gabi. No me apetece ser consciente de los pormenores de tu vida sexual —le ordena Leo.

—A los dieciséis —responde Gabi sin inmutarse—. Te toca beber, Pol.

Él se toma el chupito de un trago.

—Mi turno. —Gabi se frota las manos—. ¿Te sientes atraído sexualmente por alguna persona de este grupo?

Pol, que ya se esperaba la pregunta, esboza una sonrisa pícara. Leo pone mala cara.

—¿Todas las preguntas van a ir de lo mismo? —se queja.

—Sí —responde Pol—. Y sí a la pregunta de Gabi.

—¿De quién? —quiere saber ella.

—Solo es una pregunta. Y te toca beber porque he respondido.

Gabi se queda con las ganas y se bebe el chupito. Jimena, que está a su lado, parece un poco nerviosa y decido ponérselo fácil.

—¿Cuál es el sueño más raro que has tenido? —pregunto.

—¡Es una pregunta muy fácil! —protesta Gabi.

—Estoy con la rubia. —Pol le da la razón—. Las nuestras han sido más comprometidas.

—Sí, ya veo lo afectado que estás —respondo con ironía—. ¿Verdad o reto, Jimena?

—Verdad —decide ella—. Casi nunca recuerdo mis sueños, pero una vez soñé que se me caían los dientes. Me levanté sobresaltada y tuve que mirarme en el espejo para comprobar que solo había sido una pesadilla.

—Dicen que soñar eso simboliza una pérdida personal —interviene Gabi—. ¿Has perdido a alguien?

Jimena se mira las manos. Parece apenada. Pero no es eso lo que me llama la atención, sino el hecho de que a Lila se le ensombrezca la expresión y sujete con fuerza el vaso de refresco. Decido cambiar de tema porque creo que una pregunta sin malicia ha reabierto una vieja herida.

—Jimena ya ha respondido. —Le echo un cable—. Y me toca beber.

Me tomo el chupito y pongo cara de asco porque está malísimo.

—¡Mi turno! —Jimena me mira con curiosidad—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?

Leo resopla.

—¡Y dale! ¿No hay otro tema? —insiste Leo.

—Vamos a pensar que no mojas con Nura —se burla Pol.

—Lo que hago con Nura no es asunto tuyo.

—Pues te va a tocar beber.

Pol se descojona y Leo pone mala cara. No me apetece beber otro chupito porque creo que no sobreviviré, así que respondo de mala gana.

—Hace tres días.

—¡Llevamos dos en la isla! —exclama Jimena sorprendida.

—El muchacho quería venir con las pilas cargadas —bromea Pol, y me da una palmadita en la espalda.

Jimena se bebe el chupito. Noto que alguien me mira de reojo. Es Lila. Su mirada esconde una acusación que no me gusta. No sé si me está juzgando porque no le ha gustado mi respuesta o porque he decidido contestar a una pregunta personal. No es culpa mía, pero debería haber previsto que cada vez que jugamos a este estúpido juego las preguntas van en la misma dirección.

—Si tuvieras que volver con una ex, ¿a quién elegirías? —le pregunta Leo a Hugo.

Hugo respira profundamente antes de responder.

—Lila es mi única ex —dice con voz queda.

Pol se atraganta con la bebida y Gabi se parte de risa. Yo, para ser sincero, estoy un poco descolocado. Sabía que entre ellos había algo, pero no me esperaba que hubieran sido pareja.

—¡Menudo giro de los acontecimientos! —exclama Gabi.

Lila pone mala cara. No está satisfecha de ser el centro de atención, y, si las miradas mataran, Hugo estaría muerto y bajo tierra en este momento.

—¿Hace mucho que lo dejasteis? —pregunta Gabi con interés.

Antes de que Hugo pueda abrir la boca, Lila se adelanta.

—No respondas, no es asunto suyo.

—¡Solo es un juego! —Gabi le resta importancia, pero añade para picarla—: Ya he notado que no son lo tuyo…

—Gabi —le pido para que lo deje estar—, es el turno de Hugo y Leo.

Leo bebe antes de que Hugo le pregunte.

—¿Estás enamorado de tu novia?

—Sí —responde con sinceridad.

—Qué manera de desperdiciar una pregunta —se queja Gabi—. Todos sabemos que está enamoradísimo de Nura. Es el colmo del romanticismo.

—Cierto —confirma Pol, quien, cuando le apetece, forma un gran equipo con Gabi—. Dan hasta asco.

—No lo sabía —interviene Jimena—. Bueno, solo sé lo que cuentan las revistas, pero no creo que sean una fuente de información muy fiable.

—¡Turno de Lila! —Gabi la mira con una sonrisilla pícara—. Y mi

turno de hacer la pregunta. ¿Preparada?

Lila se encoge de hombros.

—Sí.

Como soy un visionario, sé que Gabi va a ir a degüello.

—¿Por qué rompisteis Hugo y tú?

—Es personal —responde Lila con tono cortante, y bebe un sorbo de Coca-Cola.

—Si no bebes Jäger, no tiene gracia.

—No pienso beber para complacerte.

—Entonces haz un reto.

—Venga, Gabi. Tiene derecho a pasar de una pregunta —intercede Pol para que deje de insistir.

—Entonces yo tengo derecho a hacer otra, y de esta no puedes pasar. ¿Cuál es el mayor error que has cometido?

Lila se queda pálida.

—No voy a seguir jugando —responde con aspereza.

—O sea que has cometido un error porque en realidad no eres tan perfecta como aparentas.

—Yo no he dicho eso —replica Lila con rabia.

—Quien calla otorga.

—He abandonado el juego. Búscate otra diversión.

—Debe de ser un error muy gordo si tanto te avergüenza confesarlo.

Lila tiene los ojos vidriosos cuando levanta la cabeza para fulminar a Gabi con la mirada.

—Gabi, ya basta —le ordeno molesto—. No sigas.

—Déjala. Se puede defender sola. Tampoco es para tanto. He cometido un montón de errores y no tendría ningún problema en contar alguno. Lo que yo diga, la pelirroja ni es de fiar ni es tan santa como parece.

Lila se levanta con ímpetu y se marcha al otro extremo del barco.

—¿Te has quedado satisfecha? —le recrimina Leo a su hermana.

—Ya te vale, Gabi —dice Pol.

Jimena intenta ponerse de pie.

—Debería ir a ver qué tal está… —murmura mareada, aunque, en su lugar, gatea hacia la borda y su hermano tiene que ayudarla a asomarse por la barandilla para vomitar.

Gabi pone cara de asco.

—Tienes que pedirle perdón —le exijo.

Ella resopla.

—Ni de coña le pido perdón a esa engreída.

—No creo que sea bueno que se vean las caras justo ahora —responde Pol—. Voy a hablar con ella.

—Sí, Pol, corre detrás de tu pelirroja —se burla ella.

—¡Los celos te sientan como el culo, Gabi! —responde él antes de

levantarse.

Ella se pone hecha una furia y le grita la primera barbaridad que se le pasa por la cabeza. Quiero decirle a Pol que Lila necesita su espacio, pero no me da tiempo porque ya se ha marchado. En lugar de ello, me limito a explicarle a Gabi por qué razón tiene que aprender a mantener la boca cerrada. No puede ir por la vida hiriendo a todo el mundo y sin asumir la responsabilidad de sus actos. De eso nada. Un amigo de verdad te echa la bronca cuando metes la pata hasta el fondo.

14

Lila

La cabeza me da vueltas cuando consigo aferrarme a la barandilla. Siento que me falta el aire. Ni siquiera tengo fuerzas para estar enfadada con Gabi porque me invade uno de mis ataques de ansiedad. Lo veo todo borroso. Cierro los ojos y una lágrima traicionera resbala por mi mejilla. Aprieto la barandilla hasta que mis nudillos se ponen blancos. Cuento mentalmente hasta diez mientras inspiro profundo por la nariz y expiro por la boca. Gracias a Dios parece que funciona. Estoy encerrada en este barco y no quiero convertirme en el centro de atención.

«¿Cuál es el mayor error que has cometido?».

La ansiedad da paso a una creciente rabia que hace burbujear mi sangre. Tengo que controlarme para no regresar y tirar por la borda a Gabi. Me encantaría borrar de un plumazo su sonrisa burlona. No tiene ni puta idea. Ha abierto mi caja de Pandora. Me siento como si me hubiera clavado un alfiler en una herida que todavía no ha cicatrizado.

«Cálmate», me ordeno.

«Solo quiere provocarte. No le des ese placer».

«Jimena no se merece que le arruines el viaje».

Me voy tranquilizando cuando alguien se cuela en mi campo visual. He dado por hecho que se trataría de Jimena, pero para mi sorpresa es Pol. Enderezo la espalda y me limpio las lágrimas con el dorso de la mano. Clavo una mirada disgustada en el mar. No soy la clase de persona que le muestra su debilidad a un desconocido.

—No es un buen momento —le advierto—. Para nada.

—Quieres estar sola, lo sé, pero me ha podido la conciencia y necesitaba decirte algo.

—Si vienes a pedirme perdón en nombre de tu amiga…

—Ni de coña. No soy de los que se disculpan en nombre de otros. Y Gabi ya es mayorcita para responsabilizarse de sus actos.

—Entonces ¿qué haces aquí? —pregunto con voz áspera.

—Pedirte perdón yo.

Me vuelvo extrañada hacia él. Pol fuerza una sonrisa. No una de sus sonrisas pícaras, sino una repleta de preocupación.

—Debería haber imaginado cómo acabaría el juego. Conozco a

Gabi. También es culpa mía.

—De eso nada —sentencio—. No tendría que haberme animado a jugar. Sabía de sobra que estaba deseando devolvérmela desde la discusión que tuvimos. No es de las que desaprovechan la oportunidad perfecta.

—Ni tú de las que se vienen abajo por un juego de mierda —intenta animarme.

—Ni siquiera me conoces.

—No eres una persona fácil de conocer. ¿O me equivoco? —Esta vez me ofrece una sonrisa de las suyas—. No me equivoco. Tengo buen ojo para la gente.

—Si lo tuvieras de verdad, te alejarías de mí. Soy de esas que siempre lo fastidian todo.

Pol se coloca a mi lado y se apoya en la barandilla.

—Es una forma muy cruel de verte a ti misma.

—Es la verdad.

Pol se queda pensativo. Se saca algo del bolsillo y tardo tres segundos en reconocer que se trata de un porro. Me pregunto cómo ha hecho para abastecerse de marihuana y alcohol en pleno océano Índico, pero él mismo ha dicho que tiene sus contactos y no pienso dudar de ello. Esta vez no me lo ofrece después de encenderlo.

—¿Cómo quieres que los demás te den una oportunidad si no te la das a ti misma?

—Quizá no necesito que los demás me den una oportunidad.

—Somos seres sociables por naturaleza —rebate Pol—. Aristóteles no estaría de acuerdo contigo.

—Aristóteles la palmó hace mucho tiempo y me traen sin cuidado sus teorías sociales.

Pol se ríe y le da otra calada al porro.

—Eres de lo que no hay, pelirroja. Intento mantener una conversación intrascendente contigo sobre la importancia de las interacciones sociales para la supervivencia de la especie. Aunque, teniendo en cuenta que acabas de discutir con Gabi, entiendo tu punto de vista.

—No te ofendas, pero Gabi me importa una mierda.

—No me ofendo —responde con naturalidad—. Pero está claro que te ha tocado la fibra sensible. Se le da fenomenal buscarle el punto débil a la gente.

Me muerdo el labio. Es inútil que lo niegue porque hui con lágrimas en los ojos. Ahora todos saben que estoy afectada.

—Nadie debería hacer que te avergüences de tus errores. Los fallos nos hacen más fuertes. Un error te enseña más que un puñado de victorias —dice, y añade con suavidad—: La vida va de tropezar y levantarse.

—Te levantas e intentas no tropezar con la misma piedra. Lo pillo.

—¿No te gusta mi filosofía?

—No siempre se aprende de los errores.

—Dejémoslo en casi siempre. De algo nos debe de servir la experiencia. De lo contrario, todo este asunto de venir al mundo no tiene mucho sentido.

—¿Aunque tus errores afecten a otra persona? —Lo pongo en duda.

—Sí —responde sin vacilar—. No puedes caminar de puntillas por la vida. Bueno, sí que puedes, pero la desaprovechas. ¿Quieres ser una espectadora de tu propia existencia? Porque hay una gran diferencia entre dejar que la vida pase y hacer que pasen cosas en tu vida.

—No sabía que podías llegar a ser tan profundo.

—El porro se me ha subido a la cabeza.

Nos reímos. Pol alarga el brazo y pone su mano sobre la mía. Me guiña un ojo.

—¿Mejor, pelirroja?

—Sí —respondo con sinceridad—. Mejor.

—Te creo. No has puesto mala cara cuando te he llamado pelirroja.

Pol me pilla desprevenida cuando me da un abrazo. Huele a licor de hierbas y marihuana. Su abrazo, contra todo pronóstico, consigue reconfortarme un poco. Me he acostumbrado tanto a dar abrazos por compromiso que me he olvidado de lo que se siente cuando das uno poniendo todo tu corazón en ello.

—Sabía que tú y yo seríamos buenos amigos —dice, y me da un beso en la mejilla al separarnos.

—Y nada más porque yo no quiero, ¿no? —bromeo.

—No tengo ninguna amiga pelirroja. Estará bien sumar una así a la lista. Y creo que me puedo acostumbrar a este tipo de conversaciones.

Pol me ofrece su mano para que regrese con el grupo. En el momento que la estrecho, veo que Axel nos está observando desde el otro lado del barco con una expresión indescifrable.

Estoy paralizada en mitad de ese maldito supermercado. Sostengo con manos temblorosas un paquete de seis cervezas. Maldigo la hora en la que lo convencí de entrar en uno de esos establecimientos abiertos las veinticuatro horas del día. El pulso me martillea en las sienes y un sudor frío me corre por la espalda. Él me obliga a esconderme detrás de su cuerpo. Sé lo que va a suceder, pero de todos modos no tengo agallas para plantarle cara. Y me quedo allí, aterrorizada, como la cobarde que soy.

—¡Lucas! —Me despierto sobresaltada.

Estoy sentada en la cama y acabo de tener una pesadilla. A mi lado, Jimena duerme profundamente. Me tapo el rostro con las manos y

contengo un acceso de llanto. Luego salgo de la cama y voy al cuarto de baño para echarme agua fría en la cara. Podría tomarme otra pastilla, pero entonces superaría la dosis recetada por el médico. No es la primera vez que tengo una pesadilla. Tampoco será la última. Me he acostumbrado a las noches en vela, en las que permanezco con el corazón en un puño. El insomnio me produce dolores de cabeza, agotamiento e irritabilidad. No me gusta la persona que soy cuando no puedo pegar ojo.

No quiero despertar a Jimena, por eso salgo descalza de la habitación sin encender la luz. Voy a la cocina para servirme un vaso de leche fría. Son las tres de la mañana y la casa está a oscuras y en completo silencio, por eso me llama la atención una tenue luz que proviene de la terraza. Cojo el vaso y voy a curiosear. Ya sé lo que me encontraré antes de salir. Axel está leyendo tumbado en la hamaca balinesa suspendida sobre el suelo de cristal bajo el que se observa el mar en calma. Parece ser que ya ha terminado el libro de Paul Auster porque en su regazo tiene uno de Joe Hill. Se nota que es un gran lector.

—Ese no lo he leído.

Axel levanta la cabeza. Parece extrañado de verme despierta a estas horas.

—¿Qué haces levantada?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Nunca me acuesto antes de las tres de la madrugada. Duermo una media de cinco horas.

—¿Y no estás cansado durante el día? —pregunto desconcertada.

—Soy una persona en fase de sueño avanzado.

Enarco las cejas.

—¿Qué diantres significa eso?

—Ni idea. Así lo definió mi médico. Fui a hacerme un chequeo y me preguntó cuánto dormía. Cuando le dije que cinco horas, no se lo podía creer y me hizo varias pruebas para comprobar que la falta de sueño no estaba afectando a mi salud. Por lo visto, hay personas que no necesitan dormir ocho horas porque funcionan con menos tiempo de sueño.

—¿Y siempre aprovechas para leer hasta las tantas de la madrugada?

—Para leer, trabajar en los arreglos musicales, responder e-mails del trabajo… Pero, sí, sobre todo para leer.

—Pues qué suerte.

—Se te ve cansada.

—Por desgracia no formo parte de tu selecto club.

—No puedes dormir. —Intuye, y señala el vaso—. Buena elección. La leche contiene triptófano, un aminoácido que el cuerpo convierte

en serotonina, la cual ayuda a descansar. Aunque es recomendable tomarla templada.

—La tomo porque me gusta, no para dormir —lo informo con retintín—. ¿Tenías muchos amigos en el colegio?

—¿Siendo un empollón? Te lo puedes imaginar. No era lo que se dice muy popular.

—Ni yo tampoco.

—¿Se metían contigo?

—Me llamaban Zanahoria.

—Qué originales.

—Ya ves. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Y a ti te pusieron algún mote?

—Harry Potter. —Se señala las gafas. Me aguanto la risa floja—. Y Grandullón.

Pongo cara de circunstancia.

—Lo siento.

—No pasa nada. Te robé el taxi. Me lo merecía.

—Harry Potter no suena tan mal. Fue un héroe y referente literario para toda una generación.

—Pero no es agradable cuando lo utilizan para meterse contigo. Estuve a esto de ponerme lentillas. —Axel acerca el pulgar al índice.

—¿Y qué te hizo cambiar de idea?

—Llegué a la conclusión de que las críticas te afectan en la medida que lo permites.

—Menos mal. Las gafas te quedan bien.

Me arrepiento de esa frase en cuanto las palabras salen de mi boca. Lo malo de ser una pelirroja de tez pálida es que las emociones te traicionan en forma de sonrojo. Un súbito calor me corre por las mejillas y clavo una mirada avergonzada en el suelo.

—Quería decir que las gafas son tu esencia. Vaya, que te pegan. No lo he dicho en plan…

—Te he entendido. —Me tranquiliza—. Ya sé que no me ves de esa manera.

—Debería dejarte solo. A mí me molesta que me interrumpan mientras leo.

—¿Quieres dar un paseo por la playa? —sugiere para mi sorpresa—. Quizá te ayude a conciliar el sueño.

Señalo su libro.

—No te quiero cortar el rollo.

—Lo leeré en otro momento. Ahora prefiero estar contigo.

Axel se pone de pie y se dirige a la puerta trasera. La sujeta para que pase. Me quedo pensativa durante un momento hasta que decido que me apetece más dar un paseo por la playa que estar dando vueltas en la cama. Cuando paso por su lado, me llega el olor del gel de baño

mezclado con la sal marina. No he conocido a otro hombre que huela como Axel. Es un aroma masculino y desconcertantemente sexy. Caminamos descalzos sobre la arena mojada. A esta hora la playa está desierta e iluminada por un cielo poblado de estrellas que sería imposible divisar en la ciudad. Somos unos privilegiados.

—¿Tienes algún libro para prestarme? —pregunto esperanzada—. Ya he terminado el mío y no he traído otro. Me gusta leer antes de dormir.

—¿Bromeas? Siempre llevo la maleta llena de libros. Tengo uno de Gillian Flynn.

—No he leído nada de ella.

—¿Te gusta la novela negra?

—Sí.

—Entonces te encantará. Sus historias son muy adictivas —me asegura—. Pero a cambio me tienes que dejar tu libro. El título me llamó la atención.

—*¿Los siete maridos de Evelyn Hugo?* —pregunto desconcertada—. Es una novela romántica.

—¿Y?

—Pues eso.

—No te sigo.

—No conozco a ningún chico que lea novela romántica y alardee públicamente de ello. O les da vergüenza reconocerlo o piensan que son menos hombres por ello. Os educan para que seáis unos machotes con la masculinidad superfrágil.

Axel extiende los brazos.

—Aquí tienes a uno —responde con naturalidad.

Entorno los ojos.

—No te creo.

—¿Piensas que lo digo para impresionarte?

—No encuentro ninguna razón por la que quisieras impresionarme, pero…

—Julia Quinn, Nora Roberts, Brittainy C. Cherry, Colleen Hoover —enumera de carrerilla—. Y la preferida de mi *amona*: Monica McCarty.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para imaginarme a Axel leyendo ese tipo de historias. La risa me traiciona y él se cruza de brazos con actitud defensiva. Parece ofendido.

—¿Y ahora quién tiene prejuicios? —contrataca.

—¿Esperas que me crea que en vez de leer *El código Da Vinci* preferías novelas de *highlanders* musculosos con el pecho desnudo?

—Lo de las portadas con las mujeres desmayadas y auxiliadas por el macho alfa de turno ya ha quedado desfasado. Y no es que prefiriera ese tipo de historias, sino que me crie en un pueblo de montaña donde la biblioteca más cercana estaba a cuarenta minutos en coche. Así que

me conformaba con la librería de mi *amona*, que sentía predilección por las novelas románticas. Al final les cogí el gustillo y aprendí una gran lección: la gente con prejuicios literarios se olvida de leer por placer, y no hay mayor placer que perderse entre las páginas de un libro.

Me acaba de dejar impresionada, no lo puedo negar.

—Ahí te doy la razón. Pero no te hacía tan romántico.

—¿Porque soy un hombre y los hombres no podemos serlo? —me contradice con ironía.

—¡De acuerdo! —Me rindo—. Te prestaré *Los siete maridos de Evelyn Hugo*; pero si subrayas una página o doblas alguna esquina, te mataré. Quedas avisado.

—¿Por quién me tomas? Y lo mismo te digo.

Nos hemos alejado bastante de la casa, pero todavía no me apetece volver. De repente, Axel frena y levanta el pie. Señala un cangrejo ermitaño que vive dentro de la concha de un caracol marino y que huye de nosotros en dirección a la orilla.

—Por poco piso a Sebastián.

—¿Por qué es más fácil verlos de noche? —me pregunto en voz alta.

—Los cangrejos se esconden en sus cuevas durante el día y por las noches salen a cazar. Así consiguen escapar de sus depredadores.

—¿Y te extraña que no fueras popular? —respondo con tonillo.

—¡Me has preguntado! —exclama indignado—. De lo contrario, habría estado callado.

—Qué va, no lo puedes controlar. Necesitas expandir tus conocimientos. ¿De qué te serviría ver documentales si luego no puedes demostrarles a los demás lo listo que eres?

Axel frunce el ceño.

—No veo documentales para impresionar a la gente —responde un tanto huraño—. ¿Es una crítica o te estás burlando de mí?

Se me escapa la risa floja.

—Ah, qué bonito. Yo intentando ser amable contigo y tú pagándomelo de esa manera.

—Pol tiene razón. Un poquito sabelotodo insufrible sí que eres.

—Muchas gracias.

—Te estaba tomando el pelo —respondo intentando aguantarme la risa—. ¿O te vas a enfadar conmigo ahora que hemos hecho las paces?

—No quiero enfadarme contigo —dice, y añade con una sonrisilla—: Me duele la cabeza cuando discutimos.

—Porque te empeñas en quedar por encima de mí.

—¡Mira quién fue a hablar! La que necesita tener la última palabra porque…

—Basta. —Me pongo de puntillas y le tapo la boca con la mano—. No empecemos. No queremos ser como Gabi y Pol, ¿no?

Axel sacude la cabeza y yo aparto la mano.

—No —responde, y su expresión se ensombrece un poco—. Gabi se ha pasado tres pueblos contigo.

La diversión se esfuma en cuanto la menciona. Me encojo de hombros para restarle importancia, pero no resulto del todo convincente.

—Solo era un estúpido juego —mascullo.

—No tenía derecho a indagar en tu vida de esa manera. No tiene límites cuando le da por alguien. Creo que es porque le gustas a Pol. Ya sabes que entre ellos hay… En fin, cómo lo voy a saber yo si ni siquiera ellos lo tienen claro.

—No le gusto a Pol.

Tengo que morderme la lengua para no añadir: «A Pol le gustan todas y le tira la caña hasta a los peces». Para mí está muy claro que mi relación con el batería del grupo no va en ese sentido. Incluso él mismo lo sabe. Me sorprende que Axel haya pensado eso de nosotros. No tiene el menor sentido.

—Lo que quiero decir es que no culpes a Hugo por lo sucedido esta noche. No creo que lo hiciera a malas. Se vio acorralado.

Me cambia la expresión cuando menciona a Hugo, y él lo nota.

—Podría haber elegido no responder. Da igual. —Hago un aspaviento con las manos—. No quiero seguir buscando culpables. No debería haber participado en el dichoso juego. Asunto zanjado.

—Claro.

Axel parece incómodo y doy por hecho que se debe a que no me llevo bien con su amiga. A partir de ahora me abstendré de mencionar a Gabi delante de él. No quiero ponerlo en un compromiso.

—¿Te puedo pedir un favor? —le pregunto.

Axel me mira con curiosidad.

—Depende de lo que sea.

—Dentro de tres días es el cumpleaños de Jimena y me gustaría darle una sorpresa. Comprarle una tarta y montarle una pequeña fiesta. Así que voy a necesitar ayuda porque me gustaría pillarla desprevenida.

—Cuenta conmigo.

Le explico mi plan y me escucha atentamente mientras caminamos de regreso a la casa. Al menos durante el tiempo que dura nuestra conversación consigo olvidarme de mis pesadillas. Me alegro de haberle hecho caso, porque dar este paseo por la playa ha sido una buena idea. Me gusta mucho estar con Axel.

Querido Lucas:

Mis pesadillas me han seguido hasta este precioso lugar. Fui una tonta al creer que una isla paradisiaca de arena blanca bañada por el océano Índico las mantendría alejadas. Sé que, en este momento en el que me niego a sucumbir al sueño, podría despertar a Jimena para hablarle de mis miedos. La conoces de sobra. Me apretaría la mano y me hablaría sin parar de Zayn Malik hasta que me quedase dormida por culpa del sopor.

Pero no puedo.

Qué difícil es pedir ayuda. Qué jodidamente complicado es admitir que estás hecha polvo. Qué pequeñita me siento al comprender que la vida se me hace cuesta arriba y que no soy lo bastante fuerte para seguir adelante sola.

Quizá Pol tiene razón. Me cae bien, por cierto. Creo que esconde sus propios demonios y que detrás de esa fachada juerguista y despreocupada se encuentra un alma tan rota como la mía. Las almas heridas sabemos reconocernos. Durante esta noche de insomnio he tenido tiempo para pensar en sus palabras. A lo mejor no iba desencaminado. Cuando te encierras en ti misma, te olvidas de que los demás tienen sus propios problemas. Es una forma cruel y egoísta de ver el mundo, apoderarse de la tristeza como si te perteneciera por completo.

No pretendo ser el centro de atención porque corro el riesgo de perder a Jimena. Nuestra Jimena, que siempre está de buen humor y es experta en animar a los demás. Por eso voy a organizarle un gran cumpleaños sin que lo sepa. Se lo merece. Ojalá pudieras estar aquí para ver su cara de ilusión cuando todos gritemos: «¡Sorpresa!». A ella le encantan las sorpresas. No como a mí, que me ponen nerviosa. ¿Te acuerdas de cuando os prohibí que me preparaseis una fiesta por mi dieciocho cumpleaños? Al final me invitasteis al Parque Warner y lo pasamos genial subiéndonos en la montaña rusa para poner caras absurdas en la foto. Tengo todas nuestras poses guardadas. Es una pena que Hugo no te hiciera ni caso cuando le comentaste que los cumples sorpresa no eran lo mío. ¿Te acuerdas de la cara de susto que puse cuando me organizó aquel fiestón por todo lo alto? ¡Incluso vino mi primo de Alicante al que no veía desde hacía tres años! Pobre Hugo, se lo curró bastante; y ahora que echo la vista atrás creo que fui un poco desagradecida con él en aquel momento. Ya, ya sé que no te gustaba. Pero jamás de los jamases permitimos que nos separara. Estaba bastante colgada por aquel entonces. No me culpes, era mi primer novio. Y tú te tragabas todos mis dramas y siempre estabas disponible cuando te llamaba a las dos de la madrugada para contarte llorando que había discutido con él. Nunca dijiste aquello de «Amiga, date cuenta», porque sabías que no hay más ciego que aquel que no quiere ver. Nunca te di las gracias por tu paciencia, así que ahí va: Gracias, Lucas.

Por estar cuando te necesitaba. Por permanecer a mi lado cuando fui una amiga insoportable. Por quererme de manera incondicional y alegrarte de corazón cuando me sucedían cosas buenas. Por demostrarme que una amistad

sana entre un chico y una chica es posible.

Te quiero, Lucas.

Ojalá te lo hubiera dicho más veces. No sé por qué postergamos los «te quiero», como si nos sobrara tiempo para decirlo. De hecho, el tiempo es lo más valioso que tenemos y solemos desperdiciarlo. Los momentos perdidos no se reciclan y las palabras que no se pronuncian no valen nada.

LILA

P. D.: Si existiera una escalera que conectara la tierra con el cielo, la subiría todas las noches para darte un abrazo.

15

Axel

Después de desayunar, me levanto para llamar por teléfono a mi *amona*. Por culpa del trabajo estoy acostumbrado a separarme de mis abuelos más de lo que me gustaría, pero últimamente mi *aitona* me tiene preocupado. Es el típico hombre de ochenta y tres años que llama matasanos a los doctores. Tiene una mentalidad propia del siglo pasado y es la persona más orgullosa que he conocido. La segunda vez que pisó un hospital fue a los ochenta y un años, y porque lo obligué a hacerse un chequeo. Desde entonces me ha dado algún que otro susto. El médico de cabecera intentó tranquilizarme diciéndome algo que, en realidad, me produjo angustia: «No te preocupes. Tu abuelo está empezando a sufrir los achaques de la edad. Podría vivir diez años más si se cuida y toma la medicación».

Diez años.

Diez-putos-años.

Lo dijo como si fuera un regalo. Como si todos estuviéramos obligados a entender que las personas a las que amamos tienen fecha de caducidad. Qué injusta es la vida. Los abuelos deberían ser eternos. Llamadme egoísta, pero no estoy preparado para asimilar que me faltarán algún día.

—*Kaixo, amona* —saludo cuando descuelga el teléfono.

Me retiro a un lugar tranquilo de la terraza. Desde aquí puedo ver que Lila se ríe con un comentario de Pol. Se gustan, es más que evidente. Ayer en el barco lo pude ver con mis propios ojos.

—*Kaixo, maitea*. ¡Mi nieto preferido! —exclama mi abuela, que es exagerada como ella sola teniendo en cuenta que soy su único nieto—. ¿Qué tal por el Caribe?

—Las islas Maldivas, *amona* —la corrijo divertido, y giro la cabeza para olvidarme de Lila y Pol.

—*Bost axola izan.* Casi lo mismo.

—El Caribe está en el océano Atlántico y las islas Maldivas en el Índico, a más de quince mil kilómetros de distancia.

—¡A tu *amona* no le des clases de geografía! —exclama indignada—. ¿Cuándo me vas a presentar a tu novia?

—*Amona*, ya te he dicho que estoy soltero. —Bajo la voz y me aguanto la risa—. No te puedo presentar a mi novia porque no tengo.

¿Qué tal se encuentra el *aitona?* ¿Se está tomando las pastillas?

—¡Mira cómo me cambias de tema! —responde disgustada—. No me gustaría irme al otro barrio sin que me hayas presentado a una buena chica. ¿Te crees que tu *aitona* y yo vamos a vivir eternamente?

—*Amona*, no bromees con eso —le pido con voz grave—. Ya sabes que no me gusta que hables así. Estás como una rosa y el *aitona* tres cuartos de lo mismo si se toma la medicación y sigue las indicaciones de su médico de cabecera.

—Dice que le han mandado más pastillas que a un viejo, y le he soltado que con ochenta y tres primaveras qué se cree que es. ¡Este hombre! —masculla una palabrota en euskera—. Cuando vuelvas, te prepararé un plato de alubias con sacramentos que te vas a chupar los dedos. Seguro que en el Caribe no te dan bien de comer. ¡Xabier, tu nieto al teléfono!

—*Amona*, no grites. —Intento aguantarme la risa—. Déjalo, seguro que está en el huerto. El médico dice que le viene bien hacer ejercicio, ¿no? Eso sí, recuérdale que se ponga protección solar.

—Axel, querido, a los viejos ya no nos preocupa el cáncer de piel. Cuando cumples cierta edad entiendes que de algo tienes que morir. ¿Sabes lo que me contó el otro día la nieta de Anne?

—Pero ¿se está tomando las pastillas? —la interrumpo preocupado.

—*Bai!* —responde exasperada—. Tu *aitona* se niega, cómo no. Para qué iba a hacerme la vida más fácil si puede seguir dándome quebraderos de cabeza. ¡Es su deporte favorito! Pero se las mezclo con la comida sin que se dé cuenta. Se cree más listo que yo. Llevo sesenta y dos años aguantando a ese zoquete. Siempre voy un paso por delante de él.

Mi *amona* se queja de mi *aitona* una media de seis veces al día, pero a mí no me engaña. Llevan toda una vida juntos y mi *aitona*, un hombre parco en palabras, me contó con orgullo que le costó bastante conquistarla. Ella todavía regenta el restaurante de Albíztur donde se preparan las mejores alubias de Tolosa y él sigue trabajando en el huerto de sol a sol. Cuando alcancé la fama con el grupo, les sugerí que se jubilaran y casi se me lanzan a la yugular. Al final me tuve que limitar a pagar la reforma de la casa, a lo que accedieron a regañadientes, y a llevarlos de viaje a Brujas, que era el sueño de mi *amona*. Son un par de tozudos que están hechos el uno para el otro. Y lo son todo para mí.

A veces me pregunto cómo habría sido mi vida si me hubiera criado con mis padres. ¿Me habría dedicado a la música? No lo sé. Mi padre era abogado y mi madre trabajaba en una panadería. Fue mi *aitona* el que me regaló su vieja guitarra cuando cumplí seis años. También fue él quien me llevó al conservatorio cuando tenía ocho años y un talento impropio de mi edad. Y fue mi *amona* la que me animó a perseguir

mis sueños cuando estuve a punto de dejar la música para ayudarlos en el restaurante. Ella se negó de manera categórica y me dijo que los sueños solo se cumplen si luchas por ellos.

No echo de menos a mis padres. Sé que puedo parecer insensible, pero fallecieron cuando yo tenía nueve meses. Por desgracia, no tengo ningún recuerdo de ellos. Todo lo que sé es por boca de otras personas. Mi *amona* dice que he heredado el carácter taciturno de mi padre y los inconfundibles ojos pardos de mi madre. Y su miopía. Lo segundo no puedo discutírselo porque he visto fotografías suyas. No obstante, es extraño conocer a una persona por lo que los demás te cuentan de ella.

¿Se puede echar de menos algo que nunca has tenido?

Mis abuelos dicen que yo era lo que mi madre más quería en el mundo. A veces me siento muy culpable porque, cuando miro las fotografías, solo veo a un par de desconocidos. Pero la verdad es que no puedo echar de menos a mis padres, ya que mi *aitona* y mi *amona* actuaron como tales. Con ellos nunca me faltó de nada y tuve una infancia muy feliz.

Tengo una buena vida, lo sé. Me gusta ser parte de Yūgen. Quiero creer que nuestra música se seguirá escuchando cuando nosotros ya no estemos. Es bonito pensar que algo de ti quedará para la posteridad. Es increíble triunfar en lo que apasiona acompañado de amigos que son como hermanos. Porque Pol, Leo y Gabi se han convertido en la familia que he elegido. Con ellos he aprendido que la familia no siempre es de sangre y que a los amigos que te quieren bien hay que cuidarlos porque esa es una de las mayores suertes que hay en la vida. Aunque a veces necesite hacer una pausa para digerir todo lo que nos ha pasado en los últimos años. La fama, los periodistas siguiendo cada uno de nuestros pasos y la escasa privacidad que te queda cuando llegas a lo más alto.

Quizá por eso me gusta tanto estar solo. El problema de estar rodeado de gente es que te queda muy poco espacio para ti mismo. Los conciertos abarrotados, las entrevistas y los viajes en avión son un gran esfuerzo para alguien tan reservado e independiente como yo. Pol se burla de mí y dice que no tengo sangre en las venas porque soy incapaz de relajarme y disfrutar de la vida. Joder, no es eso. Es solo que cuando te haces famoso la gente tiene la absurda obsesión de querer saberlo todo de ti. De subirte a un pedestal e identificarte con un tipo de persona cuando en realidad no te conocen. Así que me ha tocado ser el bajista que huye de los focos porque tiene una timidez exacerbada. No me quejo con el papel que me han dado, podría ser peor. Y en parte no les falta razón, puesto que me habría vuelto loco si saliera cada dos por tres en una portada o los periodistas me esperasen a la salida del supermercado. La fama es muy complicada. Con el paso

del tiempo, me he cerrado en banda a confiar en los demás porque he llegado a la conclusión de que casi todos los que se me acercan lo hacen por interés. Ya he visto suficientes veces llorar a Gabi. Aprendí la lección cuando Leo lo pasó fatal porque los periodistas casi se cargaron su relación con Nura a base de inventar rumores falsos. Y la opción de vivir la vida a tope y no tener reglas que ha escogido Pol no va conmigo. Prefiero ser el bajista discreto que resulta poco atractivo para la prensa.

—¿Qué tal tus abuelos? —me pregunta Leo cuando cuelgo.

Lleva consigo la tabla de surf. Además de ser un gran compositor, también es un surfista *amateur*. Sabía que no dejaría pasar la oportunidad de pillar algunas olas en el océano Índico.

—Ya sabes, lo de siempre. Estoy preocupado por mi *aitona*. Me temo que cualquiera de estos días nos dará un susto.

—Venga, no pienses en eso. —Trata de animarme—. Ojalá llegue a su edad la mitad de bien. ¿Te acuerdas de cuando intenté echarle un cable en el huerto y me pasé una semana con agujetas? Y tu abuelo ni se inmutó. Está hecho de otra pasta.

—Y luego te obligó a comerte un plato de alubias con chorizo y por poco echas la pota.

—Joder, no me lo recuerdes —responde, y los dos nos reímos—. Cada vez que me terminaba el plato, tu *amona* me echaba otro cazo. Créeme, a tu *aitona* le queda cuerda para rato. Y a tu *amona* tres cuartos de lo mismo. Estaría guay hacerles otra visita.

—Ya sabes que estarían encantados. Prepárate para el banquete de mi *amona*. No es mujer de medias tintas. —Señalo su tabla—. Hoy hay buenas olas.

—¿Te apuntas?

—Ya sabes que lo mío no es el surf.

—Lo tuyo es el buceo. —Leo levanta la cabeza y sigo el recorrido de su mirada hasta que se detiene en Pol y Lila—. Parece que hoy te vas a tener que buscar otra compañera de aventuras.

Lo dice como si nada, pero conozco a Leo y en su tono hay un deje de preocupación.

—¡Qué dices! Hemos firmado una tregua y me doy con un canto en los dientes.

—Me habré equivocado. —Le resta importancia—. El otro día pensé que entre vosotros había algo.

—Ni de coña.

—Genial —responde complacido—. Sería raro que Pol y tú os fijarais en la misma chica.

—Eso ni ha pasado ni va a pasar.

—Mejor, porque lo prefiero ocupado con otra en lugar de estar molestando a mi hermana.

—Se molestan mutuamente —le recuerdo—. Dos no se pelean si uno no quiere.

—Ya, pero…

—Gabi es tu hermana.

—Exacto.

—Y Pol es tu amigo.

—Por eso todo se complica cuando están juntos. —A Leo se le escapa un suspiro de alivio al mirar a Pol y Lila—. Ojalá se quede bastante pillado.

—A nuestro amigo le duran los enamoramientos tres segundos.

—A lo mejor con ella es diferente —elucubra—. Está yendo despacio. Será porque le gusta mucho. En fin, me voy antes de perderme más olas.

Me quedo en silencio, ya que no lo había pensado. De hecho, el planteamiento de Leo me parece del todo imposible. Pol es Pol. Su relación más larga creo que duró cuatro días. Lila, por su parte, es una persona muy distante. Cuando estoy con ella tengo la impresión de enfrentarme a un jeroglífico escrito en arameo. No se muestra del todo. Al menos, a mí me parece que guarda la distancia conmigo. Pero quizá se ha abierto con Pol. Vete a saber. Los observo con inusitado interés. Ella le está tocando el brazo mientras él le susurra algo al oído. Entonces Lila le da un empujoncito y se ríe. Frunzo el ceño. Están coqueteando. Se gustan. Ya está. A mí no me importa en absoluto porque quiero lo mejor para mi amigo.

Pero…

Lila me cae bien. Y conozco lo suficiente a Pol como para no desearle a ninguna chica que tenga el dudoso placer de ser su pareja. No me voy a meter donde no me llaman, pero debería tener una conversación con mi amigo porque no quiero que le haga daño.

De repente, alguien se planta a mi lado y suelta un bufido. Es Gabi. Está observando la misma escena que yo y parece furiosa. Aunque, más que furiosa, lo que vislumbro en sus ojos es el resquemor de los celos.

—Qué pareja tan bonita —murmura con desdén—. ¿Cuánto creerás que le durará el interés a Pol?

—Ni idea. —Me encojo de hombros—. Pero no es asunto nuestro.

Gabi pone mala cara.

—Me trae sin cuidado. —Se hace la digna—. Ojalá yo también encontrara a alguien con quien pasar el rato en esta diminuta isla.

—Pórtate bien, Gabi, que te veo venir.

Pestañea con inocencia.

—No sé a qué te refieres.

—Anoche ya la puteaste bastante. Se merece una disculpa.

—¿Quién? —En sus labios se dibuja una sonrisa burlona—. Ah, te

refieres a la nueva amiguita de Pol.
—Tiene un nombre.
—¿Laia?
—Lila.
—Soy muy mala para recordar los nombres.
—Sería bonito que por un día tuviéramos la fiesta en paz —le pido con tono serio—. Lila no te ha hecho nada.
La expresión rabiosa de Gabi dice lo contrario, pero lo deja estar cuando me interpongo en su campo visual y le doy un abrazo. Se ablanda porque en el fondo es muy cariñosa. De pequeña nos seguía a Leo y a mí a cualquier parte. No paraba quieta e inventaba mil travesuras. Cuando hacía de las suyas, a Leo y a mí nos tocaba cubrirle las espaldas. Tengo debilidad por Gabi. Es la hermana pequeña que nunca he tenido. Es egocéntrica e impulsiva, pero también es leal hasta la médula y haría cualquier cosa por las personas a las que quiere. Ya sé que las virtudes no justifican los defectos, aunque con ella tengo la impresión de que todo lo bueno supera a lo malo con creces. La nuestra es una amistad desinteresada y muy sincera.
—Vamos a la playa, pequeñaja. —Le despeino el pelo con cariño—. Como en los viejos tiempos.
—¿Me vas a dejar subirme a tu espalda? Como cuando tenía once años y me cargaste a cuestas porque no veía el escenario del concierto de Hombres G.
—¿Tienes once años? —bromeo—. Venga, que sí.
Gabi se cuelga de mi brazo, pero cuando pasa al lado de Pol le da una patada en el culo. El gesto le pilla desprevenido, por lo que pierde el equilibrio y se cae a la piscina. Gabi deja escapar una risilla maligna cuando él le dedica una retahíla de insultos. Pongo cara de desaprobación y ella entorna los ojos.
—Lo siento, no he podido evitarlo —dice sin una pizca de arrepentimiento en la voz—. ¿Qué sería la vida sin un poquito de locura?

16

Lila

Observo con recelo los propulsores acuáticos que hay alineados en la orilla. Hasta hace quince minutos ni siquiera sabía lo que era eso. El instructor de *seabob* nos ha explicado que podemos surcar el mar a una velocidad de hasta veinte kilómetros por hora. Incluso podemos sumergirnos bajo el agua. El funcionamiento es muy sencillo. Se trata de un mecanismo similar al de una moto de agua, pero de tamaño reducido y con dos asas a las que agarrarse. No parece muy seguro y mi lado prudente me invita a declinar la experiencia.

Pol es el primero en hacerse con un propulsor acuático de color amarillo. Ignora las explicaciones del instructor y observa el aparato como si fuera un niño estrenando un juguete el día de su cumpleaños.

—Uy, el color de la mala suerte —dice Gabi—. ¿Te imaginas que ese trasto se vuelve loco y te lleva mar adentro donde nadie pueda encontrarte? En plan *Yo, robot.* Reconozco que molaría no volver a verte la cara.

—¿Esta cara por la que finges que no te derrites? —contrataca Pol —. A mí no me engañas, Gabi. Si naufragara en mitad del océano, serías la primera en venir a buscarme.

—Sí, para rematarte.

Pol entorna los ojos.

—¿En qué sentido?

Gabi finge una arcada y él se parte de risa.

Lo de estos dos no tiene nombre. Hace un momento, Gabi lo ha empujado a la piscina cuando él me estaba contando un chiste malísimo. Son como el perro y el gato. Me pregunto cómo acabará una historia que se ve que viene de lejos.

—¿Alguna duda? —pregunta el instructor.

Jimena levanta la mano. En ese momento, Hugo se acerca a mí e intento mantener la calma. Todavía sigo crispada por lo que sucedió anoche en el barco, pero he decidido dejarlo correr, aunque habría preferido que hubiera mantenido la boca cerrada para no airear un pasado que sabe que me hace daño.

—No hace falta que lo intentes, Lila.

Enarco una ceja.

—¿Qué?

—Siempre le has tenido miedo al mar. No tienes por qué pasarlo mal. Que bucearas el otro día fue un gran paso, pero Roma no se construyó en un día.

Su tonito condescendiente me saca de mis casillas. Algo se apodera de mí cuando cojo el primer propulsor que tengo delante. Es de un rojo tan intenso como la humillación que siento en este momento. ¿Así es cómo me ve mi ex? Recuerdo lo que me dijo cuando cortó conmigo: «Lo siento, Lila, pero solo tengo diecinueve años y me estás arrastrando contigo. Ya no puedo cuidar de ti». Hugo siempre me ha visto como una persona débil y digna de compasión. Como la chica asustada que es incapaz de dar un paso sin que su maravilloso novio —nótese la ironía— supervise todos sus movimientos.

—¿Qué haces? —pregunta con tono escéptico.

Agarro el propulsor con fuerza y le ofrezco una mirada implacable que le grita: «No soy una persona débil». Sin embargo, cuando me acerco a la orilla, me doy cuenta de que no lo hago por él, sino para demostrarme que soy perfectamente capaz de superar mis miedos. Me trae sin cuidado lo que piense Hugo. La única opinión importante es la que tengo de mí misma. Y quizá, con un poco de esfuerzo, logre reconciliarme con la chica que dejé atrás hace tres años.

Pol se planta a mi lado.

—¿Una carrera, pelirroja?

—El último en llegar a la boya y volver se queda enterrado durante una hora en la arena —respondo decidida.

—Si pierdes, me ofrezco a ocupar tu lugar —susurra Hugo a mi oído.

—No necesito que cuides de mí —respondo sin inmutarme.

Hugo me mira de reojo y frunce el ceño.

—Ya la habéis escuchado. —Pol se adentra en la orilla y los demás lo seguimos—. Prohibido hacer trampas. Gabi, eso va por ti.

—No necesito hacer trampas para darte una paliza, Pol —responde ella.

Todos nos tumbamos sobre los propulsores. Acaricio el gatillo. El pulso me late disparado, pero estoy convencida de que no voy a perder. A mi izquierda tengo a Hugo, que me contempla como si no me reconociera. Me gusta esta sensación porque llevo mucho intentando reconciliarme con la Lila optimista que vivía la vida a tope. A lo mejor estaba equivocada y no se trata de volver a ser la misma de antes, sino de evolucionar y saber adaptarse. No puedo seguir siendo una víctima. De eso nada. Las personas cambiamos como lo hacen nuestras circunstancias, y de lo único que deberíamos arrepentirnos es de las decisiones que no tomamos por miedo a equivocarnos. A mi derecha, Pol me guiña el ojo y murmura: «Demuéstrale lo que vales».

—Tres, dos, uno… —El instructor comienza la cuenta atrás—. ¡Ya!

Salgo a toda velocidad. Mi corazón bombea con fuerza. Estoy surcando el mar y me siento tan ligera que de repente nada importa. Me olvido de todo. El agua me salpica en la cara. Me río a carcajadas cuando alguien me adelanta por la derecha. Levanto el dedo del gatillo para rodear la boya y no salir despedida. Luego lo vuelvo a apretar y diviso la orilla cada vez más cerca. Ni siquiera me importa ganar. Solo quiero pasármelo bien. Ser una chica de veintiún años que asume que en la vida hay que correr riesgos si quieres disfrutarla.

Freno cuando mis pies acarician la arena. Respiro con dificultad y me aparto el pelo de la cara. Mientras, alguien no deja de saltar en la orilla.

—¡He ganado! —exclama Gabi triunfal, y me ofrece una mano para que me ponga de pie—. Qué sorpresa, eres la segunda.

No lo dice a malas. Estoy tan contenta que no me apetece guardarle rencor. Jimena llega después. Las tres nos abrazamos como si hubiéramos ganado la lotería. Axel y Pol tocan tierra a la vez.

—¡Las chicas al poder! —grita Jimena, y choca los cinco con Gabi.

—Vaya paliza nos han dado —afirma Axel.

—Y tanto —admite Pol, y señala a Hugo—. Pero al menos no somos los últimos.

—¡Mi propulsor está averiado! —se queja Hugo al llegar a la orilla —. No es justo. ¡No iba igual de rápido que el resto!

No puedo resistir la tentación de plantarme delante de él con una sonrisita de orgullo.

—Tranquilo, si quieres ocupo tu lugar. —Se la devuelvo.

Enrojece de rabia. Mi mirada se cruza con la de Pol, que ha sido consciente de todo, y le da una palmadita amistosa a Hugo en la espalda.

—Alguien va a permanecer una hora enterrado en la arena…

—¡Venga ya! —responde furioso—. Solo era una carrera estúpida. ¿Estáis hablando en serio?

Gabi y Jimena lo agarran cada una de un brazo para arrastrarlo a la playa. Me encantaría seguirlas, pero Hugo siempre ha tenido muy mal perder y no me gusta hacer leña del árbol caído.

—Buena carrera —me felicita Axel.

—¿Me has visto? —respondo emocionada—. Ha estado guay.

—Lo que ha estado guay es ver cómo tu ex mordía el polvo —dice Pol.

Los tres observamos la escena. Gabi y Jimena están enterrando a Hugo mientras él no para de protestar. Me entra un ataque de risa. De repente, Pol me coge en brazos y me hace una ahogadilla.

—No seas mala, pelirroja. Recochinearse es de mal gusto.

—¡Has empezado tú!

Le hundo los dedos en el costado para que pare. Pol tiene cosquillas y pierde el equilibrio. Aprovecho para escaquearme y salir corriendo, pero me atrapa por el tobillo. Estiro los brazos en busca de ayuda y me agarro a lo primero que pillo, que resulta ser el bañador de Axel. Juro que no lo hago a propósito, pero, al bajárselo, veo un vello castaño oscuro que asoma bajo la cinturilla. Tiene el abdomen plano y los oblicuos muy marcados. Se me seca la boca. Axel se sobresalta y se sujeta el bañador. Se ha quedado blanco.

—Uy —musito avergonzada.

—Pelirroja, pelirroja… —se burla Pol—. ¿Qué quieres pescar?

Axel se tensa y aprieta la mandíbula. Luego se da media vuelta y se aleja de nosotros. Creo que se ha cabreado porque ha dado por hecho que nos estábamos riendo de él. Me muerdo el labio. A mi lado, Pol se dobla por la mitad y se parte de risa.

—No te creas lo que dicen de los altos.

—¡Pol! —Le salpico agua en la cara—. Voy a disculparme. Creo que se ha enfadado con nosotros.

—Querrás decir contigo. Yo no he intentado arrancarle el bañador.

Pongo cara de circunstancia. Primero le toco loquetúyasabes y ahora por poco lo dejo desnudo. Voy a tener que esforzarme para que Axel no crea que soy una pervertida que intenta aprovecharse de él a la menor oportunidad. Qué vergüenza.

17

Axel

Salgo del agua hecho una furia. Me parece estupendo que Lila esté ligando con Pol, pero no hace falta que me incluya en su jueguecito infantil para divertirse a mi costa. No soy el mono de feria de nadie. Que, oye, me alegro de que ella esté feliz porque su sonrisa es capaz de iluminar toda la puñetera isla. Pero ¿era necesario dejarme medio desnudo para impresionar a Pol?

Me siento en la orilla para intentar relajarme porque estar de morros es una actitud impropia de mí. Soy el conciliador por excelencia. El que media entre Gabi y Pol e intenta tranquilizar a Leo cuando se cabrea con los periodistas que quieren arruinar su relación con Nura. No me reconozco. ¿Qué diantres me pasa? ¿En serio me voy a poner de mal humor por una broma absurda? Es solo que… Lila y Pol no pegan juntos. Ella parece una chica bastante razonable y él de eso no tiene nada.

Frunzo el ceño.

«¿Y a mí qué?».

«¿Desde cuándo me intereso por los rollos de Pol?».

Siempre me he mantenido al margen, a no ser que me pida opinión, lo cual no sucede a menudo porque mi amigo es de los que prefieren pedir perdón a pedir permiso.

—Ey.

Estaba tan sumido en mis pensamientos que no la he visto venir. Lila se sienta a mi lado y me roza la pierna con el pie. Habrá sido sin querer. No me ve de esa manera y en el fondo debería agradecer que se haya fijado en Pol porque tiene la palabra «complicada» grabada en la frente. A mí siempre me han gustado las relaciones sencillas, de esas que sabes lo que puedes esperar de ellas porque son monótonas y previsibles. Me gusta ir sobre seguro.

—En el fondo, me da un poco de pena —dice señalando en dirección a Hugo. Gabi y Jimena le han colocado dos montículos de arena como si tuviera pechos. No me quiero ni imaginar qué se inventarán para la parte inferior de su cuerpo. Lila fuerza una sonrisa incómoda cuando me mira—. ¿Te has enfadado?

—No —respondo con sequedad.

Lila me evalúa sin pestañear. Tengo que contener el impulso de

apartarle un rizo pelirrojo que le cuelga sobre la frente. Me encanta su pelo porque hace que destaque, aunque intente pasar desapercibida. Es de un tono rojo fuego salpicado de destellos naranjas y amarillos. En este momento, el sol se refleja en sus rizos y le acaricia las pestañas tupidas. Su nariz está cubierta de nuevas pecas doradas. Aparto la cabeza con brusquedad y clavo la mirada en el mar.

—O sea, que estás enfadado.

—Ya te he dicho que no.

—No eres capaz de mirarme a los ojos, Axel.

La miro. Tiene los ojos azules más bonitos que he visto en mi vida. Ni siquiera sé por qué estoy tan cabreado, y eso hace que me disguste más conmigo mismo. No me reconozco. No soy así de temperamental. ¿Qué cojones me pasa?

—¿Mejor? —replico echando chispas.

Lila parece confundida por mi inesperado arrebato de ira. No es de extrañar. Yo también lo estoy. Respiro profundamente.

—Lo de antes ha sido sin querer.

—Lo sé.

—No me gustaría seguir metiendo la pata contigo —dice con sinceridad, y eso basta para que mis músculos se aflojen—. Ha sido un accidente, en serio. No pretendía avergonzarte.

Me encojo de hombros.

—No estoy avergonzado.

—¿No? Pues qué suerte. Yo me he puesto completamente roja cuando por poco te bajo el bañador y…

Tiene razón. Su tez de porcelana la traiciona cada vez que se pone nerviosa. Ahora tiene las mejillas encendidas y la punta de la nariz colorada. Soy incapaz de estar enfadado con la chica de los ojos azul cielo y la constelación de pecas en el rostro. Mirarla me produce una súbita oleada de ternura.

—¿Sabes qué? Olvídalo. —Le resto importancia—. Ha sido una tontería. Una broma que me he tomado bastante mal.

—No ha sido una broma —responde desconcertada—. Ya te lo he dicho. Me he tropezado y me he agarrado a lo primero que he visto. No hago esa clase de bromas de mal gusto porque no desearía que me las hicieran a mí.

—Vale.

—No me crees —dice irritada—. ¿Por qué haría algo así?

—A Pol se le da genial ser el cabecilla de las malas ideas.

—Pol no me ha lavado el cerebro —responde indignada—. Tengo suficiente personalidad para decidir por mí misma. No sé por quién me tomas. He venido a disculparme porque me sabía fatal. Piensa lo que quieras, Axel.

Lila se pone de pie y tengo la impresión de que he metido la pata

hasta el fondo. Está tan enojada que me cuesta dudar de ella. Por eso me levanto y le toco el brazo antes de que se marche. Se sobresalta y se aleja un poco de mí. Su rechazo va directo a mi orgullo y me sorprende que me afecte tanto.

—Vale, me he equivocado contigo.

—No te pega juzgar a la gente tan a la ligera.

—El humor nunca ha sido lo mío —le explico abochornado—. Las bromas de Pol siempre me han sacado de quicio. Por eso pensé que te había convencido para gastarme una. Debería haberte dado el beneficio de la duda.

—Bueno —Lila se relaja—, apenas me conoces. Y no empezamos con buen pie, así que en parte te entiendo.

—Entonces ¿asunto zanjado?

—¡Menos mal! —exclama aliviada y esboza una sonrisa resplandeciente—. Entre lo de hoy y lo que sucedió en el avión… ¡estaba muerta de vergüenza! No quería que pensaras que soy una pervertida.

Lila vuelve a sonrojarse y sonrío sin poder evitarlo. Jamás pensaría que está loca por mí, eso ya me ha quedado bastante claro. Quizá la fama se me ha subido un poco a la cabeza, pero lo cierto es que estoy acostumbrado a que las chicas me vayan detrás.

—Tranquila, no creo que lo seas.

—¡Te lo juro!

Nos reímos. Lila se aparta el pelo de la cara y se muerde el labio. Empiezo a conocerla lo suficiente como para saber que sigue estando un poco avergonzada.

—Ya sé que no me ves de esa forma —digo para tranquilizarla y señalo a Pol, que está flotando en la orilla—. No te preocupes por mí. Está todo olvidado. No quiero cortaros el rollo.

Lila me mira como si no me entendiera. Está a punto de decir algo, pero el instructor aparece en ese momento con un montón de tablas de surf atadas a la baca de la furgoneta. Jimena y Gabi corren hacia él y se olvidan de Hugo, que yace con el cuerpo enterrado en la arena, a excepción de la cabeza. Le han construido una cola de sirena y han escrito en la arena: «Huguito, la diosa del mar».

—¿Quieres ver cómo una persona es capaz de caerse mil veces de una tabla? —bromea Lila.

—No trates de competir conmigo. Ese récord lo ostento yo.

—Descuida, soy la persona con menos equilibrio que has conocido.

Una hora después, confirmo que Lila estaba diciendo la verdad.

Estamos practicando *paddle surf*, o al menos lo intentamos. Gabi es la única que ha conseguido ponerse de pie en la tabla siguiendo los

consejos de su hermano, que ha venido a echarle un cable al instructor porque está empezando a perder la paciencia con nosotros. Pol se ha aburrido a los quince minutos y se ha largado al restaurante a beber caipiriñas. Pensé que Lila se marcharía con él, pero está empeñada en subirse a la tabla. Acabo de descubrir que es una cabezota sin remedio.

Estamos sentados en las tablas mientras remamos. Lila es tan blanca que sus extremidades están mudando al típico color rojo guiri. Me abstengo de hacer cualquier comentario al respecto porque sé que le sentaría fatal. Esta mañana la vi embadurnándose en protección solar y poner mala cara cuando Jimena la llamó Patricio, el personaje de *Bob Esponja*. Por culpa del sol le están saliendo más pecas desde la clavícula hasta los hombros. Ahora su piel es un mapa abstracto de puntos dorados.

Lila me pilla mirándola y me salpica.

—¿Qué?

—Nada —respondo abochornado.

—¡Me estabas mirando!

Es tan evidente que digo lo primero que se me pasa por la cabeza para salir del paso.

—Estaba pensando que te pareces a mi *aitona*.

—¿Y eso? —pregunta con curiosidad.

—Eres igual de tozuda que él.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Es un cumplido —le aseguro—. Mi *aitona* es la persona a la que más admiro. Pero no se lo digas a mi *amona* o se pondrá hecha una furia. En realidad, los admiro a los dos por igual. Siguen trabajando a pesar de que ya deberían estar jubilados. Si algún día te dejas caer por mi pueblo, no te vayas sin probar las alubias con sacramentos de mi *amona*. Sería un pecado.

—¿Vives allí?

—Sí.

—Pensé que residías en la capital —dice sorprendida—. Vamos, creía que todos vivíais en Madrid.

—Gabi y Leo viven en Sevilla, Pol en Barcelona y yo en Albíztur con mis abuelos. Es un pueblo de Guipúzcoa enclavado en la montaña, a pocos kilómetros de Tolosa.

Me arrepiento de haber hablado tanto y no entiendo por qué lo he hecho. Siempre mantengo la distancia con la gente porque no me apetece tener a la prensa pululando por el pueblo. Ni siquiera le he contado a Amber de dónde soy. Lo único que pudo sacarme es que vengo de un pueblo de Guipúzcoa, pero nunca le dije el nombre por miedo a que se presentara allí por sorpresa. Supongo que con Lila no corro ese riesgo.

—Tranquilo, tu refugio está a salvo conmigo. —Me lee la mente—. No soy una bocazas. Entiendo que te guste mantener el anonimato. Debe de ser complicado que te sigan a todas partes y no disponer de un pedacito de privacidad cuando lo necesites. A mí me resultaría agotador.

—Pues… sí.

Estoy descolocado porque la mayoría de la gente da por hecho que ser famoso es maravilloso. Casi todos me dicen que soy una persona muy afortunada por asistir a estrenos o por que alguien me pare por la calle para pedirme un autógrafo.

—Allá va. —Lila apoya las manos en la tabla para intentar ponerse de pie. Ya he perdido la cuenta del número de veces que se ha caído, pero no se rinde—. Deséame suerte. A la decimoquinta va la vencida.

—Creo que deberías soltar el remo antes de…

No me da tiempo a terminar la frase porque Lila enseguida se resbala y pierde el equilibrio. Lo veo todo a cámara lenta. Ella cayéndose de espaldas y yo intentando esquivar el remo, que me golpea en la frente. Los dos terminamos en el agua y alguien exclama:

—¡En toda la cara! —Es Pol, que acaba de llegar justo a tiempo para contemplar el espectáculo—. Eh, Axel, ¡vaya golpe! ¿Estás bien?

A mi alrededor todo se llena de risitas. Se me ensombrece la expresión y me apoyo en la tabla. Me acaricio la sien y descubro que tengo la mano manchada de sangre.

—¡Todo el mundo fuera del agua! —chilla Gabi—. ¡Los tiburones huelen la sangre!

Jimena y ella salen disparadas hacia la orilla. Desde allí escucho a Pol reírse como si fuera algo divertidísimo. Estoy un poco mareado. Hugo va a acercarse a mí, pero se le cambia la cara cuando ve la sangre y huye despavorido. Leo y Lila nadan en mi dirección.

—Estoy bien. —Levanto los brazos para demostrarles que solo ha sido un golpe superficial—. Puedo solo.

Camino hacia la orilla mientras me siguen. En realidad, lo que más me duele es el orgullo. Leo dice que va a llamar al médico para que me eche un vistazo. Le aseguro que no es necesario, pero ya se ha marchado.

—Yo que tú no le dirigía más la palabra a la pelirroja —bromea Pol, que está sentado en la orilla con una caipiriña—. La ha tomado contigo.

Lila está a mi espalda y me contempla horrorizada. Le dedico una mirada asesina a Pol.

—Muchas gracias por tu ayuda —digo con ironía.

Pol levanta el vaso.

—He visto que lo teníais todo controlado y no quería desperdiciar el alcohol.

Alguien me pone una mano en el mentón para inspeccionarme la cara. Es Lila, y por su expresión sé que se siente absolutamente culpable.

—No me duele —miento—. Solo es un corte superficial en la ceja.

—Que tío más duro —bromea Pol.

—¡Cállate, Pol! —le ordena Gabi—. Menudo amigo estás hecho.

—Mira quién fue a hablar. «¡Qué viene un tiburón!» —la imita con voz aguda.

Lila me acaricia la mejilla y su expresión se torna arrepentida. A pesar del dolor, me estremezco de placer cuando sus dedos me rozan la piel. Es una sensación tan intensa como extraña. Algo del todo inapropiado y que me hace sentir jodidamente bien.

—Lo siento —musita con voz quebrada, y en ese instante me percato de que tiene los ojos vidriosos—. Siempre lo fastidio todo.

18

Lila

Todavía estoy temblando cuando el doctor termina de examinar a Axel. El corte ha sido superficial y no ha necesitado puntos, pero sigo igual de afectada. No me puedo quitar la imagen de la cabeza. La sangre manchándole la cara. El instante en el que se tambaleó y pensé horrorizada que iba a perder el conocimiento. Lo vi todo negro y estuve a punto de desmayarme, pero me obligué a salir del agua porque no quería ser la misma cobarde de siempre. Luego acompañé a Axel y a Leo a la casa a pesar de que ellos me dijeron que no hacía falta. Y aquí estoy, intentando ser de utilidad porque me siento muy culpable.

¿A quién quiero engañar? Cuando me dejo llevar, me convierto en la chica que mete la pata hasta el fondo. ¿Por qué soy incapaz de aprender del pasado? Debería haberle hecho caso a Hugo y haberme mantenido alejada del agua. Soy una imbécil; y lo peor de serlo es cuando le haces daño a la gente. Aunque sea sin proponértelo o tan solo tengas la intención de pasar un buen rato. Eso es lo de menos.

—Ponte hielo para bajar la hinchazón —le recomienda el médico.

Voy directa a la cocina y rebusco en todos los cajones hasta encontrar un paño limpio. Envuelvo unos cubitos mientras Leo y Axel le dan las gracias al doctor. Una oleada de pánico me invade el cuerpo sin que pueda hacer nada por mitigarla, y todos los recuerdos que intento enterrar a base de pastillas me taladran la cabeza. Mi campo de visión se vuelve borroso. Me agarro al borde de la encimera y respiro profundamente.

«Tranquila —me ordeno—, puedes fingir que eres una persona normal».

Fuerzo una sonrisa y regreso al salón para ofrecerle a Axel el paño. Leo y él están charlando cuando me ven llegar. No quiero ser una entrometida, así que digo:

—He encontrado un poco de hielo.

—Gracias —responde Axel.

—No quería interrumpiros —comento nerviosa—. Os dejo a lo vuestro.

—Espera, Lila. —Axel le dedica una mirada a Leo y es suficiente para que su amigo se vaya. Entonces me mira—. ¿Va todo bien?

—Eso debería preguntártelo yo —respondo avergonzada—. ¿Te duele?

—Qué va.

—Axel, te está saliendo un chichón…

—Solo necesito un poco de hielo. —Aprieta el paño contra su ceja —. ¿Lo ves? No es nada. Siento decírtelo, pero no tienes tanta fuerza.

Agradezco que haga una broma para restarle importancia, aunque no cuela. No me explico por qué no puedo dejar de fastidiarla con él. Es como si la parte irreflexiva que intento ocultar se hubiera empeñado en dejarme en evidencia. No obstante, Axel es demasiado noble para echármelo en cara.

—Ha sido culpa mía.

—Solo ha sido un accidente, Lila —dice con naturalidad—. Nos estábamos divirtiendo. Esas cosas pasan.

—Sobre todo a mí —respondo resignada.

Axel me mira alarmado.

—Antes has dicho que siempre lo fastidias todo.

—Porque es la verdad. Ya deberías haber perdido la paciencia conmigo. Te he dado razones de peso.

—Vamos —susurra con delicadeza, y me pone una mano en el hombro—, ¿de verdad crees que voy a enfadarme contigo por un golpe tonto? Tampoco me cabrearía si le das alguno a Pol para bajarle los humos, pero desde luego no ha sido tan grave como para retirarte la palabra.

Intento sonreír porque sé que se está esforzando para hacerme sentir mejor, aunque lo único que asoma a mis labios es una mueca débil. No debería haberme dejado convencer para venir a este viaje. No es justo que esté aquí divirtiéndome mientras Lucas se pudre bajo tierra por mi culpa.

—Creo que me voy a ir a la cama.

Axel me mira extrañado.

—¿A la una del mediodía?

—Me duele la cabeza.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero antes estabas perfectamente. Si es por lo que ha pasado, en serio, olvídate del tema. Para mí no tiene importancia.

—Claro.

De todos modos, no me quedo tranquila, por eso me pongo de puntillas para inspeccionarle la herida de la ceja. Axel pone los ojos en blanco y lanzo un suspiro de alivio. Al menos le está bajando la hinchazón.

—¿Ya no parezco Rocky Balboa tras una pelea? —bromea.

—Reconozco que antes tenía peor pinta. —No puedo resistir el impulso de acariciarle la mejilla. Las motitas doradas de sus ojos

pardos se expanden como las llamas de una chimenea—. Mucho mejor así.

—La sangre es muy escandalosa.

Aparto la mano cuando pronuncia la palabra «sangre». Desde hace tres años soy una persona muy aprensiva. Si veo una sola gota de sangre, siento que me falta el aire. Hace un par de meses me hice un análisis y quise salir huyendo cuando vi la aguja. Tuvieron que sujetarme entre dos enfermeros.

—¿He dicho algo malo?

—Qué va.

—Entonces ¿por qué tengo la impresión de que debo medir mis palabras contigo? —pregunta con tacto.

—Es la sangre —le explico—, me da pavor.

—No hacía falta que me acompañaras. Lo habría entendido. Gabi y Pol se han quedado allí tan panchos.

—Ellos no han sido los que te han abierto la cabeza.

—No sigas con eso —responde con suavidad—. No estoy enfadado. No le des más vueltas. ¿Y si volvemos a la playa?

—Me voy a quedar leyendo el libro que me has prestado.

—Oye, si es por las bromitas absurdas de Pol, estoy convencido de que parará en cuanto se dé cuenta de que no te hace ni pizca de gracia. Puedo hablar con él para pedirle que mantenga la boca cerrada.

—No, no —respondo intentando buscar otra excusa—. Es solo que…

—Te lo estabas pasando bien en la playa —dice, y añade con voz queda—: Lo estábamos pasando muy bien.

—Sí, de maravilla —contesto con sequedad—. Mírate ahora.

No soy capaz de soportarlo más. Siento que me pican los ojos y le doy la espalda para que no me vea llorar. Odio hacer el ridículo de esta manera. No quiero ser la protagonista de esta historia, pero se me hace muy difícil fingir que estoy bien cuando los recuerdos del pasado aguijonean la poca seguridad en mí misma que me queda.

—Lila —murmura asustado—. ¿Qué pasa?

—Nada —musito con un hilo de voz—. Por favor, Axel, déjame sola, porque me estoy muriendo de vergüenza.

A mi espalda, Axel parece pensárselo durante unos segundos, hasta que se mueve y doy por hecho que va a marcharse. Pero entonces deja el paño en la mesita auxiliar del salón y me da un apretón cariñoso en el brazo. Su gesto es lo que me faltaba para explotar. Me tapo la cara con las manos para que no me vea llorar.

—Joder, Lila —dice agobiado—. ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—Nada.

—Algo habrá.

—No.

Me estoy sorbiendo las lágrimas cuando me pilla desprevenida. Sus brazos me envuelven con fuerza. Es un abrazo sincero y reconfortante. Uno cálido, de esos que te borran todas las penas de golpe. Sin embargo, lo que más me desconcierta es mi reacción. En lugar de darle un empujón para que me deje sola, me limito a devolverle el abrazo con una necesidad que me pilla desprevenida. Y me siento tremendamente bien envuelta en su calor corporal. Embriagada por el olor de la sal marina. Escondo la cabeza en su pecho mientras escucho los latidos acelerados de su corazón. Una de sus manos asciende por mi espalda y me acaricia el pelo. Me gusta que lo haga. Es muy agradable que me toque.

—Vamos… ¡Eh! —Intenta animarme—. Quiero volver a esa playa contigo. Haría cualquier cosa por verte sonreír de nuevo. Si quieres te devuelvo el golpe para que sientas que estamos empatados.

Me da por reír y noto que sus músculos se relajan.

—No, gracias.

Axel se aparta un poco para mirarme a los ojos. Estoy colorada y me niego a levantar la vista porque esta situación es muy rara.

—Eh, pecosa, mírame. —Pone un dedo en mi barbilla para que le devuelva la mirada—. ¿Qué tengo que hacer para demostrarte que estoy perfectamente?

Lo miro con el ceño fruncido.

—Pecosa…

—¿No te gusta? —pregunta sonriendo.

—Odio mis pecas.

—A mí me encantan.

—Pero si son horrorosas.

—Tienen forma de mariposa.

Para demostrármelo, su dedo índice me acaricia el puente de la nariz y dibuja la forma de una mariposa desde la nariz hasta las mejillas. El calor se extiende por mi rostro. No quiero quedar como una pardilla que se hace ilusiones solo porque un chico intenta ser amable con ella, así que me aparto de él e intento mantener la compostura.

—Quería hacerte un cumplido —responde con tono ronco—. La mariposa es mi insecto favorito.

Ante tal comparación no puedo hacer otra cosa que sonreír.

—Eres raro, Axel —digo lo primero que se me pasa por la cabeza. Y lo siguiente también lo pronuncio sin pensar—. Pero me gusta mucho estar contigo.

—A mí también.

Nos miramos y mi estómago se contrae. De repente, me entran muchísimas ganas de pedirle que vuelva a abrazarme porque he

tenido la impresión de que pegada a su pecho no podía sucederme nada malo. Axel está a punto de decir algo, pero Pol aparece en ese momento.

—¡Ey! —exclama. Todavía lleva su caipiriña—. Estaba preocupado y he venido a ver qué tal estabas. Mierda, ¿interrumpo algo?

—No —responde Axel.

—Pelirroja, por poco te cargas a mi amigo —bromea Pol—. A partir de ahora deberíamos salir todos con un escudo, señorita Mérida.

—Corto el rollo, tío —le pide Axel—. No tiene gracia.

—Lo tuyo nunca ha sido el sentido del humor, pero te haré caso porque Gabi me ha estado comiendo la oreja. Por lo visto, soy un mal amigo por no haber venido antes. ¿Y ella? Tomando el sol y poniendo morritos para Instagram porque dice que la sangre le da asco —se queja—. Venga, os invito a una caipiriña para alegrar el ambiente. Lo sé, pelirroja. La tuya sin alcohol.

Pol nos pasa un brazo a cada uno por encima del hombro y nos arrastra fuera de la casa. Y lo que sea que acaba de suceder hace un segundo entre nosotros se convierte en un espejismo.

19

Axel

Por la tarde decidimos viajar a Malé en barco. La capital de Maldivas es bulliciosa y caótica, nada que ver con la paradisiaca y tranquila isla en la que nos alojamos. Las motos zigzaguean entre los peatones y nos adelantan a toda velocidad. Hay edificios por todas partes, como si quisieran aprovechar cada centímetro. Los cajeros automáticos, las ferreterías y los bazares se apelotonan en las calles sin ningún sentido, alejados de la ostentación a la que está acostumbrado el turista de los resorts. Gabi suelta un alarido cuando un motorista está a punto de atropellarla mientras cruza la acera, pero Pol es más rápido y consigue apartarla de la carretera justo a tiempo.

—Por poco me quedo sin mi rubia favorita —dice entornando los ojos.

Ella se lleva una mano al pecho y luego comprueba que no se le ha movido ni un mechón de la trenza.

—¿Y los pasos de peatones? ¿Por qué conducen a toda pastilla? ¿Aquí nadie lleva casco? —se queja hecha una furia.

—La moto se ha convertido en el transporte maldivo por excelencia. De hecho, es normal que una misma familia tenga dos o tres —le digo.

—Me da igual las motos que tengan. No me gusta este sitio. ¿Podemos volver ya a nuestra isla? ¡Esto está lleno de gente! —protesta Gabi.

—Pobre turista adinerada. Acaba de descubrir que en las islas Maldivas viven maldivos. ¿Cómo se atreven a arruinarte el viaje? —pregunta Pol con tono burlón.

Gabi resopla.

—Estamos en la capital con más densidad de población del mundo —les explico—. Aquí viven más de cien mil personas en poco más de seis kilómetros. Es normal que estén hacinadas. Por eso han construido la isla artificial de Hulhumalé, para solventar el problema de espacio después del tsunami de 2004.

—Genial, ahora, además de temer que me atropelle un motorista, también tendré que lidiar con la remota posibilidad de que me trague una ola gigante —se queja, una vez más, Gabi.

—Han construido muros de contención alrededor de la isla —intento tranquilizarla.

—Déjala —me interrumpe Leo—. Está en plan dramática insoportable. Nadie te ha obligado a venir, Gabi. Haberte quedado en el resort.

—Por favor, al menos decidme que hay tiendas —suelta ella con tono victimista.

Pol le pasa un brazo alrededor de los hombros y señala un mercado abarrotado de maldivos. Hay mujeres que visten hiyab y que van acompañadas de sus hijos pequeños, hombres de negocios y vendedores ambulantes.

—Al cruzar la calle se encuentra Gucci —le dice Pol—. Y, al doblar la esquina, Dior y Loewe. Incluso hay un centro comercial con tiendas de Zara, H&M y Stradivarius.

Gabi se aparta airada y él se ríe.

—Hay un mercado local con tiendas de lo más variopintas —intento animarla—. Me lo ha recomendado Hassan. Se llama Majeedhee Magu y es el lugar al que los turistas van de compras.

Gabi se emociona ante la perspectiva de gastar dinero, así que sigo las indicaciones de Google Maps para guiarlos hacia el mercado. Se trata de una calle colorida y abarrotada de turistas con escaparates repletos de artesanía, joyas y ropa tradicional. Leo se para en un puesto de comida ambulante. Pol se prueba un sombrero de estilo árabe y Gabi se lo roba para hacerse una foto. A los vendedores no les cuesta un gran esfuerzo que Gabi despilfarre el dinero comprando un collar de conchas marinas, un anillo en forma de estrella de mar, un perfume e incluso una túnica con lentejuelas doradas llamada *libaas*, el atuendo típico de las mujeres maldivas.

—¡Qué feliz soy gastando dinero! —exclama extasiada.

—Eres la viva imagen del capitalismo —se burla Pol—. Ni siquiera te lo vas a poner.

—Lo utilizaré para hacerme una foto que subiré a Instagram. Además, estoy guapa con cualquier cosa.

—Rubia y humilde, lo que viene siendo mi tipo.

Gabi lo ignora porque un puesto de bolsos ha llamado su atención. Jimena y Hugo están haciendo fotos mientras Leo achina los ojos después de probar una bolsa de snacks de pescado desecado que le han vendido como si fueran *chips*. Unos metros detrás, Lila contempla ensimismada un pequeño puesto de artesanía local. Me asomo con curiosidad para descubrir qué está mirando. Es un collar de plata con la forma de una pequeña tortuga, idéntica a la que vimos aquel día en la playa cuando hacíamos *snorkel*. Al percatarse de que alguien la vigila, se sobresalta y se aleja del puesto.

—¿Te gusta?

—Es bonito —responde sin más.

Me encantaría regalárselo, pero empiezo a conocerla y sé que es

demasiado orgullosa para aceptarlo. Esta mañana ha sufrido otro ataque de ansiedad y me ha dado la espalda para que no la viera llorar. Es la persona más inaccesible que he conocido nunca.

—¿Y eso? —pregunta señalando un monumento de acero rodeado de esferas que se divisa a lo lejos.

—Lo construyeron en homenaje a las víctimas del tsunami.

—Tantas vidas perdidas por culpa de un fenómeno de la naturaleza —dice apenada.

Caminamos por el paseo marítimo y Lila se planta delante del cartel de la playa que enumera las estrictas normas. No es una *bikini beach* como las playas paradisiacas de los resorts. Esta es artificial y está más sucia. Las mujeres se bañan vestidas porque está estrictamente prohibido utilizar traje de baño.

—¿No te parece triste? —pregunta indignada—. Viven en un paraíso, pero los turistas nos aprovechamos de sus recursos. Nos bañamos en las mejores playas, buceamos en los arrecifes más preciosos e incluso nos apropiamos de islas privadas en las que sus leyes se pasan por alto para que podamos divertirnos y estar cómodos. Es tan…

—¿Injusto?

—Sí —responde con las mejillas encendidas—. Pero no pretendía darte un sermón. No tengo derecho a quejarme. Al fin y al cabo, estoy aquí porque vosotros pagáis el viaje.

—La discográfica —puntualizo—. No te preocupes, a mí tampoco me apetecía mucho venir. Todos creíamos que era un mal menor.

—Supongo que tiene que ser un rollo compartir tus vacaciones con tres desconocidos.

—La compañía está siendo más interesante de lo que pensaba.

Sus ojos azules se abren de par en par. Incluso yo estoy sorprendido por haber sido tan directo. Agradezco que en ese momento se acerque Leo porque no se me ocurre ningún comentario elocuente para salir de este embrollo.

—¿Vamos al mercado de pescado? —pregunta, y nos ofrece la bolsa de snacks.

Lila mete la mano dentro y pone cara de asco cuando los prueba.

—¿A que sabe tan mal como parece? —bromea Leo—. Venga, no podemos irnos de aquí sin ver el lugar más atractivo de la capital.

Pero, cuando llegamos al mercado de pescado, «atractivo» es la última palabra que utilizaría para describirlo. «Higiénico» tampoco entraría dentro del vocabulario. El olor es tan fuerte que Gabi y Jimena se tapan la nariz. Hay pescado tirado en el suelo, en cubos y en cada centímetro del recinto. Un vendedor está destripando un atún y a Gabi le entra una arcada cuando ve las vísceras.

—¡Eh, Gabi! —Pol la empuja hacia un puesto de besugos enormes

—. ¡Acabo de encontrar a tu ex!

Ella sale corriendo del mercado mientras Pol se parte de risa. Lila observa con recelo el trabajo de los pescadores antes de decidir que ya ha tenido suficiente. A pesar de la curiosidad que me produce la vida local de Malé, tampoco tengo demasiado estómago para sobrevivir al festival de olores.

—¡Eres un idiota! —le grita Gabi a Pol.

—Ese besugo tenía toda la cara de Harry.

—Peter.

—Oh, Peter. —Pol se lleva la mano a la frente—. ¿Cómo lo hacías para comunicarte con él si no hablas ni una palabra de inglés?

—Para hablar con Peter lo último que necesitaba era el inglés —dice con tono pícaro.

—Lo entiendo. Tenía toda la pinta de tener una neurona. Es normal que tuvierais poca conversación. En el fondo, hacíais una pareja ideal —responde Pol.

Gabi le roba la bolsa de pescado desecado a su hermano y se la vacía a Pol encima de la cabeza. La respuesta de él consiste en regresar a la lonja de pescado, comprar el atún más grande y salir corriendo detrás de Gabi blandiéndolo como una espada. Hugo, Jimena y Lila los observan sin dar crédito. Leo, con las manos metidas en los bolsillos, se encoge de hombros.

—No os preocupéis. Es el pan nuestro de cada día —les explica—. ¿Quién se apunta a tomar un café?

Hugo y Jimena lo siguen hacia una cafetería cercana, pero Lila permanece inmóvil oteando el horizonte.

—¿No te vienes? —le pregunto.

—Se me ha revuelto el estómago. Voy a dar un paseo por la playa.

—¿Te apetece conocer uno de los monumentos más visitados de la ciudad? —Esbozo una sonrisa de circunstancia—. Merece la pena y no hay pescado.

Después de un corto paseo, llegamos hasta el lugar que quería enseñarle. Se trata de un antiguo edificio construido con coral y con un minarete redondo y blanco rodeado por un cementerio. Es la antigua mezquita del Viernes, que recibe ese nombre porque los musulmanes se reúnen allí ese día de la semana para rezar.

—Se construyó a mediados del siglo XII. Originariamente, tenía el techo de paja, pero luego se reformó con coral. Ahora está prohibido construir con ese material porque es un recurso muy limitado de la isla, aunque por aquel entonces… —Me quedo callado porque Lila observa el edificio sin pestañear—. Perdona, ¿te estoy aburriendo?

—Para nada. —Observa la mezquita con cierta timidez—. ¿Podemos

entrar?

Echo un vistazo a su indumentaria. Lleva un top palabra de honor verde lima y unos shorts vaqueros.

—Vuelvo en un minuto —digo.

Me las apaño para encontrar un puesto donde venden pareos y elijo uno de color azul cielo, idéntico a los enormes ojos de Lila. Me digo que lo hago por inercia y, cuando regreso, está esperándome con los brazos cruzados a la espalda.

—Solucionado. —Le ofrezco el pareo—. No te dejarán entrar si no te cubres los hombros.

Lila acaricia la tela de seda.

—¿Cuánto te ha costado?

—Una ganga —miento.

—Te devolveré el dinero —dice mientras se envuelve los hombros con torpeza.

—Espera.

Me atrevo a arreglar semejante desaguisado y ella frunce el ceño cuando le anudo el pareo sobre los hombros y formo un improvisado vestido que le llega hasta los tobillos. Lila pone los brazos en jarra y enarca una ceja.

—¿Satisfecho?

—Estás guapa.

—No bromees —dice poniendo los ojos en blanco.

—Estoy diciendo la verdad —respondo sin pensar—. El azul es tu color.

Lila se aparta el pelo de la cara y reconozco el gesto porque lo hace cada vez que está nerviosa. Solo he sido sincero. Ella no es una belleza típica. Su rostro es el de una ninfa del bosque. Es bajita y tiene pocas curvas. A primera vista, no es mi tipo, así que no me explico por qué no puedo dejar de mirarla cuando no se da cuenta.

Lanza la vista a uno y otro lado antes de acariciar la pared de coral, como si fuera una niña traviesa que está haciendo algo prohibido. Me fascina que sea capaz de apreciar la belleza de la arquitectura. Si mis amigos me hubieran acompañado, se habrían limitado a hacerse una foto y ya estarían en otro lugar. Por eso me gusta tanto viajar solo.

—No me extraña que prohibieran construir con coral. Es un organismo sensible y vulnerable que ayuda a mantener el ecosistema marino y a todos los especímenes que dependen de él. —Lila aparta la mano de la pared—. Estas islas son un paraíso que desaparecerá con el paso del tiempo. Y todo por culpa de las personas. El ser humano es un cáncer para el planeta.

—Siempre podemos hacer algo para remediarlo. Yo me he apuntado a un programa de adopción de corales.

—¿Qué es eso?

—Es un proyecto de un biólogo en el que se trasplantan corales para ayudar al mantenimiento del ecosistema marino —le explico—. Se lo comenté a los demás, pero pasaron del tema. Y no quería quedar como el típico plasta preocupado por el cambio climático que le da la chapa a sus amigos, así que…

—¿Puedo ir contigo? —pregunta ilusionada.

La chispa de alegría de sus ojos azules me produce algo intenso y desconcertante en el centro del pecho.

—¿Te gustaría venir?

Lila pone los ojos en blanco.

—Qué va, solo lo digo para quedar bien.

—Estará guay tener compañía. Pero prepárate para que Pol te ponga algún calificativo a la altura de la situación.

—¿Tienes otro mote además de Axelpedia?

—Axelgreen. —Hago una mueca—. Porque soy embajador de Greenpeace. Se cree muy ocurrente.

—Podré soportarlo.

Damos un paseo por la mezquita y le cuento algunas curiosidades que aprendí de un documental sobre las islas Maldivas. Ella me escucha en silencio y me pregunto si la estaré aburriendo. No quiero quedar como un esnob que pretende ir de intelectual, pero, cuando algo me apasiona, se me suelta la lengua. No puedo evitarlo.

—No soy una persona religiosa, pero este lugar es precioso —dice deleitándose con cada detalle—. ¿Por qué hay lápidas redondeadas y otras con las puntas afiladas?

—Las redondas son de mujer y las afiladas de hombre. ¿Sabías que Maldivas es uno de los países con la tasa más alta de divorcio? Ocho de cada diez matrimonios acaban en separación. Si un hombre repite tres veces «me divorcio» y acude al Registro Civil, el matrimonio se anula. Por desgracia, para las mujeres no es tan sencillo.

Lila se queda parada y me observa sin pestañear.

—Eres de esas personas que no se pueden ir a la cama sin resolver una duda, ¿no?

—Una noche me desvelé a las cinco de la mañana porque no sabía cómo se llamaba el sombrero de la letra eñe.

—¿Y cómo se llama? —pregunta con curiosidad.

—Virgulilla.

—Va a ser verdad que uno no se acuesta sin aprender algo nuevo.

—Si te aburro, pídeme que pare. No tengo filtro y me puedo pasar horas hablando de algo.

—Al principio, tus explicaciones me daban rabia —admite mordiéndose el labio—. Creo que me picaba el gusanillo de la envidia. Esta es la primera vez que viajo en avión y salgo de España. Se nota que has visto mucho mundo. A tu lado me sentía… un poco tonta.

Su confesión me deja boquiabierto. Lila puede ser muchas cosas, pero no es ninguna ignorante. Podría estar horas hablando con ella y la conversación fluiría sin esfuerzo. Es una chica muy especial.

—¿Qué edad tienes? —pregunto con curiosidad.

—Veintiuno.

—Veintiún años y estás en Maldivas. No está mal para ser tu primer viaje. Quién sabe cuál será tu próximo destino.

—Madrid —responde sin vacilar—. De no ser por Jimena, no me habría animado a venir.

—¿Por qué?

—Es… —Lila inspira profundamente— complicado.

—A mí me encantaría visitar Nueva Zelanda —digo para hacerla hablar—. Pero se tarda más de un día en llegar, es un país enorme y con mi trabajo no me puedo pillar unas vacaciones tan largas.

—¿Por qué Nueva Zelanda?

—No te rías —le pido serio—. Soy un fanático de *El señor de los anillos.*

—¿Tu personaje favorito?

—Frodo Bolsón.

—¡No fastidies! —exclama escandalizada—. Sin Sam, Frodo jamás habría destruido el anillo. Él hizo todo el trabajo duro. Qué personaje tan sobrevalorado. Como Harry con Hermione. Todos sabemos que Harry no habría llegado muy lejos sin ella…

La miro entre divertido e impresionado. También es fan de *El señor de los anillos*.

—¿Qué lugar te gustaría visitar a ti? —pregunto, y me adelanto antes de que ella pueda replicar—. No vale pasar. Yo he sido sincero.

—Egipto.

—¿Por qué?

—Como te rías, te mato.

—¿Cómo me vas a matar si te saco dos cabezas?

—Encontraría la manera —responde sin vacilar—. Podría subirme a un taburete o empujarte por las escaleras.

—Me andaré con ojo contigo, pequeño hobbit.

—¿Cómo me has llamado?

Se pone tan colorada que se le encienden hasta las orejas.

—Lo retiro. —Pongo los brazos en alto—. Los hobbits son una especie muy pacífica. No te pega serlo. Podrías ser… Smaug, el dragón asesino de *El hobbit.*

—¡Smaug! —Me da un empujoncito—. Si yo soy Smaug, tú eres Aragorn.

—Aragorn mola.

—Aragorn es un tostón de tío. Siempre haciendo lo correcto y siendo el héroe de la película cuando a todo el mundo le mola más

Legolas. Y hacía mejor pareja con Éowyn que con la sosa de Arwen.

—Te pega ser Smaug. —Le pongo un dedo en la frente. Está ardiendo—. Cuando te enfadas, te pones tan roja que parece que vas a escupir fuego por la boca. Al principio te tenía miedo.

—¿Ya no?

—Ni un poquito —le vacilo—. ¿Por qué Egipto?

—Porque me encantaría visitar el templo de Abu Simbel y ver la tumba de Tutankamón —dice, y añade con cierta timidez—: Y porque de pequeña estaba obsesionada con la película *La momia*. Hasta los diez años quería ser arqueóloga.

Lila se cruza de brazos y resopla para apartar un mechón pelirrojo que le cubre el ojo derecho.

—Venga, ríete. Sé que es ridículo.

—No lo es —respondo con sinceridad, y me mira con recelo—. Los sueños nos pertenecen y en nuestras manos está el poder cumplirlos.

—Antes soñaba con ver mundo… —murmura con voz trémula—. Se suponía que Egipto sería el principio. Las auroras boreales en Islandia, un safari por Kenia o visitar la Gran Muralla china. Pero esos sueños quedaron atrás.

—¿Por qué? —pregunto sin entender—. Tienes toda la vida para cumplirlos, Lila.

Se le escapa un suspiro desganado.

—Ya no tengo sueños.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Es la verdad.

—Una vida sin sueños es una vida que no tiene sentido.

—Supongo.

No sé de dónde saco el valor para cogerle la mano y mirarla a esos ojos azul cielo, los más bonitos y tristes que he visto nunca.

—Quiero decir que… —Hago una pausa para reflexionar y lo suelto de golpe—. El futuro pertenece a las personas que luchan por sus sueños. A los que tienen el coraje suficiente para perseguirlos, por muchas trabas que les ponga la vida.

—¿Tú siempre soñaste con ser músico?

—Sí.

Lila suelta mi mano.

—Eres más valiente que yo.

—Lo que te sucedió aquel día mientras bailábamos y hace un rato en la casa…

A Lila le cambia la expresión.

—Axel, no —me advierte.

—Fue un ataque de ansiedad —continúo a sabiendas de que estoy caminando sobre un terreno pantanoso.

—No es asunto tuyo —responde con sequedad—. Y prefiero no

hablar del tema.

No sé por qué insisto. Yo, el tipo que se mantiene al margen de los demás y suele ir a su rollo porque disfruta al máximo de su independencia. Pero algo me obliga a tirar del hilo que envuelve a Lila porque quiero desenredarla. Soy como un gato jugando con una madeja de lana. Ni puedo ni quiero soltarla.

—A veces es más fácil abrirle tu corazón a un desconocido porque no va a juzgarte. Y dicen que soy bueno escuchando, si me das una oportunidad.

La respuesta de Lila se queda en el aire cuando Leo y los demás nos encuentran. Vienen charlando animadamente y Gabi está de un humor rebosante. Pol le carga las bolsas y suelta un silbido de aprobación cuando observa a Lila.

—Bonito pareo. —Le hace un cumplido, y noto un resquemor ácido en el estómago.

—¿A que no sabéis a quiénes nos hemos encontrado? —dice Gabi—. ¡A Love & Thorns!

Pol es incapaz de disimular su mala cara. Love & Thorns es un grupo español con cuyo vocalista Gabi estuvo tonteando en una entrega de premios en la que coincidimos. Pol dice que es gilipollas, pero lo que realmente le pasa es que está celoso.

—También están de vacaciones aquí y nos han invitado a una fiesta en un yate. ¡Qué pasada! —exclama Gabi—. ¡Por fin un poco de diversión!

—Son unos pringados —dice Pol—. En todo caso, será una barca a pedales. Nadie los escucha en Spotify.

Da igual lo que diga porque los demás ya han decidido que quieren ir a la fiesta y Pol no puede hacer nada para remediarlo. Ver para creer. Es la primera vez que nuestro batería no quiere irse de juerga.

20

Lila

Axel y yo aprovechamos que todos se han ido de excursión a una isla privada para ultimar los detalles del cumpleaños sorpresa de Jimena. Hemos hablado con Hassan para que prepare un menú italiano, la comida favorita de mi amiga, y luego nos hemos puesto con la decoración. Para escaquearnos de la excursión, Axel ha dicho que le dolía la cabeza y yo he puesto la excusa de que estaba muy cansada. Jimena ha insistido para que la acompañara, pero Leo, Gabi y Pol no lo han hecho porque sabían lo que estábamos tramando. El único que se ha ido disgustado ha sido Hugo y no entiendo por qué.

—Se me dan fatal las manualidades, pero creo que ha quedado bastante bien. —Observo mi trabajo con orgullo. Una de las cosas más satisfactorias de esta vida es hacer algo bonito por las personas que te importan.

He recreado el libro de Regina George en *Chicas malas*, la película favorita de Jimena. Hassan me ha ayudado a encontrar los materiales. Es un encanto. Lo he forrado con terciopelo rosa y unas letras de fieltro negro que dicen «Burn Book». Pero, a diferencia del libro del mal de la película, aquí no hay frases del estilo «Es insoportablemente gay», sino fotografías nuestras y muchas páginas repletas de recuerdos y anécdotas que hemos vivido a lo largo de nuestra amistad.

—Espero que Gabi sea amable con ella.

—Lo será —me tranquiliza Axel—. Le encantan las fiestas, incluso cuando no es la protagonista.

Hay carteles con purpurina rosa con las frases más célebres de la película.

«¡Superfabu!».

«Soy un poco adivina, tengo un quinto sentido».

«Los miércoles vamos de rosa».

«Los exnovios están prohibidos para las amigas, es como la gran regla del feminismo».

Y la favorita de Jimena: «Siento mucho que la gente tenga tantos celos de mí, pero no tengo la culpa de ser tan popular».

Me sorprende que Axel no se haya lanzado de cabeza a la piscina con este festival de tul, recortes y purpurina. Incluso se las ha apañado para conseguir un cartel a tamaño real de Lindsay Lohan.

Terminamos de guardar la pancarta que dice: «Hoy no es 3 de octubre, pero es el mejor día del año porque es tu cumpleaños». Lo sé, lo mío no es la poesía, pero estoy segura de que a Jimena le va a encantar. Yo soy más de *Clueless*, pero hay que reconocer que *Chicas malas* es un icono cinematográfico de principios de los dos mil.

—No sabía que pudieras tener tanta paciencia —le digo a Axel cuando terminamos de esconder la decoración en su habitación.

—No ha sido gratis. Espero algo a cambio.

Durante una fracción de segundo, Axel clava su mirada en mis labios y mi corazón se salta un latido. La imaginación ha debido de jugarme una mala pasada porque ahora me mira a los ojos con naturalidad.

—Todavía tienes pendiente un bautismo de buceo conmigo.

—¡Ay!

—Y hacerlo con tiburones de punta negra.

—Tiburones… —repito con voz temblorosa—. Me faltan agallas. Te has equivocado de persona. No soy arriesgada.

—Le diste un beso a un delfín.

—¡Los delfines son inofensivos! —Me río.

—Eso es lo que todos creen —dice con tono lúgubre—. En Australia una manada de delfines derribó a un surfista de su tabla. Y a una niña británica de diez años…

—¡Calla! —Le doy un empujoncito e intento ponerme seria, pero la risa me traiciona—. ¡Te lo estás inventando!

—Qué va.

—Los delfines son animales adorables y simpáticos. ¡Todo el mundo lo sabe!

—Y los tiburones son inofensivos. Nunca atacan a propósito a un humano. Si muerden a una persona es porque lo confunden con una presa, y en ese caso lo sueltan de inmediato. No les gusta la carne humana —dice, y se queda tan pancho.

Parpadeo sin dar crédito.

—¿Esa es tu manera de convencerme?

—En realidad, me estoy vengando. —Esboza una sonrisa de medio lado que lo hace más atractivo—. Tengo purpurina en el pelo y odio las manualidades.

—¿Y por qué me has ayudado?

—Porque quería hacerte feliz.

Me quedo paralizada por la impresión. Axel me mira sin pestañear. Sus ojos pardos me observan confundidos, como si no supiera por qué lo ha dicho. Pero ha sido sincero. Lo sé. Y sus palabras me afectan más de lo que estoy preparada para asumir, porque hacía demasiado tiempo que no sentía nada y de repente hay un millón de sensaciones que me acarician el vientre y se aprietan en el centro de mi pecho.

—Puedo arreglar lo de la purpurina —musito, y estiro el brazo para sacudirle el pelo. Me veo obligada a ponerme de puntillas porque no lo alcanzo—. ¿Por qué tienes que ser tan alto?

—¿No te gusta?

—Es… intimidante.

«Y sexy».

«Jodidamente sexy».

Un segundo, ¿acabo de pensar que Axel es sexy?

Un chispazo de electricidad me recorre las yemas de los dedos cuando agacha la cabeza y hundo las manos en su pelo castaño. Mi cuerpo se acopla al suyo por inercia. Contengo la respiración y le sacudo la purpurina. Lo tengo tan cerca que aspiro su olor. Esa mezcla de sal y gel de baño que altera todos mis sentidos. Nos miramos. Hay una lucha interna en sus ojos cuando estos se encuentran con los míos. Tiene las pupilas dilatadas. Las motitas doradas de sus iris brillan con intensidad. Su mano me roza el costado y atrapa mi muñeca cuando estoy a punto de bajar el brazo. Un calor abrasador se extiende por mi piel.

«¿Me está pidiendo que siga tocándolo?».

«¿Quiero seguir tocándolo?».

Nos apartamos de golpe cuando escuchamos que se abre la puerta de la casa. La magia se evapora. La química queda flotando en el aire. Me cuesta mirarlo a la cara y mantengo la vista fija en el suelo. Estoy sofocada porque no entiendo lo que acaba de suceder. Hugo es el primero en llegar y nos observa con evidente crispación.

—¿Podemos hablar? —Es una exigencia.

Tardo tres segundos en comprender que se refiere a mí.

—Sí, claro.

Lo sigo hasta la habitación que comparte con Pol. En cuanto cierra la puerta, sé que lo que va a decir no me gustará. Conozco a Hugo. Fuimos pareja durante un año y medio. Cuando te enamoras de una persona, sus virtudes te parecen tan maravillosas que pasas por alto todos sus defectos. Y, en ocasiones, el amor puede llegar a cegarte de tal forma que tiendes a idealizar ciertas actitudes que no son sanas mientras te olvidas de lo más importante, quererte a ti misma. Pero si algo me ha enseñado la experiencia es que el amor no todo lo puede.

—¿Por qué me excluyes del cumpleaños de mi hermana? —suelta a bocajarro.

Me armo de paciencia porque sé que la voy a necesitar. Hugo es la clase de persona que tergiversa una situación hasta transformar la realidad a su antojo. Me costó mucho tiempo darme cuenta de que conmigo se comportaba de una forma muy egoísta y mezquina.

—No te estoy excluyendo.

—Le has pedido ayuda a Axel.

—A ti las manualidades te sacan de quicio. Siempre lo has dicho.

—Habría hecho una excepción por Jimena.

—¿Como aquella vez que me dejaste sola mientras hinchaba los globos para el cumpleaños de tu prima? —le recuerdo con ironía—. Te largaste de fiesta con tus amigos y luego te colgaste el mérito.

Hugo suelta un bufido.

—Te encanta remover el pasado.

—¡Eres tú el que constantemente me busca para hablar!

—Porque quiero solucionar las cosas. Madura de una vez, Lila. Somos adultos.

Me muerdo el interior de la mejilla. Sé lo que pretende, pero ya no cuela. Intenta manipularme para hacerme sentir la mala de la película. Ojalá hubiera escuchado a Lucas cuando intentó hacerme ver que una persona que te corta las alas no te quiere de verdad.

—No sé qué problema tienes —digo con toda la calma que consigo reunir—. Si quieres organizar algo para la fiesta de tu hermana, estás en tu derecho. No te lo he prohibido. Estás sacando las cosas de contexto solo porque le he pedido ayuda a Axel.

—Y porque no has contado conmigo —puntualiza rabioso—. Necesitas devolvérmela porque fui yo quien cortó contigo.

Me sobresalto por ese golpe tan bajo. No sé de qué me sorprendo. Esta es la razón por la que nunca he hablado con Hugo. Cada vez que intentamos mantener una conversación civilizada, me recrimina que sigo resentida con él. No voy a negar que durante algún tiempo estuve dolida porque me dejó sola cuando más falta me hacía, pero jamás lo culpé. Y con el paso del tiempo aprendí que nadie tiene la responsabilidad de sostenerme en mis momentos de flaqueza.

Además, hay un pequeño detalle: me hizo un gran favor al romper conmigo. Puede que tardara bastante tiempo en descubrirlo, pero ahora ya lo sé. Aprendo despacio, pero nunca me olvido de las lecciones que me da la experiencia.

—Piensa lo que quieras. Si eso es todo lo que tienes que decirme… —Le doy la espalda para dirigirme a la puerta—. Para mí ya está todo hablado.

—Lila…

Pone una mano sobre la puerta para impedirme que la abra.

—¿Qué haces? —pregunto con voz áspera.

Me aparto cuando intenta tocarme el pelo. Deja caer el brazo, abatido por mi rechazo. Sacudo la cabeza sin dar crédito y aprieto los puños. Esto es el colmo.

—Desde que llegamos aquí estás distinta.

—Abre la puerta —le ordeno exasperada—. Ya no soy tu novia.

—Todavía no me aclaro. ¿Te mola el batería o el bajista? —pregunta con sorna—. Cuando estábamos juntos eras más mojigata. O

por lo menos lo fingías.

Le doy un empujón con el hombro y abro la puerta. Cuando salgo de la habitación, el corazón me va a mil por hora y lo veo todo borroso. Huyo de la casa por la parte de atrás sin que nadie me vea. Estoy hecha un mar de lágrimas y camino a paso ligero por la playa. De repente, he vuelto a ser la chiquilla vulnerable de dieciocho años que permitía que su novio la mangoneara a su antojo.

Y entonces pienso: «Ojalá Lucas estuviera aquí para darme un abrazo».

21

Axel

No me apetece demasiado ir a la fiesta. Apenas conozco a nuestros anfitriones y siento que no tengo nada en común con ellos. Es curioso. Cuando alcanzas el éxito, todos suelen pensar que te pasas el día rodeado de gente famosa. Mis conocidos del pueblo dan por hecho que soy íntimo amigo de Miguel Ángel Silvestre porque coincidimos en una gala benéfica y un periodista nos hizo una foto. En realidad, las personas que de verdad me importan se cuentan con los dedos de las manos: mis abuelos, Gabi, Pol, Leo y un par de amigos del instituto. Mejor calidad que cantidad. Cuento con muchos conocidos y pocos amigos, pero sé que, si tengo algún problema, solo debo descolgar el teléfono para que alguno de ellos acuda en mi ayuda.

Me siento muy afortunado.

La improvisada fiesta en el yate me irrita. En el fondo, le tengo que dar la razón a Pol. Love & Thorns son unos recién llegados arrogantes y más famosos por sus polémicas que por su música. Entiendo perfectamente que a Jimena y a Hugo les apetezca asistir. En cuanto a Leo, no va a desperdiciar la oportunidad de echarle un ojo a su hermana pequeña. Y Pol, por supuesto, es demasiado orgulloso para admitir que le carcomen los celos cada vez que Gabi tontea con el vocalista de la banda.

—¿Nos vamos? —pregunta Gabi ansiosa por ir a la fiesta.

—¿Y Lila? —interrogo a Jimena.

Tuerce el gesto.

—Dice que le duele la cabeza.

—¿Se va a quedar sola mientras los demás salimos a divertirnos? —digo contrariado.

—He intentado convencerla, pero no hay manera.

—¡Llegamos tarde! —Gabi empuja a su hermano hacia la salida—. ¡Axel!

—Iré luego —decido—. Voy a hablar con Lila por si se anima a venir.

—Uf, yo que tú ni lo intentaría. Es una cabezota —dice Jimena.

Gabi se me queda mirando de una forma extraña, pero enseguida lo deja estar y todos se marchan en dirección al embarcadero. Regreso a la casa y encuentro a Lila tumbada bocarriba en el sofá del salón.

—Ey.

Lila levanta la cabeza y se sorprende al verme.

—¿Por qué no estás en la fiesta?

—Esperaba poder convencerte de que me acompañes.

Lila lleva un pijama corto de Minnie Mouse y pone cara de sopor en cuanto me escucha. En sus planes no entra, ni por asomo, asistir a una fiesta en un yate. Cada vez que creo acercarme a ella, me doy cuenta de que sigue siendo un completo misterio. No es como el resto de las chicas con las que me he tropezado, que están deseando colgarse de mi fama para asistir a eventos exclusivos y aumentar su lista de seguidores de Instagram. Lila insiste en pasar desapercibida, y lo que más me mortifica es que, aunque intenta con todas sus fuerzas ser invisible, posee una luz propia tan brillante que podría verse a kilómetros de distancia.

—Sé que es una fiesta en la que habrá alcohol y bastante desenfreno. Cuando no bebes, te sientes fuera de onda. Como si fueras un bicho raro y tuvieras que justificarte constantemente porque no consumes alcohol para divertirte. Siempre hay algún pesado que te presiona para que lo hagas. Y al final termino de mal humor. No me refiero a tus amigos, por supuesto.

—Así que no puedo hacer nada para que te animes a venir.

—No —responde categórica—. A Jimena se le pasará. Es el alma de la fiesta. Y mañana me lo perdonará cuando la sorprendamos por su cumpleaños.

—Entonces ¿cuál es tu plan?

Me señala con un dedo.

—No te rías de mí.

—¿Por qué iba a reírme de ti?

—Porque mi plan es quedarme sola viendo una película romántica. Sé que es un cliché, pero es lo que de verdad me apetece.

—¿Y tiene que ser sola? —Mi pregunta la deja aturdida—. Me encantan las películas románticas.

—Te gustan los libros y las películas románticas. Eres un espécimen muy raro, Axel.

Me encojo de hombros.

—Me lo dicen mucho. —Me mira con escepticismo, así que decido ponerla a prueba—. ¿Cuál es para ti la mejor escena de una película romántica?

—*Orgullo y prejuicio.* La versión de Keira Knightley. La escena bajo la lluvia.

—Demasiado obvio.

—¡Es un clásico!

—Por eso mismo. Además, ni siquiera es una escena que aparezca en el libro. Seguro que a Jane Austen le herviría la sangre si pudiera

ver lo que han hecho con su obra.

—¿Cuál es la tuya? —pregunta con curiosidad.

—*Mejor imposible*. Melvin le dice a Carol: «Tú haces que quiera ser mejor persona».

—No la he visto —responde ceñuda—. Me la acabas de fastidiar.

—¿No has visto *Mejor imposible?* —grito escandalizado—. Estoy a punto de retirarte la palabra, hobbit pecosa.

Lila me tira un cojín.

—¡Como me vuelvas a llamar así…!

Le tiendo la mano.

—Vamos a solucionarlo.

Me mira indecisa.

—¿Vas a pasar de una fiesta en un yate para ver una película conmigo?

—Sí.

Lila menea la cabeza sin dar crédito y estrecha mi mano. La pongo de pie con un tirón suave. Pesa menos que una pluma. Me gusta el tacto de su piel suave. Su mano pequeña y pálida entrelaza mis dedos, lo que provoca que un súbito calor me suba por el cuerpo. La intensidad de nuestro contacto me deja conmocionado y la suelto.

—Ponte cómoda —le pido—. Voy a saquear la cocina en busca de provisiones.

Lila me mira divertida y obedece sin rechistar. Elige la hamaca balinesa que está suspendida sobre el suelo de cristal con vistas al mar. Me inquieto porque vamos a estar muy juntos, y luego me tranquilizo diciéndome que la hamaca es lo suficientemente grande para los dos. A Lila le gusta Pol. A Pol le gustan todas. Y yo… En fin, no quiero crear un conflicto en nuestra amistad.

Regreso al cabo de unos minutos. Lila tiene la tablet sobre el regazo y ya ha buscado la película. Le enseño el bol de palomitas, la Coca-Cola y las chocolatinas.

—Una obra maestra no es lo mismo sin palomitas.

—Tienes razón —responde cogiendo un puñado—, pero seguro que no es tan buena como la pintas.

—Tiene dos Óscar. —Al ver que no la impresiono, añado—: Y la banda sonora es de Hans Zimmer.

—Eso son palabras mayores —concuerda.

—¿Conoces a Hans Zimmer?

—Todo el mundo conoce a Hans Zimmer. Es el compositor de Hollywood por excelencia. *Gladiator, El príncipe de Egipto, El rey león, Interstellar*…

—Pol pensaba que era una marca de champú —le cuento, y a los dos se nos escapa la risa floja—. ¿Controlas de música?

Hay un gesto de nerviosismo en su rostro antes de que responda.

—Qué va.

Tengo la impresión de que no está siendo del todo sincera, pero no creo que tenga motivos para mentir y supongo que son conjeturas mías. Lila es como una cuerda llena de nudos. Cada vez que consigo desenredar uno, me tropiezo con otro. Y otro. Y luego otro más.

22

Lila

Lo que aparentaba ser una noche viendo *Cómo perder a un chico en diez días* se convierte en una improvisada velada de cine tumbada en una hamaca balinesa con Axel. La hamaca es lo bastante amplia para los dos, pero él es enorme y su peso me hace rodar constantemente hacia su pecho. Le pido disculpas un puñado de veces y él le resta importancia con tono ronco. Creo que ambos estamos afectados por este exceso de cercanía. Al final se apodera de la tablet y echa un brazo hacia atrás para darme más espacio. No es mi intención terminar pegada a su costado como si fuera una lapa, pero lo que de verdad me impresiona es que no estoy incómoda. De hecho, me encuentro en la gloria. Medio tumbada sobre un cuerpo duro y cálido mientras comemos palomitas y vemos una película de Jack Nicholson.

«¿Qué me está pasando?», pregunto para mis adentros mientras intento centrarme en la escena en la que Simon le hace un retrato a Carol.

«Yo te diré qué pasa —responde mi subconsciente con tonito petulante—. Llevas dos años sin acostarte con un chico. Axel es muy atractivo. Te sientes sola. Estáis viendo una comedia romántica. Y por una vez estás dejando a alguien entrar en tu vida».

«De eso nada», respondo ceñuda.

Axel gira la cabeza y me mira. Estamos tan cerca que me roza la mejilla con la boca y me estremezco de placer.

—¿Has dicho algo?

—He dicho que estoy… encantada —respondo turbada porque no me he dado cuenta de que he hablado en voz alta—. Encantada con la peli. Me gusta el personaje de Melvin, pero el perrito se ha ganado mi corazón.

—A mí también me gusta Verdell. Los perros siempre suman puntos.

Seguimos viendo la película. A ambos se nos escapan varias carcajadas con las excentricidades de Melvin. Es un escritor de novela romántica que padece un trastorno obsesivo compulsivo. Es irascible y en ocasiones puede resultar muy cruel, pero su personaje me tiene fascinada. Cuando la película termina, aplaudo como aquella vez que tenía seis años y vi por primera vez *Pinocho*.

—¿Te ha gustado? —Lo pregunta como si de verdad le importara mi

opinión.

—No, aplaudo porque ha sido un rollo.

—Tienes un sentido del humor muy peculiar, pequeño hobbit.

—No te pases, grandullón. —Le sigo el juego—. No esperaba que me fuera a gustar tanto. Tenía pensado fingir un poco para que no te sintieras mal, pero resulta que no ha hecho falta. Me ha encantado.

—No te pega ser tan indulgente.

—Lo sé, lo mío es ser una borde.

Axel echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Lo has dicho tú —responde entre risas—. Y, cuando se te conoce, se te coge cariño. Como a Verdell.

—Es la segunda vez que me llamas perra.

A él se le descompone la expresión, pero luego se relaja al ver que me estoy riendo.

—Vale, empiezo a pillar tu ironía.

—No soy una persona muy divertida —respondo con sinceridad.

«Al menos ya no lo soy».

Axel se apoya en los codos y se inclina para mirarme a los ojos. Su mirada posee una intensidad que derriba todas mis defensas. Intento mantener la compostura. Me resisto a dejarme engatusar por esos ojos pardos de bajista taciturno.

—Eres divertida porque me lo paso muy bien contigo.

—Ya.

—Lo digo en serio.

—Eres demasiado amable conmigo —respondo intentando mantener a raya mis sentimientos.

—Lo soy porque disfruto de tu compañía —dice sin dejar de mirarme a los ojos—. Eres jodidamente especial, Lila.

—Soy jodidamente complicada.

Su dedo se desliza por mi hombro hasta enredarse en un mechón de mi pelo.

—Las personas sencillas son aburridas.

—No pensarías lo mismo si me conocieras de verdad.

—¿Por qué te cuesta tanto aceptar un cumplido? —pregunta desconcertado—. Hay muchas cosas buenas dentro de ti. Lo sé, Lila. Estoy del todo convencido porque solo me has dejado ver una pequeña parte y me muero de ganas de conocer el resto.

Me arden las mejillas y el corazón me late con fuerza.

—No intentes descifrarme, Axel —le advierto con suavidad—. Te aseguro que no te gustará lo que descubras.

—¿Quién te hizo creer que no mereces la pena?

—Yo.

Chasquea la lengua.

—Qué pena, porque te iba a decir que lo estrangularía con mis

propias manos.

—¿Harías eso por mí? —bromeo para distender la tensión que acaba de surgir entre nosotros.

—Haría un montón de cosas por ti —responde con voz queda—. Pero no me pidas que las pronuncie en voz alta porque…

—Tienes novia.

—¿Qué?

He dicho lo primero que se me ha pasado por la cabeza porque necesitaba romper el momento. Para mí nunca será fácil abrirme a los demás, y de repente estoy desnudando mis inseguridades delante de un chico al que acabo de conocer.

—No tengo novia —responde ofuscado.

—Pero, si la tuvieras, a ella no le haría ninguna gracia que estuvieras aquí conmigo.

Axel no lo niega y a una parte de mí le escuece.

—Estoy soltero —dice sin más.

—Pero hay alguien, ¿no? —Intuyo con un repentino malestar—. Aquel día en el barco, mientras jugábamos a ese ridículo juego, admitiste que te habías acostado con alguien un día antes de venir aquí. Y no eres de los que tienen sexo esporádico con una desconocida.

—Parece que me tienes muy calado —dice irritado.

—¿Me equivoco?

—No.

Me alejo un poco de él. Los músculos de su espalda se tensan y clava una mirada sombría en el cielo cubierto de estrellas. Ni siquiera sé por qué me afecta tanto. No es de mi incumbencia. Cuando este viaje llegue a su fin, cada uno regresará a su vida.

—Se llama Amber —me informa con tono glacial—. No somos pareja. No tenemos una relación formal. Ella quiere más. Se supone que debo darle una respuesta cuando regrese a Madrid. No nos hemos hecho ninguna promesa. Ambos tenemos libertad para hacer lo que se nos antoje. No estoy haciendo nada malo. No soy esa clase de tío.

—No te enfades —le pido—, ni siquiera sé por qué he sacado el tema.

—Da igual —responde, pero siento que se ha abierto una grieta entre nosotros.

—No pretendía insinuar que estés haciendo algo malo —musito, y engancho el dedo pulgar en un hilo suelto de la hamaca. Axel permanece en silencio. De repente, me pica la curiosidad—. ¿De verdad necesitas pensártelo?

—No te entiendo —responde confundido.

—Lo tuyo con esa chica. Si de verdad te gustara, si de verdad sintieras lo mismo, no necesitarías reflexionar para llegar a la

conclusión de que quieres una relación seria. Lo tendrías tan claro que te parecería una locura no estar con ella. —Axel no mueve ni una pestaña y yo me muerdo el labio porque creo que he hablado demasiado—. Ay, no me hagas caso. No es asunto mío.

—No, continúa.

Me extraña que le interese mi opinión, pero allá va.

—Yo estaba locamente enamorada de Hugo, ¿sabes? —le confieso —. Si cuando empezamos a salir él me hubiera dicho que necesitaba un tiempo para decidir si quería ir en serio conmigo, me habría roto el corazón.

—Algunas personas necesitamos tiempo para tomar una decisión —responde a la defensiva.

—El amor no es una elección. Tampoco se reflexiona. El amor llega y te sacude por completo sin que puedas hacer nada por evitarlo.

—Pareces muy segura.

—Créeme, sé de lo que hablo. Si hubiera podido elegir, jamás me habría enamorado de Hugo —digo con sinceridad—. El amor no es una ecuación matemática. Carece de reglas, es imprevisible y saca lo mejor y lo peor de ti.

—Así que das por hecho que no estoy enamorado de ella.

—O eso o eres un cobarde —respondo sin pensar—. Pero no creo que seas un cobarde.

—¿Por?

«Porque los cobardes nos reconocemos y tú no lo eres».

—He bebido demasiada Coca-Cola —digo señalando la botella que hay en el suelo—. La cafeína me suelta la lengua.

—Mejor —responde para mi sorpresa—, así no tengo que adivinar qué hay dentro de esa cabecita tan misteriosa.

—Poca cosa.

—Eres mucho más de lo que aparentas, Lila. A mí no me engañas. Detrás de esa fachada se esconde una chica increíble que por alguna razón ha decidido no mostrarse al mundo.

Agradezco que sea de noche porque me sonrojo hasta la punta de la nariz. No sé qué se supone que debo responder a eso. Lo único que sé es que con cada respiración mi corazón se acelera y que mis convicciones se tambalean cuando miro al chico de los ojos pardos.

—¡Que te vayas a la mierda! —grita Gabi.

Axel y yo nos sobresaltamos porque no los hemos oído llegar. Jimena se tambalea y va agarrada del brazo de su hermano. El semblante de Hugo se ensombrece cuando nos ve tumbados en la hamaca. Leo se interpone entre Gabi y Pol, que están discutiendo acaloradamente. De repente, ella se percata de nuestra presencia y esboza una sonrisa complacida antes de dirigirse a Pol.

—Mira, te han robado la novia. Hoy la noche va de mal en peor,

campeón.

—No se acaba el mundo porque dejes de ser el puto centro de atención —responde Pol tan furioso que no lo reconozco—. El día que dejes de comportarte como una niñata egocéntrica me caigo de espaldas.

—¿Qué me has llamado? —Lo encara.

Leo extiende los brazos para separarlos.

—¡Se acabó! —grita malhumorado—. Sois un par de críos.

—Tú qué vas a decir —responde Pol rabioso—. Es tu hermanita. Siempre te pones de su parte.

—Venga, Pol, no me jodas…

Pero Pol lo ignora y se marcha cabreado. Axel y yo estamos tan cortados que nos ponemos de pie. Jimena se suelta del brazo de su hermano y camina a gatas en dirección a una tumbona. Hugo me dedica una mirada despectiva y cargada de esa superioridad moral que ya no me afecta.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunta con malicia.

—De puta madre.

Le doy la espalda, me acerco a Jimena para ayudarla a levantarse y la conduzco hacia nuestra habitación mientras la mirada iracunda de Hugo me persigue. Que le den. En este momento, lo único que me importa es mi amiga. Y, para qué negarlo, enterarme de lo que ha sucedido en ese yate.

Después de ayudar a Jimena a ponerse el pijama, le cepillo el pelo y voy directa al grano.

—¿Qué ha pasado?

—Eso debería preguntarte yo a ti —responde con voz gangosa—. Tú y Axel…

—Solo hemos visto una peli —la corto—. ¿Qué ha pasado entre Pol y Gabi?

Jimena hace un gesto con las manos y dice:

—Puf.

23

Axel

—¿Se puede saber qué ha pasado? —le pregunto a Leo.

Nos hemos quedado solos en la terraza. La cara de mi amigo es una mezcla de agotamiento y furia. He visto a Gabi y Pol pelearse tantas veces que ya no me escandalizo por una discusión, pero esta ha trascendido todos los límites.

—¿Te mola Lila?

—¿A qué viene eso? —replico irritado.

—Eres mi mejor amigo y te conozco. Me he dado cuenta de cómo la miras. Te la comes con los ojos —dice con tono acusador—. Y estás acostumbrado a que las tías te vayan detrás. Por eso estoy sorprendido. La buscas constantemente. Y es raro.

—No cambies de tema —respondo con sequedad.

—Perdona, esta noche ha sido un caos. Lo último que esperaba al regresar era encontrarte ligando con Lila. Pensé que te estabas planteando ir en serio con Amber. Que lo tenías bastante claro porque lleváis un tiempo acostándoos.

—En serio, Leo. Déjalo.

—Me da igual con quién te enrolles, tío. Mientras eso no suponga ningún problema entre Pol y tú, por mí perfecto. Con lo de hoy ya he tenido bastante. —A Leo se le escapa un bostezo—. Me tienen hasta los huevos. La tentación de tirarlos por la borda del yate ha sido enorme.

—¿Me lo explicas?

—La misma mierda de siempre —responde con desgana—. Me voy a dormir. Habla con Pol. Estoy demasiado caliente y en este momento le gritaría un puñado de verdades de las que mañana me arrepentiría.

No puedo dejarlo estar. Leo es el punto de unión del grupo. Nuestro líder. A pesar de las broncas y los malos rollos, siempre encuentra la palabra exacta para recordarnos lo mucho que nos queremos. No pienso permitir que la hostilidad entre Gabi y Pol ponga en riesgo nuestro trabajo. Detrás de nuestro éxito hay muchísimo esfuerzo. No creo en la buena suerte porque es la excusa que utilizan los mediocres para no perseguir sus sueños. Nos merecemos todo lo bueno que nos ha sucedido y no pienso consentir que estos dos lo tiren por la borda por culpa de la relación tóxica que mantienen.

Llamo a la puerta de la habitación de Pol. Hugo abre y pone mala cara. Ya me había percatado de que me miraba con cierta aversión, pero lo de esta noche es muy evidente. Me pregunto si tendrá algo que ver con Lila. Por supuesto que sí. Hay que ser imbécil para dejar escapar a una chica como ella.

—¿Te importa dejarnos a solas? —le pido.

Hugo resopla y sale de la habitación. Pol está tumbado bocarriba en la cama y tiene una mueca rabiosa en los labios. Es una actitud tan atípica en él que empiezo a preocuparme.

—¿Me lo explicas? —pregunto con cautela.

—Que te lo explique la princesa del pop.

—Te lo estoy preguntando a ti. —Me cruzo de brazos y me apoyo en la pared—. Venga, tío, somos amigos. Me importa lo que te pase.

—Siempre os ponéis de su parte. A Leo lo puedo entender porque es su hermano, pero también la defiendes a muerte. Y es una maldita egocéntrica insoportable acostumbrada a salirse con la suya.

—Yo —remarco el «yo»— ni siquiera estaba presente. Todas las historias tienen dos versiones y me gustaría escuchar la tuya.

—Pues mi versión es la mar de sencilla. Seré breve. —Se sienta en la cama. Sus ojos brillan con furia—. Se estaba metiendo mano con ese gilipollas en el jacuzzi. Y antes de que digas que Gabi ya es mayorcita y que no es asunto mío…

—Es mayorcita y no es asunto tuyo.

—¡En un jacuzzi! —exclama furioso—. A plena vista de todos. Al principio pensé que la cosa se quedaría ahí. Un par de besos tontos y poco más. En el fondo, solo intentaba llamar mi atención porque me largué al camarote a liarme con Bárbara. O como se llame, ya ni me acuerdo. Pero entonces escuché las risitas y salí a echar un vistazo. Y me la encontré ahí, dándolo todo con ese capullo. Montándoselo en el jacuzzi. Joder, Axel, en-el-jacuzzi. ¡Con la gente mirando!

—Vale. —Me froto la cara—. A mí tampoco me habría gustado ver esa escena, pero Gabi es una mujer adulta y puede disfrutar de su sexualidad como le plazca, ¿no crees?

—Y una mierda —responde con brusquedad—. No es cualquier chica. ¡Es Gabi Luna! ¿Y si uno de esos cerdos la hubiera grabado para subirlo a internet? ¿Crees que ella lo soportaría?

Aprieto los labios. Pol tiene parte de razón. Gabi lo pasaría fatal en el hipotético caso de que alguien la hubiera grabado manteniendo relaciones sexuales para luego subirlo a internet. Es la persona más impulsiva que conozco. Primero viene la acción y luego el arrepentimiento. Pero, de todos modos, eso no justifica la actitud de Pol.

—Gabi es mayor de edad. Toma sus propias decisiones y asume los riesgos. No eres nadie para cortarle el rollo —digo de manera rotunda

—. Estás celoso. Y lo peor de todo es que das por hecho que Gabi se enrolló con ese tío para llamar tu atención.

—De puta madre. —Pol se pone de pie de un salto—. O sea, que soy lo peor por preocuparme por ella.

—Llámalo así si quieres, pero los dos sabemos lo que es.

—Sí, una inmadura.

—Pues ya tenéis algo en común.

Pol me atraviesa con la mirada, pero no me inmuto. Para mí la base de la amistad consiste en echarle la bronca a tu amigo cuando se lo merece. Y Pol ha metido la pata. Fin de la historia.

—¿Y luego qué pasó? ¿Te metiste en el jacuzzi en plan troglodita?

—¿Por quién me tomas? —responde cabreado—. De eso se encargó Leo. Imagínate el panorama. Estaba en la otra punta del barco tocando la guitarra y no se enteró de nada, así que fui a explicarle que su hermanita se lo estaba montando en el jacuzzi con ese capullo. Tardó medio segundo en salir corriendo a buscarla. El resto te lo puedes imaginar. Leo estuvo a punto de llegar a las manos con ese gilipollas y tuvieron que separarlos. Gabi me llamó de todo. No me siento orgulloso de las cosas que le dije, pero ¿qué esperaba? ¿Que me quedara callado mientras me insultaba?

Meneo la cabeza sin dar crédito.

—Que fiesta tan movidita.

—Ahora no me salgas con que eso no habría sucedido si tú hubieras venido.

—Por lo menos habría frenado a Leo y no lo habría alentado a darse de hostias con el ligue de su hermana.

—Ah, pero no estabas allí, campeón. —Me da una palmadita en la espalda—. Te estabas divirtiendo con la pelirroja.

No sé descifrar el tono de Pol. ¿Está enfadado por lo que ha sucedido en la fiesta o decepcionado conmigo porque cree que me he interpuesto entre él y Lila?

—Pol, eres mi amigo —digo muy serio—. Sé que Lila te mola. Bueno, te mola a tu manera. Y no me gustaría que jugaras con ella. —Entrecierra los ojos y pone mala cara, pero no responde nada—. Lo que quiero decir es que jamás pondría en riesgo nuestra amistad por una chica.

Pol se aparta de mí y va directo a la puerta.

—Joder, no te enteras de una mierda —dice justo antes de salir de la habitación.

Me armo de valor antes de llamar a la puerta de la habitación de Gabi. Le he concedido una hora de margen porque es imposible mantener una conversación civilizada con ella cuando está enfadada. Por eso me

sorprende que no me mande a la mierda una vez que vuelvo a aporrear la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Ah, eres tú —dice con tono lloroso—. Entra.

Gabi está tumbada bocabajo en la cama y tiene la cara enterrada en la almohada. No sé muy bien cómo abordar esta conversación. A pesar de que ya tiene diecinueve años, para mí siempre será la niña rubia de sonrisa traviesa con la que jugaba a las palas en la playa. Pol se equivoca. No me pongo de parte de Gabi, sino que intento protegerla de sí misma, puesto que sé que es muy vulnerable.

—Si vienes a echarme la bronca —se le escapa un hipido—, ya te puedes ir por donde has venido.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Cuatro palabras: sexo en el jacuzzi.

—Dos palabras: eres mayorcita.

Gabi levanta la cabeza de la almohada y me mira con los ojos vidriosos. A pesar de que intenta mostrarse inflexible, sé que está avergonzada.

—Odio a Pol —musita sorbiéndose las lágrimas—. Y mi hermano es un idiota.

—No odias a Pol. Y tu hermano solo ha actuado como lo haría cualquier hermano mayor.

—Que se jodan.

Me siento en el borde de la cama. Necesito afrontar esta situación con tacto. Está claro que puede hacer lo que le plazca, ya es mayor, pero también me gustaría explicarle que no es una persona anónima y que, por tanto, las consecuencias de sus actos nunca serán las mismas.

—¿Qué derecho tienen a meterse en mi vida?

—Ninguno.

Gabi entorna los ojos.

—Ahora viene el «pero».

—Peeero… —digo con cautela— estaban preocupados por ti.

—Sí, muy preocupados. Pol se estaba follando a esa chica en el camarote, pero yo soy la que queda como una guarra porque me meto mano con un tipo que me gusta. Dios, ni siquiera lo estábamos haciendo. Solo nos estábamos enrollando. Sé que parecía que nos lo estábamos montando, pero no me va el sexo en público. Aunque lo habría hecho con él si Pol no se hubiera encerrado en el único camarote disponible solo para fastidiarme.

—Si Pol te cortó el rollo fue porque le preocupaba que alguien te grabara y lo subiera a internet —le explico, y ella se queda un tanto sorprendida—. Sé que le pierden las formas, pero no quería que algún sinvergüenza se aprovechase de la situación y pasaras un mal rato si el vídeo se hacía viral.

—Ya…

—Es la verdad.

—Seguro. —Pone los ojos en blanco.

—Lo que no quita que estuviera celoso.

Una pequeña sonrisa de satisfacción asoma a los labios de Gabi.

—Que le den.

—No me quiero poner en plan paternalista porque eres una persona adulta —digo con cautela—, pero la próxima vez que te metas en un jacuzzi con un chico, piensa que puede ser una situación muy violenta para tu hermano. Para él siempre serás su hermanita pequeña. Para mí lo eres.

—Ay, Axel. —Gabi me da un abrazo—. Eres mi único amigo. Eres maravilloso. Qué afortunada soy de tenerte.

Cuando dejamos de abrazarnos, Gabi se tumba de lado en la cama y le doy un beso en la mejilla. Me aprieta la mano con gratitud. Tiene los ojos hinchados, pero ahora está más calmada.

—Algún día encontrarás a una chica estupenda —dice convencida —. Quién sabe. Quizá esté más cerca de lo que piensas.

24

Lila

Salgo de la habitación cuando Jimena comienza a roncar. Me he tomado una pastilla, pero llevo demasiado tiempo con la medicación y he empezado a acostumbrarme a sus efectos. Ahora solo me produce un ligero estado de somnolencia que no logra inducirme el sueño. Jamás hablo del tema con nadie porque el último médico que me atendió en urgencias cuando acudí con una crisis de ansiedad me dijo: «Haz ejercicio, medita y habla con un amigo. Eres demasiado joven para estar tan triste». Me sentí tan culpable y patética por sentirme mal que empecé a normalizar no estar bien.

En fin, no tenía ni idea de que hay una edad a partir de la que se permite estar triste.

Es muy fácil restar importancia a los problemas ajenos. Quizá porque tendemos a pensar que los nuestros son más graves que los de los demás. Puede que sea débil. No lo sé. Pero he llegado a la conclusión de que la única forma de ponerte en la piel de otra persona es caminar con sus zapatos para entender que lo que para ti puede suponer un simple contratiempo para el otro puede convertirse en una montaña imposible de escalar. Por eso me irrita la facilidad con la que se habla de la salud mental en las redes sociales y los medios de comunicación. La realidad es que te sientes completamente desamparada cuando te enfrentas al mundo y todos asumen que tu depresión se cura saliendo a correr o encontrando una afición. Ojalá fuera tan fácil.

Pol está deambulando por el jardín delantero de la casa. Al verlo me quedo inmóvil y no sé si acercarme a él. Jimena me ha contado lo sucedido. Mi amiga tiende a exagerar, pero es una persona muy sincera cuando se toma dos copas de más. Me imagino la escena que ha tenido lugar en el yate y no sé si sentir vergüenza ajena o tristeza.

—Te veo, pelirroja.

Su tono carece de la afabilidad habitual. Está de espaldas fumando un cigarro. Me invade la intensa tentación de darme la vuelta y dejarlo ahí plantado. No soy buena dando consejos. Ese era Lucas. Mi amigo tenía la capacidad de escuchar sin juzgar y luego darte su opinión sin que te sintieras como una mierda. Él sabría qué hacer. Pero llevo tanto tiempo encerrada en mi propio tormento que me

cuesta reaccionar al dolor ajeno.

—No vengo a cotillear —digo con delicadeza—. Si quieres, me voy.

—¿Para qué? Ya te has enterado de todo. Ahora toca que pongas cara de desaprobación y me juzgues como si fuera el capullo por el que todos me toman. O a lo mejor eres demasiado educada y te limitas a observarme con lástima.

—A mí no me hables en ese tono.

Pol se da la vuelta y me mira sorprendido. Hasta yo estoy alterada por mi respuesta, pero mantengo la entereza porque dudo que a él le convenga que me muestre indulgente.

—Perdona, pelirroja —responde ligeramente avergonzado—. No tengo derecho a pagarlo contigo.

—Pues no.

Pol le da una calada al cigarro. Me gustaría ayudarlo, pero no sé cómo. Mi madre me dijo una vez que los consejos son como las opiniones, solo se dan cuando se piden. Así que me limito a tomar otro rumbo.

—¿Qué tal estás?

—Mal —contesta entre dientes—. Me jode que todos estén cabreados conmigo y que Gabi se haya ido de rositas. La misma historia de siempre.

—Tu respuesta es un poco decepcionante.

Pol apaga el cigarro y me atraviesa con la mirada.

—Ah, ¿sí?

—Sí —sentencio—. Te he preguntado cómo estás y te limitas a echarle la culpa a Gabi.

—Ya sé que también la he cagado a lo bestia —admite mosqueado, y luego suelta un suspiro—. Soy yo el que ha metido la pata hasta el fondo, ¿no? Debería haberme mantenido al margen. Joder, pelirroja, no puedes entenderlo. La conozco desde que teníamos diez años. Hemos crecido juntos. Me saca de quicio el 99 por ciento del tiempo, pero me importa. Me importa muchísimo. Me cabrea que algún gilipollas sin escrúpulos suba un vídeo suyo a internet porque me acojona que se quede hecha polvo. No podría soportar que lo pasara mal.

—Vale.

Doy un paso hacia él y le pongo una mano en el hombro. Pol respira profundamente. Tiene las pupilas dilatadas, no sé si por la emoción o porque ha consumido alguna droga. Está temblando cuando lo toco.

—Te entiendo.

Me mira agobiado.

—¿En serio?

—Sí —respondo con sinceridad—. No significa que apruebe tu comportamiento, pero te entiendo. Hacemos locuras por las personas a

las que queremos.

—Gabi no me volverá a dirigir la palabra.

—¿Eres demasiado orgulloso para pedirle disculpas?

Pol se lo piensa. Inclina la cabeza hacia un lado y sus labios se curvan amagando una sonrisa.

—Me va a costar —dice con un suspiro—, pero merecerá la pena porque no quiero perderla.

—Sois un par de orgullosos que sentís la necesidad de quedar por encima del otro.

—Gabi supone mucho para mí. —Me mira a los ojos. Está sinceramente apenado—. No te haces una idea. Me saca de mis casillas. A todas horas. Pero es mi amiga. Y me importa muchísimo. A veces creo que demasiado…

Le doy un apretón cariñoso en el hombro para que sepa que lo entiendo. Pol pone su mano sobre la mía. El chico despreocupado se convierte en alguien vulnerable y asustado con el que me siento muy identificada.

—Habla con ella, no seas tonto. El orgullo es un veneno que te pudre por dentro y te aleja de las personas a las que quieres. Todos nos equivocamos. Si tanto te importa, dile lo que sientes.

—Lo haré, pelirroja.

Me guiña un ojo. En ese momento, el crujido de una hoja nos sobresalta. Nos damos la vuelta y vemos a Axel. Su expresión es indescifrable. Me percato de que ambos se ponen tensos cuando se miran y me pregunto por qué. Pol se aparta de mí.

—Me voy a dormir —me dice ignorando deliberadamente a Axel—. Buenas noches, pelirroja.

—Buenas noches, Pol.

El ambiente se enrarece cuando Axel y yo nos quedamos a solas. No estoy incómoda. Es algo más complicado de explicar. Hace un par de horas estábamos tumbados en la hamaca y sentí una conexión muy intensa. Ahora tengo la impresión de que se arrepiente. Quizá se está acordando de Amber. A lo mejor se siente fatal porque teme que me haya hecho ilusiones con él.

«De eso nada. Estoy mejor sola».

—Has conseguido doblegar a la bestia.

Hay un deje de ironía en su voz que no le pega nada. Tiene las manos metidas en los bolsillos. Parece incómodo.

—No me cuelgues ninguna medalla. —Le quito importancia—. Conmigo no tiene tanta confianza y no se atreve a mandarme a la mierda.

Axel no dice nada. Acaricio el pétalo de un hibisco y entierro la nariz en la flor para aspirar el olor. Cierro los ojos y regreso de golpe a la floristería. Mi madre está horneando galletas de chocolate y mi

padre atiende a los clientes. Lucas está escondido detrás de un aparador y finjo que no lo he visto mientras me acerco a hurtadillas por detrás. Abro los ojos de golpe y me aparto de las flores.

—¿Va todo bien entre Pol y tú? —pregunto para olvidarme de mis recuerdos—. Me ha dado la sensación de que estabais disgustados.

—Se le pasará —dice convencido—. Se ha molestado porque he sido sincero con él.

—La sinceridad entre amigos es tan necesaria como peligrosa.

—¿Peligrosa? —Enarca una ceja.

—Todos queremos la verdad hasta que la recibimos.

Me siento en un sillón de ratán con forma de huevo que es tan cómodo como parece. Hay otro y Axel lo contempla como si estuviera sopesando si es una buena idea sentarse a mi lado. Su incertidumbre me irrita. ¿Qué mosca le ha picado?

—¿Sigues sin poder dormir? —me pregunta.

—Qué va. A las cuatro de la mañana me gusta deambular por el jardín y fingir que soy un búho.

Axel pone los ojos en blanco.

—¿Te importa que te haga compañía? —Señala el sillón libre con un gesto de cabeza.

—Por supuesto que me importa —respondo con retintín—. De repente estás muy esquivo.

Axel se deja caer en el sillón.

—Estoy tenso por lo que ha sucedido en la fiesta del yate —me explica—. Creo que la cosa no se habría desmadrado si hubiera estado allí.

—La próxima vez no te quedes conmigo a ver una película.

—No me arrepiento de haber elegido tu compañía, Lila.

Pronuncia mi nombre de una forma profunda y grave. Como si en su voz sonara diferente. Me mira. Mi estómago se contrae.

—Vale —musito apartándome un rizo de la cara—. Me he puesto a la defensiva porque pensé que me lo estabas reprochando.

—Nunca —responde con rotundidad—. Me ha gustado estar contigo. Me gusta mucho estar contigo. Te volvería a elegir mil veces.

«Uf… ¿Por qué de repente hace tanto calor?».

—Pero me siento fatal por mis amigos —añade con voz queda—. No puedo evitarlo.

—Seguro que lo solucionan. Pol parecía muy arrepentido.

—Pol y Gabi se arrepienten a menudo de sus cagadas. ¿Te puedo confesar algo?

—Claro —respondo intrigada.

—Uno de mis mayores miedos es formar parte de una banda que al final se separa. Ya sabes, como Héroes del Silencio o One Direction.

—Siempre existe la opción de volver por todo lo alto, en plan

Backstreet Boys o las Spice Girls en aquella gira de regreso en 2019 con la que se forraron —intento bromear.

—No es el trabajo lo que me preocupa, aunque, si te soy sincero, sé que juntos funcionamos mejor. Leo, Gabi y Pol son mi familia. Los conozco desde que éramos unos niños que veraneábamos en Benalmádena. Nos unió un sueño. Sería triste que nos separara un malentendido. La música es mi vida, pero no tiene ningún sentido sin mis amigos.

—Te entiendo —respondo, y Axel me mira sorprendido—. Ya sabes que no formo parte de un grupo mundialmente conocido, pero Jimena lo es todo para mí. Es mi mejor amiga, mi hermana y la persona que siempre está cuando la necesito. Si la perdiera por algún motivo, me dolería en el alma.

Ay, se me da fatal animar a la gente. Lo de Pol ha sido una especie de misterio cósmico. Me encantaría reconfortar a Axel porque ha sido muy generoso conmigo. He sufrido dos ataques de ansiedad delante de él y siempre se las ha apañado para ayudarme. De repente, tengo una idea.

—Juguemos a algo —propongo. Axel frunce el ceño y esbozo una sonrisa tímida—. Solía jugar a un juego con un amigo. Se lo inventó cuando alguno de los dos estaba de bajón. Son preguntas sin sentido del tipo «Si fueras un lugar…» y hay que responder lo primero que se te pase por la cabeza. No vale pensar. Ahí reside la gracia. Si no se te ocurre nada, tienes que enseñarme una canción de tu lista de Spotify.

—¿Cuánto margen de tiempo tengo?

—Dos segundos.

—Es muy poco.

—Me gusta correr riesgos.

Axel sonríe y noto un calorcillo agradable en el centro del pecho.

—Mira, sé que es un juego absurdo, pero a nosotros nos funcionaba. Y enseñarle tu lista de Spotify a otra persona es algo profundamente personal. En las reglas está estipulado pegarle un puñetazo al otro si se burla de tus gustos musicales.

—Mi gusto musical es impecable —dice con orgullo.

—Menos humos, Bob Dylan.

—Empiezo yo. —Se envalentona—. Si fueras una flor…

—Sería un tulipán negro. Si fueras una comida, serías…

—Cualquier postre casero de mi *amona*.

—¡No vale! —exclamo triunfal—. Hay que ser muy concreto.

Axel arruga la frente.

—Pero…

—Mi juego, mis reglas. —Extiendo el brazo para que me enseñe su móvil—. La lista de Spotify, grandullón.

Axel saca el móvil del bolsillo y me muestra su biblioteca musical.

Hay una lista titulada *Temazos*. Cubre la mitad de la pantalla para que solo pueda leer el título de una canción.

«People Have the Power», de Patti Smith.

—Ostras —murmuro, e intento mantener una expresión neutral por si cree que lo del puñetazo iba en serio—. Sabía que eras previsible, pero esto ya es el colmo.

—¡Es una obra maestra! —exclama indignado—. Dejando al margen el hecho de que Patti Smith es un icono del punk, no puedes negar que la letra de esta canción es extraordinaria.

—Axel… —Hago un esfuerzo para contener una sonrisa—. Es un himno de revolución social. La gente la cantaba para protestar por la guerra de Vietnam.

—¿Y eso tiene algo de malo? —pregunta contrariado.

—Es que eres tan…

—Como vuelvas a decir previsible, te estrangulo y te entierro en algún lugar recóndito de esta playa.

—Esta isla es diminuta y me encontrarían tarde o temprano —respondo con tono burlón—. Sabía que en tu lista de Spotify habría canciones que están encumbradas por la crítica musical. Eres inteligente, pero, a veces, resultas ligeramente avasallador. No te lo tomes a mal.

—Me acabas de llamar esnob musical. —Me hunde un dedo en el costado y me tapo la boca con las manos porque se me escapa una carcajada—. ¡A mí! ¿Sabías lo que dijo un crítico de nuestro primer disco? Que éramos un «quiero y no puedo» e íbamos de intelectuales que intentaban crear letras profundas, pero solo éramos cuatro críos con ínfulas de ser los próximos Beatles.

—Qué poca vergüenza. —Finjo estar horrorizada—. Hacer semejante crítica a unos músicos con tanto talento como vosotros.

—¿Todas las pelirrojas sois así de malas? —me vacila—. Y, para que lo sepas, voy a defender a muerte que «People Have the Power» es un temazo. Me flipa la letra. «La gente tiene el poder. Podemos cambiar el mundo. Podemos cambiar la revolución de la tierra». La escuché por primera vez cuando tenía quince años y pensé: «Joder, esta es la clase de música que quiero hacer algún día».

—Me encanta esa canción.

—¿Y por qué me provocas?

—¡Porque es divertido!

—Mi turno. —Se frota las manos—. Si fueras un animal…

—Un delfín. Si fueras un personaje de dibujos animados…

—El pato Donald. Si fueras un videojuego…

Me quedo en blanco. Mierda, ahí me ha pillado. No me gustan los videojuegos.

—¡Tu lista de Spotify!

—Espera, dame un segundo.

—Ya.

Resoplo y cojo mi móvil. Al igual que él ha hecho hace un momento, cubro la pantalla y le enseño la primera canción de la lista, «White Flag», de Dido. Es un tema que puedo escuchar en bucle. Me siento pequeñita cuando Axel guarda silencio. Lo que dije antes iba en serio. Mostrar tu lista de Spotify me parece algo tremendamente personal. La música que escuchamos nos define.

—Adelante, di algo.

—Buena elección.

Me guardo el móvil. No sé si lo dice por quedar bien. «White Flag» es una canción que me ponía cuando Hugo cortó conmigo. Qué mejor manera de curar un corazón herido que escuchando música deprimente. «No habrá una bandera blanca sobre mi puerta, estoy enamorada y siempre lo estaré». Por aquel entonces pensé que sería como aquella canción de Dido, un alma en pena que jamás superaría la ruptura. *Spoiler*: nadie se muere de amor. Y aquí estoy. Ya no siento nada por Hugo; o al menos nada remotamente romántico.

—Mi turno.

—Eres un pelín competitiva, ¿eh? —dice divertido.

Esbozo una sonrisa traviesa.

—Si fueras un ser mitológico…

—Hércules. Si fueras un personaje histórico…

—Cleopatra. Si fueras un color…

—Azul, como tus ojos.

El corazón me da un vuelco. Axel abre la boca y la cierra. Inhala con fuerza. Se me encienden las mejillas. Me mira. Solo me mira. Y yo intento mantener la compostura mientras el pulso se me acelera.

—Porque tienes unos ojos bonitos —añade con tono grave—. Azul cielo. Mi color favorito.

—Vale —musito con voz temblorosa—. Si fueras… eh… si fueras una estación del año…

—Verano. —Se recompone—. Si fueras una emoción…

«Tristeza».

La palabra se atasca en mi garganta. De mala gana, le enseño la segunda canción de mi lista de Spotify. «All the Love in the World», de The Corrs. Axel permanece en silencio y me encantaría que dijera algo para romper este nudo de nervios que me atenaza la garganta. Y entonces me mira. De esa forma que me hace temblar todo el cuerpo. Rebasando los límites que me he impuesto. Nublándome el juicio. Trastocándome los sentidos.

—¿Puedo cotillear tu lista de Spotify? —pregunta con curiosidad—. Te dejaré mirar la mía.

—¿Tanto te intriga?

—Sí.

Trago con dificultad. ¿De verdad quiero hacerlo? Esas canciones significan mucho para mí. Me han sostenido en diferentes momentos de mi vida. Cuando me rompí el brazo. Cuando celebré que Jimena había aprobado la selectividad. Cuando sentí que el mundo se me caía encima y la música era lo único que me mantenía cuerda.

—Tú primero —digo vacilante.

Axel no tiene ningún reparo en mostrarme su móvil. Scorpions, AC/DC, The Police, Guns N' Roses, Nirvana, Kiss… Bob Dylan.

—Bob Dylan —digo con una sonrisilla triunfal.

—Tu turno —responde intrigado.

Le ofrezco el móvil. Sin reservas. Sin saber por qué. Con el pulso martilleándome en las sienes porque estoy compartiendo un pedacito de mí con otra persona. Una experiencia nueva, pero tal vez necesaria. Algo que me llena de dudas y expectativas.

«Big Girls Don't Cry», de Fergie.

«Torn», de Natalie Imbruglia.

«Still on My Mind», de Dido.

«Zombie», de The Cranberries.

«Lose You to Love Me», de Selena Gomez.

«Complicated», de Avril Lavigne.

Y la canción que Jimena y yo cantamos en aquel karaoke, «Unwritten», de Natasha Bedingfield.

Nuestros gustos musicales ponen de manifiesto que no podemos ser más diferentes. Pero él no dice nada. No me juzga. A veces sonríe de manera enigmática cuando se detiene en alguna canción y me pregunto qué estará pensando. Como si fuera uno de esos sudokus que soy incapaz de resolver.

—¿Y esta? —pregunta señalando con el dedo mi segunda lista de Spotify que lleva por título *Lila y Lucas*.

Le arranco el móvil de las manos y me percato de que estoy temblando. De repente, lo veo todo borroso y me arrepiento de haberle abierto ese espacio. Ese hueco vedado al mundo. Las inseguridades de mi caja de Pandora. Axel me mira confundido.

—¿Quién es Lucas?

Me levanto del sillón y digo:

—Mi alma gemela —respondo con tono ronco—. Buenas noches, Axel.

Me observa marchar y no dice nada porque sabe que necesito estar sola.

Querido Lucas:

Hoy ha sido un día de primeras veces. Las primeras veces son mágicas porque te enfrentas a lo desconocido. La sensación de hacer algo que nunca antes has hecho te produce un vértigo en el estómago parecido a subirte en una montaña rusa. Es un descubrimiento irrepetible que te maravilla u horroriza y que marca un pequeño hito en tu vida. Como la primera vez que contemplas el mar, que montas en bici o que haces el amor.

Hoy he visto una comedia romántica con un chico de ojos pardos por el que intento fingir que no me siento atraída.

Hoy le he dado un consejo al batería de un grupo de rock con el que me siento extrañamente identificada.

Hoy le he enseñado mi lista de Spotify a Axel.

Y le he abierto mi corazón. Solo un poquito. Lo justo y necesario para que sepa que está lleno de grietas. Me digo a mí misma que lo he hecho para demostrarle que no merezco la pena, pero en el fondo necesitaba abrirme a alguien. Quería saber lo que se siente cuando desnudas tus sentimientos y te muestras tal cual eres, con todos los defectos que te hacen imperfecto y a la vez único en el mundo. Y no sé si ha merecido la pena, pero desde que he llegado a esta isla me siento viva. Porque vivir duele. Y asusta. Y va de correr riesgos. A veces pienso que la vida sería más sencilla si tuviera un mapa con el que guiarme, pero sé que la única forma de vivir plenamente es dejándome llevar por la intuición. Aunque me muera de miedo.

Luego me he roto en mil pedazos al recordar lo bien que lo pasábamos cuando cantábamos a grito pelado «Hay un amigo en mí». La música era nuestra pasión, pero cantar se nos daba fatal y lo sabes. No he engañado a Axel cuando le he dicho que eras mi alma gemela. He leído muchas frases sobre ellas y casi todas tienen un cariz romántico. Bueno, lamento disentir. Tu alma gemela es aquella con la que conectas sin necesidad de palabras. La que te entiende con una mirada. La que te cuida el corazón con un abrazo que te traspasa la piel. La que está ahí sin que se lo pidas, se aleja cuando lo necesitas y regresa sin pedir nada a cambio. La que encaja contigo a un nivel emocional que supera los límites absurdos de las relaciones sociales.

Y tú eras mi alma gemela.

Te perdí.

Dejé que te fueras.

Y ahora no puedo hacer nada para arreglar el pasado. Lo único que me impide volverme loca es escribirte estas cartas porque me siento más cerca de ti.

Te quiero (y lo siento).

LILA

25

Axel

«¿Quién es Lucas?».

«Mi alma gemela».

No puedo dejar de pensar en la conversación que mantuve anoche con Lila. Cada vez que albergo la esperanza de conocerla un poco más, la cuerda que la envuelve se enreda alrededor de su cuerpo y me impide llegar hasta ella.

¿Lucas es su hermano?

¿Su exnovio?

Hugo es su ex, pero ni de lejos hablaría de él en esos términos porque se nota que no acabaron del todo bien. Apenas lo conozco, pero desde que supe que fueron pareja me parece un gilipollas.

¿Lucas será su padre?

¿Tal vez un primo?

Debe de ser alguien muy importante para ella porque dijo que era su alma gemela. «Alma gemela» es un término muy profundo. Jamás lo he utilizado para definir mi relación con otra persona, y eso que a mis amigos los considero parte de mi familia y daría la vida por mis abuelos. Pero ¿qué diantres es un alma gemela? ¿Alguien que entiende los entresijos de tu corazón? ¿La persona con la que aspiras a tener una relación tan especial e íntima que no pueda compararse con otra?

Lo único que tengo claro es que Amber no es mi alma gemela. Ni siquiera he pensado en ella desde que llegué a la isla. Así son las cosas. No le he dedicado ni un mísero pensamiento. Y, si no la he echado de menos, definitivamente nuestra relación no tiene ningún sentido. Solo sentí vergüenza cuando Lila la nombró. Me sentí avergonzado y atacado porque me disgustó que me tomara por un tipo que juega a dos bandas. Y no lo soy. Sé que Amber y yo acordamos que éramos libres para tener sexo con otras personas. ¿Entonces por qué siento que la estoy traicionando? De repente, lo veo muy claro.

Porque no esperaba conocer a Lila.

Porque ella no entraba en mis planes.

Porque tiene algo que me atrapa y no sé muy bien lo que es.

Por eso siento la absurda necesidad de perseguirla. De cruzar el laberinto que me lleva directo a ella; uno tan largo y repleto de callejones sin salida que me está volviendo loco.

«Joder, Leo tiene razón». Se ve a la legua que me la como con los ojos. Incluso Pol está enfadado conmigo. No quiero engañarme. Ojalá Pol se hubiera fijado en cualquier chica que no fuera Lila. No me considero un energúmeno celoso y posesivo, pero sé cómo terminan sus relaciones. Además, desde lo sucedido el año pasado en Madrid tiene un problema de adicciones que no reconoce. Lila se merece algo mejor. Adoro a mi amigo, pero siempre les rompe el corazón a las chicas. Por tanto, si le hiciera daño, él y yo tendríamos un problema.

Lila es tan…

—¡Te pillé!

Me sobresalto cuando Gabi aparece a mi espalda. Hemos viajado en *dhoni* a una isla cercana para montar en motos de agua. Ahora mismo cinco de ellas flotan en la orilla y somos siete, lo que quiere decir que cuatro de nosotros tendremos que compartir dos.

—Hoy estás muy pensativo —dice Gabi.

—Y tú estás de mejor humor.

—Alguien me ha pedido perdón esta mañana. —Gabi gira los ojos en dirección a Pol y se le escapa una sonrisa débil—. Y, como ya sabes, no soy una persona rencorosa. *¡Hakuna matata!*

Me alivia ver que Gabi vuelve a ser la misma de siempre. El instructor nos da una clase rápida sobre el funcionamiento de las motos acuáticas y luego nos pregunta quiénes formarán pareja. Leo y Jimena se apropian de las dos primeras motos.

—Qué generoso por tu parte, Leo —dice Gabi con ironía.

—Me lo merezco después de lo que tuve que soportar ayer.

—¿Te pones conmigo? —le pregunta Hugo a Lila—. Te sentirás más segura si vas agarrada a mí.

Ella aprieta los labios como si contuviera la respuesta que de verdad se merece ese machista. Estoy a punto de ofrecerme a compartir la moto con ella, pero Pol se me adelanta.

—¿Te subes conmigo?

—Depende —responde ella—. ¿Me vas a dejar conducir?

—Solo si vas a toda velocidad.

Hugo mira con rabia cómo Lila se sube a la moto y Pol rodea su cintura. Siento una mezcla de emociones contradictorias. Por un lado, una enorme satisfacción porque a Hugo lo hayan puesto en su sitio; y, por otro, decepción porque soy consciente de que en este momento me encantaría ser Pol.

—¿Subís juntos o me toca compartir la moto con alguien? —pregunta Hugo, y está claro que con «alguien» se refiere a Gabi porque le dedica una miradita cargada de intenciones.

«Joder, este tío cada vez me cae peor».

—Toda tuya —responde Gabi volviéndose hacia mí. Luego me susurra—: Va listo si cree que puede meterme mano. Lo tengo calado.

Tiene novia pero intenta ligar con todo lo que se mueve. Ayer me lanzó la caña en el yate. ¿De qué va?

«De gilipollas».

—¿Quieres conducir tú? —pregunto mientras intento ignorar la hostilidad que crece dentro de mí respecto a Hugo.

—Nos vamos turnando.

—Por favor, no estrelles la moto.

—¡Por quién me tomas! —exclama indignada—. Vale que haya suspendido cuatro veces el carnet de conducir, pero los examinadores me tienen manía porque soy famosa. El último me pidió un autógrafo para su hija y luego me suspendió por cruzar una línea continua para poder adelantar a un jubilado que iba a diez kilómetros por hora. ¿Qué te parece? Además, conducir está sobrevalorado cuando tienes chófer.

—Lo que tú digas, pero tengo veintitrés años y todavía me queda mucho por vivir.

—Traaanquilo, yo controlo.

En cuanto me agarro a la cintura de Gabi y ella acelera a toda pastilla, me arrepiento de inmediato. Toma una curva a tal velocidad que estamos a punto de salir despedidos. Le echo la bronca y me llama exagerado. A lo lejos, parece que Lila y Pol se lo están pasando muy bien. Es imposible no verlos porque los tirabuzones pelirrojos de ella ondean en mitad del mar. Se ríen como si fueran colegas de toda la vida. Como si entre ellos hubiera algo más. Mierda, me escuece. No sé reconocer qué siento, pero se parece bastante a una patada en el estómago. ¿Por qué cojones me fastidia tanto que mi amigo ligue con una chica?

«Porque te gusta».

«De eso nada».

«No hay cosa más patética que mentirse a uno mismo».

«Vale, me gusta. Soy joven. Lila es preciosa. Siento atracción sexual. ¿Qué pasa?».

Cuando llegamos a la orilla, me bajo de la moto. Gabi pone cara de inocencia y me dice que si quiero puedo tomar el mando. Le respondo que ya he tenido bastante. En ese momento, la moto de agua de Lila y Pol derrapa en la orilla y una ola me engulle. Se bajan y comienzan a salpicarse. Me hierve la sangre. No me reconozco. Respiro profundamente y Gabi me mira de reojo con el ceño fruncido.

—No lo entiendo, Lila. —Gabi se planta delante de ella y me temo lo peor—. Has tenido la oportunidad de tirarlo de la moto y dejar que se ahogara, pero la has desaprovechado. El mundo sería un lugar mejor sin este cretino.

Pol le enseña el dedo corazón y ella sonríe de oreja a oreja. Lila no sabe qué decir. Le hago un gesto con la mano para restarle

importancia. Están en plan «pullitas sin maldad». No hay por qué alarmarse. Todavía.

—El mundo sería un lugar mejor si te agarras a mi cintura y disfrutas palpando mis abdominales —la provoca Pol.

—¿Tus qué? —Gabi se ríe en su cara—. ¡Eres un tirillas!

—Justo tu tipo, ¿eh?

—Mi tipo es más alto, menos fanfarrón y más fuertote.

—Toda la fuerza la tengo en la punta de la…

—Pol —lo censura Lila—. No te pases.

Él esboza una falsa sonrisa angelical. Gabi levanta la barbilla con ese ademán orgulloso tan típico suyo, se dirige a una moto de agua y se sube. Luego vuelve la cabeza hacia Pol y lo mira exasperada.

—¿A qué esperas? —le exige.

Pol se queda desconcertado durante un momento, pero entonces va directo hacia ella para subirse. Gabi le pone una mano en el pecho cuando está a punto de agarrarse a su cintura.

—¿Qué? Ay, Dios. No me hagas reír. Conmigo ni de coña. Esa suerte solo la tienen los tíos buenos y majos como Axel.

Pol se pone colorado y la fulmina con la mirada. A mi lado, Lila se tapa la boca para aguantarse la risa.

—¿Y entonces para qué me llamas? —se queja indignado.

—Para que hagamos una carrera y te ponga en tu sitio —responde con malicia en los ojos—. Vas a morder el polvo, nene.

—De eso nada, princesa. —Pol se dirige a la otra moto y le lanza un beso—. ¿Qué nos jugamos, Gabriella?

—¿Tan seguro estás de que vas a ganar?

—Te voy a machacar, rubita pretenciosa.

—El que pierda sube una foto del otro a *stories* de Instagram durante veinticuatro horas. Y te juro que voy a elegir esa de cuando te quedaste sobado con la boca abierta y cara de panoli.

—Pues yo subiré esa en la que estás recién levantada y sales hecha un adefesio. A tus seguidores les va a encantar. Seguro que dicen que sin maquillaje no vales un duro.

Gabi aprieta con tanta fuerza el manillar de la moto que sus nudillos se ponen blancos. Tensa los hombros y clava una mirada cargada de determinación en el horizonte.

—Dos vueltas a la boya.

—Me sobra una para ganarte —responde ella.

—Axel, haz la cuenta atrás. No me fío de ella. Es una tramposa.

Me entra la risa floja porque no pienso perderme semejante espectáculo protagonizado por los amigos más inmaduros y orgullosos que tengo. Las competiciones entre Gabi y Pol son épicas. Compiten al billar, a los dardos o a beber chupitos hasta caer rendidos, entre otras apuestas absurdas. Su rivalidad no tiene límites.

—Tres, dos, uno… ¡Ya!

Las motos de agua salen disparadas. A mi lado, Lila me aprieta el brazo como si fuera ella la que va subida. La miro de reojo y disfruto más observándola que con la carrera en sí. Los ojos le brillan con una diversión contagiosa. Cuando sonríe, se le dibuja un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda.

—¿Quién crees que ganará? —pregunta intrigada.

—Son igual de orgullosos. Está la cosa muy empatada.

—Yo apuesto por Gabi.

—Pol es muy competitivo.

—¿Qué te juegas?

—¿Quieres apostar conmigo? —digo divertido.

—Sí —responde sin vacilar—. Si gano yo, te toca hacer las paces con Pol. He visto el mal rollo que os traéis y no me mola nada.

—Entre Pol y yo no… —Su mirada suspicaz me impide mentir—. Vale, pero, si gano yo, te vienes conmigo a nadar con tiburones.

Lila vacila un instante, aunque al final acepta y me tiende la mano. Lo vuelvo a sentir. Ese inexplicable gesto de complicidad que convierte un apretón de manos en algo más intenso. Nos miramos durante unos segundos antes de apartar los ojos para centrarnos en la carrera.

—Va a ganar Pol —le aseguro.

—Uy, nunca subestimes a una mujer decidida. Una chica con un propósito es capaz de todo.

Gabi lleva la delantera, pero es demasiado impulsiva y se ve obligada a frenar al rodear la boya. Pol, que iba más despacio, mantiene la velocidad y la adelanta sin esfuerzo. Desde aquí puedo ver la cara de mala leche de ella. De reojo, me percato de que Lila comienza a inquietarse.

—¿Decías?

—Todavía queda la última vuelta —responde nerviosa, y entonces hace algo inesperado. Comienza a aplaudir y a vitorear a Gabi—. ¡Vamos, Gabi, puedes hacerlo! ¡Mujeres al poder!

Gabi se toma la frase al pie de la letra y acelera como si se creyera el mismísimo James Bond en una persecución a vida o muerte. No me extraña que suspendiera cuatro veces el práctico. Tampoco permitiría que semejante kamikaze pisara una carretera como conductora. Va un par de metros a la zaga de Pol, que rodea la boya. En esta ocasión, Gabi no aminora la velocidad. Cierro los ojos cuando doy por hecho que saldrá despedida. Ahora tendrá que venir un helicóptero a rescatarla y la noticia saldrá en todos los medios de comunicación. La llamarán irresponsable y demás lindezas; y, mientras se recupera en el hospital, matará el tiempo escribiendo barbaridades en Twitter. Sin embargo, cuando abro los ojos, sigue subida en la moto de agua, con

el trasero levantado y una expresión fiera en la mirada.

Quedan diez metros para llegar a la orilla cuando consigue rebasar a Pol. Le gana por pocos centímetros de diferencia. Y, como tiene una gran elegancia a la hora de ganar, exclama:

—¡Jódete!

Pol se baja de la moto echando humo por las orejas.

—¡Cuando has pasado por mi lado has intentado darme una patada!

—Embustero.

—¡Chiflada!

—¡Fracasado!

Gabi y Pol se plantan delante de nosotros y nos miran como si fuéramos los jueces que deben determinar quién ha salido victorioso.

—Lila, voy a pasar por alto todo ese rollo de la sororidad que te ha llevado a ponerte de su parte. Tú la has visto. Ha estirado la pierna. Casi me tira —dice Pol con tono victimista.

Lila se encoge de hombros.

—No he visto nada.

—¡Ja! —grita Gabi triunfal.

—En realidad no estás siendo objetiva —intervengo, y Gabi abre los ojos de par en par—. Desde esta distancia no hemos podido ver si ha hecho trampas.

—¡Axel! —protesta Gabi.

—Pues eso —insiste Lila—. Si no lo he visto, no puedo decir que haya pasado.

—O sea, que he ganado —resuelve Gabi—. ¡He ganado! ¡He ganado! ¡He ganado!

—Sí, ya te hemos oído —responde Pol con desdén.

—Qué mono vas a salir en Instagram…

Gabi se marcha riendo en plan Cruella de Vil mientras Pol la persigue y apela a su escaso sentido de la empatía: «¡Vamos, Gabi! No fastidies. Solo era una estúpida carrera».

—Claramente ha sido un empate —digo.

Lila me mira alucinada.

—¿En serio pretendes escaquearte?

—Conozco a Gabi. Es muy tramposa.

—Ha llegado primero. Tu afirmación se basa en una hipótesis. No vale. No seas mal perdedor, Axel.

Intento mantenerme serio, pero poco a poco aflora una sonrisa. Solo quería hacerla rabiar un poquito. Me encanta cuando se pone en plan peleona. Se le encienden las mejillas y arruga la nariz de forma adorable.

—Que sí. Tú ganas. De todos modos, iba a hablar con Pol esta noche.

—Guay —responde aliviada—, porque te iba a decir que

quedábamos en empate.

—¡Venga ya!

—Ni confirmo ni desmiento que haya visto a Gabi intentando darle una patada a Pol para tirarlo de la moto.

Lila se ríe. El sonido de su risa es un bálsamo para mis oídos. El hoyuelo de su mejilla izquierda se hace más profundo. Entonces soy consciente de algo que me estremece. Nunca conoceré a otra chica con pecas en forma de mariposa, un único hoyuelo en la mejilla y los ojos azul cielo más bonitos que he visto en mi vida.

26

Axel

Pol está jugando al futbolín con Leo, Jimena y Lila mientras se queja del mal carácter de Gabi. Ya sabía que mi amiga no desaprovecharía la oportunidad de vengarse. Me parece justo. Él se las dio de listo al asumir que ganaría esa absurda carrera de motos de agua. Ahora que apechugue con las consecuencias. Además, Gabi es la clase de persona a la que le encanta recochinearse cuando sale victoriosa, así que no deja de picarlo.

—Cuatrocientas mil visitas en menos de dos horas —lo informa con tono jocoso, a pesar de que Pol intenta ignorarla mientras juega al futbolín—. A mis seguidores les encanta tu foto. Oh, mira esta. Dice que dormido como un bebé sales la mar de mono. En lo de mono tiene razón.

Pol aprieta los dientes y aprovecha su furia para mover la muñeca con tanta fuerza que la bola sale despedida de la mesa y está a punto de alcanzar la cabeza de Hugo, quien la esquiva por los pelos.

«Qué pena».

—¡Eh! —se queja. Está sentado en el sofá comprobando las fotos de su Canon. Se cree el próximo Steve McCurry. Seguro que sus fotografías no valen un duro.

—Lo siento —se disculpa Pol, que no parece sentirlo en absoluto—. No tengo la autoestima tan baja, Gabi. En la vida hay que tener sentido del humor. El que no sabe reírse de sí mismo tiene muy poco amor propio. Mirándolo por el lado positivo, te estoy haciendo un favor.

Gabi deja de reírse y lo mira con el ceño fruncido.

—¿Qué dices?

—Te están aumentando los seguidores gracias a mi popularidad.

Gabi suelta un bufido.

—Tengo exactamente tres millones de seguidores más que tú. No te necesito en absoluto.

—La gente suele tener mal gusto. —Pol consigue apuntarse un tanto —. ¡Goool! Esto no se te da tan bien como el surf, ¿eh, Leonardo?

Pol y Lila chocan los cinco. Leo aprieta la mandíbula. Lleva fatal perder y es la sexta vez que lo hace al futbolín contra Pol.

—No me llames Leonardo —responde irritado—. Y todavía quedan

cuatro bolas. Vamos a darle una paliza a este presuntuoso, Jimena.

—Un tal Fran dice que tienes cara de palurdo cuando duermes —le dice Gabi—. Y que te pones mogollón de filtros en las fotos porque en esta sales como el culo.

Pol deja de prestar atención a la partida y Leo le marca un gol.

—Eso te lo has inventado.

—Nop —responde Gabi con una sonrisilla maliciosa—. Sentido del humor, Pol. Por todo ese rollo de la autoestima.

Pol se aleja del futbolín y extiende el brazo para que Gabi le enseñe el móvil, pero ella lo aprieta fuertemente contra el pecho.

—¡Tío, la partida! —se queja Leo.

—He perdido el interés. Te gano siempre y ya me estás empezando a dar pena. No quiero abusar, tío.

Leo sacude la cabeza sin dar crédito.

—Será posible…

—Yo juego —se ofrece Hugo, y ocupa la posición de Pol al lado de Lila, que se limita a apretar los labios—. Vamos a ganar, Lila.

«¿Sería muy violento si le hago un placaje para apartarlo de ella?». He de reconocer que me lo planteo y no me reconozco; pero sé que Lila es fuerte de sobra para manejarse con ese capullo que tiene por ex.

—A ver, enséñame el móvil —le pide Pol a Gabi intentando no perder la paciencia, aunque se nota que está escocido—. Seguro que tu *story* está llena de corazoncitos y cosas por el estilo.

—Claaaro, porque a todas las tías les gustas. —Gabi pone los ojos en blanco—. Asúmelo, Pol. A muchas personas les caes mal. Yo también. No pasa nada. No es el fin del mundo. Pero sucede que vas por la vida con esa sonrisa de perdonavidas mientras firmas autógrafos como si fueran estampitas bendecidas por el papa.

Pol sonríe de medio lado.

—Te has fijado mucho en mi sonrisa, ¿eh?

A Gabi se le encienden las mejillas.

—¿En tu sonrisa de idiota? Por supuesto. La exhibes a todas horas.

—Dame el móvil.

—Quítamelo —lo incita—. A ver si puedes conmigo, flacucho.

Pol suelta un suspiro de hastío y se cruza de brazos. Por supuesto, es todo fachada. Mi amigo es lo bastante inmaduro para caer en las provocaciones de Gabi. Saca pecho y la fulmina con la mirada.

—En primer lugar, soy de constitución delgada. Y estoy buenísimo. Lo sé porque he sido catalogado como uno de los hombres más atractivos de España por la revista *Vogue*. Lo cual no me importa en absoluto porque tengo espejos en mi casa y sé lo que valgo. —Ahora es Gabi la que pone cara de hastío—. Y, en segundo lugar, debes de pesar menos de cincuenta kilos, por lo que no me resultará muy difícil

arrebatarte el móvil. Y no quiero hacerte daño, Gabriella. Con el paso del tiempo he aprendido a cogerte cariño, a pesar de que no te lo mereces. Será por la costumbre. Y porque tengo un corazón que no me cabe en el pecho.

Gabi se pone de pie y aprieta los puños. Me da miedo que inicien una pelea como si estuvieran protagonizando un episodio de *Cobra Kai*. No sería la primera vez que forcejean. Misteriosamente, Gabi siempre consigue someter físicamente a Pol. Todos sabemos que él se deja ganar.

—¿Podemos hablar? —le pregunto a Pol.

—¿Tiene que ser justo ahora? —responde sin mirarme, con la vista clavada en Gabi—. Estoy poniendo en su sitio a nuestra princesa del rock.

—En tu sitio te voy a poner yo cuando acabes con la cabeza enterrada en el sofá. —Gabi se frota las manos—. Me sé todas las técnicas de *Pressing Catch*. Y te recuerdo que estuve seis meses apuntada a jiu-jitsu. Mi profesor me recomendó que me pasara al taichí porque tiendo a dejarme llevar por mis emociones negativas y puedo resultar muy agresiva.

Pol la evalúa como si estuviera asumiendo el riesgo. Le pongo una mano en el hombro y mantiene la vista clavada en Gabi durante unos segundos hasta que al final la aparta soltando un suspiro resignado.

—Salvado por tu colega —se burla Gabi.

—Ya te daré lo tuyo otro día.

—Cuando quieras —responde ella con retintín—. Ni cinco segundos me aguantas. Soy demasiada mujer para ti.

—Eres imposible, Gabriella. —Pol le da la espalda, pero la comisura de sus labios se curva en una media sonrisa—. Disfruta de tu momento de gloria. La venganza será terrible.

Pol y yo nos retiramos al jardín delantero porque no quiero que los demás vengan a cotillear. Mi amigo no es una persona rencorosa, pero tenemos una conversación pendiente. Además, no me gusta que haya malentendidos entre nosotros.

—Tú dirás.

—No sé por dónde empezar —respondo algo cohibido—. Anoche me quedé rayado cuando creíste que me ponía de parte de Gabi. No me estaba decantando por ningún bando. Lo lamento si te hice sentir que tú tenías la culpa. Aunque no puedo retirar mis palabras porque es lo que pensaba, pero…

—Tío… —Pol acorta la distancia que nos separa y me aprieta los brazos—. Ya está olvidado. Tenías razón. Me pasé tres pueblos al meterme donde no me llamaban. No estoy enfadado contigo.

—Vale.

Pol entorna los ojos. Me conoce bastante bien.

—¿Hay algo más?
Este tema me resulta más violento y no sé por dónde empezar. Tengo la impresión de que voy a meter la pata hasta el fondo. Pol está soltero. Lila también. No soy nadie para interponerme entre ellos. Estoy a punto de recular cuando dice con naturalidad:
—Es sobre Lila.
Se me hace un nudo en la garganta en el momento en el que pronuncia su nombre. Contra todo pronóstico, Pol se relaja.
—Sí. —Me cuesta un mundo responder.
—Te escucho.
—No quiero parecer… —Las palabras se quedan en el aire porque no tengo muy claro qué quiero decir. O tal vez sí, pero me resulta muy difícil pronunciarlo en voz alta—. No quiero que le hagas daño.
La expresión de mi amigo se ensombrece.
—Vas a tener que ser más explícito.
—Ya me has entendido —respondo con tono grave—. No quiero que le rompas el corazón.
—Ah.
Pol asiente. Se mete las manos en los bolsillos y se aleja unos centímetros de mí. Parece dolido. Maldigo para mis adentros. Está ocurriendo uno de mis mayores temores en la vida junto con las arañas: el miedo a perder a un amigo por una chica.
—No quiero ofenderte, es solo que…
—Pues me ofendes, tío —responde decepcionado—. Porque das por hecho que voy a utilizarla.
—Tus relaciones siempre acaban en fracaso. No sería la primera vez que le haces daño a una chica, Pol. No me malinterpretes.
—No, si te estoy entendiendo de maravilla. Me ves como un cabrón.
El resquemor de la rabia se apodera de su voz.
—No es eso. Eres mi amigo, pero ella me importa. Es sensible. Y tengo la impresión de que ha pasado por mucho. No me gustaría que acabara el viaje con un mal recuerdo. Quiero protegerla.
Pol se relaja un poco.
—Para eso tendría que darme una oportunidad —responde con cierta indiferencia—, y dudo que eso vaya a pasar.
—Os he visto. —Casi parece una acusación.
La tensión de sus músculos se disipa. De repente, me mira con más curiosidad que furia.
—Ah, ¿sí?
—Sí.
—¿Y qué has visto?
—Os lo pasáis muy bien juntos.
—Por supuesto.
Noto un regusto ácido en el estómago.

—Pues eso. —Intento que mi voz suene fría—. Solo te pido que seas bueno con ella. Que no se haga ilusiones si no…

—Nos lo pasamos muy bien juntos —me interrumpe con naturalidad—. Lila es una chica que sabe escuchar. Es inteligente y divertida. Me sorprende que alguien tan listo como tú no se haya dado cuenta de que no es la típica chica que se haría ilusiones conmigo. Básicamente porque no me ve de esa manera. No le gusto.

Me quedo fuera de juego por un momento.

—Pero… tú querías…

Pol suelta un bufido.

—Lila es una tía buena. Pues claro que quería acostarme con ella. Cualquier hombre con un poco de buen gusto querría hacerlo —dice, y me entran ganas de estrangularlo por ser tan sincero—. Me van las guapas, ¿qué pasa?

—¿Y qué ha cambiado?

—A ella no le intereso en ese sentido —responde sin una pizca de acritud—. No soy la clase de tío que persigue un imposible. Un no es un no. Lo intenté. Me rechazó con educación. Pues ya está. No sé qué crees que hay exactamente entre nosotros, pero te equivocas por completo. Me sigue atrayendo, aunque no de esa manera. Porque lo que de verdad me gusta es hablar con ella. Siento que me entiende. Creo que podemos llegar a ser amigos.

—Pol, tú no tienes amigas.

Abre y cierra la boca. Frunce el ceño. Se queda callado durante unos segundos antes de responder:

—Gabi es mi amiga. Cuando no intentamos matarnos. O estamos compitiendo. O discutiendo. Nos queremos. Y no nos hemos acostado.

«No será por falta de ganas».

—Me alegra que todo este asunto esté zanjado —digo aliviado.

—Qué va —responde con serenidad—. A ti te pasa algo más.

—No me pasa nada.

—Te mola la pelirroja.

—No.

—Sí.

—No, no. En serio, entre nosotros no hay nada.

—¡Tío! —Pol me dedica una mirada repleta de exasperación—. Te mola. Todos nos hemos dado cuenta. Ya está. Fin de la historia. Lo tuyo con Amber no iba a ningún lado. Cuando estás con Lila, se te cambia la cara. La miras como si fuera lo único que hay en el mundo.

—Eso no es…

—Miéntete a ti mismo si quieres, pero no nos tomes a los demás por tontos. Los amigos están para decirte la verdad cuando la tienes delante y no quieres verla.

—Vale —admito de mala gana—. Quizá me siento un poco atraído

por ella.

—Un poco. —Se parte de risa—. Por eso me fulminaste con la mirada cuando me subí con ella en la moto de agua. Te estaba poniendo a prueba para confirmar mi teoría.

—No vamos a volver a hablar de este tema —sentencio agobiado.

—Te lo voy a recordar a todas horas. —Pol se encoge de hombros cuando lo atravieso con la mirada—. Porque eres el tío más reservado y correcto que me he echado a la cara. Y un gran amigo. Pero vas a tener que ser valiente si quieres algo con Lila. Ella jamás dará el primer paso.

«Porque no le gusto».

Pol parece leerme el pensamiento.

—Porque está lidiando con sus propios demonios. Cuando la miro a los ojos veo a una chica infinitamente triste, pero también a alguien que merece mucho la pena. No la dejes escapar. No seas idiota porque no te pega. Eres el listo del grupo.

—Ni una palabra de esto a los demás.

Pol finge tener una cremallera en la boca.

—Te conocen. Todos lo han notado, pero como quieras. Te lo dije, Axel. Para ser tan inteligente, a veces no te enteras de una mierda.

27

Lila

Jimena está enfadada. Se le nota a leguas. Hoy es su cumpleaños y todavía no la he felicitado. Cree que se me ha olvidado, pero forma parte del plan. Durante todo el día me ha lanzado miradas de soslayo mientras arrugaba la nariz. Me produce tanta ternura que tengo que contener las ganas de abrazarla y gritarle: «¡Felicidades!». Pero el disgusto que tiene es un precio que estoy dispuesta a pagar porque se va a llevar una gran sorpresa. Axel ha hablado con Gabi y sé que va a comportarse. Entre nosotras existe una especie de tregua silenciosa. No hemos cruzado el límite de llevarnos bien, pero nos toleramos y eso ya es un gran paso porque ambas tenemos mucho carácter. Incluso Axel me ha chivado que esta mañana Gabi hizo un viaje exprés a la capital para comprarle un regalo a Jimena.

Antes, mientras navegábamos en un yate, Jimena me dejó caer que hoy hacía un día espléndido. Me encogí de hombros y respondí que era como otro cualquiera. Se quedó muy chafada, como si no pudiera creer que su mejor amiga se hubiera olvidado de su cumpleaños. Ese día siempre nos dedicamos *post* enormes en Instagram acompañados de fotos en las que salimos como el culo. Los suyos con la palabra «puta» repetida un mínimo de quince veces. Le suelo enviar un wasap a las doce y un minuto de la noche porque me encanta ser la primera persona en felicitarla. Por eso se queda boquiabierta cuando pregunta mientras estamos en la playa: «¿Sabéis que hoy es 16 de noviembre?» y nadie le responde. Entonces se desploma sobre la arena y cierra los ojos con fuerza, como si quisiera desaparecer del mundo. Pobrecita, no sabe lo que le espera.

Está atardeciendo y queda media hora para la fiesta sorpresa. Hassan lo está preparando todo y nos hemos visto obligados a buscar mil excusas para mantener a Jimena alejada de la casa. Hace un par de horas estaba de bajón y ha murmurado que se iba a dar un chapuzón en la piscina, por lo que todos hemos gritado: «¡NO!». La pobre se nos ha quedado mirando con cara de póker. Axel ha conseguido salvar la situación al responder que la estaban desinfectando y que hoy no podíamos utilizarla.

Tengo los pies enterrados en la arena mojada. El cielo está teñido de una mezcla de tonos anaranjados y púrpuras. Al sol se lo va tragando

poco a poco el océano. Extiendo los brazos y disfruto de la brisa marina. Este lugar es precioso. Lenguas infinitas de arena blanca bañadas por el agua turquesa. Se me escapa una sonrisa de añoranza al caer en la cuenta de que a Lucas le habría encantado esta isla.

«Ojalá pudieras estar aquí con nosotras».

Alguien se coloca a mi lado para arruinar este precioso momento. Intento no poner cara de asco. Es Hugo. Estos días está más invasivo que de costumbre. Quizá sea porque durante los dos últimos años lo he evitado a toda costa, y ahora me veo obligada a convivir con él. Detesto esa actitud intrusiva. Sus continuas ganas de gresca. No sé qué se propone. O puede que sí, pero no quiero asumirlo porque durante mucho tiempo estuve ciega respecto a él.

—Le estás haciendo pasar un mal rato a mi hermana —me recrimina.

Respiro profundamente. No va a sacarme de mis casillas. No tiene ningún poder sobre mí. No soy esa chiquilla vulnerable de diecisiete años que estaba cegada por el amor. Loca por el hermano mayor de su mejor amiga. La que se cambiaba de ropa si él le decía que su falda era demasiado corta o se veía obligada a explicarle que Lucas era su mejor amigo cuando quedaba con él y Hugo se ponía hecho una furia. Ya no. Durante mucho tiempo me sentí insegura por su culpa. Me rompió el corazón. Pero ahora, por fin, lo he superado.

—Hugo, no empieces —respondo en voz baja.

—Cree que nos hemos olvidado de su cumpleaños. Está triste. Y eres la culpable.

—Se le pasará cuando vea lo que hemos preparado.

—Querrás decir lo que has preparado.

—La idea fue mía. Jimena siempre ha querido un cumpleaños sorpresa, y qué mejor momento para celebrárselo que estando aquí. No te pedí ayuda, pero podrías haber puesto algo de tu parte si te hubiera dado la gana. Solo te has indignado porque le pedí a Axel que me echase una mano.

—Solo lo haces para llamar la atención de ese tío. —Señala a Axel con un gesto de cabeza despectivo—. Qué bajo has caído, Lila. Utilizar el cumpleaños de tu mejor amiga para ligar con un famoso. ¿Qué será lo próximo? ¿Aceptar su dinero por echar un polvo?

Me tiembla el cuerpo. Noto los ojos vidriosos e intento contener las lágrimas de impotencia. Me digo que ya no tiene ese efecto sobre mí. Me recuerdo que sus intentos de manipulación ya no me afectan.

«Te hizo creer que no valías nada. Se quedó a tu lado durante un tiempo después de la muerte de Lucas y te echó en cara que se lo debías. Por fin has abierto los ojos y te has dado cuenta de que, en realidad, nunca le debiste nada. Ya has cerrado esa historia. Acláraselo de una vez», me exige la voz de mi interior, que se siente

profundamente humillada por todo lo que me hizo sufrir en el pasado.

—No te pases —siseo.

—¿O qué? —responde con sorna—. ¿Qué vas a hacer? Se te da fenomenal quedarte ahí parada y lloriquear, ¿no? Eres una inútil.

Abro los ojos de par en par y se me encienden las mejillas. Tengo que contenerme para no darle un empujón o, peor aún, liarme a puñetazos con él. ¿Cómo ha podido caer tan bajo? ¿Cómo es tan miserable?

—La única razón por la que jamás le he contado a Jimena lo cabronazo que fuiste conmigo es porque eres su hermano y la quiero demasiado para hacerla sufrir —le explico con voz temblorosa—. Eres una mala persona. Eres horrible. No me puedo creer que acabes de insinuar… Bueno, en realidad sí. Por supuesto que lo creo.

Hugo tuerce el gesto.

—No iba por ahí —responde, pero sé que no está siendo sincero. Entonces esa mirada oscura se apodera de sus ojos—. Adelante, dile a Jimena que soy lo peor. ¿A quién creerá? ¿A su hermano mayor, que es sangre de su sangre, o a la amiga llorona y depresiva a la que se ha traído a Maldivas porque en el fondo le da pena? Eres patética.

Es como si me hubiera abofeteado. La rabia y la impotencia se apoderan de cada centímetro de mi cuerpo. Si estuviéramos solos, si Jimena no se encontrara también en esta playa, me abalanzaría sobre él y lo pondría de una vez por todas en su sitio. Le gritaría las cosas que llevo enterradas en el alma durante tanto tiempo. Pero no puedo, así que me acerco a él, levanto la barbilla y le digo en tono bajo:

—Atrévete a arruinar el cumpleaños de Jimena y te las verás conmigo.

Hugo se queda algo aturdido, pero no tarda en sonreír de manera altanera.

—Uy, qué miedo. Mi exnovia patética, inútil y llorona acaba de amenazarme.

De repente, alguien se une a nosotros. Una persona enorme y con una expresión peligrosa en la mirada. Es Axel. Hugo retrocede un par de pasos cuando ve cómo lo mira. Porque lo hace como si quisiera matarlo. Axel aprieta la mandíbula. Me roza la muñeca para demostrarme su apoyo. El calor se extiende por todo mi antebrazo. Los músculos de su espalda se tensan. Tiene los puños apretados. No lo reconozco.

—No le vuelvas a hablar así. Jamás. En tu vida —le advierte con un tono de voz que nunca le había escuchado utilizar—. Porque entonces tú y yo vamos a tener un problema. ¿Te ha quedado claro?

Hugo observa la altura y complexión de Axel y sabe que no tiene nada que hacer contra él, pero es demasiado imbécil para dejarlo estar.

—¿Te vas a hacer el tipo duro y me vas a dar de hostias? —replica de manera burlona—. Y, como tienes pasta y un montón de abogados, te irás de rositas. ¿Ahora esta es la clase de tipo que te gusta, Lila?

Me tapo la cara con las manos. Por suerte, Jimena y los demás están lo bastante lejos como para no percatarse de lo que está sucediendo entre nosotros.

—Qué vergüenza —musito.

—Sí, qué vergüenza que se haya atrevido a amenazarme —concuerda Hugo.

—No. —Le dedico una mirada llameante—. Tú me das vergüenza, Hugo.

—Entiendo. —Tuerce el gesto—. Pero no te daba tanta vergüenza cuando salías conmigo. Cuando babeabas por mí. Y te recuerdo que fui yo el que cortó contigo porque me tenías hasta los cojones.

Axel le pone una mano en el pecho cuando Hugo da un paso hacia mí. Lo atraviesa con la mirada. Sus ojos echan chispas. Tengo miedo de que la situación se descontrole. En este momento, estoy convencida de que Axel podría partir a Hugo por la mitad.

—No soy una persona violenta, pero ahora mismo me están entrando muchas ganas de arrancarte la cabeza —le advierte con una calma peligrosa—. Vuelve a insultarla o simplemente a mirarla mal, y te juro que te aplasto como si fueras una hormiga.

Lo dice en serio. Le agarra la camiseta hasta que se la arruga. Hugo se queda pálido. Miro a nuestro alrededor. Pol se acaba de percatar de que sucede algo y se está acercando a nosotros.

«Jimena».

«Ay, Mena».

«Esto le partirá el corazón».

—Axel. —Pongo mi mano sobre el brazo con el que agarra a Hugo—. Axel, por favor.

Sigue agarrando a Hugo de la camiseta, pero desvía la mirada hacia mí. Tiene ese brillo peligroso en los ojos, aunque suaviza su expresión cuando me mira.

—No —le pido en un susurro—. Es el cumple de Jimena.

Axel deja escapar el aire, como si le costara un gran esfuerzo contenerse. Entonces suelta de golpe a Hugo. Parece que, de repente, le produce un intenso asco tocarlo. Luego lo señala con un dedo.

—Pídele disculpas —le ordena—. Ahora.

Hugo ni se lo piensa. Está aterrado.

—Perdona, Lila. No quería… faltarte al respeto.

—Y no lo vas a volver a hacer —le advierte Axel.

—No —responde Hugo, y se marcha a toda prisa.

Por el rabillo del ojo, veo que Pol se detiene cuando la situación se calma. Nos observa con cierta inquietud, pero se da media vuelta para

concedernos nuestro espacio. Todavía tengo la mano apoyada en el brazo de Axel. El calor traspasa todas las capas de mi piel. Respira con dificultad. Me mira. Hay un montón de emociones contradictorias y contenidas en esa mirada tan profunda. Duda, miedo, rabia, arrepentimiento…

—Perdona —dice avergonzado—. No quería… no quería…

—Está bien —lo tranquilizo.

—… Pero he oído cómo te hablaba. Y no he podido evitarlo. Lo siento. No soy una persona violenta. De verdad, Lila. Tienes que creerme.

—Lo sé.

—No puede hablarte así —responde con una mezcla de indignación e impotencia—. Puedes contar conmigo. Siempre. Para cualquier cosa, ¿vale? Incluso para lidiar con tu ex si sientes que la situación te desborda.

—Vale.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

Asiento. Me pican los ojos porque tengo una emoción cálida apretándome el centro del pecho. Llevo tanto tiempo alejándome de todo el mundo que me he sentido jodidamente bien cuando Axel me ha protegido.

—Sí —respondo al fin, y me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento—. Gracias por lo que acabas de hacer.

—No hace falta que me las des.

—Gracias —insisto, y acorto la escasa distancia que nos separa—. ¿Te puedo dar un abrazo?

—Joder, sí.

Axel envuelve mi cintura con sus brazos y coloca sus manos en la parte baja de mi espalda. Sus manos grandes y cálidas traspasan la fina tela de mi vestido. Puedo notar el tacto de sus dedos por encima de la ropa. El calor me invade de golpe. Se me acelera la respiración cuando lo abrazo con fuerza y pego la mejilla a su pecho. Huele de maravilla. A tentación. A seguridad. Nos abrazamos durante un largo rato, tiempo en el que todo a mi alrededor desaparece. Solo somos nosotros dos, en esta playa, y el tiempo se detiene. Y me encuentro tan bien que me pregunto: «Si esto es lo que siento con un abrazo, ¿qué sentiría al besarlo?».

28

Lila

Todos se van de la playa según lo acordado. Para no despertar las sospechas de Jimena, el primero en marcharse es Leo, acompañado de un Hugo cabizbajo al que, si por mi fuera, no volvería a ver en la vida. Luego Pol le dice a Axel que tiene hambre y se larga. Gabi y Axel murmuran que están muy cansados y abandonan la playa diez minutos después. Jimena tiene las manos enterradas en la arena y la expresión de una asesina en serie. Creo que seré su primera víctima.

—Todos se han largado —dice con desgana—. ¿Nos vamos?

—Aquí se está bien.

Jimena resopla.

—Este día está siendo un asco.

—¿Por qué? —pregunto con fingida inocencia—. Hemos viajado en yate y te has bebido media botella de Moët & Chandon. Eso son miles de euros de los que vacilar delante de esa compañera de la universidad que te cae tan mal.

—El Moët & Chandon ya no me parece nada del otro mundo. Solo es una ridícula botella de champán de color rosa con un precio desorbitado.

—Te encanta el rosa.

—Venga, vámonos ya. Cuanto antes se acabe este día de mierda mucho… —Jimena se queda callada cuando un *buggy* rosa aparece en la orilla. Un enorme lazo de tafetán dorado adorna la parte trasera del vehículo. Hassan aparca delante de nosotras y me guiña un ojo. Jimena mira el minicoche con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué hace un *buggy* rosa en mitad de la playa?

Sé que no es el descapotable de la película, pero he hecho todo lo posible para versionar una de sus escenas favoritas. Me subo al *buggy*, me pongo unas gafas de sol, agarro el volante y enciendo la música. Suena «Dancing with Myself», la canción de *Chicas malas*. A Jimena se le escapa una risilla nerviosa porque empieza a atar cabos. Me aparto el pelo de la cara con ademán de diva estadounidense de instituto, como si fuera la mismísima Regina George, y luego le dedico una mirada cargada de superioridad.

—Sube, pardilla —imito el acento de la prota.

—Pero…

—No tengo todo el día.

Jimena lo acaba pillando. Después del shock inicial, suelta un gritito de júbilo y se sube al *buggy*. Le doy unas gafas de sol. Se las pone y me dedica una sonrisa resplandeciente antes de balbucear:

—Regina George era como la Barbie que nunca tuve.

Piso el acelerador y Jimena sube el volumen de la música. Comienza a aplaudir y a murmurar incoherencias. Le doy una vuelta por la playa porque se lo está pasando genial. Algún día, cuando seamos un par de ancianitas, recordaré este momento con una sonrisa de nostalgia. Esta es la clase de persona que quiero ser. La que hace todo lo que está en sus manos para hacer feliz a su amiga.

Jimena canta a grito pelado «More Than a Friend». Se sabe de memoria la banda sonora de la película. Me obliga a verla un mínimo de cuatro veces al año y, por supuesto, todos los 3 de octubre. Aparco el *buggy* delante de la casa. Se hace un silencio sepulcral cuando apago la música. Jimena protesta.

—¡Un poquito más!

La tengo que sacar a rastras del vehículo. La empujo hacia la puerta y digo:

—Hoy no es 3 de octubre, pero es un gran día porque…

Antes de que Jimena pueda reaccionar, la puerta se abre y todos gritan: «¡FELICIDADES!». No se lo espera y da un respingo. Se lleva una mano al pecho. Tiene los ojos abiertos como platos y temo que vaya a sufrir una apoplejía. Hay purpurina rosa, cartulina y tafetán por todas partes. Se lo han currado para colocar la decoración que Axel y yo preparamos. Incluso la piscina está repleta de globos rosas. Está sonando «Built This Way», de Samantha Ronson. Le pasé a Axel una lista con la banda sonora de la película para que todo fuera perfecto.

—¡Felicidades! —Zarandeo a Jimena porque se ha quedado petrificada—. ¿No creerías que iba a olvidarme de tu cumpleaños?

—¡Ay! —Mi amiga se emociona y hace un puchero—. Se me ha metido algo en el ojo. Lila, esto es… ¡Zorrona! Sí que pensé que te habías olvidado y que eras la peor amiga del universo. Pero esto es… es… ¡alucinante!

Jimena salta a mis brazos y me espachurra hasta que protesto, por mucho que sea uno de nuestros abrazos de oso. No hay nada comparable a abrazar a una amiga de verdad. El cariño infinito. La felicidad que te oprime el pecho. La complicidad.

—No podría haber organizado esto sin Axel —le explico, y luego señalo a los demás—. Y sin todos ellos.

—Gracias, chicos —responde Jimena emocionada—. Es el mejor cumpleaños de mi vida.

—Me das mucha envidia —dice Gabi—. Tienes una gran amiga.

Luego me dedica una mirada amable y tengo la impresión de que ha sido sincera, aunque al mismo tiempo creo que está intentando caerme bien. Estoy desconcertada y tengo que parpadear varias veces por si estoy soñando. A lo mejor he sido desterrada a un universo alternativo en plan *Matrix*.

—Lo sé —responde Jimena orgullosa.

Nos hacemos una foto delante del *buggy*. En realidad son un millón, hasta que Jimena se queda satisfecha y exclama:

—¡Vamos a divertirnos!

Y tanto que lo hacemos. Por supuesto, hay alcohol por todas partes. También un montón de chucherías estadounidenses que sospecho que cierto grandullón se ha apañado para conseguir a última hora. Y limonada, menos mal. Todo es rosa, brillante y perfecto. Nos tiramos con la ropa puesta a la piscina. El vestido se me pega al cuerpo, pero me siento liviana y al mismo tiempo llena de energía, como si me hubiera metido un chute de cafeína en vena.

«Me estoy divirtiendo».

«Me lo estoy pasando de maravilla».

Extiendo los brazos y bailo como una loca dentro del agua. Solo soy una chica de veintiún años con ganas de disfrutar. Me olvido de todo menos de ser yo misma. Me río tanto que me duele la barriga. Me choco con la espalda de alguien y sé de quién se trata antes de darme la vuelta.

Axel.

Con el pelo mojado y la camiseta gris marcándole los pectorales. Es la virilidad en estado puro. Y me pone muchísimo. Llevo más de dos años sin fijarme en un chico. De vez en cuando, he fantaseado con Henry Cavill mientras veía *The Witcher*, pero no creo que eso cuente. Y Axel está delante de mí. El agua de la piscina ondea a nuestro alrededor. La música es ensordecedora. El pulso me late en las sienes. Tiene las pupilas dilatadas cuando me mira. Me aparto un rizo mojado de la cara. Sonreímos. Su boca carnosa me tienta. Qué fácil sería rodear su cuello con las manos y besarlo.

Estira un brazo y me roza el costado. Me estremezco de la cabeza a los pies y entreabro los labios. Él clava una mirada hambrienta en mi boca. Nos miramos. Parece indeciso. Yo estoy decidida y asustada. O, más bien, aterrada. Y excitada. Muy excitada. No sé cómo consigo levantar los brazos. Me tiemblan las manos cuando las apoyo en su pecho. Axel me acaricia el codo.

—Tranquila —dice con voz grave.

—Es solo que…

—Lo sé —responde cuando dejo la frase sin acabar—. También siento lo mismo.

—¿Tú también sientes que hace demasiado calor dentro del agua?

—Simplemente me muero de ganas de besarte.

El corazón me da un vuelco.

—¡La tarta! —exclama Hugo cortándonos el rollo—. Son las doce menos diez. Mena, tienes que soplar las velas antes de las doce.

Los dos nos sobresaltamos cuando todos salen de la piscina. Axel se apoya en el borde y se impulsa para salir. Luego se inclina hacia mí y me ofrece la mano. Me saca de un tirón, con tanta facilidad que comprendo que está tan fuerte como aparenta. Los bíceps y los abdominales lo demuestran. Para qué engañarnos, debajo de esa camiseta mojada hay un montón de músculos que me encantaría tocar.

—Gracias —musito.

—No hay de qué.

Se hace un silencio incómodo entre nosotros y sé que ninguno va a mencionar lo que acaba de suceder en la piscina. No sé si sentirme aliviada o decepcionada. Una parte de mí quiere preguntarle si lo he escuchado bien y otra siente la necesidad de huir porque está muerta de miedo.

—Me refiero a esto. —Extiendo los brazos para señalar la casa—. Por echarme un cable. No habría sido posible sin ti.

—Te lo dije antes, Lila. Puedes contar conmigo. Siempre.

Lo dice en serio. Sé que está siendo honesto. No puedo evitar conmoverme porque apenas nos conocemos y encima empezamos con muy mal pie. ¿Cómo es posible que me sienta tan atraída si todo lo que ignoro de él supera a lo poco que sé? Creo que hay personas destinadas a encontrarse, y nosotros somos la prueba de ello.

Nos vemos obligados a apartarnos cuando Jimena se planta delante de la enorme tarta. Aplaudimos cuando sopla las velas. Entonces toca la ronda de regalos. Jimena rasga el envoltorio del paquete de Axel. Es una taza de minions que dice: «Stuart, Bob, necesitamos un café».

—Alguien me ha chivado que te flipan los minions —dice Axel mirándome de reojo.

—¡Gracias, me encanta!

Pol y Leo le regalan entradas vip para su próximo concierto en Madrid y una camiseta que dice: «Jimena, la reina de Maldivas en noviembre de 2022». Mi amiga se la pone y se hace una foto con ellos. Ignoro cuál es el regalo de Hugo. No me interesa. Gabi carraspea para llamar su atención porque es evidente que Jimena no se imaginaba que fuera a hacerle un regalo.

—Espero que te guste.

—¡Ay, gracias! No tenías que haberte molestado. —Jimena está alucinando.

Gabi se rasca el codo.

—No conozco tus gustos, pero, si no he acertado, puedes cambiarlo

por otra cosa. Lo he hecho con la mejor intención.

Es una gargantilla de oro blanco con la letra jota. A mi amiga está a punto de darle un infarto. Gabi debe de haber pagado una pasta por ella, aunque es evidente que no le falta el dinero. Jimena balbucea que es demasiado, entonces Gabi le dedica una mirada entre aliviada y exasperada y dice:

—Ni se te ocurra decir que no puedes aceptarla.

—Ni de coña. Los regalos no se devuelven.

—Eres de las mías.

Jimena y Gabi celebran su reciente amistad haciendo *twerking* al ritmo de «Milkshake», de Kelis. Pol intenta que no se le note demasiado que se come con los ojos a Gabi. A las cuatro de la mañana devoramos las sobras de la comida italiana y me recuerdo que debo darle las gracias a Hassan. Todo estaba delicioso.

Está amaneciendo y estamos hechos polvo. A Axel se le escapa un bostezo. Leo intenta convencer a su hermana para que no le dibuje una polla en la frente a Pol, que se ha quedado dormido en una hamaca. Sin embargo, está bastante achispado y al final se parte de risa y le hace una foto a su amigo con la obra de arte de su hermana en la frente. Jimena me coge de la mano y tira de mí hacia nuestra habitación.

—Estoy muerta.

—Y yo.

Jimena se desploma en la cama con los brazos abiertos y una amplia sonrisa dibujada en los labios. Da una palmadita en el colchón para que me tumbe a su lado. Luego se da la vuelta y me aprieta la mano.

—Te quiero, Lila. En serio. Te quiero un montón. Gracias por esta fiesta. Ha sido el mejor cumpleaños de mi vida.

—No te mereces menos.

Jimena me dedica una de sus miradas. Sonrío. Ya estaba tardando en sacar el tema.

—Me extraña que hayas aguantado tanto tiempo sin preguntarme por tu regalo.

—Joder, tía. ¡Me estoy volviendo loca! ¿Qué es? ¿Por qué no me lo has dado todavía?

—Eres una amiga materialista. No me extraña que estés estudiando ADE. Eres una capitalista de manual. Tu regalo es el fiestón que te he organizado. ¿Te parece poco?

—No, pero… ¡quiero mi regalo!

Me levanto de la cama y regreso con el paquete. Jimena rasga el envoltorio como si fuera una alimaña hambrienta. Se le humedecen los ojos mientras acaricia la tapa del libro.

—El *Burn Book*…

—Era demasiado personal para dártelo delante de los demás. Ya

sabes cómo soy.

—¿Una amiga increíble?

—Todavía no lo has abierto.

Me ha costado crearlo. Lo mío no son las manualidades. Axel me pidió que se lo enseñara, pero solo le permití ver la parte estética. Me guardé las fotos y el contenido para nosotras. El libro reúne todas las frases, anécdotas y momentos célebres de nuestra amistad. Lucas no podía faltar en él. La última foto se titula *Los Tres Mosqueteros*. Jimena acaricia el rostro sonriente de Lucas y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Es la última foto que nos hicimos antes de que él…

No puede terminar la frase. Abraza el libro contra su pecho y rompe a llorar. De repente, me siento muy culpable. Soy una experta en arruinarlo todo. Este debía ser un cumpleaños feliz. Sin llantos ni malentendidos.

—Lo siento. Quizá tendría que haberte regalado otra cosa. Pensé que te gustaría. Llevaba meses recopilando las fotos y creí que este era un buen momento para dártelo. —Me clavo las uñas en las palmas de las manos hasta que me hago daño—. Mañana vamos de compras y te lo compenso, ¿vale?

Jimena levanta la cabeza y me mira con los ojos vidriosos.

—Pero ¿qué dices? Es el regalo más bonito que me han hecho en la vida. No lo cambiaría por nada. Ni siquiera por esa carísima gargantilla de oro blanco que me ha regalado Gabi y de la que obviamente voy a vacilar delante de mis amigas de la uni. No, Lila. Tu regalo es insuperable. Como tú. Como nuestra amistad.

—¡Ah! —Estoy confundida—. Menos mal, porque te he visto llorar y he dado por hecho que había metido la pata hasta el fondo.

—Yo también lo echo muchísimo de menos —dice en un susurro—. A veces creo que no tengo derecho a llorarlo tanto como tú. Los dos erais los mejores amigos. En ocasiones me sentía un poco celosa de vosotros. No porque me hicierais el vacío, sino porque teníais esa amistad tan bonita y pura. Y luego llegué yo y me aceptasteis sin más. Me daba la sensación de que era una intrusa.

—Mena —digo alarmada—, Lucas te adoraba. Cuando te conocimos, te quisimos de inmediato. Te aseguro que no tuvimos que esforzarnos ni un poquito. No sabía que te sentías así.

—Es una tontería, lo sé —responde avergonzada—, pero teníais un montón de cosas en común. Los dos erais unos virtuosos del piano. Acababais las frases del otro. Parecíais siameses. Hasta llegué a pensar que algún día terminaríais saliendo. Era mi mayor miedo, te lo juro. No porque sea una amiga posesiva y tóxica, ¡te lo prometo! Simplemente no quería que las cosas entre los tres cambiaran.

—Pero si Lucas y no nunca estuvimos enamorados —digo, y se me escapa la risa floja porque hasta mencionarlo me resulta ridículo.

—Lo sé. Un día me atreví a preguntárselo.

—¡Venga ya!

—Estaba furiosa con él porque pensé que había pasado de mí para acompañarte a aquel recital de música clásica. Y entonces le dije… —Jimena se muerde el labio y me dedica una mirada arrepentida—. Por favor, Lila, no te enfades por lo que te voy a contar.

—Vale.

—Le dije que siempre te elegía porque en el fondo estaba enamorado de ti. Que te lo confesara de una vez para que así yo pudiera ser una sujetavelas.

Me tapo la boca con las manos para aguantarme una carcajada.

—¿Qué te respondió?

—Me llamó idiota. Estuvimos una semana sin hablarnos. Al final se presentó en mi casa sin avisar y me preguntó si seguía siendo una idiota que creía que él estaba enamorado de su amiga. Y me dijo que, si volvía a dar por hecho que vosotros me excluíais, entonces sí que me retiraría la palabra para siempre. Ahí me quedó bastante claro que no sentía nada remotamente romántico por ti.

—No esa clase de romanticismo, desde luego —respondo con una sonrisa, y entonces me doy una palmada en la frente—. ¡Ahora lo recuerdo! Estuvisteis una semana evitándoos y no me quisisteis contar por qué os habíais enfadado. Estaba hecha un lío. Cuando le pregunté a Lucas no conseguí sacarle nada. Y, de repente, un día volvisteis a actuar con normalidad.

—Ahora ya sabes la verdad. No te lo quería contar porque, bueno, él ya no está y pensé que no tenía mucho sentido remover el pasado. Además, con todo lo que tenías encima no quería preocuparte por una tontería.

Le doy la mano.

—Lo entiendo. —Le resto importancia—. No pasa nada.

—Si cuando tengamos treinta y cinco años seguimos estando solteras, recuérdame que nos casemos.

—Me parece bien.

—Ah, no. Mala idea.

—¿Te parezco un mal partido? —Le doy un pellizco en el brazo.

—Qué va. Eres un partidazo. Pelirroja. Con carita de ángel. Buena amiga y más leal que aquella petarda que me pilló copiando en el examen de Contabilidad y se lo chivó al profesor, la muy traidora. ¿Te acuerdas de que te llamé a las cuatro de la mañana y me escuchaste sin quejarte durante una hora y media? Eso solo podrías soportarlo tú. Tienes muchísima paciencia conmigo. Y eres divertida cuando no te pones en plan amargada insoportable. Y superlista. Te sabes todas las capitales de los países y tocas el piano como los ángeles. Vaaale, dejemos a un lado lo del piano. También eres muy blanca. Vas a

envejecer fatal, pero no hay nada que no pueda solucionar el bótox. —Jimena se parte de risa cuando le doy un codazo. Entonces intenta ponerse seria—. Pero me he fijado en cómo miras a cierto bajista, y no me gusta ser el segundo plato de nadie. Ejem, ejem.

Me pongo colorada como un tomate. Jimena me dedica una mirada acusadora y me siento como si me hubieran pillado colándome en el metro porque se me ha olvidado el abono mensual. Me encojo de hombros para fingir indiferencia porque no quiero que se inmiscuya en lo que sea que me está sucediendo con Axel.

—Me he percatado de que vuestra relación ha cambiado. Lo que viene siendo un giro de ciento ochenta grados. Un *plot twist* a lo bestia. El argumento de una comedia romántica o de una novela erótica. —Entorna los ojos con picardía—. Resumiendo: te gusta.

—Me formé una opinión precipitada de él. Me he limitado a conocerlo, tal y como me aconsejaste.

—Te gusta.

—No.

—Lila…

—Es mono.

—Lila…

—Y amable.

—Lila…

—Y generoso.

—Lila…

—Y sexy.

Jimena levanta el puño en señal de triunfo.

—¡Has dicho sexy! ¡Toma ya! Lo sabía, te lo quieres follar. —Se pone de pie y comienza a saltar en la cama. Está gritando que me quiero follar a Axel. La voy a matar. Me levanto e intento taparle la boca para que nadie la escuche—. ¡Por fin vas a echar un polvo! ¡Lila va a mojar! ¡Lila va a mojar!

—Cállate, por favor —le suplico agobiada—. Te va a oír.

—¿Tengo razón o no?

—Sí —admito para que se calle—. ¿Satisfecha?

Jimena deja de saltar en la cama, se sienta y me mira pensativa.

—No. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

—¿Tú? Nada. Ya sé que te van los tríos, pero…

—No. —Jimena me da un tirón para obligarme a que me siente a su lado—. ¿Qué vamos a hacer para que te acuestes con él?

—Jimena, no. En serio. Me pone, lo reconozco. No me hagas volver a repetirlo en voz alta. Pero yo no… no estoy preparada para eso.

—Eso se llama echar un polvo. —Pone los ojos en blanco—. Y te recuerdo que tienes veintiún años y llevas… ¿Cuánto tiempo llevas sin acostarte con un tío?

—Más de dos años.

Jimena ahoga un gemido de horror.

—Voy a pasar por alto el hecho de que el último tío con el que te acostaste es mi hermano. Espero que estuviera a la altura, porque vaya tela. No, mejor no quiero saberlo. —Sacude la cabeza con vehemencia —. Te mereces pasarlo bien. Y Axel es mono, tú misma lo has dicho. Y amable. Y generoso. Y sexy. ¿Por qué no le das una oportunidad?

—Porque tengo miedo.

—El miedo es bueno. Te ofrece la posibilidad de ser valiente para tomar las riendas de tu vida y convertirte en la persona que siempre has querido ser —reflexiona. Me mira a los ojos y sonríe—. ¿A qué estás esperando, Lila?

Querido Lucas:

Las personas persuasivas son insoportables. El problema es que tengo a la amiga más entrometida y persuasiva del universo. Y es encantadora, como bien sabes. Jimena tiene un gran poder de convicción, pero quiere que me acueste con Axel.

¡Con Axel! Ni más ni menos. ¿Por qué no me empuja directamente a los brazos de Jacob Elordi? O a lo mejor podría plantarme en casa de Henry Cavill y decirle que solo he visto *The Witcher* porque está buenísimo de rubio platino. Pero centrémonos. Vayamos a lo importante.

¿¡Por qué no me dijiste que Jimena creía que estábamos enamorados!?

Ay, Dios, qué cosa tan ridícula. ¿Tú y yo? En ese plan. Brrr, qué asco. No me malinterpretes, sabes que te quiero con locura, pero jamás podría haber salido con un chico que cree que los pantalones *skinny* y los calcetines de Dumbo son la última moda.

¡Qué calladito te lo tenías! Creí que no había secretos entre nosotros. Pero, en fin, no te lo tendré en cuenta porque entiendo que era un malentendido entre Jimena y tú.

Por cierto, esta noche Hugo ha intentado hacer de las suyas. Y yo…, bueno, he intentado ponerlo en su sitio. De hecho, el paso del tiempo nos pone a todos en nuestro lugar. Funciona como el karma. Te devuelve lo que te mereces y te quita lo que no necesitas. Las personas no nacemos siendo sabias, pero la experiencia nos ayuda a aprender de nuestros errores.

Y Hugo fue un grandísimo ERROR. Lo pongo en mayúsculas para que sepas que me da muchísima vergüenza no haberte escuchado. Sé que debería haberme priorizado, porque la persona más importante de mi vida soy yo y nadie me pondrá en primer lugar si no me valoro.

Me habría encantado que me hubieras visto plantándole cara de una vez por todas. A mi manera. La verdad es que no parecía demasiado afectado por mi repentino ataque de valor. Pero deberías haberle visto la cara de pánico cuando Axel, que mide más de un metro noventa, casi se le echa encima como un pitbull. No debería alegrarme, pero…

Ay, Axel (suspiro de quinceañera en plan dramático).

No puede haber nada entre nosotros, lo sé. Por un millón de razones. Porque no estoy preparada para empezar algo con un chico. Porque él tiene una historia pendiente con otra chica. Uy, ¿esto que siento son celos? Porque nuestros mundos no podrían ser más opuestos. Porque… no.

Tengo mucho miedo. Me da igual qué opine Jimena. Pedirle a alguien que sea valiente es muy fácil.

No puedo, Lucas. No puedo dar ese paso. Estoy aterrada. Eso sí, estoy segurísima de algo y necesito que lo sepas: Axel te caería muy bien. Le habrías dado el visto bueno. Me habrías dicho que de repente tengo buen gusto para los hombres. Te habría gustado conocerlo.

Te quiero (en plan amigos).

LILA

29

Axel

Anoche estuve a punto de arrancarle la cabeza a Hugo, me lo pasé de puta madre en el cumpleaños de Jimena y casi besé a Lila. Ahora son las doce y cuarto del mediodía, todos estamos en plan zombis a medio resucitar que sobreviven a base de café y Pol acaba de despertarse gritando: «¿Quién me ha dibujado una polla en la frente?».

Todo ha vuelto a la normalidad.

No.

¿A quién quiero engañar?

Lo que sucedió anoche en la piscina solo sirvió para dejarme más descolocado. Ella dijo que hacía mucho calor dentro del agua. Yo le respondí que me moría de ganas de besarla porque era la pura verdad. ¡Mierda! ¿Y si interpreté mal las señales? No volveré a sentirme como una persona con un cerebro funcional hasta que averigüe si esta atracción sexual es mutua. Deseo a Lila con todas mis fuerzas. Como si la necesitara para seguir respirando. Y, si existe la mínima posibilidad de que ella sienta lo mismo que yo, estoy dispuesto a ir a por todas.

—Ey.

Me sobresalto cuando ella me toca el hombro. He aprendido a reconocer su olor. Me siento bastante primitivo. A Lila le huele el pelo a manzana. Y esa mano. Pequeña, delicada y pálida. También la reconozco porque el roce de sus dedos me vuelve loco.

—Buenos días. —Intento fingir que no soy un animal en celo. Por Dios, ¿qué me pasa? No soy así. Nunca he ido detrás de nadie. Amber tiene razón. No me gusta llevar la iniciativa porque requiere demasiado esfuerzo. Pero por Lila… por ella estoy dispuesto a hacer una excepción. La miro a los ojos y me trago el nudo que tengo en la garganta—. ¿Has dormido bien?

—Poco y mal. Estaba nerviosa. No paraba de darle vueltas a la cabeza.

«Porque anoche nos habríamos besado si el capullo de tu ex no nos hubiera interrumpido», doy por hecho.

Sonrío para mis adentros. Está igual de afectada que yo. Es buena señal.

—Porque voy a bucear con tiburones —aclara, y añade angustiada —: Y me preguntaba cuál es la probabilidad de que uno me arranque

una pierna. Steven Spielberg les hizo un flaco favor con aquella película.

—¡Ah! —Me quedo chafado e intento que no se me note la decepción. Así que es por eso. Entonces frunzo el ceño. Un momento, ¿la he oído bien?—. ¿Vas a bucear con tiburones?

Lila se toca el pelo. Es verdad que está nerviosa.

—Vamos a bucear con tiburones. No me dejes tirada a última hora. No puedo hacerlo sin ti.

—¡Claro! Desde luego. ¿Por qué has cambiado de opinión?

—El otro día quedamos empatados. Es lo justo.

—No quiero que te veas obligada a hacer algo que no te apetece. En serio. No lo hagas por mí —digo con suavidad—. No me gustaría que pasaras un mal rato por mi culpa.

Lila esboza una sonrisa temblorosa. El hoyuelo de su mejilla izquierda apenas se vislumbra.

—Quiero hacerlo —responde con determinación—, pero estoy muerta de miedo.

—Esta será mi cuarta vez y en todas he salido ileso —intento tranquilizarla—. Son animales inofensivos. Te lo prometo. Y seguro que si tienen hambre van a por el grandullón.

—O a por la pelirroja, que es más llamativa.

Alguien suelta un resoplido. Es Hugo. Está tomando café a un par de metros de nosotros y no pierde el hilo de nuestra conversación. ¿Quién se cree que es para ningunear a Lila? Anoche, mientras daba un paseo por la playa, escuché lo que le dijo y me hice una idea de la clase de relación que tuvieron. Lo atravieso con la mirada. Me entran ganas de matarlo por haberla hecho sufrir y por creer que tiene derecho a hacer que se sienta insignificante. De hecho, creo que voy a matarlo.

—¿Tienes algún problema? —pregunto lanzándole una mirada asesina.

—No merece la pena. —Lila me da la mano e intenta obligarme a andar—. Vámonos, Axel.

No hace falta que me lo pida dos veces para que la acompañe. Noto la mirada rabiosa de Hugo clavada en la nuca. Lila me aprieta la mano porque me lee la mente. En este momento, me encantaría darme la vuelta y espetarle a su ex: «¿Qué cojones miras?». Pero me limito a caminar hasta que nos alejamos unos metros de la casa.

—Lo que pasó anoche con Hugo…

Lila endereza la espalda y me suelta la mano. Siento una inesperada sensación de abandono.

—No vamos a hablar de él.

—No me quiero meter donde no me llaman, pero no puede tratarte así.

—No. —Su tono es firme—. No pienso permitir que me arruine el día. Gracias por intervenir anoche, pero soy perfectamente capaz de apañármelas sola. Soy una mujer adulta, Axel. No una chiquilla en apuros.

—Lo sé —respondo confundido porque crea que la veo como alguien débil—. Pero a veces necesitamos ayuda para ganar nuestras propias batallas.

Lila se queda en silencio. No quiero que la mañana comience con un malentendido entre nosotros. Ojalá supiera cómo la veo. Ojalá me atreviera a decírselo.

—No pienso que seas una chiquilla en apuros.

Suspira. No me cree del todo. Da por hecho que anoche me interpuse entre ella y su ex porque pensé que me necesitaba. En realidad, fue un impulso visceral e impropio de mí. La gota que colmó el vaso fue que la llamara patética. Por poco lo ahogo en la orilla.

—Lo sé —dice con voz apagada.

Pongo dos dedos bajo su barbilla para que me mire a los ojos. Se sonroja.

—No lo sabes. Me gusta estar contigo porque eres increíble. Cuando nos reencontramos en el aeropuerto, me pusiste en mi sitio sin despeinarte. Y, desde que aterrizamos en esta isla, he tratado de estar a la altura de tus pullitas. Y, créeme, me ha costado bastante. Cuando te miro no veo a alguien débil, porque eres… —Respiro profundamente y lo suelto de golpe—. Eres inteligente, divertida y preciosa. Eres más fuerte de lo que crees, Lila. Solo un idiota pensaría lo contrario.

Está conmocionada. Intenta digerir mis palabras mientras asimilo mi ataque de sinceridad. Abre la boca y la cierra. Parece avergonzada y triste cuando niega con la cabeza.

—No me conoces. Si me conocieras de verdad, no me verías de esa forma.

—Ojalá me dejaras llegar hasta ti. Estoy convencido de que detrás de esa chica que se cierra en banda hay alguien que merece muchísimo la pena.

Lila aprieta los labios. Hay un resquicio de pánico en sus ojos, como si esa posibilidad la aterrara.

—Tú tampoco eres muy accesible.

—Pregúntame lo que quieras.

—La última vez que jugué a verdad o reto me arrepentí —responde con aspereza, y se aleja unos centímetros de mí—. Vamos a bucear con tiburones antes de que cambie de opinión.

Nos desplazamos en barco a Miyaru Kandu, una isla que es el hogar de

los tiburones de arrecife. Después de recoger el equipo de buceo, compuesto por las aletas, las gafas y los tubos de *snorkel,* nos dirigimos a la orilla para realizar la primera incursión. El agua está repleta de aletas negras de tiburón. Lila me aprieta la mano y retrocede un par de pasos.

—¡Ay, Dios! Pero si hay un montón.

—*Miyaru* significa «tiburón» en divehi. Hemos venido al lugar perfecto.

—Están casi en la orilla —protesta angustiada—. Pensé que esto sería como lanzar la caña y esperar durante horas hasta que alguno mordiese el anzuelo. No me esperaba que hubiera tantos. Además, ¿no se supone que los tiburones se encuentran en aguas más profundas?

—Son tiburones de arrecife. Esta especie prefiere las lagunas y aguas menos profundas. Incluso se pueden encontrar en profundidades de menos de un metro.

—Qué suerte la mía —dice con tono irónico.

—Mira sus aletas. —Le doy información para que se le quite el miedo—. Son tiburones de punta negra, una especie muy común de Maldivas. Les encantan los arrecifes de coral y el agua clara y tibia. Por eso están aquí. Se alimentan de pequeños peces, moluscos y crustáceos.

—¿Y de personas?

—Tengo entendido que no les van las pelirrojas. No tienen tan buen gusto.

—Creo que se me han quitado las ganas.

Me estoy poniendo las aletas. Me observa con inquietud cuando comienzo a meterme en el agua. No quiero presionarla, así que camino hasta que el agua me llega por la cintura. Un tiburón nada a mi alrededor y me roza la pierna derecha. A Lila se le escapa un grito.

—¿Lo ves? —Me encojo de hombros—. Están acostumbrados a los turistas. Son criaturas curiosas y gentiles. Si mantienes la distancia y les muestras respeto, no tienes de qué preocuparte.

—No puedo mantener la distancia ahí dentro. ¡El agua está repleta de tiburones!

—Como quieras. Míralos desde la arena.

Me coloco el tubo de *snorkel* y meto la cabeza en el agua. Estoy convencido de que Lila me está gritando, pero ya no puedo oírla. Me quedo un buen rato buceando con los tiburones de punta negra porque quiero demostrarle que no corro ningún peligro. Creo que han pasado veinte minutos cuando regreso a la orilla. Lila está sentada en la arena y observa el agua con una mezcla de interés y recelo.

—Vivito y coleando.

—Sé lo que intentas, grandullón.

—¿Funciona?

—Puede —admite entre dientes. Le ofrezco una aleta y la acepta de mala gana—. No te alejes de mí. Si te separas más de medio metro, te juro que te mato.

—Me quedaré a tu lado.

—¿De verdad? —pregunta nerviosa.

—Sí —le prometo—. ¿Confías en mí?

—Sí —responde sin pensar.

Después de colocarse las aletas, Lila respira profundamente. Le doy la mano por si se le ocurre echarse atrás, pero parece determinada a meterse. Como si quisiera demostrarse a sí misma que es capaz de vencer sus miedos. Un paso. Dos. Tres. El agua le cubre hasta la cintura y contiene el aliento cuando un pequeño tiburón le roza el costado.

—No me puedo creer que esté haciendo esto. —Le tiembla la voz y se le escapa una risilla nerviosa—. Ay, madre mía.

—¿Preparada para la inmersión?

—¡Sí! No. Dame un momento. Vale. Espera. Todavía no. —Me aprieta la mano con fuerza y luego me ofrece una mirada avergonzada—. Perdona, te estoy haciendo daño.

—No pasa nada.

—Allá voy.

Lila se coloca el tubo de *snorkel* con la mano libre. Me está agarrando muy fuerte, pero me callo para no agobiarla. Estoy a punto de decirle que se tome el tiempo que necesite cuando se sumerge. Me da un tirón impaciente para que la acompañe. Sacudo la cabeza sin dar crédito y suelto una carcajada antes de colocarme las gafas. Al principio, Lila se queda paralizada flotando en el agua. Observa los tiburones de punta negra sin mover ni un músculo. Mientras, ellos nadan a nuestro alrededor sin prestarnos atención, así que se va relajando. Se desplaza con un tímido aleteo y se aferra a mi mano. Le he prometido que no la soltaré. Un tiburón de color gris claro con el hocico alargado nos corta el paso. Debe de medir casi dos metros. El animal sigue su camino y Lila afloja un poco la fuerza de agarre.

Nos adentramos en el arrecife de coral. El fondo marino es un espectáculo de colores. Mi retina capta cada tono naranja, rosa y amarillo intenso. Somos dos intrusos que acaban de entrar en el hogar de un montón de especies subacuáticas. Un pez globo se infla cuando una morena está a punto de atraparlo. Un banco de peces ángel nos acompaña durante un buen rato. Ambos compartimos una mirada cómplice en cuanto vemos a un pez payaso esconderse en una anémona. Lila señala una raya águila moteada y mi corazón late con fuerza porque su cara de ilusión no tiene precio. Un destello de sol se refleja en las escamas de un gigantesco pez napoleón. Incluso vemos a un tiburón leopardo acostado en el lecho arenoso.

Lila levanta el pulgar para pedirme que subamos a la superficie. Mi reloj acuático me informa de que llevamos una hora y media buceando. Estoy hambriento y supongo que ella querrá descansar. Los tirabuzones rojos flotan en el agua turquesa. Sus ojos azul cielo brillan de alegría cuando se quita las gafas.

—¿Has visto ese tiburón enorme que se estaba echando una siesta en la arena? —pregunta emocionada.

—Sí, el tiburón leopardo.

—¡Ah! Ahora entiendo lo de las manchas. Pero ¡ni rastro del tiburón ballena! ¡Qué decepción! ¿No se supone que estas islas están plagadas de esa especie? ¿Dónde se han metido todos?

—¿Te estás quejando porque has visto pocos tiburones? —pregunto divertido.

—Un sabelotodo me dijo que en realidad el tiburón ballena es el pez más grande, por delante del temido tiburón blanco. Y también me explicó que se alimenta por infiltración, principalmente de algas y plancton. No tengo nada que temer. Y, ya que estamos aquí, sería una pena irnos sin verlo.

—Qué tipo más insufrible.

—Desde luego.

Nos reímos. Me ruge el estómago, pero estoy tan impresionado por el cambio de actitud de Lila que me niego a salir del agua hasta que a ella le apetezca. En este momento haría cualquier cosa por hacerla feliz. Señalo un punto más alejado de la orilla y ella sigue el recorrido de mi dedo sin vacilar.

—Podríamos probar suerte más al fondo.

—¡Vale!

—¿Vale? —Enarco una ceja.

—Eso he dicho.

Lila se coloca las gafas y se sumerge como un delfín. Ni siquiera me ha agarrado la mano. Por un momento me quedo desconcertado por su aplomo. Doy un par de aletazos para alcanzarla. Quizá no ha sido una buena idea. No deberíamos alejarnos tanto de la costa con este equipo de buceo, pero reprimo la incertidumbre y la sigo. Es lo bastante prudente como para no traspasar los límites de la boya, aunque su expresión intrigada me dice que está deseando ir más allá. Sospecho que tardará poco en animarse a hacer el bautismo de buceo que le propuse. Me la puedo imaginar con el traje de neopreno y la botella de oxígeno colgada en la espalda. Seguro que se las apaña para estar guapa. El hecho de que a mí me parezca la chica más preciosa e increíble que he conocido nunca no me nubla el juicio. En serio.

30

Lila

Llevamos más de tres horas en el agua y tengo los dedos arrugados. Empiezo a enfriarme y creo que Axel está muerto de hambre. Estoy a punto de darme por vencida y decirle que volveremos a intentarlo otro día cuando Axel me toca la espalda. Me doy la vuelta. Ahí lo tenemos. El corazón está a punto de darme un vuelco.

«Guau».

No es un tiburón de punta negra. De lejos intimida más. Es un pez enorme que medirá más de diez metros, con el cuerpo gris salpicado de puntitos blancos y una boca grande y redondeada. Axel mencionó algo sobre permanecer cerca de su cabeza para evitar recibir un coletazo involuntario, pero soy incapaz de moverme. Me he quedado paralizada. Siento una mezcla de respeto, sorpresa y pánico. El miedo me abandona poco a poco cuando confirmo que se trata de un animal tan impresionante como pacífico. Se acerca nadando a nosotros y mi pulso se acelera porque soy una afortunada por poder ver de cerca un animal tan majestuoso.

«Qué maravilla».

Los ojos de Axel me sonríen a través de las gafas. Le devuelvo la sonrisa mientras observamos cómo el tiburón ballena se aleja lentamente de nosotros.

«Qué maravilla estar aquí contigo».

Nos miramos. No sé si Axel es capaz de leerme la mente, pero en este instante siento que todo encaja. Que nosotros encajamos. Que este momento es todavía más perfecto porque está conmigo. Que a veces solo hace falta dejarse llevar para descubrir que la felicidad está al alcance de tu mano, esperando que seas lo bastante valiente para atraparla. Y entonces recuerdo la pregunta del último psicólogo al que acudí antes de rendirme con la psicoterapia. Me preguntó si era feliz, y yo me encogí de hombros con desgana. «¿Qué es la felicidad?», repliqué aburrida. «¿Qué es la felicidad para ti?», me devolvió la pelota. Estaba agotada porque llevaba un par de semanas sin dormir y mis padres me habían obligado a asistir a la consulta. Lo único que quería era estar tirada en la cama mientras me ahogaba en el dolor y la autocompasión. «No lo sé —respondí irritada deseando acabar con aquello—.No tengo ni idea. Si la felicidad es un estado permanente de

ánimo, entonces soy profundamente infeliz. Pero si está repleta de instantes, supongo que de vez en cuando soy feliz».

Y ahora lo soy. Justo aquí. En este momento que no quiero que acabe nunca. Con Axel. Él, yo y un tiburón ballena que se aleja hacia las profundidades del océano. Y todo es perfecto.

Nos quitamos las aletas y las gafas de *snorkel* y nos tumbamos en la arena. Ambos respiramos con dificultad. Nuestras manos se rozan por inercia. Mi rodilla descansa sobre su muslo. El sol me calienta la piel mientras intento que mi ritmo cardiaco vuelva a la normalidad, pero su cercanía física me lo impide. Mi dedo anular comienza a dibujar círculos sobre el dorso de su mano. No puedo evitarlo. Cierro los ojos y dejo escapar el aire. El pulgar de Axel atrapa el mío. Mi pulso se acelera de nuevo.

Bum.

Bum.

Bum.

Me siento con las rodillas flexionadas contra el pecho. Axel también se incorpora y noto que me mira de reojo. Tengo los ojos húmedos y giro la cabeza porque no quiero que me vea la cara.

—¿Estás bien?

—De maravilla.

Silencio. Las lágrimas me empañan la voz.

—Pero estás llorando —dice contrariado.

Me armo de valor y lo miro a los ojos. Sí, estoy llorando. Ni siquiera sé cómo explicárselo. Es demasiado personal. Y, sin embargo, quiero compartirlo con él. Quiero compartir cada fragmento de esta alma rota que me pesa tanto.

—Son lágrimas de felicidad, Axel. Es que… hacía mucho tiempo que no era tan feliz.

—Lila…

Su voz es grave. Cuando dice mi nombre siempre suena diferente. Lo pronuncia con ese tono ronco que me eriza la piel. Pero esta vez es distinto. Lo sé cuando Axel levanta el brazo y apoya la palma de su mano en mi mejilla. Lo entiendo cuando su pulgar me borra una lágrima. Lo asimilo cuando sus ojos se oscurecen. Y me mira. Es una mirada que va directa a mi corazón, que se cuela entre mis grietas y derrumba mis defensas en cuanto se inclina para besarme.

Siento una descarga de energía ardiente cuando su boca se apodera de la mía. El beso no es lo que esperaba. No se parece en nada a como pensaba que sería besar a Axel. No es un beso delicado. Ni cauto. Ni previsible. Es como deberían ser los primeros besos. O, mejor dicho, como deberían ser todos los besos. Y, sin embargo, no recuerdo

haberme sentido nunca así.

Axel me besa con una urgencia devastadora, como si se hubiera estado controlando durante demasiado tiempo y ahora necesitara demostrarme lo mucho que me desea. Su mano derecha agarra mi cintura y el contacto me estremece. La izquierda asciende por mi brazo y me roza el costado antes de colocarse en mi nuca. Su boca se desliza sobre la mía. Los dos temblamos. Tengo las manos enterradas en la arena y una sensación cálida me acaricia el pecho cuando separo los labios. Mi lengua se enreda con la suya. El corazón se me va a salir del pecho. La mano que estaba en mi cintura se coloca en el centro de mi espalda y Axel me aproxima a él. Se me escapa un gemido entrecortado cuando mis pechos se aprietan contra su cuerpo. Axel me muerde el labio inferior antes de enterrar sus dedos en mi pelo. Apoyo las manos sobre sus pantorrillas y me sorprende que me estreche con más fuerza, como si estuviera deseando que lo tocara. Y eso hago. Envuelvo su cuello con mis brazos y termino medio recostada encima de él. Puedo sentir mi pulso acelerado mezclándose con el suyo.

Su boca se aplasta de nuevo contra la mía. Un millón de sensaciones me aprietan el vientre. La mano que estaba enterrada en mi pelo desciende muy despacio y me roza el lateral del pecho. Solo es una tímida caricia. Algo fortuito que me produce un ramalazo de placer. Es demasiado intenso para que pueda procesarlo. Besarlo es como subirse a una montaña rusa sin abrocharse el cinturón de seguridad. Sí, es alucinante. Y peligroso, por eso me entra el pánico. Llevaba demasiado tiempo sin sentir nada, y ahora, de repente, las emociones me desbordan.

Quiero hacer esto.

Quiero, pero noto que me falta el aire y pongo mis manos sobre su pecho para apartarlo. Axel se queda paralizado cuando presiente que algo no va bien. Sus manos se aflojan, pero se niega a soltarme del todo hasta que me mira a los ojos. Entonces se aleja de mí. No parece decepcionado, sino desconcertado.

—¿Quieres que pare de besarte?

—No lo sé. —Contengo el impulso de llevarme una mano a los labios hinchados—. Tal vez. Estoy confundida, perdona.

—No tienes que pedirme perdón, Lila. Estás en tu derecho de cambiar de opinión en cualquier momento. No pasa nada.

—No es eso —respondo, y soy incapaz de mirarlo a los ojos. Me limito a contemplar el mar porque es más fácil—. Me ha gustado. Muchísimo.

—Y a mí.

—Lo estaba deseando.

—Y yo.

Axel me mira de reojo y el amago de una sonrisa se apodera de mis

labios. «Ya lo sé», pienso, pero no lo digo en voz alta porque no quiero hacer que se sienta mal después de lo que acaba de suceder entre nosotros. Sé que está incómodo. Empiezo a conocerlo. Probablemente se está preguntando si ha ido demasiado deprisa o si ha hecho algo que no me ha gustado.

—No es culpa tuya. Es solo que…

—¿Es complicado? —pregunta con tacto.

Respiro profundamente y lo miro a los ojos. Axel no está enfadado o nervioso. Solo parece preocupado por mí. Su reacción me impulsa a querer abrazarlo, pero me contengo porque sé que entonces no podría apartarme de él y volveríamos a estar en la misma situación.

—Sí —respondo al fin.

—No pasa nada.

Alarga el brazo y pone su mano al lado de la mía. No me toca. Casi parece que me esté pidiendo permiso para no meter la pata. Deslizo la mano un par de centímetros sobre la arena y nuestros meñiques se rozan. Me muerdo el labio porque noto un hormigueo eléctrico que me recorre la punta de los dedos.

—Me gustas, pero, si de verdad quieres esto, vas a necesitar mucha paciencia conmigo —le advierto, y Axel ni siquiera pestañea cuando lo digo. Su expresión es inescrutable y me pregunto si está empezando a hartarse de mí—. Demasiada, diría yo. No quiero que pienses que me estoy haciendo la interesante o que estoy tratando de hacerte perder el tiempo.

—Lo último que pierdo es el tiempo cuando estoy contigo.

Todo el calor se acumula en mis mejillas. Axel pone su mano sobre la mía. No deja de mirarme a los ojos. No me intimida. En realidad, es algo más peligroso. Una sensación que me impulsa a querer saberlo todo de él. Y, lo más extraño, a dejar que él lo conozca todo de mí, incluso las partes grises o menos atractivas.

—Te daré todo el espacio que necesites —promete, y añade con tono grave—: Y también el tiempo. Por ti merece la pena esperar.

Lo dice con total naturalidad y tengo que fingir que mantengo la compostura. ¿De verdad el bajista de un grupo de rock se conforma con un par de besos y se va a armar de paciencia conmigo? ¿Y qué hay de la chica a la que debía darle una respuesta? ¿Soy un pasatiempo con el que se divierte antes de decidir sentar la cabeza? Todas estas preguntas se agolpan en mi mente, pero me niego a planteárselas porque no quiero arruinar este momento. Axel parece intuir mis dudas, porque dice:

—Me gustas, Lila. No quiero andarme por las ramas. Creo que nunca he estado tan seguro de algo. Bueno, de que quería dedicarme a la música. Pero el caso es que me gustas mucho y quiero tener una oportunidad contigo. No me importa si he de esperar una semana, un

mes o un año. Sería un imbécil si te dejara escapar. —Axel se pasa la mano libre por el pelo. Ahora sí parece nervioso. Esboza una sonrisa vulnerable—. Vaya, eso ha sido bastante intenso. No estoy acostumbrado a expresar lo que siento. Quizá he sido un poco… directo.

—Sí.

Axel me mira agobiado. Intento hacer a un lado el batiburrillo de emociones que me impide pensar con claridad. Solo quiero abrazarlo muy fuerte, pero, como sé que sería incapaz de soltarlo, me limito a inclinar la cabeza y apoyo la mejilla en su hombro.

—Me gusta que seas directo —le confieso—. Así no tengo que intentar adivinar qué tienes en la cabeza.

—No lo hagas.

—¿Por?

—Porque hay un montón de cosas indecentes dentro que tienen que ver contigo.

Se me escapa la risa floja.

—¿Cómo de indecentes?

—Demasiado.

—¿No aptas para menores de dieciséis?

—De veintiuno.

—Así que solo estás fingiendo ser un chico bueno para que me fíe de ti.

—Exacto.

Nos reímos. Estamos un buen rato tomándonos el pelo mientras contemplamos el mar. Luego, Axel me pasa un brazo por encima de los hombros para que entre en calor porque nota que me estoy enfriando. Es un grandullón adorable. Y sexy. Y va a tener paciencia conmigo. A la parte más negativa de mí le gustaría gritarle que no se esfuerce porque soy una persona horrible, pero mi yo más ingenuo se limita a disfrutar del momento porque no quiere estar en otro lugar que no sea en esta playa, abrazada a él.

Querido Lucas:

Hoy he besado a Axel… y ha sido alucinante.
Solo quería que lo supieras.
Las cosas buenas hay que contárselas a un amigo porque corres el riesgo de creer que han sido un sueño.

Te quiero.

LILA

31

Axel

«He besado a Lila».

Estoy tumbado bocarriba en la cama mientras sonrío como un idiota. Me froto la cara. Ha sido… Joder, ni siquiera sé cómo describirlo. Ha sido increíble. Sí, increíble hasta que se ha apartado de mí. Entonces me he quedado desconcertado porque era la primera vez que un beso hacía que me sintiera tan bien. Y luego me ha entrado el pánico porque no sabía si había hecho algo que la incomodara. Vale, solo me ha pedido paciencia. Puedo tener paciencia. No es el fin del mundo. De hecho, quiero tenerla. Podemos ir despacio. Conocernos lejos del caos que supone mi mundo. Porque si hay algo que me apetece más que bucear entre arrecifes o divertirme con mis amigos es conocer a Lila. Llegar hasta ella y decirle: «¿Lo ves? No tienes nada que temer. No voy a salir huyendo».

Amber me está esperando en Madrid, pero, si antes tenía bastantes dudas sobre lo nuestro, ahora tengo muy claro que no voy a dar un paso más con ella. No se trata de Lila, aunque reconozco que conocerla me ha aclarado bastante las ideas. Se trata de mí. Definitivamente, ni Amber merece conformarse con las migajas que le ofrezco ni yo puedo aceptar una relación sencilla en la que el amor brilla por su ausencia. Primero he pensado en enviarle un mensaje y luego he llegado a la conclusión de que solo un cobarde le explicaría lo que siente por WhatsApp. Nunca he tenido tanta determinación. Se me cae el alma a los pies. ¿Qué demonios me pasa? Le he dicho a Lila que me gusta, lo cual es una verdad como un templo, y que por ella merece la pena esperar, algo que también es cierto. Dios, si hasta le he confesado que quiero tener una oportunidad con ella y que sería un imbécil si la dejara escapar.

¿Desde cuándo soy tan hablador?

¿En qué momento me he convertido en el tipo que toma la iniciativa?

No estoy acostumbrado a dejarme llevar ni a confiar en los demás. En el mundo en el que me muevo, todos se te acercan por interés y he aprendido a mantener a los desconocidos lejos. Eso implica guardar mis sentimientos en un cajón bajo llave. Me va mejor así, o eso creía.

Lila ha derrumbado todas mis convicciones. Una a una y en un

puñado de días. Ni siquiera sé cómo sentirme al respecto. No tengo ni idea de si estoy dispuesto a aceptar al nuevo Axel. El tipo que se arma de valor para besar a la chica que le gusta y luego le pide una oportunidad. Antes no sufría ni tenía miedo de que me hicieran daño porque estaba cerrado en banda a confiar en los demás; pero tampoco me emocionaba cuando una pelirroja de ojos azul cielo buceaba a mi lado y señalaba ilusionada un tiburón ballena.

Es cierto que para los demás es bastante evidente que entre nosotros hay algo. Esta noche, durante la cena, no hemos parado de intercambiar miradas cómplices. Su amiga le daba codazos y Gabi me observaba entornando los ojos y con una sonrisilla. Sin embargo, Lila me ha pedido que tenga paciencia, y para ello necesito mantener la distancia y enfriar el recuerdo del beso que hemos compartido en la playa; por eso esta noche soy el primero en irme a la cama. De lo contrario, me las apañaría para arruinarlo todo.

—Me parece que tienes algo que contarme —dice Leo en cuanto entra en la habitación—. Conque Lila no te gustaba, ¿eh?

—Las personas tenemos derecho a cambiar de opinión —respondo a la defensiva.

—Y los amigos merecemos escuchar la verdad —replica, pero no está enfadado, sino más bien intrigado—. Gabi dice que no está sorprendida. Según ella, lo vuestro se veía venir de lejos.

—No hay nada entre nosotros.

—Todavía.

—Eso espero.

Leo me mira impresionado.

—Me alegro de que por primera vez estés tan seguro de algo. Ni te esfuerces. La última vez que te vi tan emocionado fue cuando la discográfica nos dio la noticia de que nos fichaba, y de eso hace ya cuatro años. Te gusta, y me alegro mucho por ti. Solo espero que esto no suponga un problema entre Pol y tú.

—Pol y Lila solo son amigos. Esas fueron sus palabras.

Leo finge caerse de espaldas.

—Pol tiene una amiga —dice con estupor—. Pues sí que están cambiando las cosas en este viaje. ¿Qué será lo próximo? ¿Que mi hermana borre su cuenta de Instagram?

—Veo más probable que los políticos se pongan de acuerdo para acabar con el cambio climático.

Nos reímos y luego intercambiamos una mirada cómplice.

—Te mereces lo mejor, Axel. No lo digo porque sea tu amigo. Eres un buen tío. Y Lila parece… —Leo se queda callado de golpe y tarda unos segundos en continuar—: una persona que no se deja conocer mucho. Supongo que ya tenéis algo en común.

—¿Tan cerrado soy?

—De cojones.

—No seas exagerado. A ti te cuento mis mierdas.

—Tío, durante dos años pensé que veraneabas con tus abuelos porque tus padres estaban muy ocupados. Luego me enteré por tu *amona* de que te habías criado con ellos. Imagínate la cara que se me quedó cuando descubrí que los padres de mi mejor amigo habían muerto.

—Éramos unos críos —respondo de manera evasiva.

—Quince años. De críos nada.

—No me gusta ir de víctima. Cuando sale el tema, la gente se comporta como si fuera de cristal y me mira con lástima. No lo soporto.

—No voy a decirte que lo puedo entender porque sería mentira, pero no negarás que yo a ti sí te lo cuento todo. Las movidas con mi padre, las peleas con mi hermana y mis inseguridades. Hasta te pido consejo cuando discuto con Nura. Por cierto, casi siempre le das la razón y ella está encantada de la vida.

Me incorporo para sentarme y pongo mala cara. Ya estamos. ¿Qué culpa tengo de ser tan reservado? Somos diferentes, eso es todo. Algunas personas hablan con facilidad de sus sentimientos y otras se cierran en banda a mostrar un atisbo de vulnerabilidad. No creo que haya una forma correcta de gestionar las emociones. No venimos al mundo con un manual de instrucciones. Los hay que hablan de todo porque se sienten mejor al desahogarse, y otros prefieren guardarse los miedos para sí porque son incapaces de abrirse en canal. Yo soy de los segundos, ¿qué pasa? No creo que tenga nada de malo.

—¿En qué momento has aprovechado la conversación para echarme cosas en cara? —replico indignado.

Leo levanta los brazos en señal de paz.

—No te estoy recriminando tu forma de ser. —Me tira una almohada para demostrarme que estamos de buen rollo—. Solo quiero que sepas que como amigo estoy dispuesto a escucharte cuando lo necesites. Aunque seas el tío más cerrado que me he echado a la cara.

—Lo tendré en cuenta.

Leo pone los ojos en blanco.

—Somos un cliché.

—¿Eh?

—Nosotros como grupo. ¿Sabías que cuando me conoció Nura me llamó bienqueda?

—¿Por qué será? —pregunto con ironía.

Leo me fulmina con la mirada.

—Lo que yo te diga, somos un cliché con patas. Según mi novia, yo soy el razonable, tú eres el reservado, Gabi es la impulsiva y Pol es…

—Él diría que es el guapo.

Nos partimos de risa. Leo se equivoca. Por supuesto que confío ciegamente en él, aunque no hable demasiado de mis sentimientos. No hace falta que me lo repita dos veces. Mis amigos son la familia que he elegido y puedo contar con ellos en cualquier momento. Lo sé de sobra.

Me tropiezo con Hugo cuando salgo del baño de la primera planta. Mi primer impulso es poner mala cara. El segundo, atravesarlo con la mirada cuando me corta el paso. Dios, tengo que hacer un gran esfuerzo para no darle un empujón. ¿Este tío de que va?

—Hazte a un lado —le ordeno con tono crispado.

—Creo que hemos empezado con mal pie.

—Empezamos con buen pie hasta que te pusiste a marcar territorio con Lila. No sé cuál es vuestra historia. No es asunto mío. Pero lo de la otra noche iba en serio. Si le vuelves a faltar al respeto, tendrás un problema conmigo.

—Perdí un poco los nervios, lo reconozco —dice con un estudiado tono cauteloso. A mí no me engaña. Lo tengo calado. Sé lo que vi y escuché—. Pero tienes que entenderme. A Lila y a mí nos une un pasado. Estábamos muy enamorados. Fui su primer y único novio.

Hugo saca pecho. Tengo que armarme de paciencia para no montar un espectáculo. Sé que está intentando provocarme para que pierda los estribos. Parece que es su nueva táctica. Es uno de esos energúmenos que no valora a la chica maravillosa con la que está saliendo, pero que, cuando la pierde, se niega a dejarla escapar y utiliza cualquier artimaña para amargarle la vida y hacerle creer que sin él no vale nada.

—No me interesa —respondo con frialdad—. Aparta de mi camino.

Hugo aprieta los dientes al darse cuenta de que no consigue lo que pretende. Entonces se limita a hacerse a un lado. Me estoy alejando cuando dice:

—De tío a tío, Lila no te conviene. —Al ver que no me muevo del sitio, añade con fingida inocencia—: O, mejor dicho, tú no le convienes a ella. Ha pasado por mucho. Apenas la conoces. No quiero que le partas el corazón. Parece fuerte, pero es una persona muy sensible que ha vivido un infierno. Y los dos sabemos que volverá llorando a mis brazos cuando la dejes tirada. Porque es lo que harás en cuanto te hartes de ella. Sinceramente, no me gustaría tener que recoger sus pedazos rotos. Ya lo hice una vez y fue agotador. Por eso la dejé. ¿No te lo ha contado?

Aprieto los puños y me doy la vuelta para atravesarlo con la mirada. La rabia me carcome por dentro. Estoy a punto de abalanzarme sobre él para gritarle que deje de hurgar en el pasado de Lila cuando Pol se

interpone entre nosotros.

—¿Me he perdido algo? —pregunta con aparente naturalidad mientras me empuja hacia mi habitación. Luego clava una mirada desdeñosa en Hugo—. No te conviene cabrear a mi amigo. Te saca una cabeza y su paciencia tiene un límite. La mía también, por cierto.

—Tú mismo, Axel. Solo quería hacerte un favor —dice Hugo, y sonríe con malicia antes de abrir la puerta del baño—. Para que supieras a qué te enfrentas. No todos los tíos tienen la capacidad de lidiar con una chica que está traumatizada porque vio morir a su mejor amigo.

Hugo se encierra en el baño. Pol deja de intentar arrastrarme a mi habitación y ambos nos quedamos paralizados por lo que acabamos de escuchar.

32

Lila

Después de negarme a responder a las preguntas indiscretas y pervertidas de Jimena —«¿Cómo ha sido el beso? ¿Te has puesto cachonda? ¿Axel la tiene muy grande?»—, mi amiga se da por vencida y comienza a roncar en la cama. Son las dos y cuarto de la madrugada, una hora en la que estoy convencida de que me encontraré a Axel pululando por la terraza. Ya me he acostumbrado a nuestras charlas nocturnas y me muero de ganas de verlo. Necesito estar a solas con él, pero no hay ni rastro suyo cuando salgo en su busca, y eso me desconcierta. Esta noche fue el primero en irse a dormir, aunque di por hecho que se estaba escaqueando para no tener que aguantar las bromitas incómodas de Pol.

«¿Me está evitando?».

Me muerdo la uña del dedo pulgar y frunzo el ceño. No, no tiene mucho sentido que me ignore después de habernos besado. Me prometió que tendría paciencia y lo creo.

«¿Y si ha cambiado de opinión?».

Quizá ha llegado a la conclusión de que no merece la pena esperar por una pelirroja complicada que se altera después de un beso en la playa. A lo mejor se ha encerrado en su habitación porque es su manera de decirme que se arrepiente de lo que ha sucedido entre nosotros.

«No».

«No».

«No».

Confío en Axel. Sé que le estoy dando vueltas a la cabeza porque él me gusta muchísimo. Ser una persona tan insegura te convierte en tu peor enemiga. Soy una experta en sabotearme a mí misma. Eso es todo.

Necesito calmarme y voy directa al jardín delantero para relajarme con el olor de los hibiscos. Estoy tan alterada que no presto atención a los sollozos y, cuando me doy cuenta, ya estoy demasiado cerca para darme la vuelta. Gabi está tumbada bocabajo en una hamaca, llorando con amargura. La escena me deja petrificada durante unos segundos en los que ella levanta la cabeza y me observa con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Te encuentras bien? —pregunto preocupada.

—Estoy llorando para no retener líquidos —responde con sarcasmo —. ¿A ti qué te parece?

Uf, ni siquiera sé por qué le he preguntado. Gabi y yo nunca vamos a congeniar. No me cae bien. Me encojo de hombros y me doy la vuelta para darle intimidad.

—Mejor me voy.

—¡Espera! —Se sienta en la hamaca y me agarra del brazo—. No me dejes sola.

No quiero ser una persona insensible, así que me quedo allí parada sin saber qué hacer. No estoy segura de ser capaz de consolarla ni de que Gabi quiera que sea yo quien lo haga. Me suelta el brazo y se aparta el pelo de la cara. Está temblando mientras intenta contener las lágrimas.

—¿Quieres que llame a tu hermano? —pregunto con cautela.

—Ni se te ocurra.

—¿A Axel?

—No.

—¿Pol?

—¡No! —exclama irritada, pero enseguida el llanto vuelve a apoderarse de ella—. No los llames, por favor. Les tendría que dar demasiadas explicaciones y no me entenderían.

Esta nueva faceta de Gabi me deja sorprendida. Casi prefiero que sea la diva de diecinueve años que suspira con exasperación y le dedica a todo el mundo miradas de desdén. Seguro que Jimena sabría qué hacer. Ella sería amable y paciente.

—¿Por qué no te entenderían? —pregunto con curiosidad.

Gabi me hace un hueco a su lado. Me extraña que quiera mi compañía, pero me limito a tomar asiento. Mantiene la cabeza gacha.

—Porque son tíos.

—Pero son tus amigos.

—Y son tíos —responde con tono huraño—. Los tíos nunca pueden ponerse en el lugar de una mujer. Lo pueden intentar, pero ellos no se tienen que tragar toda la mierda con la que nosotras nacemos. Cuando cumplan cincuenta años, serán unos maduritos interesantes y yo seré la vieja que debe retirarse y pincharse bótox para que no se le noten las arrugas. No se han criado atados por los prejuicios ni todo ese rollo del qué dirán.

—Vale.

Aunque lo que dice es cierto, no estoy segura de ser la persona que puede brindarle apoyo. Gabi me mira de reojo y suspira.

—Vete. No quieres estar aquí. No somos amigas.

—No, no —respondo de carrerilla—. Puedes desahogarte conmigo si lo necesitas.

—Me da vergüenza.

—No te voy a juzgar. Soy más experta que tú en meter la pata hasta el fondo.

—Uy, lo dudo. Ese mérito es mío. Además, ¿tú? ¿Meter la pata hasta el fondo? No te creo. Eres la perfección en persona. No bebes, no fumas, no te apuntas a las fiestas y pones cara de desaprobación cuando alguien comete una locura. No tienes pinta de meterte en líos.

—Muchas gracias —respondo indignada—. Antes era diferente, ¿vale? Me dejaba llevar sin pensar en las consecuencias.

Gabi me mira con interés.

—¿Y qué pasó?

—Que lo fastidié todo —respondo agobiada y con el cuerpo tenso—. Pero no estábamos hablando de mí. ¿Por qué llorabas?

—Te lo puedo enseñar. —Gabi se muerde el labio y se sonroja, algo impropio de ella. Mete la mano en el bolsillo trasero de sus shorts vaqueros y saca el móvil. Lo aprieta con fuerza contra la palma de la mano y vacila durante unos segundos, pero al final me lo enseña—. Por eso no puedo explicárselo a mis amigos. Me muero de vergüenza si ven estas fotos.

Observo la pantalla sin pestañear e intento mantener una expresión inescrutable. Son fotos íntimas de Gabi. Sale posando delante de un espejo en ropa interior. En una de ellas, desnuda de cuerpo para arriba. Solo es una chica que se ha hecho un puñado de fotos. No me parece nada grave ni de lo que avergonzarse, a no ser que…

Gabi resopla y me quita el móvil.

—Sé qué estás pensando. Que soy tan idiota que se las he enviado a alguien y ahora me está chantajeando con publicarlas. No es eso. Estas fotos eran para mí. No han salido de este móvil. A veces me veo guapa y me hago fotos en ese plan. Me sube la autoestima.

—No tiene nada de malo enviarle fotos íntimas a un hombre —respondo de manera tajante—. Aunque ese no sea tu caso. La culpa la tiene la otra persona por traicionar tu confianza. Enviar *nudes* no te hace ni mejor ni peor mujer, pero estoy convencida de que en el infierno hay un lugar reservado para los que reenvían fotos de otra gente sin su consentimiento.

Me acuerdo de esa chica de mi instituto que le envió un *nude* a su novio. Cuando rompieron, él se encargó de pasarlo por WhatsApp a todos sus amigos. La foto se hizo viral y ella se cambió de instituto. Lo pasó fatal. De nada sirvió que lo denunciara y se hiciera justicia. El daño ya estaba hecho. Me pregunto si esa chica ha conseguido pasar página. Si ha sido capaz de volver a confiar en alguien después de que un imbécil la traicionara.

—Eso díselo al hacker que me está chantajeando —resuella Gabi con la voz teñida de rabia—. Me ha pedido cincuenta mil euros a

cambio de no publicar las fotos en las redes sociales. No sé cómo lo ha hecho. Resulta que todas las imágenes de mi teléfono se guardan en la nube. No sabía que era una mala idea hasta que me ha hackeado la cuenta. Hace un par de horas recibí un mensaje suyo. Dios, me quiero morir.

Gabi se tapa la cara con las manos y rompe a llorar. Le acaricio la espalda sin saber qué hacer. Yo también estaría hecha polvo si me estuvieran chantajeando con publicar unas fotos íntimas. Gabi es famosa. Todo el mundo las verá si salen publicadas. A la sociedad le encanta divertirse con las miserias ajenas.

—No puedo soportarlo. Voy a pagarle —dice, y se le escapa un hipido—. No quiero que un montón de pajilleros vean mis tetas. Me da vergüenza imaginar que me puedan ver mis antiguas compañeras del colegio, mi hermano o mi padre. Ay, Dios, mi padre…

Gabi se tapa de nuevo la cara con las manos y llora con más fuerza. Hago lo único que se me ocurre. La envuelvo con mis brazos para que llore sobre mi hombro. Me siento fatal por ella y porque un puñado de neandertales hayan crecido con el derecho a pensar que pueden disponer libremente del cuerpo de una mujer.

—Me quiero morir —gimotea—. Lo digo en serio. No puedo permitir que mi padre y mi hermano vean esas fotos. Ni nadie. Salgo horrorosa. Seré el hazmerreír de todo el mundo. ¿Por qué demonios me las hice? ¿Por qué fui tan tonta?

—¡Eh! —Pongo las manos en sus hombros y la miro a los ojos—. No es culpa tuya. No eres tonta. Te hiciste unas fotos. No tiene nada de malo. Y ahora un sinvergüenza te está chantajeando. Pero no voy a permitir que creas que has cometido un error porque no es así. Tienes derecho a hacerte fotos y a sentirte guapa. Si otro lo utiliza en tu contra, el problema lo tiene él y no tú, ¿de acuerdo?

Gabi asiente con debilidad.

—Voy a pagar.

—¡No puedes hacerlo! —exclamo indignada.

—Eso lo dices porque tú no sales en las fotos.

—Vale, eso es cierto. —Le doy la razón—. Pero, si pagas, nadie te asegura que dentro de unos días no vuelva a pedirte dinero. O que suba las fotos de todas formas. No puedes fiarte de la palabra de ese capullo.

—Lo sé, pero ¿qué otra opción tengo?

—Debes hablar con tu mánager. No eres la primera famosa a la que chantajean de esta forma. Él sabrá qué hacer.

—Mi padre es mi mánager.

«Mierda».

—¿Y no hay ninguna opción de que te pongas en contacto con él? —Gabi me fulmina con la mirada y suspiro con resignación—. De

acuerdo, descartamos la opción del mánager. Entonces deberíamos hablar con la policía. Tienen una sección de delitos cibernéticos. Seguro que pueden ayudarte.

—Estamos en Maldivas —me recuerda con aspereza—. Y este tío dice que publicará las fotos si no le hago una transferencia dentro de dos horas.

—Dile que estás intentando contactar con tu banco para autorizar el pago. Mientras tanto, voy a buscar el número del Consulado español. Nos pondrán en contacto con la policía. Todo saldrá bien, Gabi. —Le doy un apretón en la mano y me mira esperanzada—. Van a trincar a ese miserable. Te lo prometo.

Regresamos en barco a la isla a las diez y cuarto de la mañana. Me supo fatal despertar a Hassan, pero necesitábamos que alguien nos acercara al Consulado español de Malé. Hemos pasado siete horas allí mientras Gabi hablaba con varias personas, se venía abajo y yo intentaba apoyarla. Desde el consulado se han puesto en contacto con la Oficina de Delitos Cibernéticos española. A las ocho de la mañana nos informaron de que habían logrado encontrar al hacker y Gabi y yo nos abrazamos muy fuerte. Luego, una mujer muy amable le explicó los pasos que seguir y trató de tranquilizarla ante la posibilidad de que las fotos salieran a la luz. Por lo visto, el hacker es un genio de la informática de dieciséis años que admitió lo que había hecho en cuanto la policía se presentó en su casa. Le han confiscado todos los dispositivos digitales y ahora el procedimiento judicial seguirá su curso.

En este momento, estamos dando un paseo por la playa.

—Me he librado por los pelos —dice Gabi, y entonces me ofrece una mirada agradecida—. Y no lo habría conseguido sin ti.

—Solo te he ayudado un poco. Eso es todo.

—¡No te quites mérito! —Gabi se agarra a mi brazo—. ¡Ha sido alucinante! A mí no se me habría ocurrido despertar a todo el Consulado español. Habría pagado sin rechistar. De no haber sido por ti, ahora el mundo entero estaría viendo esas fotos.

—No pienses en eso —le digo con suavidad—. No merece la pena.

—¿Podemos mantener este tema en secreto? —me pide cuando nos acercamos a la casa—. No me apetece comentarlo con los demás. Ya ha sido bastante humillante tener que explicárselo a los empleados del Consulado.

—Mis labios están sellados.

Gabi se detiene y me mira a los ojos. Hay algo más aparte del agradecimiento. Lo sé en el momento en el que me ofrece una mirada arrepentida.

—Sé que a veces puedo ser una engreída. Me he portado fatal contigo. Lo que sucedió en el barco no tiene justificación. No sé si sirve de algo que te pida perdón, pero necesitaba comprobar que tenías sangre en las venas. No me apetecía hacer este viaje y lo pagué con vosotros. Con tu amiga era bastante fácil, pero tú me sacabas de mis casillas porque te importa un bledo llevarte bien conmigo. Estoy acostumbrada a que la gente sea hipócrita y me haga la pelota. Y tú eras tan comedida y perfecta que me picaba la envidia.

—¡Perfecta! —exclamo incrédula—. Soy de todo menos perfecta.

—Tienes esa cara de superioridad moral todo el tiempo. Y tienes pelazo.

—No tengo cara de superioridad moral.

—Ahora sé que solo eres seria y muy distante. Antes pensaba que todos te caíamos fatal y que solo habías aprovechado la oportunidad de tener unas vacaciones gratis.

—Solo lo hice por Jimena. Y no me caíais mal. Bueno, tenía mis prejuicios, lo reconozco.

—Tampoco ayudó el hecho de que te llevaras mal con Axel. Cuando te veía discutir con él, sacabas lo peor de mí. Te vi en el aeropuerto y pensé: «¿Quién diantres se cree que es para tratar así a Axel?».

—Me robó el taxi —respondo indignada—. Pensé que no me podías ver porque me llevo bien con Pol.

Observo su reacción, pero Gabi se limita a esbozar una sonrisa burlona.

—Si tuviera que enfadarme con todas las chicas con las que Pol intenta ligar, no podría llevarme bien con casi nadie. Además, no merece la pena. Él y yo no tenemos esa clase de relación. Nos conocemos desde los diez años. Soy incapaz de verlo como otra cosa que no sea un *amienemigo*.

No la contradigo porque esta noche ha sido muy movidita. No quiero decirle que estoy convencida de que ambos son algo más que amigos. O *amienemigos*, como dice ella. Será mejor que no me meta donde no me llaman ahora que empezamos a llevarnos bien.

—Sé que soy una persona difícil. Puedo parecer egocéntrica y me comporto como una mala pécora cuando alguien no me entra por los ojos. Lo siento, Lila. De verdad. No sé si sirve de algo, pero lo siento de corazón.

—No pasa nada.

Gabi entorna los ojos. No me cree.

—No te caigo nada bien.

—Me empiezas a caer regular. Vamos progresando —bromeo, y ella esboza una sonrisa tímida—. No me lo tengas en cuenta. A veces ni yo misma me caigo bien.

—Debe de ser una tortura ser tu mayor enemiga todo el tiempo.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan.

—No me psicoanalices —le advierto muy seria—. No me conoces.

—Pero me parece que te entiendo. En ocasiones yo también me miro al espejo y no me gusta lo que veo.

—Tú y yo no nos parecemos en nada —respondo con sequedad.

—Desde luego. —Sacude la cabeza y se ríe—. Soy de las que se tiran en marcha del tren y tú de las que se lo piensan mil veces antes de subirse y al final lo deja marchar. Y ya sabes lo que dicen: hay trenes que solo pasan una vez en la vida.

Frunzo el ceño. No sé por dónde va.

—Me he perdido.

—Un tren como Axel solo pasa una vez en la vida. Si lo vas a dejar ir, que no sea por miedo. Soy muy objetiva y no te lo digo porque sea mi amigo.

—No voy a hablar de Axel contigo —respondo más nerviosa de lo que me gustaría—. Esta noche no cambia nada entre nosotras. Quiero llevarme bien contigo, pero no somos amigas.

Creo que Gabi intenta fingir que no está dolida por mi rechazo. Contengo la tentación de desdecirme y decirle que podemos llegar a ser amigas. Me parece una chica que se siente muy sola y que busca desesperadamente ser aceptada, aunque finja lo contrario. Pero no puedo. Me he cerrado en banda a dejar entrar a gente en mi vida y he hecho una gran excepción al permitir que Axel se cuele en mi corazón. No estoy dispuesta a correr otro riesgo.

—Ya sé que no somos amigas —dice con naturalidad—, pero te gusta mi amigo. Si la cosa sale bien, nos vamos a tener que ver muy a menudo. Lo siento por ti.

—Sobreviviré a tus rabietas de estrellita mimada.

—No estés tan segura. Puedo ser muy cruel cuando le hacen daño a la gente que quiero.

—Eso no va a pasar —respondo convencida—. En todo caso, podría suceder lo contrario.

—¿Te da miedo salir herida?

—Sí —admito en un susurro.

—No soy adivina, pero te diré algo sobre Axel: le gustas. Nunca lo había visto así de abierto con nadie. Nuestro bajista no es una persona muy habladora, pero contigo parece que se deja llevar.

—No puedo culparlo. Yo tampoco soy muy habladora cuando se trata de mí. Y él ha sido el más sincero y valiente de los dos. No tengo nada que reprocharle.

—Que alguien no hable de sus sentimientos no significa que sea de piedra, sino que no está preparado para explicarle a nadie cómo se siente. No eres tan dura como aparentas. En realidad, nadie es tan fuerte como parece. Solo hacemos lo que podemos para sobrevivir. —

Gabi se lleva la mano al pecho—. Qué profundo, ¿no?

—Un poquito.

Las dos nos reímos y reemprendemos la marcha.

—Necesito dormir ocho horas seguidas —dice antes de entrar en la casa. Todos están desayunando en la terraza y nos miran sorprendidos.

—¿Dónde os habíais metido? —pregunta Leo.

Jimena me mira con gesto inquisitivo. Axel está confundido al vernos juntas.

—Cosas de chicas —responde Gabi con tono misterioso—. Nos hemos ido de fiesta.

—¡Una fiesta! —exclama Pol indignado—. ¿Por qué no me habéis avisado?

33

Axel

No sé si estoy más desconcertado porque Gabi y Lila hayan pasado la noche juntas vete a saber dónde o por lo que me contó Hugo. Creo que por lo segundo. Al fin y al cabo, Gabi es una chica majísima cuando hace el esfuerzo de conocer a la gente.

«No todos los tíos tienen la capacidad de lidiar con una chica que está traumatizada porque vio morir a su mejor amigo».

Me froto la cara. Pol me ha aconsejado que no evite el tema y le pregunte a Lila por lo sucedido. Desde luego, me parece una idea pésima. No puedo plantarme delante de ella y escarbar en su pasado cuando me ha pedido paciencia. Maldito Hugo. Maldita sabandija rastrera y entrometida. Sé que lo ha hecho para meterme miedo. No me conoce en absoluto. ¿De verdad piensa que saldré huyendo porque Lila ha vivido algo terrible? De eso nada. Ella me importa, y, cuando las personas te importan, dejas a un lado tus dudas y vas a por todas; no les das la espalda cuando surge el menor problema.

Pero no quiero que haya un malentendido entre nosotros. Es evidente que Hugo me lo ha contado para desestabilizarme emocionalmente y para que Lila dé por hecho que he estado hurgando en su pasado sin su consentimiento.

¿Por qué todo tiene que ser tan difícil cuando se trata de nosotros?

—¿Puedo coger la última tostada? —pregunta Hugo con falsa inocencia señalando el plato que tengo delante.

—Toda tuya —respondo sin mirarlo.

«Ojalá te atragantes».

—Hoy alguien se ha levantado sin hambre y de mal humor —dice con tono jocoso, y le da un mordisco al pan.

Intento ignorarlo con todas mis fuerzas. A Lila se le da de maravilla y tengo la impresión de que lleva mucho tiempo soportando las pullas sibilinas de Hugo. Es un fantasma. Me he dado cuenta de que cada vez que hace algún comentario malintencionado primero se asegura de que su hermana esté lejos. Estoy convencido de que Jimena no se encuentra al tanto de la verdadera personalidad de su hermano mayor. De lo contrario, la historia sería diferente. Lila se tapa la boca cuando se le escapa un bostezo y luego se sienta a mi lado para servirse una taza de café.

—Buenos días —me saluda.

Tiene los ojos hinchados y cara de cansada. Su pelo se ha convertido en una maraña de rizos dispares. Está preciosa. Un leve rubor se apodera de sus mejillas cuando la miro a los ojos.

—Buenos días.

—Me alegro de que vuelvas a ser la misma de siempre —dice Hugo sin venir a cuento. Los tres estamos sentados en la mesa. Gabi se ha ido a dormir y los demás están a lo suyo. Lila ni siquiera levanta la cabeza de la taza, pero sus hombros denotan tensión—. Te vuelven a gustar las fiestas. No la has conocido en su época de cerrar discotecas, Axel, pero nuestra Lila era toda una juerguista.

—No son ni las once de la mañana —responde ella con voz crispada, y le da un sorbo al café—. Cállate, Hugo.

—¿Ahora te has hecho amiga de Gabi? ¿Qué será lo próximo? ¿Que pases de mi hermana?

—Paso de ti, no de ella.

—Supongo que anoche te fuiste con Gabi porque tu nuevo amiguito pasó de tu culo. —Hugo desvía la mirada en mi dirección—. Debió de ser duro para ti, ¿no? Todos nos dimos cuenta de que se encerró en la habitación para ignorarte. Por eso te largaste a ahogar las penas con Gabi. No sabes cuánto lo siento, Lila.

Lila apoya la taza de café con brusquedad sobre la mesa. Lo atraviesa con la mirada mientras él esboza una sonrisa triunfal que se desvanece en cuanto Lila se gira hacia mí y envuelve mi cuello con sus brazos antes de besarme. «Un segundo, me está… Oh, joder, sí». Sus manos se apoyan con delicadeza sobre la piel de mi nuca y me atrae más hacia sus labios. Tardo tres segundos en reaccionar. Al cuarto, le devuelvo el beso con muchas ganas. La boca de Lila es suave. Sus labios se deslizan por los míos como si fueran un mapa que ya ha recorrido cientos de veces. Porque besarla resulta familiar y excitante. Como subirse por segunda vez a una montaña rusa y reconocer cada curva sintiendo el vértigo en el estómago. Entierro una mano en su pelo y la otra va directa a la parte baja de su espalda, justo tres centímetros por encima de su culo. Es un beso comedido y que a ambos nos deja con ganas de más. En el ambiente flota la promesa de acariciarnos hasta que nos quedemos exhaustos. Pero, por el momento, me conformo con este beso que me está volviendo loco. Su pelo me hace cosquillas en la cara y sus manos pequeñas se deslizan por mis antebrazos. Lo siento todo. Ese olor a manzana que me deja drogado, su boca tomando el control (acabo de descubrir que me encanta que lo haga), su cuerpo pequeño y delgado apretándose contra el mío.

La envuelvo con mis brazos para demostrarle que no quiero dejarla escapar, pero algo me dice que Lila me cree. No hay ni rastro de la

chica indecisa a la que besé por primera vez en aquella playa. En este momento, ella maneja la situación y yo soy el que casi se queda rezagado por el placer. Puede que me haya besado para poner en su sitio a su ex. No me importa. El beso es igual de bueno. He perdido el juicio por completo. Le doy un pequeño mordisco en el labio inferior antes de que sus manos se aflojen y se deslicen por mis hombros. Entiendo lo que sucede cuando se escuchan aplausos a nuestro alrededor. A mí me da igual, pero a Lila parecen intimidarla y apoya sus manos en mi pecho. Tiene los labios hinchados y la mirada nublada por el deseo. Pol, Leo y Jimena nos vitorean. Pongo los ojos en blanco. Lila tiene las mejillas encendidas y musita para que solo yo la escuche:

—Es una faena ser pelirroja.

Me inclino hacia ella y le digo al oído:

—Me encantas. —Le acaricio el lóbulo de la oreja y se estremece—. Eres jodidamente perfecta.

—Si queréis pasar a la segunda fase, os presto mi habitación —dice Pol.

Gabi le da una colleja. No sé de dónde ha salido.

—¿Qué? —se queja acariciándose el cogote—. Solo intento ser de utilidad.

—Les has cortado el rollo.

—¿No estabas dormida?

—He salido a cotillear cuando he escuchado los aplausos. —Gabi le guiña un ojo a Lila—. Y ha merecido la pena. Me voy de nuevo a la cama. Necesito dormir ocho horas o me saldrán arrugas prematuras. ¡Que nadie me despierte!

Lila se acaricia el brazo e ignora la mirada incrédula de Jimena cuando se pone de pie. Se despereza para salir del paso.

—Yo también me voy a la cama. Buenas noches. O buenos días.

Lila desaparece en dirección a su dormitorio y Jimena le pisa los talones. No puedo evitarlo. Levanto la cabeza, miro a Hugo y le guiño un ojo. Pone mala cara, se levanta de un salto y tira la silla al suelo. Leo y Pol fruncen el ceño cuando se marcha.

—¿Y a ese qué le pasa? —pregunta Leo.

—Que está estreñido—responde Pol con tono burlón.

Voy a la cocina a por un vaso de agua y me tropiezo con Lila. Parece igual de sorprendida que yo. Los dos sonreímos y ella se ruboriza. Cuando se pone colorada se le tiñen las mejillas y la punta de la nariz. A mí me parece adorable, pero me abstengo de decirlo en voz alta porque sé que lo pasa fatal.

—Pensé que estabas dormida.

—Jimena no paraba de cotorrear. Ya se ha dado por vencida. Venía a beber agua antes de intentar dormir un par de horas.

—¿Puedo preguntar qué hacías con Gabi?

—Cosas de chicas.

Chasqueo la lengua.

—Me pica la curiosidad —admito, pero lo dejo estar porque no es asunto mío—. Me alegro de que ya os llevéis mejor.

—Y yo. —Lila se me queda mirando y se muerde el labio. Se lo piensa durante un rato antes de decir—: Siento si te ha molestado que te besara para callarle la boca a Hugo. O sea, lo he hecho porque me apetecía. No quiero que pienses que te he utilizado para ponerlo celoso o alguna chorrada sin sentido, porque Hugo no me interesa y…

—Ey. —Acorto la distancia que nos separa y le cojo la mano—. Está todo bien entre nosotros. El beso me ha encantado. Me puedes besar cada vez que tu ex insinúe que no estoy interesado en ti. Es un auténtico placer callarle la boca.

Lila afloja una sonrisa y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿De verdad te puedo besar para poner a mi ex en su sitio?

—Sí.

—¿No estás un poco ofendido?

—Lo único que me ofende es que ese imbécil crea que puede salirse con la suya —respondo con sinceridad—. Si quieres vamos a buscarlo y volvemos a besarnos delante de sus narices. Que se joda.

—¿No te estarás aprovechando de la situación para que te bese de nuevo?

—Puede. —Sonrío de medio lado—. Cualquier excusa es buena para hacerlo.

No puedo contenerme. Levanto el brazo libre y le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja. Entreabre los labios, como si el contacto le hubiera producido un montón de sensaciones. Yo también las noto. Ese calor electrizante que me sacude el cuerpo de la cabeza a los pies.

—Anoche no pasé de ti —le aseguro por si acaso lo había dudado—. Hugo solo busca meter mierda entre nosotros. Me pediste paciencia y por eso me fui a dormir. No quería cagarla porque me gustas mucho.

Lila me aprieta la mano, se pone de puntillas y me besa en la boca. Es un beso corto y delicioso. Contengo el impulso de abrazarla con fuerza cuando se separa de mí.

—Eso que ha dicho Hugo de que antes era una juerguista que cerraba las discotecas es verdad —dice avergonzada.

—No me importa lo que diga. Me importa lo que tú quieras contarme —respondo sin vacilar—. Tu pasado solo te pertenece a ti, pero, si quieres hablar de él, te prometo que estaré a tu lado para escucharte sin juzgar.

A Lila se le cambia la expresión y aprieta los labios formando una

línea tensa. Le acaricio el dorso de la mano para que comprenda que no tiene nada que temer. No sé qué le sucedió, pero jamás saldría huyendo si me abre su corazón.

—Estoy muerta —se excusa, y suelta mi mano.

—Descansa, pequeño hobbit —digo, y no puedo evitar darle un beso en la frente—. Tienes cara de cansada.

Lila se va directa a su habitación y me prometo que haré todo lo que esté en mi mano para recortar ese abismo que nos separa. Hay un montón de incógnitas que me muero de ganas de descifrar, pero lo mínimo que se merece la chica más especial que he conocido en mi vida es paciencia. Y estaré aquí, esperando hasta que decida confiar en mí y me abra su corazón. Al fin y al cabo, nadie dijo que enamorarse fuera fácil.

34

Lila

Apenas he pegado ojo por la mañana, así que me despierto a las tres del mediodía y almuerzo con los demás. Me apetece ir a Thoddoo, una isla local dedicada a la agricultura. Me impresiona que todos se animen cuando lo propongo. No es ninguna sorpresa que Hugo se apunte porque le encanta amargarme la vida. Da igual que tenga novia o que fuera él quien cortó conmigo. Siempre ha tenido la necesidad de controlarme y yo era demasiado débil para pararle los pies. Pero, para bien o para mal, ya no soy la Lila de antes. He cambiado. Y, de no ser por Jimena, hace muchísimo tiempo que él y yo habríamos mantenido una conversación muy incómoda. Tiene suerte de ser el hermano de mi mejor amiga.

Jimena está sentada a mi lado en el *dhoni*. Se alegra sinceramente de que lo mío con Axel, lo que sea que tengamos, siga su curso. Esta mañana la he soportado durante treinta largos minutos en los que se ha burlado de mí por besar a Axel delante de todo el mundo. No sé qué me ha pasado —aparte de lo evidente, las ganas de besarlo—, sentí la necesidad de callar a Hugo cuando empezó a escarbar en mi pasado. ¿Cómo se atreve? En el fondo, tengo la sensación de que estoy traicionando a Jimena por no contarle toda la verdad. Cuando su hermano cortó conmigo, le aseguré que habíamos terminado de buen rollo. Jamás le hablé de lo pequeñita que me hizo sentir durante el año y medio que duró nuestra relación. De los celos y las discusiones constantes. Me encargué de ocultarle lo malo, y Hugo era lo bastante listo para fingir que era el novio perfecto delante de ella y de mis padres.

La isla parece una esmeralda en mitad del mar. Todo es de un verde intenso, pero, al tratarse de una isla local donde viven maldivos, la flora no tiene esa belleza artificial de la nuestra. Aquí todo es salvaje. Los árboles altos y la vegetación espesa. Decidimos alquilar unas bicicletas para recorrer el lugar. Gabi suelta un alarido cuando se tropieza con un enorme murciélago que está durmiendo plácidamente colgado de la rama de una palmera.

—Solo es un murciélago de la fruta —la tranquilizo—. Es inofensivo. Duerme de día y caza de noche. Se alimenta de zumo de fruta.

—Es enorme. —Gabi gira el manillar de su bicicleta y se dirige hacia la orilla de la playa—. Paso de meterme ahí dentro. Este sitio está lleno de animales y bichos.

—Ellos piensan lo mismo de ti, Gabi —responde Pol.

Ella lo manda a la mierda, Pol se ríe y la sigue, alegando que debe cuidar de ella porque solo sabe meterse en líos. Leo pone mala cara cuando se marchan juntos. No hay que ser un lince para entender que Axel cree que lo de Gabi y Pol es inevitable, mientras que Leo está rezando a todos los dioses para que su hermana se fije en otro tipo que no sea el batería de su grupo.

Damos un paseo por la zona. Está llena de vida y refleja el día a día de los maldivos. Hay plantaciones de fruta, dos mezquitas, una escuela, tiendas, restaurantes y varias cafeterías. Es una isla inusualmente grande, repleta de gente sonriente y tímida. Quiero hacer una excursión a una de las plantaciones agrícolas, pero Jimena está cansada y Leo ha perdido el interés desde que su hermana se ha marchado con Pol. Solo quedamos Axel, Hugo y yo. Me dirijo a este último con los brazos cruzados sobre el pecho. No pienso permitir que nos corte el rollo.

—No estás invitado —le informo.

—¿Eres la dueña de la isla? —replica indignado.

Axel se pone a mi lado y lo atraviesa con la mirada.

—Te lo diré de la forma más educada posible. Ya la has oído, lárgate.

Hugo está a punto de protestar, pero Jimena aparece en ese momento y lo agarra del brazo. La pobre no se ha enterado de nada.

—Hugo, acompáñame a esa cafetería. Me muero por probar uno de esos bollos.

Él aprieta los dientes, pero sabe que no puede negarse sin que su hermana desconfíe. Jimena pretende que Axel y yo pasemos tiempo juntos y no tendría mucho sentido que Hugo se sumara a nuestra improvisada cita. Para ella, su hermano siempre será el buen chico que rompió conmigo porque ya no sentía lo mismo. Está deseando que Axel y yo tengamos algo y no piensa desperdiciar la oportunidad de que me quede a solas con él.

Los dos pedaleamos en dirección a la plantación. Un guía local nos enseña el jardín de frutas exóticas y nos explica el funcionamiento de riego por tracción humana de la plantación. Un par de niños corretean a nuestro alrededor y no se dan por vencidos hasta que Axel juega con ellos a la pelota. Se le da fatal. Noto un calorcillo reconfortante en el corazón cuando lo veo divertirse con los niños. Es un grandullón adorable.

—Eres malísimo. —Me parto de risa.

—Lo mío era el baloncesto.

—¿Cuál era tu posición?
—Base.
—¿Y se te daba bien?
—Qué va —responde con sinceridad—. Lo dejé cuando me llevé un pelotazo y se me partieron las gafas. Nunca más. Y me centré en el bajo por aquello de no correr riesgos.
Me gusta cómo le quedan las gafas porque le dan un aire de intelectual que le viene que ni pintado, aunque utilice lentillas a menudo. Dice que le resultan más cómodas para lidiar con la arena, la piscina y el agua de mar.
En esta plantación se cultivan papayas, sandías, maracuyá, melones, plátanos, cocos y calabazas. Señalo los diferentes árboles y comienzo a parlotear sin poder evitarlo. Le explico que esta isla es la responsable de la producción de la mayoría de las frutas y verduras del país. Axel pone cara rara cuando acaricio la flor de una papaya y le cuento que, dependiendo de su crecimiento, pueden ser machos, hembras o hermafroditas. Me percato de lo extraño que ha sonado y aparto la mano de la flor. Jimena diría que soy una rarita. Axel parece divertido a la par que interesado.
—Sabes mucho del tema.
Me encojo de hombros.
—Ya te dije que mis padres tienen una floristería. Juego con ventaja. Lo entenderías si te pasaras ocho horas seguidas escuchando a mi madre hablar de las diferentes variedades de rosas.
—¿Cuáles son?
—Hay más de treinta mil.
—Ah. —Frunce el ceño porque está acostumbrado a ir un paso por delante de los demás—. ¿Te apetece ir a un lugar más tranquilo?
—¿No estarás intentando escaquearte de esos tres niños que vienen corriendo hacia nosotros para jugar contigo?
Axel esboza una sonrisa de circunstancia.
—Puede.
Nos subimos a las bicicletas y pedaleamos por un camino de tierra lleno de baches que desemboca en una *bikini beach*. La playa está desierta y dejamos las bicis apoyadas en una palmera. Axel abre la cesta de mimbre de su bicicleta y me enseña dos chocolatinas Mars. Se me hace la boca agua en cuanto las veo.
—Alguien me ha chivado que te encanta el chocolate.
«Jimena».
—No hace falta que intentes impresionarme, Axel.
—Yo no… —Arruga la frente y se sienta en la arena—. ¿Sabías que antiguamente a las pelirrojas las quemaban en la hoguera?
Me siento a su lado. Nuestras rodillas se rozan.
—Eso es un mito.

—Eres una listilla.
—No más que tú.
—¿Te sigo pareciendo un coñazo de tío?
—No recuerdo haber dicho eso.
—Lo dijiste.
—¿En serio? —Me hago la inocente.
—También que me podrían contratar para ponerle voz a esos documentales que nadie ve.
—Ah, lo recuerdo —respondo conteniendo una sonrisilla—. Tú me dijiste que me podrían fichar para *El club de la comedia*. Donde las dan, las toman.
—Solo te provoqué porque me gustabas.
—Bonita forma de llamar mi atención.
—Mira quién fue a hablar. La que jamás entra al trapo.
—Si no hubiera entrado al trapo…, no te gustaría.
—Cierto.
—¿Entonces debo llevarte la contraria para llamar tu atención?
—Qué va. Eso era al principio, cuando pensaba que eras odiosa.
—¡Eh!
Le doy un empujón y lo pillo desprevenido. Axel termina tirado bocarriba en la arena y yo encima de él. Intento hacerle cosquillas, pero no lo consigo. Me agarra de las muñecas y coloca mis brazos alrededor de su cuello.
—Mejor así —murmura con voz ronca rozándome la barbilla con la boca—. Ya no pienso que seas odiosa.
—Qué halagador.
—Es la primera vez que me siento así.
—¿Cómo?
—Así de jodidamente bien, Lila.
Me mira a los ojos. Me dejo caer despacio sobre su pecho hasta que mi boca se aplasta contra la suya. Me estremezco de placer cuando sus labios acarician los míos. Solo es un tímido roce. Una caricia superficial que me provoca un huracán cálido en el centro del vientre. Cada vez que pienso que estoy empezando a acostumbrarme a sus besos, Axel me demuestra que no estoy preparada para las sensaciones que me despierta. Sus brazos fuertes envuelven mi cintura. Me encanta cómo me toca. Creo que me gusta demasiado porque esto que siento no debe de ser muy bueno para mi salud mental. Lo necesito dentro de mí. Quiero hacerlo con él en esta playa. Lo deseo tanto que me duele todo el cuerpo. Su erección presiona mis muslos. Ambos jadeamos. Axel se aparta un poco de mí y estoy a punto de rogarle que no lo haga. Apoyo mi frente sobre la suya durante unos segundos y luego los dos nos tumbamos en la arena, muy cerca el uno del otro.
—Háblame de ti —le pido con voz trémula.

—¿Qué quieres saber?
—No lo sé. Todo. Lo que quieras contarme.
—A los dieciocho empecé la carrera de Traducción e Interpretación, pero lo dejé porque no podía estudiar de manera presencial mientras empezaba a tocar con el grupo. Aquel contrato discográfico me pilló desprevenido. Pero no quería dejar la universidad, así que decidí estudiar Filología Inglesa a distancia.
—¿Eres filólogo inglés? —pregunto sorprendida—. Pensé que habías terminado la carrera en el conservatorio. Pol me ha contado que sabes tocar varios instrumentos y que allí te consideraban un cerebrito.
—¿Hablas de mí con Pol? —pregunta con tono socarrón.
Me ruborizo sin poder evitarlo. Hasta ahora no había sido consciente de que, a veces, Pol desviaba la conversación hacia Axel para contarme sus virtudes. Ahora entiendo que solo me hablaba de él porque sabía que nos gustábamos. Pol es un gran amigo.
—No te hagas ilusiones —respondo haciéndome la dura—. Pol y yo hablamos de muchos temas.
—Ajá.
—¿Cómo fuiste capaz de terminar la carrera a distancia y tu formación en el conservatorio mientras trabajabas con el grupo? —pregunto impresionada—. Debió de ser muy difícil.
—Me gusta tener la mente ocupada —responde con naturalidad—. Y se me dan bien los idiomas.
No puedo creer que no se dé más importancia. Yo en su lugar estaría orgullosa de haber conseguido todo lo que se ha propuesto. Siento un pellizco de decepción de mí misma. A su lado soy un fracaso. Abandoné los estudios de música porque me sentí absolutamente superada por la tristeza y la culpa.
—¿Qué te pasa? —pregunta con tacto.
Soy una persona transparente a la que se le notan todas las emociones en la cara. Lo de ser pelirroja es una faena. No pienso hablar de mi escasa formación con Axel porque me siento intimidada. Por eso cambio de tema.
—Me preguntaba cuántos idiomas hablas.
—Euskera, inglés, francés e italiano —enumera de carrerilla—. Y lo intenté con el japonés, pero no hubo manera.
—¡Lo dices como si fuera fácil!
—Creo que, cuando te crías hablando dos lenguas, luego es más fácil aprender otro idioma. —Le resta importancia—. Y siempre he tenido facilidad para las letras, pero soy malísimo en ciencias.
—«Yūgen» es japonés —adivino—. ¿Tú le pusiste el nombre al grupo?
—Fue una elección de todos. —Se quita mérito—. Gabi sugirió que podía buscar alguna palabra en uno de mis diccionarios.

—¿Qué significa?

—Es una de las palabras más hermosas del japonés. Su traducción no se puede hacer de forma literal. Los japoneses la utilizan para apreciar la belleza y el arte a través de la evocación. El significado que más me gusta es: «Un sentido profundo y misterioso de la belleza del universo».

—Es un buen nombre para un grupo —admito maravillada—. Dime algo en japonés.

—Apenas sé cuatro palabras.

—Lo que sea.

Axel frunce el ceño y permanece pensativo durante unos segundos.

—*Nihongo wo hanasemasen*.

—¿Qué has dicho?

—«No sé hablar japonés».

—¡Pensé que me ibas a hacer un cumplido!

—No necesito hablar japonés para hacerte un cumplido. —Axel me acaricia la mejilla con el pulgar—. Eres absolutamente preciosa, lista y divertida. Tienes un único hoyuelo en la mejilla izquierda y cuando te enfadas arrugas la nariz de una forma muy adorable. Me encanta cómo te huele el pelo. Podría estar horas escuchándote hablar de las diferentes variedades de flores. Tienes mucha inteligencia emocional y siempre haces todo lo posible para que Hassan se sienta cómodo, incluso si eso incluye probar comida que no tiene muy buena pinta. Me gusta que no me sueltes la mano mientras buceamos y el brillo infantil de tus ojos. Nunca había conocido a nadie tan increíble como tú.

Un intenso rubor se apodera de mi cara. Axel me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y luego deja caer la mano para apoyarla en mi cadera. Noto el tacto de sus dedos por encima de la tela del vestido.

—Me gustan tus manos —digo sin pensar—. Son muy grandes.

—Eres la primera persona que le hace un cumplido a mis manos.

—Porque pienso en todas las cosas que puedes hacerme con ellas.

Se le cambia la expresión. Intenta mantener la compostura, pero el bulto de sus pantalones lo traiciona. Se aparta un poco de mí, como si tuviera miedo de sí mismo. Mi rodilla le roza el muslo y él contiene el aliento.

—No digas esas cosas, Lila —dice con voz grave.

—¿Por?

—Ya sabes por qué.

Me muerdo el labio. Me gusta verlo tan afectado. Me encanta saber que tengo cierto poder sobre él y que nuestra atracción sexual es tan fuerte como creía. Pero lo dejo pasar porque sé que Axel está haciendo un gran esfuerzo para contenerse.

—Cuéntame más cosas de ti.
Axel enarca una ceja.
—¿Más?
—Sí —respondo con curiosidad.
—Me crie con mis abuelos.
—¿Por qué?
—Mis padres murieron cuando yo tenía nueve meses.
El impacto de sus palabras me obliga a sentarme. Axel permanece un rato tumbado hasta que se incorpora y mantiene la vista clavada en el mar. Ni siquiera me atrevo a tocarlo porque no sé qué contestar. No me lo esperaba.
—Debería decir que lo siento —musito avergonzada—. Pero en realidad no sirve de nada que lo sienta. Creo que solo es un formalismo que tenemos aprendido porque no sabemos qué decir en estas situaciones. Perdona, no tendría que haberte preguntado.
—No pasa nada. Me has pedido que hablara de mí y te lo he contado porque he querido.
—¿Tuviste una infancia feliz?
—Sí —responde sin vacilar—. Fui muy feliz. Nunca me faltó nada con mis abuelos. Me sentí querido y a salvo con ellos. Como cualquier otro niño que se ha criado con sus padres. Nunca advertí la diferencia, excepto si alguien sacaba el tema. —Me muerdo el labio porque me siento culpable y él hace un gesto con la mano para que lo olvide—. Los quiero con locura. Lo son todo para mí. A lo mejor parezco frío o insensible por lo que voy a decir, pero nunca he echado de menos a mis padres porque no llegué a conocerlos. Supongo que habría sido diferente si hubieran fallecido cuando yo era mayor, pero lo único que sé de ellos es por boca de mis abuelos.
—No eres frío ni insensible.
—¿No? —pregunta agobiado.
—En absoluto.
«Eres generoso, amable y me estoy enamorando de ti».
—A veces pienso que lo soy. No me gusta hablar del tema. Mis amigos creen que es porque me afecta, aunque en realidad es porque me siento como una mierda admitiendo que no los echo de menos. No extraño a mis padres y no sé cómo sentirme al respecto. Sí he echado de menos tenerlos porque supongo que eso te marca de algún modo, pero mis abuelos siempre estuvieron a la altura. El único miedo que tengo en la vida es que me falten el día de mañana. No estoy preparado para vivir sin ellos.
—Te entiendo —musito, y me mira con curiosidad—. La vida no nos prepara para dejar ir a las personas que amamos. Tenemos que encargarnos de reconstruirnos pedazo a pedazo. Nunca vuelves a ser la misma persona cuando un ser querido muere. Creo que se lleva una

parte de ti y que debes aprender a sobrevivir con su ausencia.

—También has perdido a alguien.

—A mi mejor amigo.

—Lucas.

Cuando pronuncia su nombre, siento que voy a desmoronarme, pero para mi sorpresa continúo allí, sentada en la playa con el chico que me gusta. La sensación es tan inesperada como reconfortante. Y no tengo ganas de irme a ningún lado.

Axel no me presiona para que hable de Lucas. Le dije que él era mi alma gemela. Entiende mi dolor y lo respeta. Entre nosotros se hace un silencio que no es incómodo. Me gusta la sensación de ser capaz de disfrutar del silencio en compañía de otra persona. Porque a veces los silencios significan tanto o más que un puñado de palabras. No sé cuánto tiempo pasamos allí, observando el mar, hasta que dice:

—¿Te puedo contar una cosa? Es algo que jamás le he contado a nadie. Ni siquiera a Leo.

—Claro —respondo nerviosa de que confíe a ciegas en mí.

—Cuando tenía cinco años, mi abuelo se cayó por las escaleras y estuvo un tiempo ingresado en el hospital. Mi abuela hacía lo que podía para visitarlo y encargarse de mí. Fue una época bastante complicada. Entonces me di cuenta de que mis abuelos no eran tan invencibles como creía. Y un día me peleé con un compañero de clase que me dijo delante del resto de niños: «¿Qué pasará contigo cuando tus abuelos la palmen? ¿Te meterán en un orfanato?». Me puse hecho una furia. Para mí no existía esa posibilidad.

Axel sacude la cabeza y noto que le brillan los ojos. Entiendo perfectamente que ama con todo el corazón a sus abuelos. Para él son sus padres y sabe que es ley de vida que le falten demasiado pronto. Le doy la mano.

—Entonces el hermano de mi padre apareció de repente en mi vida. Lo había visto tres veces contadas en cinco años. Me dijo que lo mejor para mí era que me fuera con él a vivir a Escocia. Estuve dos semanas llorando antes de que se diera por vencido —me explica con tono apagado—. No lo vi de nuevo hasta que firmamos el contrato con la discográfica. Estaba a punto de perder su casa y me pidió dinero. Pensé que sería una buena oportunidad para retomar nuestra relación. Estaba acojonado, la verdad. Desde los cinco años vivo con el miedo de que mis abuelos me falten porque me quedaré solo en el mundo. Sé que parece que voy a mi bola, pero en el fondo me aterra la soledad. Así que le di el dinero y di por hecho que podríamos tener una relación de tío y sobrino. No he vuelto a saber nada de él. Desapareció del mapa. Y comprendí que, a partir de ese momento, se me acercarían un montón de interesados. Más me valía estar alerta y ser desconfiado si no quería que me hicieran daño otra vez. Respecto a la

fama, no es oro todo lo que reluce.

Entrelazo mis dedos con los suyos.

—Lo siento, Axel.

Se inclina hacia mí y pone la mano en mi mejilla.

—Lo que pretendo decirte es que estoy intentando ser menos desconfiado porque quiero que lo nuestro funcione —dice con suavidad—. Estoy cansado de estar solo y fingir que no me importa, Lila.

El corazón me da un vuelco cuando Axel me besa. Y todo deja de existir a nuestro alrededor. El rumor de las olas. La suave brisa marina. Los pájaros que cantan. Incluso el crujido de una rama que acabo de escuchar hace un segundo y que procede de la selva. Porque lo único que puedo pensar es que también estoy cansada de estar sola, y que la vida me parece más emocionante si le doy una oportunidad a lo que siento por Axel.

35

Axel

Estamos jugando al *Party & Co* por parejas. Como somos impares, Leo se ha erigido en juez porque supuestamente es el más imparcial, pero se decanta por su hermana pequeña cada vez que esta hace trampas o responde fuera de tiempo. Gabi ha elegido a Pol, Jimena se ha puesto con Hugo y Lila y yo vamos en cabeza. No tenía ni idea de que pudiera ser tan competitiva. Me lo estoy pasando genial viéndola discutir con Pol porque él ha intentado chivarle la respuesta a Gabi.

Mi amigo se pone a cuatro patas y levanta la pierna izquierda. Saca la lengua y comienza a olfatear el suelo. Gabi se queda pensativa mientras Pol pone cara de exasperación.

—*¡101 dálmatas!* —exclama Gabi.

Pol sacude la cabeza. Apenas le da tiempo a hacer otro movimiento cuando Gabi dice:

—*¡El rey león!*

Pol resopla y se señala a sí mismo. Luego finge tener un rabo y se sienta sobre las imaginarias patas traseras.

—*¡Balto!*

Mi amigo se tapa la cara con las manos. Está al límite de su paciencia. Intento aguantarme la risa porque creo que ya he adivinado la película.

—Pero eres un perro, ¿no?

—¡Sí, Gabi! Soy un puto perro —responde Pol irritado.

Leo toca la bocina.

—¡Sin hablar! Un punto menos.

Pol va a abrir la boca para protestar, pero se lo piensa mejor y extiende los brazos. Gabi frunce el ceño cuando él finge estar comiendo. No lo hace del todo mal. Lila ladea la cabeza y susurra a mi oído: «La escena de los espaguetis». «Exacto», respondo en voz baja. Los dos sonreímos porque vamos ganando. Estamos muy compenetrados y apenas necesitamos pronunciar una palabra o hacer un par de movimientos para que el otro adivine la respuesta.

—*¡Una pareja de tres!* —grita Gabi, y comienza a ponerse nerviosa cuando su hermano enumera la cuenta atrás—. *¡Hachiko! ¡Un chihuahua en Beverly Hills! ¡Pocahontas!*

—¡Tiempo! —sentencia Leo.

—*¿Un chihuahua en Beverly Hills?* —protesta Pol hecho una furia—. ¿En serio, Gabi? ¡Estaba haciendo la escena de los espaguetis! Soy Golfo en *La dama y el vagabundo.*

—¿La escena de los espaguetis? —replica Gabi igual de indignada que él—. He visto esa película cientos de veces y te aseguro que tu imitación no vale un duro. No parecía que estuvieras comiendo espaguetis. Parecía que eras un chucho rebuscando en el cubo de la basura.

—¿Y por qué has dicho *Pocahontas*? ¡Era un perro!

—Porque sale uno. Yo qué sé, estaba desesperada. ¡Eres malísimo jugando a la mímica!

—¡La culpa ha sido tuya! Lo he bordado. ¿A que sí, Axel?

Le doy un trago a la cerveza para no contestar. Cada vez que me inmiscuyo en una de sus peleas salgo escaldado. He aprendido la lección. No, gracias. Que se las apañen solos.

—¡Solo me he puesto contigo porque has presumido de lo bien que se te da jugar al *Party & Co!* —le grita Gabi—. De lo contrario, habría elegido a Axel. Él es el listo.

—¡Soy bueno jugando al *Party & Co!* —Pol se da un par de golpes en el pecho—. Pero pasa que no has tenido infancia y no sabes diferenciar entre todas las películas de Disney en las que aparecen animales. Y, para que lo sepas, Axel no se iba a poner contigo porque ya había elegido a Lila.

—Axel, dile algo —me exige Gabi.

—Algo —respondo.

Los dos se vuelven a enzarzar en otra discusión. Lila se tapa la boca para aguantarse la risa. Jimena está intentando consolar a su hermano porque van los últimos. Si acertamos esta pregunta, ganamos la partida. Sé que es una tontería, pero estoy deseando machacar a Hugo, alias el Ex Despechado, para ponerlo en su sitio. Un comportamiento inmaduro, ridículo e impropio de mí. «Dios, cómo lo estoy disfrutando».

—¡La pregunta decisiva! —dice Leo con tono de presentador de concurso de televisión—. Axel y Lila, ¿estáis preparados?

Nos miramos de reojo y asentimos. Hugo refunfuña que tenemos mucha suerte y que seguro que nos toca una pregunta muy fácil. Pol y Gabi dejan de discutir y cruzan los dedos para que fallemos.

—¿Cuánto duró la Guerra de los Cien Años? —pregunta Leo—. Opción A: Cien años. Opción B: Ciento cinco años. Opción C: Ciento dieciséis años. Opción D: Ciento veinte años.

—¡Ciento dieciséis años! —gritamos al unísono.

—¡Axel y Lila ganadores! —exclama Leo—. Un fuerte aplauso para los campeones del primer torneo extraoficial de *Party & Co* en la isla de Naladhu. Pol, Gabi, no seáis malos perdedores.

—Enhorabuena —murmura Gabi con la boca pequeña—. Dadle las gracias a Pol. Os ha puesto la victoria en bandeja.

—¿Perdona? —responde él—. Si no sabías quién fue el primer presidente de los Estados Unidos.

Gabi lo atraviesa con la mirada.

—Es de mala educación echar los errores en cara, Pol.

—¡Has empezado tú cuando me has llamado perdedor por fallar la pregunta sobre Winston Churchill!

—No lo decía en serio —responde Gabi con desdén—. Estaba furiosa porque íbamos segundos. Todo el mundo sabe que no hay nada peor en esta vida que ser un segundón. Pero, ahora sí, eres oficialmente un perdedor.

—¡Tú también lo eres!

—Todo lo malo se pega.

Pol coge el bote de kétchup que hay encima de la mesa. Gabi se sobresalta y consigue esquivar la trayectoria del chorro. Entonces, como son tal para cual, ella agarra el bote de mostaza y lo apunta hacia él. Leo les ordena que paren y otro chorro de kétchup sale despedido hacia su cara e impacta en su ceja. Pol adopta una expresión de fingida inocencia y le dice que se ha interpuesto entre él y Gabi. Leo se pone hecho una furia y su hermana se parte de risa. Entonces mi amigo coge el bote de mahonesa y se une a la inesperada pelea de salsas. Alguien me da la mano y tira de mí en dirección a la puerta.

—¡Huyamos! —me ordena Lila como si estuviéramos en una película de acción—. No quiero terminar oliendo a perrito caliente.

Salimos de la casa y Pol tiene la poca vergüenza de perseguirnos con el bote de kétchup. Lila y yo corremos por la playa como alma que lleva el diablo.

—¡Estamos desarmados! ¡No es justo! —grita ella mientras se va riendo.

Una salpicadura de kétchup me roza el hombro. Acelero el ritmo y tiro de Lila para que no se quede rezagada. Echo un vistazo por encima de mi hombro. Pol nos está alcanzando y tiene cara de mala leche.

—¡Pol, deja de hacer el idiota! —le ordeno sin dejar de correr.

—Quiero daros la enhorabuena por vuestra victoria. Sois un par de empollones insufribles. ¡Tal para cual! ¡Aaah!

De repente, Pol se cae en la arena. Lila y yo nos damos la vuelta para comprobar que Gabi se le ha tirado encima. Le está llenando la cara de mostaza y se ríe como si fuera Maléfica. Pol intenta defenderse, pero en las peleas físicas la pequeñaja siempre tiene más malicia y jamás juega del todo limpio. Es una escena surrealista y digna de ser observada. Lila y yo nos quedamos paralizados y

enarcamos las cejas.

—Como el perro y el gato.

—Los perros y los gatos tienen límites —respondo—, pero estos dos…

De pronto, comienza a llover. Al principio son cuatro gotas inofensivas que rápidamente se convierten en un monzón torrencial y de vientos huracanados. Estamos en mitad de la playa y necesitamos buscar un lugar para cobijarnos. Gabi y Pol regresan con el resto y desaparecen de nuestra vista. Ni siquiera me lo pienso cuando entrelazo mi mano con la de Lila y huimos en dirección a una casa que nos pilla más cerca. Nos refugiamos en el porche y ella comienza a temblar. El buen tiempo ha dado paso a un cielo plomizo y cargado de nubes. Giro el pomo y la puerta se abre. Asomo la cabeza dentro de la casa y grito:

—¡Hola! ¿Se puede? —No recibimos respuesta. Todo está a oscuras. Parece que nadie se aloja aquí. Lila niega con la cabeza, pero me encojo de hombros y entro—. Estás helada. Pasa. Buscaré una toalla para que te seques.

—No deberíamos entrar. Esto está mal.

—Peor está calarse hasta los huesos.

Entro y pulso el interruptor de la luz. Es muy parecida a la nuestra. Tal y como esperaba, no está ocupada y no vamos a molestar a nadie. Me dirijo a la primera puerta que encuentro cerrada. Es el baño. Cojo un par de toallas limpias y le ofrezco una a Lila, que observa el lugar con recelo.

—No creo que a los dueños del resort les importe —la tranquilizo—. De todos modos, le diré a Hassan que hemos estado aquí.

Lila se envuelve en la toalla. Me dirigía a la cocina para comprobar si puedo preparar algo caliente para beber, pero un enorme piano de cola blanco colocado en el centro del salón llama antes mi atención. Es como dejar una chuchería a la puerta de un colegio. No puedo evitarlo. Cambio de dirección y Lila pronuncia mi nombre. El piano está colocado frente a unos enormes ventanales que dan a la playa. Las gotas de agua repiquetean con fuerza contra los cristales. Lila vuelve a llamarme, esta vez con un tono de voz grave, cuando paso la mano por el atril. Se queda en el umbral y se cruza de brazos cuando me siento en la banqueta y extiendo los brazos.

—No es buena idea —dice con voz apagada.

—Es un modelo Steinway C-227, idéntico al que tenían en el conservatorio en el que estudié —le explico, y ella aprieta los labios en una fina línea de disgusto—. Hice el grado superior en la especialidad de bajo eléctrico, pero el piano se me da bastante bien.

—Genial. Y ahora bájate de ahí. Es un instrumento muy delicado y podrías dañarlo.

No puedo evitarlo. Mis dedos se apoderan del teclado y toco una de las partituras que me sé de memoria. No lo hago para impresionar a Lila. La música siempre ha vivido dentro de mí. Se instaló en el preciso instante en el que mi abuelo me regaló la guitarra de mi padre y descubrí todo un universo de sonidos. Mi vida sin música sería como un lienzo en blanco. Me ha acompañado durante los momentos más complicados y me ha ayudado a mostrarme al mundo. La música es la armonía que rompe los silencios incómodos.

Lila cierra los ojos y se tensa cuando comienzo a tocar «Canción de cuna», de Johannes Brahms. Me dejo llevar mientras mis dedos se deslizan con facilidad por las teclas. De repente, Lila está a mi espalda y pone su mano sobre mi hombro.

—Para, por favor —dice en voz baja.

—¿Qué pasa? —pregunto contrariado.

—No deberías tocar algo que no es tuyo.

—Lo tienen aquí para los turistas. —Le resto importancia—. Incluso está afinado. No es para tanto.

—Sí lo es.

—No creo que les importe —respondo sin saber a qué viene tanto drama. Solo quería tocar un poco el piano porque me encanta y lo tienen ahí muerto de risa, pero la expresión de Lila es una máscara de dureza en la que se atisba un destello de dolor que no comprendo. Intento bromear para rebajar la tensión que acaba de formarse entre nosotros—. Ha estado bastante bien. Creo que mi profesor de piano estaría orgulloso de mí.

Lila resopla.

—No ha sido para tanto.

Enarco una ceja.

—¿Perdona?

—Te has saltado un par de notas.

Frunzo el ceño y me quedo pensativo. ¿Me he saltado un par de notas? No me he dado cuenta. Y, en ese caso, ¿cómo lo ha sabido ella?

—No me he saltado ninguna nota.

—No está nada mal para un bajista —dice con suavidad—, pero el piano es un instrumento muy difícil.

—¿Dónde ha estado el fallo? —insisto enfurruñado. El músico perfeccionista que hay dentro de mí no puede dejarlo pasar. Estoy a punto de repetir la partitura cuando Lila me agarra de la muñeca. Luego me suelta y se limita a hacer un movimiento sutil con los dedos en el aire. Entonces descubro dónde está el fallo y abro los ojos de par en par—. ¿Sabes tocar el piano?

Lila se lo piensa antes de responder. Luego se limita a encogerse de hombros.

—Sí.

—¡Sabes tocar el piano! —repito desconcertado, y ella gira la cabeza con brusquedad para evitar mi mirada—. ¿Por qué no me lo habías contado? No eres una principiante. Se te debe de dar muy bien si te has percatado de ese fallo.

—Más que bien —masculla con un deje de suficiencia, y luego se muerde el labio—. En serio, vamos a dejar el tema. Hace mil años que no toco.

—¿Por eso no querías que lo tocara? —pregunto con tacto.

Lila me da la espalda. Me pongo de pie y la observo sin saber qué hacer. Algo me dice que es una gran pianista. Me gustaría oírla tocar, pero su expresión corporal me informa de que no es una buena idea sugerirlo siquiera. Por alguna razón, ha enterrado su talento. Y me encantaría saber por qué.

—No soporto escuchar el sonido del piano —musita con un hilo de voz—. Llevo tres años sin acercarme a uno. Siento haberme puesto un poco borde. Me supera, eso es todo.

—No lo entiendo…

—No hay mucho que entender —responde apenada—. Si le preguntas a Jimena, te dirá que he echado a perder mi talento, pero la verdad es que desde hace tres años no puedo acercarme a un piano. Antes lo era todo para mí. Desde los siete años. A los dieciocho aprobé el examen para iniciar el grado superior en el conservatorio, pero entonces…

A Lila se le quiebra la voz. Sus hombros se vienen abajo y se le escapa un sollozo. Me siento como una mierda por haber sacado el tema. Ni siquiera me atrevo a tocarla. Me limito a bajar la tapa frontal para ocultar el teclado, como si así pudiera retroceder en el tiempo. Ojalá fuera capaz de viajar al pasado para conocer a la chica de dieciocho años que se convirtió en la pelirroja de la que me estoy enamorando.

36

Lila

Me da vergüenza llorar en público, pero últimamente parece que es lo único que sé hacer cuando estoy cerca de Axel. A veces tengo la impresión de que ha abierto mi caja de Pandora, y en ella hay demasiados recuerdos dolorosos mezclados con el miedo y la culpa. No he podido contenerme. Axel es un gran bajista, pero como pianista no deja de ser del montón, lo cual es mucho decir teniendo en cuenta que lo suyo son los instrumentos de cuerda.

Está detrás de mí. Lo veo reflejado en el ventanal. Su expresión preocupada me hace sentir fatal. Respiro profundamente y me limpio las lágrimas antes de darme la vuelta.

—No es tu culpa. No podías saberlo —digo con voz queda—. Se me da genial estropearlo todo. Lo siento. Tienes derecho a tocar ese piano si quieres. Es que… no puedo soportarlo. Es superior a mí. No espero que lo entiendas, Axel, pero…

Las palabras se quedan atascadas en mi garganta. No se lo puedo contar porque me aterra su reacción. Es imposible que una persona no te juzgue cuando tú lo haces constantemente contigo misma.

—Eh, da igual. —Axel fuerza una sonrisa, pero su mirada inquieta lo traiciona—. ¿A quién le importa ese piano?

«A mí, por desgracia».

Me quita la toalla húmeda y me envuelve con otra seca. Lo hace con suma ternura y eso solo me provoca más ganas de llorar. Es curioso, a veces solo necesitamos que alguien nos tienda una mano para dejar de hacernos los fuertes y venirnos abajo. Tengo los ojos vidriosos cuando me mira. Me frota los brazos para que entre en calor.

—Cuéntamelo cuando estés preparada —dice con suavidad—. Si te apetece.

—No puedo. Tengo miedo —respondo con un hilo de voz—. No quiero que me odies más de lo que me odio a mí misma.

—No podría odiarte —contesta con delicadeza, y luego mueve la cabeza como si me hubiera vuelto loca—. ¿No te das cuenta? Ya estoy medio enamorado de ti.

«Ay, Dios. Acaba de pronunciar esa palabra». Mi corazón late tan deprisa que parece que se me va a salir del pecho. Entonces frunzo el ceño.

—¿Medio?

—Sí, la otra mitad la reservo para cuando regresemos a España y te metas dentro de esa cabeza tan dura que eres tan increíble como yo te veo.

—¿Qué pasará cuando volvamos? —pregunto indecisa.

—Que viajaré a Madrid más a menudo y no solo será por trabajo —dice de carrerilla. Entonces me dedica una mirada esperanzada—. Si tú quieres.

«Quiero».

Axel no espera mi respuesta. Ladea la cabeza y sonríe con sinceridad. Es una de esas sonrisas vulnerables que va directa a mi corazón. Levanta el brazo y me acaricia la mejilla. Su otra mano se entierra en mi pelo. Me mira a los ojos.

—Odiarte nunca ha entrado en mis planes. Enamorarme de ti tampoco. Pero lo segundo creo que es inevitable.

La toalla se cae al suelo cuando Axel me besa. Todo sucede a tal velocidad que soy incapaz de procesarlo. Me coge en brazos y se me escapa un grito de sorpresa. Agarra mi trasero y rodeo su cintura con mis piernas. Me lleva hasta un rincón del salón en el que hay un sofá. Está a punto de sentarme cuando tiro de su camiseta para que se tumbe conmigo. Apoya las manos para no aplastarme. Su boca se desliza por la mía y eso basta para que mi cuerpo se estremezca.

—No puedo pensar en otra cosa que no sea estar dentro de ti.

«Dios».

—Pídeme que pare si voy muy deprisa —añade con tono ronco—. Solo llegaré hasta donde quieras que llegue.

—Vale.

Axel está a punto de volver a besarme, pero para mi consternación se queda a dos centímetros de mi boca. Me mira indeciso y cierra los ojos con fuerza.

—No quiero que parezca que estoy aprovechando una situación en la que te sientes vulnerable para…

—Lo pillo.

—Y si en algún momento sientes que esto es…

—¿… demasiado bueno? —lo interrumpo mordiéndole el labio.

—Si quieres parar, solo dímelo, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Estás segura de esto?

Lo atraigo de la camiseta para besarlo. Axel suelta un gruñido de satisfacción antes de responder a mi beso. Tiene una mano apoyada en mi cadera y la otra en mi nuca, que se enreda en un mechón de pelo. El sofá es diminuto y separo las piernas para dejarle espacio. Se me escapa un gemido cuando el bulto que hay dentro de sus pantalones me roza el interior del muslo. Solo ha sido un contacto efímero, pero

ambos respiramos con dificultad. Nos separamos para coger aire antes de volver a besarnos. Ahora el beso es más oscuro y primitivo. Alterna besos cortos con pequeños mordiscos. Me enloquece cuando desliza la boca por mi cuello y me va regalando besos aquí y allá. Estoy segura de que nota mi pulso acelerado. Lo mucho que lo deseo. Y, aun así, se las apaña para ir despacio mientras me hace disfrutar.

Estoy tan excitada como nerviosa. Hace más de dos años que no me acuesto con ningún chico. Sin embargo, tengo muchísimas ganas de dar este paso. Las caricias de Axel tampoco me ayudan a pensar con claridad. Sus manos sobre mi piel me nublan el juicio. Tengo tanto calor que parece que voy a derretirme. Mete una mano bajo el vestido y me acaricia el muslo. Luego asciende lentamente hasta llegar a mi abdomen. Soy como una tetera a punto de explotar. Sus caricias son la mejor droga que he probado en mi vida. Siento que estoy al límite de mi cordura cuando su dedo índice dibuja círculos alrededor de mi ombligo. Apenas soy consciente de lo que hago cuando alargo el brazo y le toco la erección por encima de la ropa.

—Qué bueno… —murmura con voz ronca.

Me besa al mismo tiempo que su mano asciende por mi vientre. Me acaricia por encima del vestido y mis pezones se endurecen. Luego me da un beso en la base del cuello. Me toca una y otra vez en cada uno de mis puntos débiles. Me atormenta hasta que le suplico que no pare.

—¿Quieres esto? —pregunta mordiéndome el lóbulo de la oreja.

Axel me pide permiso con la mirada antes de soltar las tiras del vestido que llevo atadas a los hombros. No siento ni una pizca de vergüenza cuando me quito la parte superior del biquini y se me queda mirando durante un largo rato en el que contengo la respiración. No tengo que preguntarle si le gusta lo que ve. Siempre me hace sentir preciosa porque me mira como si no hubiera nada más en el mundo. Pero esta mirada es diferente. Lo sé cuando sus ojos se oscurecen.

—Yo también quiero verte —digo, y no sé de dónde he sacado la fuerza para pronunciar esa frase en voz alta.

Axel aparta la mirada de mis pechos con dificultad. La nuez de su garganta sube y baja. Su brazo derecho me roza el costado antes de agarrar mis muñecas y llevarlas hasta su camiseta. Mis manos se apoyan en su abdomen.

—Soy todo tuyo. Haz lo que quieras conmigo.

Le saco la camiseta por la cabeza y luego él me baja el vestido hasta las caderas. Desnudos de cintura para arriba, nos limitamos a observarnos el uno al otro. Tiene una espalda ancha y musculosa. El abdomen marcado y con un sendero de vello castaño que se pierde bajo la cinturilla de sus pantalones. Se me seca la boca. Lo acaricio con pulso tembloroso y él deja escapar el aire que estaba conteniendo.

Axel coge mi mano y me besa los nudillos, como si no pudiera soportarlo más. Entonces agacha la cabeza y su boca captura uno de mis pezones mientras su mano me aprieta el otro pecho con la presión perfecta. Es una tortura deliciosa. Se le da de maravilla y no quiero saber a cuántas chicas se lo habrá hecho. Arqueo la espalda y entrecierro los ojos.

—Eres como un sueño —murmura.

Se me escapa una risilla nerviosa que se mezcla con un gemido. Axel presiona su erección contra mis muslos y ambos respiramos con dificultad. Me aparta el pelo de la cara y enrosca un mechón en su dedo.

—Quiero hacer esto contigo todos los días de mi vida —dice, y pierdo por completo la poca cordura que me queda—. Absolutamente todos. Te lo juro.

Me baja el vestido y me acaricia por encima de la braguita del biquini. Estoy mojada y caliente. Me muerdo el labio cuando apoya la mano en mi pubis. Siento que voy a estallar de placer y él todavía no…

Me tapo la cara con las manos en el momento en el que echa a un lado la tela y me acaricia la hendidura con un dedo. Mi respiración se convierte en una mezcla de gemidos entrecortados. Su brazo izquierdo me abraza el muslo y separa mis piernas con un suave tirón. Me muerdo el labio cuando apoya el pulgar en esa parte tan sensible. Aparto las manos de la cara para mirarlo a los ojos. Axel tiene las pupilas dilatadas y está completamente excitado. Me tiemblan las piernas en cuanto me penetra con un dedo. Estoy apretada y un poco dolorida. Inclina la cabeza para mirarme con cierta reserva, pero le desbrocho la bragueta. Se tensa cuando meto la mano dentro de sus calzoncillos y le acaricio la erección. Estoy a punto de preguntarle si lo estoy haciendo mal cuando cierra los ojos y gime.

—No pares, Lila.

No tengo la menor intención de detenerme. Nos masturbamos el uno al otro. La tensión inicial da paso a un montón de sensaciones increíbles. Mi cuerpo se acostumbra a sus dedos y me pregunto cómo me sentiré al tenerlo dentro. Pero esta noche, en este sofá, para mí es suficiente con esto.

Axel se corre medio minuto después de que yo llegue al orgasmo. Se tumba a mi lado y permanece inmóvil, con el pecho subiendo y bajando hasta que su respiración vuelve a la normalidad. Entonces se incorpora para ir al baño y regresa al cabo de un par de minutos con una manta que huele a suavizante. Ni siquiera tengo que pedirle que me abrace. Se tumba bocarriba y me envuelve con un brazo para que me recueste sobre su regazo. Cuando apoyo la mejilla en su pecho, escucho los latidos acelerados de su corazón. Me acaricia la parte baja

de la espalda con un dedo y entro en una especie de trance. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero de repente me despierto sobresaltada.

—¿Me he quedado dormida? —pregunto alterada.

Me aparta el pelo de la cara y me da un beso en la punta de la nariz.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Media hora —me tranquiliza—. ¿Tienes frío?

—Un poco.

Me cubre los brazos con la manta y luego me envuelve en un abrazo cálido y seguro. Agradezco que no sea la clase de hombre que necesita hablar después de echar un polvo. Aunque no estoy muy segura de qué es lo que acabamos de hacer nosotros. Nos hemos masturbado. Para mí ha sido algo intenso. Todavía no estoy preparada para dar un paso más y él lo sabe.

—¿Te corto el rollo si te digo que estoy muerto de hambre?

Me río.

—Yo también tengo hambre —admito con una sonrisa.

—Voy a saquear la cocina a ver qué encuentro —dice. Se incorpora y contengo el impulso de abrazarlo porque me siento de maravilla a su lado. Me acaricia los labios con los suyos antes de ponerse de pie y murmurar—: Me encantas, pecosa.

Ya está. No necesito que diga nada más para comprender que estoy irremediablemente enamorada de él. Y entonces siento una punzada de miedo.

37

Axel

Me pasé un buen rato rebuscando en la cocina hasta que abrí el congelador y encontré un montón de pizzas precocinadas. Acabo de descubrir que Lila es amante de la pizza con piña y hemos tenido un pequeño debate al respecto. Opino que es algo asqueroso y me ha dicho que tengo el gusto en el culo. Ahora estamos sentados en el sofá y se ha puesto mi camiseta. A ella le queda mejor que a mí. Se ha hecho una trenza en el pelo y tengo que contener el impulso de deshacerla. Me gusta cuando lo lleva suelto.

Discutimos sobre quién debe comerse el último trozo de pizza cuatro quesos. Le digo que me lo merezco yo porque soy más grande. Ella argumenta que las personas bajitas están infravaloradas y que en realidad gasta más calorías de lo que aparenta. Se lo ofrezco y dice que ya no lo quiere. Pongo los ojos en blanco. Nos enzarzamos entonces en una pequeña discusión sobre por qué el otro debería quedarse con el último trozo de pizza. Al final lo compartimos y murmura que soy imposible.

—Mira quién fue a hablar —respondo con tono burlón—. La chica más conciliadora que he conocido. La misma que casi me dio una paliza porque le robé el taxi.

Lila me hunde un dedo en el costado.

—¡Ya casi se me había olvidado! —exclama haciéndose la indignada —. Por cierto, ¿a dónde ibas con tanta prisa?

—A una reunión de trabajo de última hora. Si quieres culpar a alguien, habla con Gabi.

—¡Hum! —Se hace la pensativa—. Paso. Gabi y yo empezamos a llevarnos bien. Para mí es importante tener una buena relación con tus amigos.

—¿En serio? —pregunto complacido.

—Obvio.

—¿Y tú a dónde ibas aquel día? —Quiero saber.

A Lila se le cambia la cara. Se acurruca en la manta y clava una mirada sombría en el suelo. De repente, parece muy lejos de mí. Doy por hecho que no va a responder, y no soy tan insensible como para presionarla. Por eso me sorprende que diga:

—Aquel día venía del cementerio y llegaba tarde al trabajo. Por eso

me puse hecha una furia cuando me robaste el taxi. —Lila mantiene la vista clavada en el suelo y los hombros encorvados—. Era el cumpleaños de Lucas y siempre lo visito ese día. Hace tres años que murió y, aunque no me gustan los cementerios, ir a verlo hace que en cierto modo me reconcilie con lo que sucedió.

Lila tira de un hilo suelto de la manta. Hay momentos en los que lo único sensato que puedes hacer es guardar silencio.

—Siento que se lo debo —me confiesa en un susurro.

La miro extrañado y respira profundamente. De repente, comienzo a sentirme fatal. Puede que, sin que sirva de precedente, Pol tenga razón. No quiero ocultarle nada a Lila. No podemos iniciar una relación basada en secretos. Para que lo nuestro funcione, debemos confiar el uno en el otro.

—Hay algo que quiero contarte —le confieso visiblemente incómodo—. El otro día me tropecé con Hugo y me dijo algo que no tendría que haber escuchado. No es asunto mío y pensé que debía esperar a que tú me lo contaras si de verdad te apetece hacerlo. Pero al guardármelo para mí siento que te estoy traicionando y no quiero que haya ningún malentendido entre nosotros.

A Lila le cambia la expresión. Ahora parece asustada.

—¿Qué te dijo? —pregunta con un hilo de voz.

—Que no todos los tíos tienen la capacidad de lidiar con una chica que está traumatizada porque vio morir a su mejor amigo —respondo avergonzado por no habérselo contado antes—. Te prometo que no se lo pregunté. Me lo dijo sin venir a cuento. Pol también estaba delante. Lo siento, Lila.

—Ya estaba tardando en irse de la lengua —bufa con amargura—. Gracias por contármelo.

—No quiero que tu pasado nos separe.

Le agarro la mano, pero no me devuelve el apretón. Parece ausente.

—Lila.

—Tienes que saber la verdad —dice con la voz rota por el dolor—. Hugo tiene razón. Aunque solo te lo dijera para hacerme daño. No te ha mentido. Vi morir a Lucas, y fue terrible. Fue por mi culpa y yo… no puedo quitarme la imagen de la cabeza. Haces bien en alejarte de mí. Lo destruyo todo.

—No es cierto.

—Mi mejor amigo murió por mi culpa —insiste con los ojos anegados en lágrimas—. Yo también debería haber muerto aquel día. No paro de pensar que el mundo sería un lugar mejor sin mí. Ojalá hubiera muerto yo y no él.

—No digas eso, por favor —musito horrorizado.

—¿Por qué no?

—Porque me rompes el corazón.

La abrazo con fuerza y no me rechaza. Lila está temblando. No me puedo creer que se vea a sí misma de esa forma. No sé qué le sucedió hace tres años, pero estoy convencido de que no puede cambiar ni un ápice cómo la veo yo ahora.

—Soy una persona rota, Axel. Harías bien en alejarte de mí.

—De eso nada.

—Pero hay miles de chicas menos complicadas que yo.

—Solo te quiero a ti —le confieso, y se aparta un poco para mirarme a los ojos—. No necesito otra chica menos complicada. Me gustas tú, Lila. Tu risa, tu pelo rojo con olor a manzana, tus besos, tus ojos azules. Lo que me haces sentir. Y eso no lo va a cambiar nadie. Ni el capullo de tu ex ni tu pasado ni tus inseguridades.

Lila abre la boca y la cierra. Parece conmocionada. Tarda unos segundos en entrelazar su mano con la mía.

—Cuando estoy contigo tengo la sensación de estar saltando al vacío.

—Yo también —respondo.

—No sé si eso es bueno.

—Es emocionante.

—Sí.

—Y adictivo.

—Sí, pero…

—Quien no arriesga no gana, Lila. Llevo toda la vida diciéndome a mí mismo que me va mejor solo. Sin confiar en nadie porque me da miedo que me hagan daño. Estoy cansado de vivir la vida a medias. Y no voy a quedarme con las ganas de saber qué pasaría si no fuera un cobarde. Tú tampoco lo eres. Lo sé porque me siento jodidamente bien cuando estamos juntos. Los saltos al vacío asustan porque nadie te garantiza qué hay al otro lado. Tienes que correr el riesgo para saber si merecerá la pena. Asumir que tal vez te estrelles. Pero, si resulta que al otro lado hay algo increíble esperándote, ¿de verdad quieres perdértelo?

Lila tarda lo que me parece una eternidad en responder.

—No —admite con el amago de una sonrisa—. Desde luego que no quiero perdérmelo.

38

Lila

Me siento extrañamente mejor después de haberle abierto un poco mi corazón a Axel. Soy como una cebolla repleta de capas que va arrancando con paciencia. Todavía no estoy preparada para contarle lo que sucedió. Tal vez nunca lo esté. Pero Axel tiene razón: complicada o no, esta es nuestra historia y no quiero renunciar a vivirla por culpa de mis miedos.

—Te lo podrías haber callado y no te lo habría reprochado, pero te agradezco que me lo hayas contado.

—Quiero que podamos ser sinceros el uno con el otro.

—Y, si no, ya contamos con la ayuda de mi ex —respondo con ironía.

A Axel se le cambia la expresión. Una ira peligrosa brilla en sus ojos pardos cuando menciono a Hugo.

—No puede actuar como si tuviera derecho a meterse en tu vida, a gritarte o a hablarte mal. No puede, Lila. Ya sé que no es asunto mío, pero… —Hace un gran esfuerzo para contenerse—. Que sea el hermano de tu mejor amiga no cambia nada. Se aprovecha de tu relación con Jimena porque sabe que no deseas hacerle daño. Es un miserable.

—Lo sé.

—No quiero parecer el típico tío que da por hecho que no puedes defenderte sola, pero, si te puedo ayudar en algo, dímelo.

—Hugo es asunto mío —respondo con una determinación que nunca he sentido—. Hablaré con él.

Axel parece incómodo, pero lo deja estar porque sabe que no permitiré que libre una batalla que no es suya.

—Empezamos a salir cuando tenía diecisiete años —le cuento, y no sé por qué lo hago. Quizá porque es un tema del que nunca he hablado con nadie, ni siquiera con Jimena o mis padres, y por primera vez me apetece desahogarme—. Estaba colada por él. Era el hermano mayor de mi mejor amiga. Lo veía como alguien inalcanzable. Y, de repente, un día se fijó en mí. Empezamos a salir. Yo estaba en una nube y Jimena, encantada. Lucas no tanto. Creo que él lo caló desde el principio. Jamás se llevaron bien. En un primer momento, nuestra relación era idílica, hasta que Hugo comenzó a cambiar. No lo hizo de

golpe. Ni siquiera lo vi venir. Al principio fueron pequeños gestos, pero luego comenzó a quejarse de mi ropa, se enfadaba si prefería salir con mis amigos o se ponía hecho una furia si quedaba con Lucas.

Axel se tapa la cara con las manos y masculla:

—Dios, lo quiero matar.

—No entendía nada. Me sentía pequeña y vulnerable con él, pero al mismo tiempo era incapaz de renunciar a lo que teníamos. Estaba enganchada a esa relación tóxica. Tampoco ayudó que él maquillara su personalidad delante de los demás. Era el novio perfecto. Cuando Jimena y mis padres estaban presentes, se deshacía en halagos hacia mí, ayudaba a mis padres en la tienda y sus gestos de amor siempre eran públicos y grandilocuentes. Todos lo adoraban y me decían que tenía muchísima suerte. Imagínate cómo me sentía. Ojalá hubiera tenido el valor de pararle los pies, pero me resultaba imposible. Estaba enamorada de él. Cuando discutíamos, siempre conseguía que me sintiera fatal. Me preguntaba si cabía la posibilidad de que fuera culpa mía. Él decía que me quería…

—No te trataba bien —dice indignado—. Eso no es amor.

—Nunca me puso la mano encima —respondo avergonzada.

—El maltrato psicológico existe y es igual de grave. No tiene justificación.

Respiro profundamente.

—Lo sé. He tardado dos años en entender la clase de relación que teníamos. Hugo era un narcisista y un manipulador. Al principio se comportó como un caballero y, cuando me tuvo engatusada, empezó a menoscabar poco a poco mi autoestima. Y todo mientras se ganaba la aprobación de las personas en las que yo confiaba y me dejaba completamente sola. Lo hizo de maravilla. Para cuando quise darme cuenta de lo que pasaba, ya era demasiado tarde —me lamento, pero en esta ocasión no me vengo abajo—. Hugo rompió conmigo un año después de que Lucas muriera. No te voy a engañar. Es patético, pero le supliqué que volviera conmigo. Estaba hecha polvo y pensaba que no podría salir adelante si no estaba a mi lado. Luego comprendí que me había hecho un gran favor. Creo que cortar conmigo ha sido lo único bueno que ha hecho por mí.

—Seguro que ha intentado volver contigo después de aquello.

Pongo mala cara.

—Dice que solo quiere hablar, pero lo conozco. No soporta que sea feliz. Desea verme hundida porque cree que así daré por hecho que lo necesito. Ahora está celoso de ti. Ni siquiera me quiere. Hugo nunca ha estado enamorado de mí. Tan solo le gustaba ese juego de poder en el que él era mi amo y yo un cachorrito que intentaba no decepcionarlo.

—Hijo de…

—No merece la pena enfadarse por Hugo —lo interrumpo con suavidad, a pesar de que estoy tratando de contener mi rabia—. Antes estaba ciega, pero ya lo veo tal cual es. Lo único que me preocupa es Jimena.

—¿Crees que se pondrá de su parte? —Axel sacude la cabeza con vehemencia—. Jimena te quiere y se preocupa por ti.

—No deja de ser su hermano —respondo indecisa—. Además, no me gustaría que se viera obligada a elegir. Siempre ha estado a mi lado. Le di un montón de motivos para que se largara y jamás ha perdido la fe en mí. La idea de hacerle daño me rompe el corazón.

Axel me da un apretón cariñoso en el brazo.

—Lo entiendo. Pero, si yo fuera ella, querría saber la verdad.

Axel y yo regresamos a la casa a las cuatro menos cuarto de la madrugada. Todos están despiertos cuando llegamos. Leo le está contando una anécdota a Jimena y ella lo escucha con interés. Pol y Gabi están discutiendo, qué novedad, y Hugo está sentado ojeando las fotos de su cámara. Cuando lo veo, siento un inesperado arrebato de ira. Me acuerdo de todas y cada una de sus humillaciones. Pero lo que de verdad me enfurece no es el pasado que he dejado atrás, sino el hecho de que intente arruinarme la posibilidad de tener un futuro con Axel.

—Quiero hablar contigo —digo.

Hugo ni siquiera levanta la cabeza de la cámara. Axel no pierde detalle de la conversación, pero, tal y como le he pedido, se mantiene al margen. Mi ex me ignora a propósito, así que le arrebato la cámara para obligarlo a prestarme atención.

—¿Qué haces?

—Quiero hablar contigo —insisto—. Ahora.

—Pues pide número.

Jimena me mira desconcertada.

—¿Va todo bien? —pregunta.

—De maravilla. —Fuerzo una sonrisa—. Tu hermano y yo tenemos una conversación pendiente. Solo eso.

Se hace el silencio. Todos nos están observando. Gabi y Pol dejan de pelearse y nos miran con curiosidad. No me gusta ser el centro de atención, pero llevo dos años postergando este momento y ya no puedo soportarlo más.

—¿Podemos hablar a solas? —sugiero intentando contener la rabia.

—No me apetece.

—Hugo —dice su hermana con tono crispado—. ¿Puedes hacer el favor de mover el culo y hablar con Lila?

Pone mala cara antes de levantarse y seguirme dentro de la casa. Me

percato de que la mirada preocupada de Jimena nos persigue hasta que llegamos a la cocina. He evitado mirar a Axel porque no quiero que intervenga.

—Tú dirás —refunfuña con desgana.

—Ya sabes lo que voy a decirte.

—No soy adivino.

—Deja de meterte en mi vida. ¿De qué coño vas? ¿De verdad crees que Axel va a pasar de mí porque intentes asustarlo con un tema que sabes que me hace daño? Ya sabía que eras lo peor, pero quería creer que el paso del tiempo te había convertido en una persona más decente.

—Oye, Lila…

—La gente no cambia. Evoluciona, se adapta o empeora, ¿no? —Doy un paso hacia él y levanto la barbilla para demostrarle que no le tengo miedo—. Ya no soy tu novia. Ya no puedes manipularme.

—No sé qué te habrá contado ese gilipollas, pero…

—¡Para! —exclamo alterada—. Para de una vez. Deja de hacerte la víctima. Deja de fingir que te preocupas por mí. Deja de actuar como si alguna vez me hubieras querido cuando la verdad es que me amargaste la vida durante un año y medio.

—Estás manipulando la verdad. Tú y yo fuimos muy felices.

—Tiene gracia que hables de manipulación —digo con sorna—. Sé que jamás vas a admitir la clase de novio que eras. No hace falta. Los dos lo sabemos. Me da pena que la chica con la que estás tenga que sufrir lo mismo que viví yo.

—Hablando de Lourdes, lo dejé con ella antes de venir aquí. Es lo que he tratado de decirte durante todo este tiempo.

Hugo me dedica una mirada cargada de intenciones. Me quedo congelada por la impresión. No puede ser. Es tan embustero que se cree sus propias mentiras.

—Me alegro por ella —digo con frialdad.

—Vamos, Lila…

Le doy un manotazo cuando intenta tocarme.

—Ni te atrevas.

—Antes te gustaba.

Pongo cara de asco.

—Eres una mala persona, Hugo —respondo sin vacilar—. Deberías buscar ayuda para no volver a hacerle daño a nadie más.

Me dedica una mirada cargada de odio.

—Aquí la única que necesita ir al psicólogo eres tú. Te quedaste hecha un cencerro cuando tu amigo murió. Creo que en el fondo estabas enamorada de él y todavía no lo has superado.

Tengo que contenerme para no darle un empujón. En lugar de ello, lo observo de una forma cercana a la lástima.

—Eres incapaz de sentir amor. Por eso lo retuerces y conviertes un sentimiento tan puro en algo sucio. Lo siento por ti. Y lo siento por Jimena. No se merece tener a un hermano como tú.

—Venga, Lila. —Resopla y pone los ojos en blanco—. Solo estás despechada porque rompí contigo.

—Ah, no te preocupes por eso. Me dejaste tirada cuando creí que te necesitaba más. En realidad, debería darte las gracias porque me hiciste un gran favor.

Hugo aprieta los dientes.

—Estás muy cambiada desde que has llegado a esta isla. ¿Es por ese idiota? ¿No creerás que vais a tener un final feliz? No seas tonta, Lila. ¡Es millonario y famoso! Podría tener a la tía que le diera la gana y solo se conforma contigo porque aquí no hay más peces en el mar. Te vas a llevar una hostia de realidad cuando regresemos a España.

—Déjanos en paz —le advierto sin inmutarme—. Para mí ya no eres nada. Ten un poco de dignidad.

—En realidad, no has cambiado tanto —dice variando de estrategia —. Lo supe desde que aterrizamos en esta isla. Estás empezando a superarlo. Es eso. Y de verdad que me alegro mucho por ti.

—Sí, seguro.

—¡De verdad! —exclama, y me pilla por sorpresa cuando me coge las manos. Parece desesperado—. Ya iba siendo hora de que volvieras a sonreír. Por eso te dejé, Lila. Todos me dijeron que debía tener paciencia contigo. Que fuera comprensivo porque habías vivido algo muy duro. Pero no podía. Porque me destrozaba ver que habías perdido la ilusión, que te estabas apagando y te hacías pequeñita. Y pensé que tal vez reaccionarías si cortaba contigo. Me alejé de ti porque creí que era la única manera de traerte de vuelta.

Forcejeo con él hasta que me suelta. Luego me da por reír.

—Es increíble. Te dices a ti mismo que eres el héroe.

—¿Por qué de repente vuelves a ser la Lila de la que me enamoré? —pregunta frustrado.

—Siempre lo he sido —respondo con sequedad—. Y tú intentaste cambiarme.

—Fui un idiota por romper contigo —admite ante mi estupor—, pero necesito que sepas que nunca he dejado de quererte.

Levanto los brazos y aprieto los dientes.

—Hugo, se acabó. Ya no tienes ningún poder sobre mí. Deja de intentar manipularme.

—No puedo ignorarte —insiste angustiado—. Cada vez que sonríes. Cuando actúas como si tuvieras ganas de comerte el mundo. Dios, Lila. Te sigo queriendo y me llevan los demonios al verte con él.

Todo sucede a cámara rápida. Hugo intenta besarme y yo me echo hacia atrás. No se da por vencido y me empuja contra la encimera.

Estoy atrapada y cojo lo primero que pillo, que resulta ser un vaso. Le arrojo el agua que contiene a la cara y se queda en shock. En cuestión de segundos, Hugo está empapado y los ojos le brillan de ira.

—Ya no soy una niña. Ojalá no te hubiera conocido nunca. Ojalá no fueras el hermano de mi mejor amiga. Vuelve a intentarlo y te doy una bofetada. Eres la peor persona que se ha cruzado en mi vida.

—Lila…

Me quedo congelada cuando Jimena pronuncia mi nombre. Y entonces comprendo que, aunque la verdad sea dolorosa, en ocasiones es el único camino correcto.

39

Lila

No soporto la expresión de fingido horror de Hugo cuando Jimena me observa con los ojos abiertos de par en par. Mi ex es una persona tan calculadora como sibilina y aprovecha la situación para darle la vuelta a la tortilla. Se acerca a su hermana con los brazos levantados y cara de pena.

—Siento que hayas tenido que escuchar esto, Mena. —Me mira de reojo y tiene la poca vergüenza de esbozar una media sonrisa de satisfacción cuando su hermana me observa con el ceño fruncido—. Lila y yo teníamos una conversación pendiente y se nos ha ido un poco de las manos. No le eches la culpa por dejarse llevar y ser algo temperamental. Seguro que lo de darme una bofetada no iba en serio.

Jimena parece incrédula y se limita a mirarnos de manera alterna. No puedo soportarlo más. Se acabó la farsa.

—Por supuesto que iba en serio. —Me envalentono—. Has intentado besarme sin mi consentimiento.

—Lila…, me has besado tú.

—¿Cómo puedes ser tan cabrón? —le grito.

Jimena tiene que interponerse entre nosotros cuando trato de abalanzarme sobre él. Mi amiga tiene los ojos como platos. Me entran ganas de llorar de impotencia porque tengo la impresión de que va a creerlo. Hugo es más frío e inteligente que yo.

—Necesito que me lo expliques —me pide Jimena con toda la calma que consigue reunir—. ¿Por qué le has dicho que es la peor persona que se ha cruzado en tu vida?

Me muerdo el labio. Podría poner alguna excusa, darme la vuelta y dejarlo estar. Sin embargo, no puedo seguir evitando una situación que me carcome. Temo que este sea el final de nuestra amistad, pero Jimena es demasiado importante para mí como para ocultarle algo así.

—Porque es la verdad.

—No… no entiendo nada —murmura mi amiga, que está a punto de echarse a llorar. Entonces le lanza una mirada esperanzada a su hermano, algo que me rompe el corazón—. ¿Hugo?

Él pone los ojos en blanco.

—Está mintiendo, Mena. Nunca superó del todo que la dejara. Ya sé que me dijiste que no podía abandonarla cuando más me necesitaba,

pero no tuve la culpa de desenamorarme. Siempre he sido bueno con ella y mira cómo me lo paga.

—Mentiroso —siseo, y le pongo una mano en el brazo a Jimena. Mi amiga se sobresalta cuando la toco y su rechazo me duele en el alma —. Jimena, está mintiendo. Siempre me ha hecho la vida imposible. Se portó fatal conmigo cuando éramos pareja y desde que hemos llegado a esta isla no para de provocarme. Si te lo oculté fue porque no quería hacerte daño. No soportaba la idea de que tuvieras que elegir entre tu hermano y yo porque siempre he pensado que lo creerías a él. Sé que estos tres últimos años a mi lado han sido muy difíciles. Por eso me daba tanto miedo contarte la verdad. Bastante complicado era ya ser mi amiga como para darte otro motivo para alejarte de mí. Pero me conoces. Sabes que no soy una mentirosa, y también lo mucho que te quiero. Eres mi mejor amiga y no me gustaría que esto…

—¿En serio la vas a creer? —me interrumpe Hugo con aspereza—. Mírala, está desesperada. No ha vuelto a ser la misma desde que Lucas murió.

—Tienes razón —respondo con voz queda—. No he vuelto a ser la misma y probablemente nunca lo sea. De lo contrario, no podría decir en alto que me maltrataste psicológicamente durante el año y medio que estuvimos juntos.

Jimena se agarra a la encimera de la cocina al escucharme. Está pálida y mantiene la vista clavada en el suelo. Hugo echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Delira —escupe—. No está en su sano juicio. Es una mala influencia para ti. Siempre te ha tenido envidia porque eres divertida y sociable. Quiere separarnos porque está amargada.

—Hugo —dice Jimena.

—¡Estás loca! —exclama Hugo fuera de sí al ver que su hermana se muerde el labio—. Todavía no has superado lo de Lucas porque estabas enamorada de él y sabes que tienes la culpa de que muriera. ¡Estás para que te encierren!

—¡Hugo! —grita escandalizada Jimena.

Su hermano se da cuenta de que acaba de meter la pata y pone cara de víctima. Entonces esboza una sonrisa lastimera y se acerca a Jimena, pero ella niega con la cabeza y se aparta de él. Hugo se pone rojo de ira y me atraviesa con la mirada como si yo tuviera la culpa.

—Se me ha ido la fuerza por la boca. Ya sabes lo que me pasa cuando me enfado. Pero, Mena, me está provocando y yo…

—¿Cómo has podido? —le pregunta Jimena en voz baja, y se aparta de él para ponerse a mi lado—. ¿Cómo has podido, Hugo?

Hugo chasquea la lengua.

—¿De qué hablas? ¿No creerás ni una palabra de lo que ha

contado?

—Tú mismo lo has dicho. Se te va la fuerza por la boca cuando te enfadas —musita Jimena.

Hugo le da una patada al cubo de la basura.

—Eres mi hermana. No te atrevas a creer a esa zorra despechada.

—¡Y tú no te atrevas a insultar a mi amiga! —chilla ella, más enfadada de lo que la he visto nunca. Jimena me da la mano—. Lila siempre ha sido demasiado buena para ti.

—El feminismo os ha hecho mucho daño —dice él con sorna—. Soy tu hermano mayor. No me obligues a llamar a mamá. Ya sabes que opina que tengo que cuidar de ti porque eres una inmadura.

—Mira quién fue a hablar.

—Jimena, ven aquí.

Hugo intenta agarrarla cuando mi amiga tira de mí para ir a nuestra habitación. Se produce un forcejeo, me interpongo entre ellos y me llevo un empujón que me hace chocar con la alacena. Jimena grita y Hugo la llama idiota. Todo sucede muy rápido. Me estoy acariciando el brazo mientras los dos hermanos discuten acaloradamente. De repente, Axel, Pol, Leo y Gabi aparecen atraídos por las voces. Estoy mareada por culpa de la impresión. Hugo se empieza a reír y les espeta que se metan en sus asuntos. Leo le ordena que se relaje. Hugo lo manda a la mierda. Luego me señala con un dedo y masculla que yo tengo la culpa porque soy una desequilibrada mental. Axel está a punto de darle un puñetazo, pero Leo y Pol lo sujetan. Gabi exige que le den su merecido. Jimena está llorando. Observo la escena como si fuera una espectadora. Estoy bastante mareada.

—Jimena, no me toques los huevos. Nos vamos de esta casa. No pintamos nada aquí. Te han comido la cabeza. Ya lo verás todo más claro cuando volvamos a España. —Hugo intenta agarrarla y ella se zafa. Él resopla. Está muy alterado—. ¡Jimena, joder!

—¡Déjala en paz! —exclama Gabi.

Todo salta por los aires en el momento en que Hugo le da un empujón a Gabi. Leo y Pol dejan de sujetar a Axel.

—¡No te atrevas a tocar a mi hermana! —le advierte Leo hecho una furia.

—Gabi, ¿estás bien? —le pregunta Pol preocupado, y ella asiente con expresión dolorida porque se ha golpeado la cadera con el borde de la encimera. Entonces el batería fulmina a Hugo con la mirada—. Tío, acabas de cometer un grave error.

—Toda la culpa es tuya —masculla Hugo con odio, y me señala con un dedo—. Pedazo de zorra.

Solo consigue dar un paso hacia mí antes de que Axel lo derribe de un puñetazo. Hay que reconocer que la escena es tan impresionante como decepcionante. En cuanto Hugo se cae al suelo, comienza a

aullar como un animal herido. Axel tuerce el gesto y aprieta los puños, pero se limita a mirarlo con desprecio. Jimena rompe a llorar. Su primer impulso es arrodillarse para comprobar que su hermano está bien. Le está sangrando la nariz. Una vez que se ha cerciorado de que no es grave, mi amiga se marcha. Estoy a punto de seguirla, pero me tropiezo con Axel.

—Lila, ¿te ha hecho daño? —pregunta recorriendo mi rostro con la mirada y poniendo las manos en mis hombros.

Niego con la cabeza con firmeza. No parece aliviado.

—Tengo que ir a ver a Jimena.

—Todo saldrá bien —me promete antes de soltarme.

Estoy saliendo de la cocina cuando escucho a Hugo gritar:

—¡Eso! ¡Vete con tu amiguita!

—Por el amor de Dios, cállate de una vez —le ordena Leo con hastío.

Jimena está sentada en la orilla del mar. Me quedo paralizada al verla y siento que nos separa un abismo. Nunca he tenido la sensación de estar tan lejos de mi mejor amiga. Perdí a Lucas y tendré que vivir durante el resto de mi vida con su ausencia, pero no puedo hacerme a la idea de que este sea el final de mi relación con Jimena. Si algo he aprendido es que la amistad ni se fuerza ni se exige, sino que surge de manera voluntaria y recíproca porque se basa en una mezcla de lealtad y confianza. Para que sea duradera tienes que cuidarla porque es como una relación de pareja en la que dos personas ponen de su parte para que funcione. Por eso me acerco a Jimena y me siento a su lado.

—Hola.

Suspira y no sé si es buena señal.

—Me siento fatal.

—Yo también.

Jimena me mira a la cara. Hay una mezcla de decepción y tristeza en sus ojos anegados en lágrimas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque es tu hermano.

—Pero eso no cambia el hecho de que tú eres mi mejor amiga —musita, y se abraza las rodillas contra el pecho—. Me siento como una mierda. Debería haberlo sabido, pero es difícil ser objetiva cuando el novio de tu mejor amiga es tu hermano. Es complicado ver a las personas que queremos como son. El amor a veces nos ciega. Nos muestra lo mejor y nos oculta lo peor.

—¿Cómo lo ibas a saber? Es tu hermano…

—Pero Lucas lo sabía —dice, y cierra los ojos con dolor—. Él lo

sabía. Por eso no se llevaban bien. Por eso discutí un par de veces con él. Por eso, cuando le pregunté qué problema tenía con mi hermano, me respondió: «¿De verdad quieres saberlo, Jimena?». Y tuve tanto miedo de que me lo dijera que me di la vuelta y no volví a sacar el tema. Joder, soy la peor amiga del mundo.

—No es culpa tuya —le aseguro horrorizada, y pongo sus manos entre las mías—. Nunca te lo conté. No podías saberlo.

—Aun así, lo sospechaba —musita avergonzada—. Hay una gran diferencia entre no saber la verdad e ignorarla porque intuyes que te va a hacer daño.

—No podías saberlo —insisto.

—Las señales estaban ahí. Cuando decías que no a una fiesta, cuando te apartabas del grupo para coger el teléfono y respondías en voz baja, cuando empezaste a cambiar tu forma de vestir… —Jimena mueve la cabeza y me aprieta las manos—. Y conozco a mi hermano. Sé que es egocéntrico y capaz de manipular a la gente para conseguir lo que quiere. ¡Si hasta lo hace con mis padres para hacerles creer que soy un caso perdido que necesita supervisión! ¿Cómo te crees que los convenció para venir al viaje? Ni siquiera quería que nos acompañase. Iba a ser nuestro viaje. Tuyo y mío. Pero se las apañó para que no me dejaran venir si no me acompañaba. Así que… supongo que soy tan culpable como él.

—No digas eso. —Le aprieto las manos—. Es tu hermano. Para bien o para mal. Nunca se ha tratado de que elijas entre nosotros. Jamás he querido que lo hicieras. No me gustaría estar en tu lugar, Mena. No tengo nada que echarte en cara. Todo lo contrario. Solo puedo darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. Me has sostenido cuando ni siquiera me tenía en pie. Estos últimos años sin Lucas han sido…

—… una mierda.

—Sí.

Las dos nos reímos y lloramos a la vez.

—Me haces mucha falta porque mi vida contigo es más bonita —le confieso—. Puede que estos tres años hayan sido una porquería, pero estabas en los pocos buenos momentos. En los cumpleaños que no quería celebrar y en las ocasiones en las que conseguías sacarme una sonrisa.

—¿Y en todas las veces que te obligué a ver *Chicas malas?*

—También.

De repente, Jimena se pone seria.

—Necesito que me lo cuentes todo. Sí, me refiero a tu relación con Hugo. Lo que te hizo. El maltrato psicológico que tuviste que soportar.

—Jimena…

—Por favor —insiste apretándome las manos—. Quiero saberlo. Eres mi amiga. Olvídate de que es mi hermano y sincérate conmigo

como lo harías con Lucas.

Respiro profundamente antes de comenzar. Le hablo de los primeros meses en los que nuestra relación era un cuento de hadas. Luego le explico que Hugo fue menoscabando poco a poco mi autoestima hasta que sentí que no quedaba nada de la chica divertida y segura de sí misma. Le hablo de todas las veces en las que tuve que cambiarme de ropa, y ella aprieta los labios. Le cuento que Hugo tenía unos celos desmedidos de Lucas y que trató de separarnos en vano. Le digo también que Lucas intentó por todos los medios que abriera los ojos. Y, por último, le explico las jugarretas que me ha hecho desde que llegamos a la isla.

—A partir de ahora me encargaré de pararle los pies —me asegura con un tono que no admite réplica—. Y cuando lleguemos a España tendré una conversación con mis padres. Quizá podamos obligarlo a ir a terapia. Puede que lo suyo tenga cura y que no sea tan malo como parece…

Pienso que hay personas que nacen siendo malas. Hugo es un narcisista y, como cualquier narcisista, carece de capacidad de autocrítica. Solo podría cambiar si reconoce que tiene un problema y busca ayuda por su propia voluntad. Pero no quiero llevarle la contraria a Jimena ni hurgar en la herida. Para ella ya está siendo bastante difícil.

—¿Está todo bien entre nosotras? —pregunto asustada.

—¡¿Tú qué crees?! —exclama poniendo los ojos en blanco—. Tú y yo somos como el Super Glue, pedazo de idiota. Sigo aspirando a que seamos un par de jubiladas que se van de crucero. Tú te pasarás el viaje entero leyendo mientras tomas el sol en la borda, y yo viviré una tórrida aventura con algún misterioso millonario de la costa amalfitana. Luego le daré la patada y regresaremos a Madrid para vivir rodeadas de gatos, ser las primeras en asaltar las rebajas de El Corte Inglés y jugar al bingo.

Se me escapa la risa floja. Jimena apoya la mejilla en mi hombro y sonríe.

—Quién me habría dicho que aquella pelirroja de tercero de primaria se convertiría en mi mejor amiga.

—La amistad, como el amor, va un poco de encontrar a tu persona favorita.

Jimena se aparta y me mira sorprendida.

—Pensaba que la persona favorita de otra era alguien idéntico y con las mismas aspiraciones. Tú y yo somos muy diferentes.

—Para mí la persona favorita es aquella con la que te resulta muy fácil estar. Esa con la que te ríes por cualquier tontería y hace que los buenos momentos sean mejores a su lado. Yo sí creo que eres mi persona favorita, Jimena. La amiga que nunca me ha soltado la mano

a pesar de que se lo he puesto muy difícil.

—Lila… —Los ojos de mi amiga están vidriosos—. Eres mi mejor amiga. La única a la que puedo llamar cuando tengo antojo de churros con chocolate y a la que no le importa cruzarse media ciudad para acompañarme a esa tienda de ropa de segunda mano que me gusta. Y también la única que es sincera conmigo cuando meto la pata o me pruebo esa falda naranja que me queda como el culo. La vida ya ha sido muy injusta contigo. No quiero perderme las cosas buenas que te pasen. ¿Cómo te iba a soltar, tonta? Si lo mejor está por venir y voy a estar a tu lado para no perdérmelo.

Jimena me da un abrazo que correspondo con ganas. Nunca me he sentido tan afortunada de contar con ella.

Querido Lucas:

Tenías razón sobre Jimena, ella lo ha entendido. Siento haberte pedido —o, más bien, exigido— que no le hablaras de mi relación con Hugo. Solo quería protegerla, pero ahora sé que te puse en un aprieto. ¿Podrás perdonarme por ser una imbécil?

¿Te acuerdas de cuando teníamos nueve años y la vimos por primera vez? Acababa de mudarse a Madrid y le tocó en nuestra clase. Me cayó fatal y te dije que hablaba demasiado, pero tú respondiste que debíamos darle una oportunidad. No paraste hasta que me convenciste de hablar con ella. «Primero la conocemos y luego la juzgamos», sentenciaste. Te hice caso de mala gana porque te pusiste un poco pesado. No quería reconocer que tenía miedo. ¿Y si aquella niña charlatana y sonriente te caía mejor que yo y me cambiabas por ella? A las dos semanas ya la adoraba y nos convertimos en los tres mosqueteros. De no ser por ti, nunca le habría dado una oportunidad a Jimena. Te pierdes muchas cosas en la vida si no le das una oportunidad a lo desconocido.

Quiero darle una oportunidad al futuro.

Quiero darle una oportunidad a lo que siento por Axel.

Quiero darme una oportunidad a mí misma porque deseo dejar de vivir sin miedo ni culpa. Y sé que tú lo comprendes y no me juzgas.

Siempre he dado por hecho que para seguir adelante tienes que dejar atrás el pasado, pero quizá no se trata de eso, sino de afrontarlo y aprender todo lo que puedas de él. Porque somos las elecciones que tomamos y los errores que cometemos, pero también las tragedias que nos hacen más fuertes.

Te quiero.

LILA

P. D.: Te habría encantado ver cómo he puesto a Hugo en su sitio.

40

Axel

Todo ha sido muy caótico y raro desde que Lila discutió con Hugo. Obviamente, nadie se puso de su parte cuando se destapó su verdadera cara. De todos modos, me sorprendió que no se diera por vencido y estuviera varias horas haciéndose la víctima. Como es lógico, nadie lo creyó y ahora todo el mundo tiene motivos para estar enfadado con él. La situación se volvió tan tensa e incómoda que Pol no quiso seguir compartiendo la habitación. Jimena no lo justificó y se limitó a mirarlo con lástima cuando Hugo le exigió su ayuda. Leo sugirió la opción más sensata, pedirle a Hassan que reubicara a Hugo en otra casa hasta nuestro regreso a España. Aquí nadie le dirigía la palabra y yo estaba dispuesto a darle otro puñetazo si volvía a insultar a Lila. Ahora está alojado en un resort de otra isla, así que durante los dos últimos días que nos quedan en este paraíso no podrá amargarle la estancia a nadie. Tuvo la poca vergüenza de largarse gritando: «¡Muchísimas gracias por estos días de vacaciones gratis a vuestra costa!». Yo lo habría enviado de vuelta a España en la bodega del avión, pero nuestro mánager dice que eso afectaría negativamente a nuestra reputación. Aunque ¿a quién le importa la imagen pública cuando se trata de hacer justicia? Jimena se quedó hecha polvo después de descubrir la clase de persona que es su hermano. Lila se siente apenada por ella, pero le he dicho que el único culpable de lo que ha sucedido es Hugo. Además, Jimena está de su lado y la apoya de manera incondicional.

Lo único que quiero es borrar ese mal trago de su recuerdo y disfrutar de nuestros últimos días en el paraíso. Sé que cuando regresemos a España mis obligaciones laborales me impedirán verla todo lo que me gustaría. Dentro de poco empezaremos la gira y estaremos viajando de un sitio a otro. He sido sincero con ella. Quiero más. La simple idea de que a Lila no le apetezca tenerme en su vida me desespera. Nunca me había sentido así. Sé que me ha dado fuerte. Estos ocho días a su lado me han marcado. La tengo grabada en el alma, como si jamás hubiera podido enamorarme de otra persona porque en el fondo sospechaba que la vida me tenía destinada una chica extraordinaria.

Y aquí estamos, exhaustos después de su bautismo de buceo.

Acabamos de quitarnos el traje de neopreno y estamos tomando el sol en la proa. Lila esboza una sonrisa apacible. El hoyuelo de su mejilla izquierda se marca cada vez que hablamos sobre las maravillas que hemos visto bajo el mar. Esta mañana me preguntó si me apetecía bucear con ella. «Las ganas que tengo son superiores al miedo», me confesó. Para ser su primera vez buceando con botella, lo ha hecho muy bien. Ha pillado al vuelo las nociones básicas y en ningún momento se ha dejado llevar por el pánico. Me encantaría decirle que estoy orgulloso de ella, pero temo quedar como un tipo condescendiente que la trata como si fuera una niña. Desde que sé que sufrió maltrato psicológico me parece una mujer tremendamente fuerte que, por desgracia, ha vivido experiencias terribles siendo tan joven.

Hemos tenido mucha suerte durante nuestra inmersión. El mar estaba en calma y ha sido una gozada bucear en el arrecife. Había un hermoso arcoíris de peces de colores. Hemos visto peces loro y un ballet de mantarrayas jaspeadas. Anémonas de todos los colores imaginables, estrellas de mar, peces mariposa y bancos de damiselas. Durante la inmersión nos han acompañado tortugas e incluso algunos tiburones nodriza. Ha sido una experiencia alucinante.

—¡Mis padres no se lo van a creer! —exclama ilusionada—. Y pensar que mi madre prácticamente me obligó a venir…

—¿En serio? —pregunto sorprendido.

—Se puso de acuerdo con Jimena. Entre las dos me convencieron. De no ser porque era el cumpleaños de Jimena, no me habría animado a hacer este viaje. Lo hice por ella. No quería dejarla tirada, pero me subí al avión de mala gana. Sé que mi madre solo quiere que me divierta como cualquier chica de mi edad, pero cuando me lo paso bien me siento culpable porque… porque yo estoy aquí y Lucas no. Y pienso que no es justo seguir adelante sin él.

—No lo conocí —respondo con tacto—, pero estoy seguro de que a él le gustaría que fueras feliz.

—Lo sé.

Me encantaría decirle que puede confiar en mí porque no voy a juzgarla si me cuenta lo que sucedió, pero este momento es nuestro y no quiero estropearlo. Lila lleva un biquini verde lima con margaritas estampadas. Los tirabuzones rojos están extendidos sobre la cubierta del barco. Tiene los ojos entrecerrados por culpa del sol y le han salido pecas nuevas en la cara. Lo sé porque no puedo dejar de mirarla y ya me conozco su rostro de memoria.

—Eres preciosa.

Sonríe y su hoyuelo se hace más profundo. No puedo evitarlo. Apoyo el dedo índice en el hueco de su mejilla. Me mira extrañada.

—¿Qué haces?

—Tu hoyuelo me vuelve loco.
—Ah, eso. Lo he sacado de mi madre. Hablando de ella…
Lila se incorpora y rebusca en su mochila. Coge el móvil y me mira con un deje de inquietud. Sé lo que va a pedirme y aflojo una sonrisa.
—¿Podemos hacernos una foto? Para inmortalizar este momento. Quiero enviársela a mis padres para que sepan que me lo estoy pasando genial. —Lila se aparta el pelo de la cara y esboza una sonrisa tímida—. Y para tener un recuerdo de nosotros.
—No necesitas un recuerdo de mí.
—Quiero tener un recuerdo de ti.
—Me refiero a que nosotros… Es decir, a que este no tiene por qué ser el final de nuestra historia. Si tú quieres. Ya te lo dije. Me apetece seguir viéndote cuando regresemos a España.
—A mí también. Creo que se me nota en la cara.
—¿El qué?
Lila pone los ojos en blanco.
—Lo colgada que estoy por ti.
—Ah, qué va. Para nada.
—¡Me pongo colorada cada vez que me miras! —exclama tapándose la cara con las manos—. Por favor, no me hagas decir en voz alta lo mucho que me gustas.
—Me encantas —digo mirándola a los ojos, y ella se sonroja—. ¿Lo ves? No es tan difícil.
—Tú no eres pelirrojo. —Suelta un bufido—. No puedes entenderlo.
Contengo una sonrisa porque se le ha encendido tanto la cara que parece estar a punto de sufrir un golpe de calor. Lila me ofrece el móvil para que haga la foto. Le paso un brazo por la cintura y ella apoya la mejilla en mi hombro. No es la primera foto que tenemos de este viaje, pero sí la única en la que salimos solos. Tenemos muchas cosas en común y una de ellas es que no somos muy amantes de posar para la cámara. Lila sonríe cuando disparo.
—Pásamela —le pido.
—No tengo tu teléfono.
Grabo mi número en su móvil y luego se lo devuelvo.
—Ya sí. Bonita forma de pedirme el teléfono.
—¡Eso no es…! —exclama colorada como un tomate, y me da un pellizco en el brazo cuando me río—. Las chicas también le pueden pedir el número al chico con el que quieren ir en serio.
—O sea que quieres ir en serio conmigo.
Lila esconde la cabeza en mi pecho y murmura una palabrota. Luego musita en voz baja:
—Sabes que sí.
—No lo sabía —respondo con sinceridad—, pero tenía la esperanza de que quisieras lo mismo que yo.

Por la tarde Lila y yo vamos al programa de adopción de corales. Los demás declinan la invitación educadamente, excepto Pol, que dice que soy un muermo capaz de convertir unas idílicas vacaciones en una isla paradisiaca en una cruzada contra el cambio climático.

Nos encontramos en un vivero de arrecifes donde un biólogo marino nos explica que el coral es un organismo tan bello como vulnerable. Más del noventa por ciento de los arrecifes se están muriendo porque la temperatura del mar está subiendo de forma alarmante. Este tipo de programas han surgido para luchar contra su destrucción y para proteger el ecosistema marino. Es un proyecto a largo plazo en el que se comprometen a enviarnos fotos con la actualización del crecimiento del coral. Además, el biólogo nos anima a repetir la experiencia en un futuro para averiguar cuánto ha crecido el coral que hemos plantado. Lila y yo intercambiamos una mirada cómplice ante la posibilidad de regresar juntos a Maldivas.

Estamos hambrientos después de la actividad, por lo que paramos en una cafetería local para merendar. Pedimos dos *smoothies* de coco y unas empanadillas dulces llamadas *huni hakuru folhi* que saben a canela y coco.

—Si no te gusta el coco, aquí te mueres de hambre —bromeo. He notado que Lila está más callada de lo normal desde que salimos del barco y necesito romper este silencio. Me pregunto si Pol tiene razón y en el fondo soy un muermo. Quizá por eso está tan pensativa—. ¿Te has aburrido plantando corales? Ya sé que no es como montar en moto de agua, pero…

—Me ha gustado la experiencia —responde con una sonrisa sincera —. Ha sido muy interesante.

—¿Va todo bien? —pregunto preocupado—. Estás un poco rara desde que nos hemos bajado del barco.

—Desde anoche no puedo dejar de darle vueltas a la cabeza.

—¿Te refieres a Hugo? —me temo.

—No —responde con tono tajante—. Que le den a mi ex.

La miro con curiosidad. Lila juega con el borde del mantel de tela. Se muerde el labio como si estuviera decidiendo si puede confiar en mí.

—Anoche, cuando tocaste el piano… —comienza a decir mientras frunce el ceño—. Al principio fue un shock. Esperaba sentirme peor. Creía que me daría otro de mis ataques de pánico, pero después de la conmoción inicial me sentí diferente.

—¿Lo echaste de menos?

—¡Sí! —exclama ilusionada—. Cuando te escuché fallar aquella nota tuve muchísimas ganas de sentarme al piano para corregirte. Uy, lo siento. No quería ser presuntuosa.

—No pasa nada. —Me río—. No sabía que fuera tan malo tocando el

piano. Lo superaré.

—No eres malo.

—Cuando mientes, desvías la mirada hacia el suelo.

—No eres tan malo. Se te da bien para no ser tu primer instrumento. Fue un concierto improvisado bastante decente.

—Decente —repito sin dejar de reír—. Muchas gracias por pisotear mi orgullo de músico. Ahora tengo muchísimas ganas de oírte tocar para saber si eres tan buena como aparentas.

Lila levanta la barbilla con ademán vanidoso.

—Soy muy buena.

—Lo que tú digas.

—Sé lo que pretendes. Intentas provocarme para que le pierda el miedo y vuelva a tocar el piano. Pero no hace falta. Llevo tres años sin tocar y de repente me han entrado muchísimas ganas. Es como si lo necesitara para seguir respirando. Qué locura.

La ilusión con la que habla es muy contagiosa. Entiendo su amor por la música porque yo siento lo mismo. Estoy a punto de abrir la boca para pedirle que toque para mí cuando me lee la mente.

—No sé si estoy preparada para tener público.

—Estaré encantado de oírte tocar cuando tú quieras. No tienes por qué esperar a regresar a España para sentarte delante del piano de nuevo. De hecho, deberías hacerlo justo ahora si es lo que te apetece.

—Ahora —repite, y se le escapa la risa floja—. Sí, ya. Como si aquí hubiera un piano esperándome para… Oh, no. No pienso tocar ese piano. No está bien entrar en una propiedad ajena sin permiso.

—Si eso te preocupa, deja que haga una llamada. Lo solucionaré.

—¿Cómo?

—Reservaré la casa exclusivamente para ti.

—¿Harías eso por mí? —pregunta con un hilo de voz.

—Haría mucho más que eso por ti.

41

Lila

Tengo los músculos tensos cuando me siento al piano y el pulso se me dispara en cuanto abro la tapa. Hace tres años y siete días que no toco. Todos los recuerdos me vienen de golpe a la mente. Lucas y yo siendo unos críos revoltosos que estudian en el conservatorio. Lucas y yo tocando «Last Christmas» para la función de Navidad del colegio. Yo corrigiendo a Lucas cuando fallaba alguna nota y él echándome la bronca cuando me saltaba alguna clase de solfeo para quedar con Hugo. Mi sueño de convertirme en pianista de la Orquesta Filarmónica de Viena y el de Lucas de ser profesor de música en un instituto.

Tengo ganas de salir huyendo. He sido una ilusa al creer que puedo vencer el miedo acumulado de los últimos años en un puñado de días. Solo ha sido un impulso irracional que surgió a raíz de escuchar a Axel tocar. Una vocecilla interior que me gritó que yo tenía talento y lo estaba desperdiciando. Que era buena, amaba tocar el piano y no podía seguir ignorando la melancolía que me producía el silencio.

«No puedo hacerlo».

«Sí puedes».

Me sobresalto al escuchar la voz de Lucas. Miro a mi alrededor con el corazón sobrecogido. Estoy sola. Quizá estoy perdiendo la cabeza. El pulso me martillea en las sienes. Y, de repente, lo veo. Reflejado en el enorme ventanal con vistas a la playa. Sus ojos amables y su sonrisa repleta de confianza.

«Puedes hacerlo, Lila».

Respiro profundamente y extiendo los brazos. Abro y cierro las manos cinco veces, tal y como hacía siempre antes de tocar. Es mi gesto de la suerte. Lucas se ha ido, pero su presencia me acompaña cuando comienzo a tocar una pieza de *El lago de los cisnes*, de Chaikovski, la canción que elegí el día que aprobé el examen del conservatorio.

Es curioso la memoria que tienen los músculos. Mis dedos se deslizan por el teclado como si fuera ayer. La música es un bálsamo para mis heridas. Cada nota acaricia mi alma y la reconforta. Siento que todo el peso que he estado soportando durante los últimos años me abandona de golpe. Las lágrimas corren por mis mejillas cuando termino. Estoy respirando de manera acelerada y tardo un buen rato

en recomponerme.

Necesito más. Me he privado a mí misma de algo maravilloso solo porque la culpa me atormentaba. No puedo parar de tocar. Mis dedos cobran vida propia. Continúo con «Imagine», de John Lennon, y luego sigo con «River Flows in You», de Yiruma. Pierdo la noción del tiempo y tengo los dedos entumecidos cuando toco «The Heart Ask Pleasure First», de la película *El piano*.

Echo la cabeza hacia atrás y me río. Me río hasta que me duele el estómago y mi risa se mezcla con las lágrimas. Luego cojo el teléfono móvil y me grabo mientras toco de nuevo *El lago de los cisnes*. Le envío la grabación a mi madre con un mensaje: «He vuelto a hacerlo. Te quiero».

42

Axel

Me pregunto qué tal le irá a Lila en la casa. ¿Habrá sido capaz de tocar el piano? Sé que debe de ser difícil después de tres años. No me explicó por qué se culpa de la muerte de su amigo ni tampoco por qué la marcó tanto como para dejar de tocar y negarse a sí misma la posibilidad de ser feliz. Para mí sería una tortura pasar tanto tiempo sin coger un instrumento. La música siempre ha sido la forma que he encontrado de expresarme. La vida me cambió cuando mi *aitona* me regaló la guitarra. Entonces entendí que la música es terapéutica y tiene el poder de conectar a las personas.

No quería quedarme en la casa respondiendo a las preguntas de los demás sobre dónde estaba Lila, así que he cogido un barco para ir a Malé. No he podido evitarlo. He venido a buscar el collar de plata con la tortuga marina que ella se quedó mirando aquel día. Después de comprarlo voy a una joyería para que le hagan un grabado en la parte posterior. Estoy dando un paseo cuando recibo un mensaje suyo. Se me hace tan extraño como emocionante hablar con ella por WhatsApp.

Lila
Hola, grandullón.

Yo
Hola, pecosa. ¿Qué tal te va?

Lila
¿Quieres venir a averiguarlo?

Me quedo parado en mitad de la calle y las motos me esquivan. Me hago a un lado para que no me atropellen. Releo el mensaje por si la mente me ha jugado una mala pasada. Pero no, el mensaje de Lila sigue siendo el mismo.

Yo
¿Me estás pidiendo que vaya a verte tocar el piano?

Lila
Sí.

Sonrío como un idiota mientras acelero el paso en dirección al puerto. No sé qué me alegra más, si el hecho de que Lila haya superado su miedo a tocar el piano o que quiera que la vea tocar. Pero, cuando me subo al barco y le doy una propina al capitán para que vaya todo lo deprisa que pueda, comprendo una verdad innegable: estoy enamorado de ella.

No me da tiempo a llamar al timbre porque Lila abre la puerta. Su expresión es una mezcla de nerviosismo e ilusión desmedida. Me da la mano y me lleva hacia el salón. Hay una silla colocada al lado de su asiento. Se queda mirando el piano de cola durante un buen rato y me pregunto si se está arrepintiendo de haberme pedido que viniera. Su expresión es inescrutable. Voy a decirle que no hace falta que se presione a sí misma y que estoy dispuesto a esperar lo que haga falta, pero entonces se sienta en la banqueta y me dedica una mirada cargada de exasperación.

—Venga, siéntate.

—Pensé que habías cambiado de idea —respondo aliviado antes de tomar asiento.

—No, pero eres mi primer espectador y eso impone bastante después de tanto tiempo.

Apoyo las manos sobre las rodillas. No sé dónde fijar la vista para no hacerla sentir incómoda. Entiendo perfectamente que este es un momento crucial para ella.

—Mi segundo espectador —se corrige a sí misma y me ofrece una sonrisa radiante—. Les he enviado un vídeo a mis padres. Necesitaba que supieran que he vuelto a tocar.

—¿Y qué les ha parecido?

—Mi madre se ha pasado cinco minutos gritando por teléfono. No se lo creía. Le he tenido que jurar que no he trucado el vídeo. —Lila mueve la cabeza como si la posibilidad de hacerlo le hiciera gracia—. Y luego me ha hecho prometer que no ha sido un impulso y que cuando regrese a España tocaré para ellos.

Lila se muerde el labio. Me conmueve ser el primero que la ve tocar en años. Ser el elegido hace que me sienta especial. Sé que es absurdo, pero no puedo negar mis sentimientos. Algunas personas llegan a tu vida y marcan un antes y un después. El tiempo que pasas con ellas es lo de menos porque eso no define la importancia de un sentimiento. Lila solo ha necesitado ocho días para llegar a mi corazón. Ni mis miedos ni mis dudas van a cambiarlo.

Respira profundamente y extiende los brazos. Abre y cierra las manos cinco veces. Supongo que es el típico tic de un músico antes de un concierto. Yo salgo al escenario con la mano izquierda metida en el bolsillo del pantalón porque creo que me da buena suerte.

Comienzan a sonar las primeras notas de «Someone Like You», de Adele, en la versión para piano. Reconozco que tenía muchísimas expectativas respecto a las habilidades de Lila, pero esto supera lo que imaginaba. Es más que buena. Tiene un enorme talento. Sus dedos se deslizan por el teclado como si flotaran. Toca con los ojos entornados y la vista clavada en algún punto del ventanal que da a la playa. Apenas me he recuperado de la impresión cuando, nada más terminar la canción, la enlaza con «Heartbreak Anniversary», de Giveon. Lila me tiene hechizado y no puedo despegar los ojos de ella. Es una ninfa tocando el piano en mitad de un bosque. Con sus tirabuzones pelirrojos, el rostro pecoso y el vestido de lino blanco. Sus manos pequeñas y pálidas serpentean por el teclado como si fueran una.

«Ha nacido para ello».

La última canción me saca una sonrisa. «Willow», de Taylor Swift. Me pregunto si ha memorizado las partituras de las versiones a piano o si simplemente es una virtuosa que toca de oído. De cualquier forma, su talento es innegable y algo me dice que, ahora que ha vuelto a tocar, no va a dejarlo porque esto es algo más que un impulso pasajero.

Lila echa la cabeza hacia atrás y suspira. Deja caer las manos sobre la banqueta. Toma aire durante unos segundos en los que lo único que se escucha son nuestras respiraciones agitadas. De repente, me percato de que me está mirando de reojo con picardía. No necesita que le diga que es muy buena porque lo sabe. Pero quiero hacérselo saber, es lo mínimo que se merece oír después de tanto tiempo sin tocar el piano.

—Eres increíble.

—Lo sé —responde sin una pizca de vanidad—. Gracias por venir a verme tocar.

—Me moría de ganas de verte. Prácticamente he sobornado al capitán para que fuera a toda pastilla.

—¿Qué? —Se ríe—. ¿Dónde estabas?

—En Malé —no me pregunta qué estaba haciendo allí y lo agradezco—, queriendo saber qué tal te las estabas apañando. Ahora veo que de maravilla.

—Todavía estoy un poco entumecida —murmura extendiendo los brazos y mirándose los dedos—. Nada que no se pueda corregir con un poco de práctica.

Me froto la cara. Si esta es su versión entumecida y desentrenada, no me quiero ni imaginar qué clase de pianista será cuando esté al cien por cien.

Lila me ofrece una mirada cargada de intenciones.

—Y ahora, un poco de música clásica. Mi profesor de piano no me lo perdonaría si supiera que he cambiado a Chopin por Taylor Swift. Es un gran pianista, pero está muy chapado a la antigua. Para él todo lo que no sea anterior al siglo XX no es digno de ser llamado música.

—Entonces, según él, ¿nosotros qué hacemos?

—Uy. —Lila esboza una sonrisa de medio lado—. No quieras saberlo.

Me hace un hueco en la banqueta del piano. Enseguida comprendo qué pretende y me muestro reacio. No quiero ser el típico tío que se pone a la defensiva cuando la chica que le gusta es mejor que él en algo; pero, ahora que sé que Lila es una pianista maravillosa, me impone un poco sentarme con ella a tocar.

Comienzan a sonar las primeras notas de «Canción de cuna», de Johannes Brahms, la nana que interpreté para ella el otro día. Las comparaciones son odiosas, así que será mejor fingir que aquello nunca sucedió. Lila deja de tocar, enarca las cejas y le da una palmadita a la banqueta.

—Quiero tocar contigo —insiste.

—Después de haberte escuchado me siento como un mindundi.

—No tengo ni idea de tocar el bajo —le resta importancia—. Podríamos enseñarnos el uno al otro.

—Yo ya sé tocar el piano —respondo indignado, y tiene la poca vergüenza de resoplar cuando me siento a su lado—. No toco tan bien como tú, lo reconozco, pero mi profesor de piano estaba convencido de que podía llegar muy lejos si me centraba en él.

—Es lo que dicen todos los profesores a sus alumnos para animarlos…

—¡Eh! —protesto, y se ríe cuando empiezo a hacerle cosquillas—. Pequeña hobbit malvada y egocéntrica. Todos los pianistas que conozco son unos esnobs musicales que piensan que el piano es el instrumento más hermoso y difícil. No quieres aprender a tocar el bajo. Nunca estáis interesados en otros instrumentos.

Lila resopla.

—Porque lo es.

—No me voy a poner a enumerar las virtudes de los instrumentos de cuerda, pero todo el mundo sabe que…

—Te estás picando —responde divertida.

Frunzo el ceño.

—No.

—¡Estás superpicado! —Se parte de risa.

—Que no —digo de mala gana, pero se me escapa una sonrisa porque su risa es contagiosa—. La primera y la última. Solo voy a tocar esta melodía contigo porque quiero hacerte feliz.

—Qué bonito —responde esbozando una sonrisilla. Le encanta salirse con la suya.

Lila y yo tocamos a medias «Canción de cuna». Me percato de dónde cometí el error y me cambia el gesto. A pesar de que su talento está por encima del mío, tocar con ella es una experiencia muy placentera. Cuando terminamos, aplaude emocionada. Respiro aliviado porque pensaba que se pondría a analizar mis errores, pero Lila está tan dispuesta a disfrutar que me da un abrazo.

—Ha estado bien —dice a escasos centímetros de mis labios.

—Más que bien.

Le acaricio la boca con la mía y se estremece. Lila apoya las manos en mis hombros y las desliza poco a poco hacia mi abdomen. Solo es un roce por encima de la ropa, pero ambos contenemos la respiración. Quiero decirle que podría estar toda la vida tocándome y jamás me cansaría de ella; que a veces creo que esto es demasiado bueno para ser verdad. En cambio, me limito a mirarla a los ojos antes de darle un beso en la mejilla. Luego entierro una mano en su pelo y le doy un pequeño tirón para besarle el cuello. Ella jadea antes de que mi boca se junte con la suya. Es un beso cargado de ganas, pero me las apaño para contenerme. Lila rodea mi cuello con sus brazos y sus pechos se aplastan contra mi torso. Los dos estamos tremendamente excitados y ella acaba sentada encima de mí. Cada centímetro de su piel se enciende cuando la toco y mi erección está a punto de reventarme los pantalones.

—¿Sabías que Johannes Brahms compuso «Canción de cuna» para el hijo de una amiga de su infancia? —le pregunto con tono ronco—. Estaba enamorado de ella e incluyó una melodía oculta que su amiga le cantaba cuando eran jóvenes.

Lila me mira con los ojos vidriosos de deseo y se muerde el labio.

—Solo tú eres capaz de decirme algo así en un momento como este.

—La suya fue una historia de amor imposible.

—¿Y la nuestra?

—Qué va. —La atraigo más hacia mí—. La nuestra apenas está comenzando.

43

Lila

Axel no quiere revelarme a dónde vamos. Dice que es una sorpresa. Nos hemos subido a un *dhoni* que navega por el agua turquesa y una manada de delfines nos ha acompañado durante parte del trayecto. Está atardeciendo y el cielo se tiñe de ese crepúsculo de tonos anaranjados y violáceos. Me apoyo en la barandilla para observar el paisaje. No me puedo creer que dentro de un par de días vaya a despedirme de este lugar. Me he acostumbrado a despertarme con el rumor de las olas y a caminar descalza por la playa. No quiero irme de aquí.

—Ya estamos llegando.

Es una isla parecida a las demás. Axel se muestra misterioso y lo observo de reojo con curiosidad. Me ha encantado tocar para él. Su mirada de orgullo ha ido directa a mi corazón. Nunca he necesitado que me halaguen para saber que soy buena tocando el piano, pero reconozco que he sentido un regocijo extraño cuando él me miraba embobado.

—¿Dónde estamos? —pregunto cuando bajamos del barco.

—En la isla de Vaadhoo.

El sitio parece estar casi deshabitado. Observo las palmeras y la arena blanca. Es una isla pequeña y preciosa, pero no deja de ser idéntica al resto que hemos visitado.

Axel y yo damos un paseo por la playa. El sol se está ocultando detrás del mar. Dentro de poco será de noche y me muero de ganas de saber lo que ha planeado.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo sería bañarte en un mar de estrellas? —pregunta.

—Pues… no. Porque es imposible.

Axel comprueba su reloj y luego se sienta con los pies sumergidos en la orilla. Me pongo a su lado y lo observo intrigada. Contemplamos en silencio el atardecer. Lo miro de reojo y frunzo el ceño. Está muy tranquilo. Tiene una pierna flexionada sobre mi muslo, la otra estirada y el peso apoyado sobre los codos.

—Venga, dime qué pasa —le pido impaciente.

—Ya lo verás —responde con tono misterioso.

Suspiro y me aparto un mechón de pelo que me tapa el ojo

izquierdo. Al principio no me percato de lo que está sucediendo. Solo son un puñado de puntos difusos que confundo con estrellas de mar. Pero, entonces, los puntos se agrupan y se convierten en destellos de un intenso azul neón. Abro los ojos de par en par cuando la orilla se tiñe de un tono azul eléctrico repleto de diamantes. Es una escena mágica. Sumerjo un pie en el agua y contengo la respiración porque comienza a brillar, al igual que el resto de la playa. Parece que estamos en la escena de un cuento de hadas. Apenas me percato de que le estoy apretando la mano con fuerza a Axel cuando digo:

—Parecen estrellas.

—Lo llaman el mar de estrellas.

Me pongo de pie para observar semejante espectáculo. El cielo oscuro y cuajado de estrellas se funde con el mar azulado y brillante. Parece que han llovido estrellas del cielo. Como en aquella escena de *La vida de Pi*. Todo es tan hermoso que tengo miedo de moverme y estropearlo.

—¿Cómo es posible? —pregunto maravillada.

—Cuando la marea baja, el plancton se acumula en la orilla y entra en contacto con el oxígeno, lo que produce una reacción química llamada bioluminiscencia.

Miles de pequeñas luces bailan al son de las olas. Es un espectáculo único que ilumina el océano Índico. Axel se pone de pie y damos un paseo por la orilla. Es como caminar por el cielo. Dejamos un reguero de huellas iluminadas de azul brillante. Las de Axel se distinguen porque son el doble de grandes que las mías.

—¿Es peligroso bañarse?

Comienza a desvestirse a modo de respuesta. Me quito el vestido y lo sigo corriendo hacia el agua. Nos metemos en el mar de estrellas. Lo salpico y él nada en mi dirección. Jugamos como dos críos hasta que consigue atraparme y murmura con tono ronco:

—Te pillé, pecosa.

Tuerzo el gesto cuando me llama pecosa porque me encanta fingir que no me gusta. Axel me acaricia el cuello con la boca. Me tiemblan las manos cuando me apoyo en sus hombros. Los dos contenemos el aliento cuando su erección me roza el interior del muslo. Aunque nos olvidemos de todo a nuestro alrededor, no estamos solos. Hay un par de familias sentadas en la orilla.

—No queremos que nos detengan por escándalo público, ¿no?

—No podría soportar ir a la cárcel —responde con una sonrisa ladina—. Me he acostumbrado a la buena vida.

—Rico, famoso y humilde. Qué gran partido —bromeo.

Axel me da un mordisco en el cuello y se me escapa la risa floja. Sé que debemos volver a la orilla porque acabo de rozarle la erección a propósito y ha soltado un gruñido. Por eso acepto su mano para salir

del agua. Recoge nuestra ropa sin soltar mi mano y entre beso y beso me conduce al interior de la isla. Camina como si supiera a dónde vamos y se adentra en un sendero serpenteante que termina en un bungalow de madera rodeado de palmeras y árboles de pan. Se agacha para coger la llave que hay debajo del felpudo.

—¿Lo tenías todo planeado? —pregunto con tono acusador.

Axel tiene un nudo en la garganta cuando me mira.

—Sí.

Me suelta la mano. De repente, parece agobiado ante la posibilidad de que me enfade porque haya tomado la iniciativa. Pero no puedo cabrearme con un chico que me lleva a ver el mar de estrellas y luego encuentra un refugio en mitad de la isla.

—No tenemos que hacer nada. Sé que parece que te estoy trayendo aquí para acostarme contigo, pero…

—¿No quieres acostarte conmigo?

—Joder, sí.

Se pasa una mano por el pelo y me mira indeciso.

—Lila, no quiero que parezca que he montado todo esto para…

—Y apuesto a que en el bolsillo llevas preservativos.

—Sí —responde con cara de circunstancia—. Por si acaso. Es decir, por si tú querías… Quieres… Ya me entiendes. Mierda, esto no debía salir así. No quiero meter la pata. Ahí dentro hay comida china porque sé que te encanta. Yo te invitaba a cenar y a ver una peli. Y luego, si a los dos nos apetecía… En ese caso, me sentiría el tipo más afortunado del mundo. Pero solo si estás cien por cien segura de que quieres acostarte conmigo. Dios, di algo. Por favor. Lo que sea. Dime que soy un imbécil por dar por hecho que podría tener tanta suerte.

Acorto la distancia que nos separa y le pongo las manos en el pecho.

—¿Podemos saltarnos la parte de la cena y la película?

Axel me mira confundido y tarda varios segundos en comprender qué le estoy diciendo. Esboza una sonrisa aliviada antes de girarse para abrir la puerta. Va a decirme algo cuando lo empujo para meterlo en la casa.

—¿A qué parte quieres ir? —pregunta.

—A la parte en la que hablas menos y haces otras cosas más placenteras.

—Dame una pista.

Le acaricio la boca con la mía mientras mi mano se desliza por encima de su bañador húmedo.

—Lo voy pillando —responde antes de devolverme el beso.

Axel me estrecha entre sus brazos y cierra la puerta de una patada. Me quedo sin aliento cuando me besa. Este beso es diferente a los anteriores. Los dos sabemos lo que va a suceder en este bungalow. La cabaña de madera es pequeña y acogedora. Está decorada al estilo

colonial y hay una habitación con vistas a un jardín tropical. En mitad del dormitorio hay una enorme cama con dosel a la que nos vamos acercando mientras nos besamos. Solo llevamos puestos los bañadores y la fricción de mi cuerpo húmedo contra el suyo es una tormenta de sensaciones deliciosa. Estoy un poco nerviosa y me tropiezo con un baúl que hay a los pies de la cama. Axel me sujeta por la cintura cuando estoy a punto de perder el equilibrio. Su mano enorme y cálida se apoya en la parte baja de mi espalda y su otra mano se entrelaza con la mía. Se la lleva a los labios y me besa los nudillos sin dejar de mirarme a los ojos. Su mirada de color pardo desprende seguridad y es imposible que no confíe en él.

—Tranquila —dice al notar mi inquietud—. Podemos ir despacio.

Asiento porque tengo todas las palabras atascadas en la garganta. Axel me acuna el rostro con ternura y me roza los labios con su boca. Mi pulso se dispara cuando vuelve a besarme. Tiene una forma de hacerlo que no se parece a nada que haya experimentado en el mundo. Sus besos son delicados, pero también urgentes. Me besa como si quisiera demostrarme que le importo y que al mismo tiempo me desea tanto que va a volverse loco. Siempre que nuestros labios se juntan siento que estamos creando un diccionario de besos con el que podemos comunicarnos sin necesidad de pronunciar ninguna palabra.

Me está atormentando. Me muero de deseo. Su lengua toca la mía y luego se aparta. Me acaricia la boca con la suya una y otra vez. Me besa la barbilla y las mejillas. Sonrío sin poder evitarlo cuando me da un beso en la punta de la nariz. Sus labios me calientan la piel al mismo tiempo que sus manos van descendiendo desde la nuca hasta mis hombros. Le toco el pecho y contiene la respiración cuando voy bajando muy despacio por su abdomen. Agacho la cabeza para mirarlo mientras lo toco. Le brillan los ojos con algo primitivo al encontrarse con los míos durante una fracción de segundo.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta con tono ronco.

—Uf… y tanto.

Lo acaricio por encima de la cinturilla del bañador con el dedo índice. Hace un buen rato que tiene una erección. Axel echa la cabeza hacia atrás, aprieta la mandíbula y murmura:

—Me estás matando.

—Apenas estoy haciendo nada.

—Lo haces de maravilla —responde con tono gutural.

Continúo acariciándolo por encima de la tela y comienza a respirar con dificultad. Se agarra con una mano al dosel de la cama y la otra la apoya en mi costado. Envuelvo su erección con mi mano y se sobresalta. Solo es un contacto efímero. Me sobran el bañador y las ganas.

Le estoy desabrochando el pantalón cuando me agarra la muñeca

con delicadeza.

—Todavía no —me pide, y me da un beso en el borde del pecho—. No quiero correrme tan deprisa.

Tengo la boca seca cuando su dedo índice se desliza desde mi clavícula hasta el ombligo. Luego sube por mi abdomen haciendo unas eses que evitan mis pechos a propósito. Apoyo la espalda en el poste de la cama mientras un calor sofocante se apodera de mi cuerpo. Sé que estoy completamente sonrojada. Axel esboza una sonrisa pícara y su mano derecha me acaricia la cintura antes de bordear la parte superior del biquini.

—¿Quieres esto? —pregunta metiendo un dedo dentro del cordón que tengo atado al cuello.

Asiento porque soy incapaz de articular una palabra coherente. Me muerdo el labio en el momento en que me acaricia los pechos por encima de la tela húmeda del biquini. Tengo los pezones tan duros que la caricia me provoca una mezcla de placer y dolor. Me agarro al poste cuando su boca aprisiona uno de mis pezones. Me tiemblan las piernas. Me desabrocha la parte superior del bañador y no siento ni un ápice de vergüenza cuando el trozo de tela cae al suelo.

—Eres un sueño hecho realidad —murmura sin despegar los ojos de mí.

Axel me atormenta con la boca hasta que ya no puedo más. No sé si soy yo la que se tumba en la cama o él quien me coge en brazos para colocarme sobre el colchón. No puedo pensar con claridad. Separa mis muslos y me da besos cortos mezclados con pequeños mordiscos. A veces contengo la respiración y me pregunta si va todo bien y si quiero que continúe. Me retuerzo de placer y clavo las uñas en las sábanas blancas. Ninguno de los dos puede soportarlo más y nos quitamos la poca ropa que nos queda. Su erección me roza el interior del muslo cada vez que se mueve. Me tapo la cara con las manos cuando intuyo lo que va a hacer. Por un instante quiero gritarle que pare, pero la vergüenza pasa a un segundo plano en cuanto entierra la cabeza en mi sexo. Su lengua me acaricia antes de penetrarme con un dedo. Me sorprende no estar rígida y que sea capaz de entrar dentro de mí sin esfuerzo. Apenas soy consciente de las reacciones que provoca en mi cuerpo. He separado las piernas. Nos masturbamos el uno al otro. Ambos respiramos con dificultad. No sé si transcurre un segundo, un minuto o una hora, pero justo cuando creo que he llegado al límite de mi placer, Axel se aparta de mí y busca algo en la mesita de noche. Me invade una mezcla de pánico y deseo al verlo ponerse el preservativo. Axel se recuesta encima de mí y apoya su mano en mi mejilla. Me mira a los ojos con un afecto que aniquila todas mis dudas.

—No voy a hacer nada que no quieras, ¿vale? —dice con suavidad

—. Esto ya es jodidamente perfecto. Ni en mis mejores sueños pensé que tendría tanta suerte contigo. No necesito más.

—Quiero acostarme contigo —respondo mientras lo atraigo hacia mí para besarlo—. Pero hace más de dos años que no tengo sexo con otra persona y… me da un poco de miedo, la verdad.

Me quito un peso de encima al contárselo. Es una conversación un poco humillante, así que no pienso decirle que Hugo es el primer y único chico con el que me he acostado. Tampoco hace falta entrar en detalles.

—Voy a ir despacio —me promete—. Puedes pedirme que pare en cualquier momento, Lila.

Lo creo. Axel siempre consigue que me sienta más segura. El hecho de saber que no va a enfadarse si lo detengo me anima a continuar. Por eso no me tenso cuando su erección me roza el pubis. Ni cuando me acaricia justo donde sabe que me enloquece. Estoy mojada de nuevo y rodeo su cintura con mis piernas. A él se le escapa un gemido en cuanto su polla roza mi sexo durante una fracción de segundo. Los dos nos quedamos paralizados por la sensación. Axel observa mi reacción con cautela y vuelve a hacer el mismo movimiento. No sé si una persona puede enloquecer de deseo, pero creo que es lo que me sucede cuando me atormenta de esa forma. Por eso soy yo la que toma la iniciativa y arquea las caderas para buscarlo. Me pide permiso con la mirada antes de penetrarme. Se hunde lentamente sin dejar de mirarme a los ojos. Le clavo las uñas en la espalda.

Es… intenso.

Es… Oh…

—¿Cómo lo quieres? —pregunta mordiéndome el lóbulo de la oreja —. ¿Rápido? ¿Lento?

«Dios».

Axel entierra una mano en mi pelo y me da un pequeño mordisco en la barbilla.

—Dime cómo te gusta —me ordena con tono ronco—. Quiero hacer que te corras.

—Justo así —consigo balbucear.

Le acaricio la espalda cuando acelera el ritmo. Todo lo que se me ocurre para describir este momento es un batiburrillo de palabras sin sentido. Demasiado bueno. Demasiado cálido. Demasiado real. Y, sin embargo, no siento que juntos seamos demasiado, sino que funcionamos mejor. Que acabo de encontrar a un chico que es capaz de llegar a mi corazón de mil formas diferentes.

Axel se corre un par de segundos después de que yo llegue al orgasmo. Los dos respiramos con dificultad. Se apoya en los codos para no aplastarme y me da un beso largo y perezoso antes de apartarse de mí. Sale de la cama y se encierra en el baño. Aprovecho

ese instante de soledad para ponerme las manos en las mejillas y comprobar que estoy ardiendo. Axel regresa al cabo de medio minuto. Me muerdo el labio cuando lo veo caminar desnudo hacia mí. Soy incapaz de no sonrojarme. Es una estupidez teniendo en cuenta lo que acabamos de hacer.

No necesito pedirle que me abrace. Se tumba a mi lado y extiende el brazo para que apoye la cabeza en su pecho. Mejor así. Todavía no estoy preparada para mirarlo a los ojos. No creo que sea un buen momento para hablarle de mis sentimientos. Justo ahora me siento tan vulnerable que le diría sin pensar que lo quiero. Solo llevamos ocho días juntos. Es una locura. No sé si está preparado para oírlo. Me da miedo que pueda salir huyendo.

44

Axel

Lila y yo estamos viendo *Notting Hill* mientras devoramos la comida china recostados en la cama. Hemos sido incapaces de salir de esta habitación. Soy una persona poco dormilona, pero la cama se me antoja el mejor lugar del mundo cuando Lila está en ella.

—Me encanta Julia Roberts —dice. Hugh Grant va caminando por Portobello Road mientras suena «Ain't No Sunshine»—. Siempre he pensado que una película puede ser sublime con la música adecuada. Mira a Will. Esta escena pasaría desapercibida si no fuera por la canción.

—*El último mohicano* no sería lo mismo sin su banda sonora —concuerdo.

—*Tarzán* y Phil Collins.

—Lo siento, pero la mejor banda sonora de una película de dibujos es *El príncipe de Egipto*, y no admito discusiones al respecto.

—Pero ¿qué dices? —Lila pone el grito en el cielo—. ¡Estamos hablando de Phil Collins!

—Mariah Carey y Whitney Houston cantando «When You Believe» le dan tres mil vueltas a Phil Collins —respondo absolutamente convencido.

Lila niega con la cabeza con vehemencia como si me hubiera vuelto loco.

—Lo que tú digas.

—Nosotros también deberíamos tener nuestra propia banda sonora.

A Lila se le cae el rollito de primavera al que estaba a punto de darle un mordisco. Me mira con los ojos entornados como si se estuviera preguntando si le estoy gastando una broma. Cojo mi teléfono móvil y se lo ofrezco sin pudor. Se le va aflojando una sonrisa de ilusión.

—¿Quieres tener una lista de Spotify a medias conmigo? —bromea—. Es casi como firmar una hipoteca o adoptar un perro juntos.

—Mis abuelos ya tienen un perro. Se llama Django.

—¿Por la peli?

—A mi *aitona* le flipa Tarantino. Django es un gran danés enorme que le tiene miedo al yorkshire de la vecina. Él quería que fuera nuestro perro guardián, pero Django se limita a tumbarse delante de la

chimenea y a vivir como un rey.

—¿Tienes una foto? —pregunta con curiosidad.

Desbloqueo mi teléfono y le enseño una fotografía en la que Django sale abrazado a un osito de peluche que le compré cuando estuvimos de gira en Berlín. Lila se deshace en halagos y dice que es una monada.

—¿De verdad no quieres tener una lista de Spotify conmigo? —intento convencerla—. Mi gusto musical es exquisito. No es por fanfarronear, pero todos me lo dicen.

Lila pone los ojos en blanco.

—¿Qué será lo próximo? ¿Que me pidas tener un hijo? —se burla de mí.

Le hago cosquillas justo donde he averiguado que tiene el punto débil. Lila se retuerce como una lagartija y me suplica que pare. Los dos estamos respirando con dificultad. Todavía tiene los labios hinchados por culpa de mis besos. Está preciosa y sé que lo que siento no va a desaparecer cuando regrese a España. La distancia no servirá de nada para enfriar mis sentimientos.

—Quiero tener dos, por lo menos —respondo, y ella abre los ojos de par en par—. ¿Qué pasa? No ahora, obviamente. A partir de los treinta. Me encantan los niños y creo que sería un buen padre.

—Seguro que sí —dice convencida—. Yo no lo sé. Tal vez. La verdad es que no me lo había planteado porque daba por hecho que siempre estaría estancada en el mismo sitio…

Lila observa la pantalla de mi móvil con el ceño fruncido. Se lo está pensando. Algo me dice que va a decir que sí. Al final se muerde el labio y claudica antes de pedirme que desbloquee el teléfono para crear una lista de Spotify.

—Nada de música triste —puntualiza.

—De eso nada —coincido—. Deben ser canciones que nos pongan de buen humor. Para escucharlas cuando tengamos un mal día o nos echemos de menos.

—Lo dices como si yo te fuera a echar de menos.

Lila se parte de risa al ver la cara que pongo. Comenta que es muy fácil picarme y me doy cuenta de que tiene razón. Luego decide que la primera canción será «Party in the USA», de Miley Cyrus y yo respondo que ni de coña.

—¿Qué tienes en contra de Miley Cyrus? —protesta.

—Nada, pero esa canción está sobrevalorada.

—¿Quién te ha dicho que tienes un gusto musical exquisito? —replica enfurruñada—. No sabes de lo que hablas, Axel. ¡Es un temazo!

—La lista es cosa de dos.

Lila me llama esnob y pone mala cara, pero lo deja estar y me pregunta qué canción creo que debería incluir. Sé que va a ponerle

alguna pega para devolvérmela. De eso no me cabe duda. Le encanta salirse con la suya.

—«I'm Still Standing», de Elton John.

Lila abre la boca para protestar, pero se limita a suspirar y me observa como si lo hubiera hecho a propósito.

—Me encanta Elton John —admite apesadumbrada, como si dejarme incluir esa canción fuera una batalla que ha perdido. De repente, se le ilumina la cara y exclama—: «Man! I Feel Like a Woman», de Shania Twain. Como me digas que está sobrevalorada tiraré tu teléfono al mar.

—Me flipa la música country —respondo, y añado la canción a la lista.

—¡Taylor Swift! —exclamamos al unísono.

Elegimos «Shake it Off» y un par de canciones más de Taylor. A medida que vamos elaborando la lista, conseguimos ponernos de acuerdo. «Blinding Lights», de The Weeknd, «Physical», de Dua Lipa o «I Will Survive», de Gloria Gaynor, entre otras. La *playlist* es muy dispar y hay tanto canciones de artistas modernos como grandes clásicos. Antes de terminarla, incluyo «Party in the USA». Lila me mira con incredulidad.

—Has dicho que esa canción está sobrevalorada.

—Sí, pero la iba a incluir de todos modos. Solo quería picarte.

Lila coge la almohada y me pega con ella. Para ser tan pequeña tiene bastante fuerza. Consigo esquivar varios golpes antes de coger la segunda almohada. Le doy con ella en toda la cara y se cae bocarriba en la cama. Tiene las mejillas coloradas cuando la miro.

—Ostras, perdón. ¿Estás bien?

—¿Acabas de pegarme con una almohada?

—Eh… —Me rasco el codo—. Has empezado tú. No quería darte tan fuerte.

Lila me pilla desprevenido y me derriba de un almohadazo. No me lo puedo creer. Acaba de utilizar mi preocupación para ganar la pelea. Se pone encima de mí y levanta el puño para gritar: «¡Victoria!». Luego esboza una sonrisa triunfal y me mira.

—Te gané, grandullón.

—No volveré a tener una pelea de almohadas contigo.

—Los hombres os ponéis en plan víctima cuando os vence una chica.

—¡No tengo ningún problema con que me ganes! —exclamo indignado, aunque admito que estoy algo picado—. Reconoce que eres muy competitiva, pequeño hobbit malhumorado.

—No me llames así. —Lila me apunta con un dedo, pero la media sonrisa la traiciona—. Lo que me falta de altura lo compenso con otras cosas.

—No lo dudo. —Sonrío con picardía—. ¿Tampoco te puedo llamar pecosa? Sé que te gusta.

—Mentiroso.

—Te gusta.

—Para nada.

—Te pones colorada cuando te llamo así.

Lila se sonroja de manera inevitable. Enredo el dedo índice en uno de sus rizos y protesta durante un segundo antes de que la bese. La llamo pecosa entre beso y beso mientras finge que protesta. Estamos jadeando cuando nos separamos para quitarnos la ropa. Esta vez hacemos el amor más despacio y ella toma la iniciativa.

45

Lila

Todavía tengo calor y las extremidades temblorosas después de lo que acabamos de hacer. Creo que Jimena pondría el grito en el cielo si supiera que he creado una *playlist* a medias con Axel. Alguna vez lo he intentado con ella, pero me entran ganas de estrangularla porque toda la música que elige es reguetón del malo. Porque sí, hay reguetón bueno; aunque también de ese que te entran ganas de extirparte los tímpanos ante semejante tortura musical.

Axel y yo estamos dando un paseo por la playa, ya que quiero ver por última vez el mar de estrellas antes de que amanezca. Me agacho para observar más de cerca los puntos brillantes. Parecen esquirlas de diamantes. Cojo un puñado de arena y dejo que se escurra entre mis dedos como si fuera polvo de estrellas.

—No sé si volveré a este sitio, pero me gustaría pensar que sí.

—A mí también —me confiesa mirándome a los ojos—. Contigo.

Se me acelera el corazón. Separo los labios para decirle que estoy enamorada de él, pero por alguna inexplicable razón las palabras se quedan atascadas en mi garganta. En lugar de ello, digo:

—Deberíamos pedir un deseo.

—¿Como si fueran estrellas fugaces?

—Sí.

No sé por qué lo hago. Soy una persona muy escéptica y la vida me ha endurecido el carácter; pero con Axel aflora mi lado más soñador y quiero volver a ser esa niña repleta de ilusión que vive la Navidad sin saber que los Reyes Magos son los padres.

—Deseo…

—¿No deberías pedirlo en silencio para que se cumpla? —me interrumpe con suavidad.

—Eso es una tontería —respondo convencida—. No tiene gracia si no sabes lo que he pedido.

Axel me observa con curiosidad. De niña solía pedir muchos deseos. Que el gato de mi vecina apareciera sano y salvo o que el profesor de Matemáticas nos quitara el examen. Casi nunca se cumplían.

—Deseo volver a esta playa contigo —digo sin dudar, y cruzo los dedos para que algún día se cumpla—. ¿Y tú?

—Que el tiempo pase más despacio cuando estoy contigo.

«Ay».

«Ay, Dios. ¿Cómo no voy a enamorarme de ti?».

Sus palabras van directas a esa última parte que tengo guardada bajo llave. Donde viven los miedos y las dudas. Donde el amor se abre paso y se lleva todas y cada una de las inseguridades que siento respecto a Axel.

—Tengo un regalo para ti —dice. Como si este momento pudiera ser más perfecto.

—¿Sí? —pregunto ilusionada.

Odio las sorpresas. Me ponen alerta porque creo que va a suceder algo terrible. Pero sé que es algo muy bueno cuando se trata de Axel. Me entrega una pequeña cajita de terciopelo azul oscuro. Está nervioso y su actitud me parece adorable. Abro el paquete sin sospechar de qué se trata.

—¡Axel!

Es el colgante de la tortuga que estuve mirando aquel día en Malé. Fue amor a primera vista porque me recordó a la tortuga que vimos durante nuestra primera incursión de buceo, pero no podía permitírmelo. Axel debió de darse cuenta de que me gustó. No sé qué decir. Lo observo con detenimiento y me percato de que hay una inscripción en la parte posterior. Aparecen unas coordenadas. Lo miro sin entender nada.

—Son las coordenadas de la playa en la que nos besamos por primera vez —me explica. «Vale, no te alteres. Es el mejor regalo que me han hecho nunca. No te pongas a dar saltitos ni a chillar como una loca. Limítate a darle las gracias y dile que te encanta».

—Es… precioso.

—¿Quieres que te lo ponga?

Me doy la vuelta y Axel me aparta el pelo de la espalda antes de ponerme el collar. Sus dedos me rozan la piel del cuello. Agacho la cabeza para observar el colgante y lo sostengo con manos temblorosas.

—Gracias —musito.

Me abraza por detrás y me da un beso en la coronilla. Menos mal que no puede verme la cara porque estoy sonriendo como una boba. Quiero volver con él a esta playa. Quiero que cuando regresemos a España tengamos una relación seria. Estoy enamorada de él, aunque, en lugar de pronunciar las dos palabras que pueden cambiarlo todo, me limito a contemplar el amanecer y a dejar que me abrace mientras pienso que no quiero que me suelte nunca.

46

Axel

Lila está acurrucada en mi pecho mientras le acaricio el brazo con el dedo índice. Hace un par de horas que me he desvelado, pero no quiero moverme para no despertarla. Dormida está preciosa. Tiene la boca entreabierta y el cabello pelirrojo desparramado por la almohada. El collar de plata cuelga de su cuello. Anoche se quedó dormida mientras jugueteaba con la tortuga. Estuve tanto tiempo mirándola que podría dibujar un mapa de las pecas de su rostro con los ojos cerrados.

«Conque esto es el amor».

El amor te sacude hasta los cimientos. Te despoja de toda la seguridad que sentías. Te invita a probar cosas nuevas. Te exige retarte a ti mismo. Te asusta hasta que te sientes jodidamente vulnerable.

«Qué maravilla».

Lo digo en serio. Nunca me había sentido tan vivo. No quiero ir deprisa. Todavía tengo que decirle a Lila que la quiero. Me encantaría llevarla a mi pueblo y presentársela a mis abuelos. Invitarla a almorzar con nosotros. Hacer una excursión por las montañas y bañarnos en ese riachuelo que está helado. Tener un millón de citas con ella.

¿Por qué no se lo digo? Vale que estoy acojonado y que sería más fácil si Lila tomara la iniciativa, pero creo que le he demostrado con mis actos que estoy loco por ella. Tengo la impresión de que nuestros sentimientos van por el mismo camino. Es solo que… Joder, Lila tiene un pasado y me da la impresión de que una parte de ella necesita huir de mí porque no sabe si voy a aceptarla. No sé cómo demostrarle que lo que haya hecho antes no me importa. Que sea lo que sea lo superaremos juntos. Que yo estaré ahí para apoyarla.

Lila comienza a desperezarse. Estira el brazo derecho y me acaricia el abdomen. Separa los labios, murmura algo ininteligible y abre los ojos con pereza. Al principio observa la habitación desconcertada. Luego me mira con los ojos abiertos de par en par y da un respingo.

—¿Qué hora es? —pregunta confundida—. ¿Cuánto he dormido?

—Son las doce y media. Has dormido algo más de seis horas.

—¿En serio? —Parece impresionada—. No sabía que era capaz de

dormir sin…

La miro con curiosidad y aprieta los labios, dejando la frase sin acabar. Quiero preguntarle a qué se refiere, pero Lila me da un beso en la mejilla y sale de la cama.

—¿Llevas mucho tiempo despierto?

—Qué va —miento—. Cinco minutos.

—Ah, vale —responde aliviada—. Estoy muerta de hambre.

Recogemos nuestra ropa desparramada por el suelo y decidimos recorrer la isla a pie para buscar alguna cafetería en la que podamos degustar un desayuno tardío.

Todos son lo bastante perspicaces para saber que Lila y yo hemos pasado la noche juntos, y también lo suficientemente educados para no hacer ningún comentario al respecto. Todos menos Pol, por supuesto, que es un cotilla sin remedio.

Estoy tumbado en una hamaca tomando el sol. Gabi, Lila, Jimena y Leo están jugando al waterpolo en la piscina. Gabi le da un pelotazo en toda la cara a su hermano y exclama: «¡Goool!». Leo se pone hecho una furia y le grita que se supone que debe meter la pelota en la portería y no utilizar a los jugadores como objetivo. Ella se parte de risa y responde que este juego es más divertido. Pol, que tiene una capacidad de atención mínima, ya se ha cansado de jugar y sale de la piscina. Está más nervioso de lo normal y sospecho que es por culpa de la abstinencia, pues en la isla no le ha quedado más remedio que apañárselas fumando maría. Ojalá pudiera hablar con él del tema sin que me saltara a la yugular. A ninguno de nosotros se nos ha olvidado lo que sucedió el año pasado en Madrid, aunque se empeñe en fingir que se encuentra de maravilla. Se planta delante de mí para salpicarme gotitas de agua y taparme el sol. Pongo mala cara y me dedica una sonrisa de las suyas.

—Has triunfado. —Me da una palmadita en la espalda.

—¿Qué?

—Ya me entiendes.

Se sienta a mi lado sin esperar invitación. La hamaca es demasiado pequeña para los dos. Ya sé por dónde va. No pienso ponerle al tanto de mi vida sexual. No soy el típico cretino que se acuesta con una mujer y luego alardea de ello.

—No te entiendo —respondo con frialdad.

—Tienes cara de haber follado.

—Pol —le digo indignado.

Se ríe.

—Quién nos iba a decir que serías el único que echaría un polvo en Maldivas. No sé si darte la enhorabuena o el pésame.

—¿Por qué me darías el pésame? —Me pongo rígido.

—O sea que has follado.

—Tío. —Me tapo la cara con las manos y me armo de paciencia—. No es asunto tuyo. Como Lila te pille preguntándome sobre el tema se va a enfadar contigo.

—Ah, ya le he preguntado —dice con naturalidad—. Me ha mandado a la mierda. Me encanta que la pelirroja tenga carácter. Las mujeres con personalidad son muy interesantes. Y tú eres un caballero que no habla de lo que hace en la cama, por supuesto.

—¿Se te ha acabado el tabaco? —Intuyo. Se pone insoportable cuando le falta la nicotina.

—He venido bien provisto. —Me guiña un ojo—. Entonces te doy el pésame, ¿no?

—¿De qué hablas? —replico irritado.

—Todavía no le has dicho qué sientes, así que te doy el pésame porque la vas a perder como sigas dudando. No te ofendas, pero siempre has sido bastante paradito. Con Lila has tenido mucha iniciativa, aunque los dos sabemos que estás acostumbrado a que las mujeres hagan todo el trabajo. Lila no es como Amber. Necesita que seas tú el que dé el primer paso.

—No tienes ni idea, Pol.

Me levanto para zanjar la conversación. Pol no sabe nada. No entiende que le he abierto mi corazón a Lila en varias ocasiones. Le dije que cuando volvamos a España quiero seguir viéndola. ¿Qué más necesita para entender que estoy enamorado de ella? Yo también estoy asustado. Joder, también necesito una pista para no sentirme tan perdido.

—El amor no es una lucha de egos —dice Pol, que parece leerme la mente—. En el amor siempre hay alguien que da sin esperar nada a cambio y otro que necesita recibir más. No es una competición en la que tenga cabida el orgullo.

—¿Lo dices por experiencia? —pregunto con ironía.

Pol se encoge de hombros antes de apoderarse por completo de la hamaca.

—Nunca me he enamorado, pero, el día que ame a una chica, te aseguro que no seré tan idiota como para no decírselo. En la vida hay que tener agallas.

47

Lila

Mañana es nuestro último día en la isla, así que aprovechamos para divertirnos y despedirnos de la casa como es debido. Hacemos una carrera por la playa, nos montamos en las motos de agua y buceamos hasta que se nos arrugan los dedos. Tomamos el sol y un millón de fotos. Jugamos al futbolín y Gabi gana todas las partidas mientras Pol se queja de que es una tramposa. Desde luego que lo es, pero he aprendido a quererla a pesar de que a veces me saca de quicio.

Intentamos cocinar chili y acabamos quemando una sartén. Somos un desastre. El detector de humo comienza a escupir agua y todos huimos despavoridos de la cocina mientras el pobre Hassan tiene que venir a arreglar nuestro fiasco de almuerzo mexicano. Al final pedimos pizza e invitamos a Hassan a comer, que nos rechaza cuatro veces antes de claudicar y unirse al grupo. Gabi tampoco le deja demasiadas opciones.

Axel y yo nos apropiamos del cuarto de Pol y nos acostamos intentando no hacer ruido, pero las risas nos traicionan. Me parece increíble que mi cuerpo se haya acostumbrado con tanta normalidad al suyo. Cuando salimos de la habitación, fingimos que no ha pasado nada, pero creo que a mí se me nota en la cara. Por la noche hacemos una acampada en la playa y Leo toca la guitarra mientras atardece. Gabi canta varias canciones y Leo y Axel se turnan para acompañarla con la guitarra. No puedo apartar la vista de los dedos de Axel cuando se deslizan por las cuerdas. Esas manos me han acariciado hasta que me han hecho estallar de placer. Las mismas que acunan mi rostro con ternura haciéndome sentir tremendamente especial.

Jimena me ha preguntado por el collar (y por un montón de detalles pervertidos a los que me he negado a contestar) y luego ha suspirado con dramatismo antes de abrazarme muy fuerte y susurrarme al oído: «Se nota que está loco por ti». La situación ha sido un poco incómoda cuando ha mencionado la posibilidad de que Axel sienta algo más que una atracción por mí. Sí, estoy enamorada de él, pero tengo la impresión de que jamás podrá quererme porque no he sido del todo sincera con él. No le he hablado por completo de mi pasado. Tengo muchísimo miedo. ¿Y si me rehúye cuando le cuente toda la historia? ¿Y si siente el mismo rechazo que yo misma he sentido por mí estos

años? ¿Cómo voy a decirle que lo quiero si no estoy preparada para que me rompa el corazón?

—¿Podemos cantar «Nos sobran las dudas»? —sugiere Gabi.

Axel deja de tocar e intercambia una mirada interrogante con Leo, que se muestra bastante reticente. Pol está zampándose una bolsa de Doritos y Gabi le da un codazo para que secunde su propuesta.

—Podemos confiar en Jimena y Lila —sentencia Pol, que en este momento tiene más interés en los Doritos.

—Es la última canción que ha compuesto Leo —nos explica Axel—. No nos dio tiempo a incluirla en el disco. Queremos tocarla en el primer concierto de la gira.

—*Hemos* compuesto —lo corrige Leo—. Es la primera vez que Axel y yo escribimos una canción a medias.

—Y no debería ser la última —responde Gabi—. Venga, Leo. Ellas quieren oírla. Y nos vendrá bien tener una segunda opinión.

—Somos de fiar —dice Jimena, que está ansiosa por escucharla—. ¿A que sí, Lila?

Me muero de curiosidad por escucharla. Axel me mira con cierta reticencia. Sé que confía en mí, pero se trata de la primera canción que ha compuesto con su amigo. Es normal que tenga algunos reparos.

—Tú dirás —dice Leo observando a Axel con expectación.

Me mira y sonríe con reserva antes de coger la guitarra. Jimena se recuesta encima de mí para escuchar la canción. Axel toca la guitarra con destreza. Quizá no sea el mejor pianista que he conocido, pero sí es un gran músico. Gabi y Leo cantan a la vez.

Nos pueden las ganas,
pero nos sobran las dudas.
Cuando se trata de nosotros,
siempre somos un acertijo indescifrable,
un cuento con final ambiguo,
un maldito laberinto.

Nos pueden las ganas,
pero nos sobran las dudas.
Tú y yo funcionamos a ratos,
nos queremos a destiempo,
nos desgarramos la piel en un último intento.

Porque nos pueden las ganas,
pero nos sobran las dudas.
Porque nos puede el deseo,
pero nos sobra el miedo.
Porque nuestro amor es tan real como imperfecto,
como nuestras ganas,
como nuestras dudas.

No quiero creer que este será nuestro último momento.

Jimena aplaude cuando la canción llega a su fin. Tengo el corazón sobrecogido y no sé por qué. Axel compuso este tema antes de conocerme. No tiene mucho sentido que me haya identificado con la letra. Aun así, tengo la impresión de que se anticipó a nuestra historia para dejarla por escrito. Qué locura.

—¡Será un éxito! —exclama Jimena—. Tienes una voz preciosa, Gabi. Y tú también, Leo.

—Gracias —responden los dos.

Axel se sienta a mi lado y me mira de reojo. Jimena se levanta con escasa discreción y se pone a hablar con Leo para dejarnos a solas. Gabi se queja porque Pol se ha terminado la bolsa de Doritos y no le ha ofrecido a nadie. Él responde que no quiere arruinarle esa ridícula dieta que está haciendo. Ella le tira una bola de arena y él la esquiva de puro milagro. Comienzan otra de sus peleas.

—¿Te ha gustado? —pregunta Axel con algo parecido al pánico.

Me sorprende que pueda ser tan seguro de sí mismo y a la vez vulnerable. Que me transmita confianza y al mismo tiempo sea un chico muy sensible. Que tenga en cuenta mi opinión y me trate como si fuera una persona muy interesante que tiene cosas importantes que decir.

—Muchísimo —respondo.

—Me has asustado cuando te has quedado callada.

—Ah, porque estaba asimilando la letra. No sabía que compusieras.

—Fue una apuesta entre Leo y yo. Estábamos en mi pueblo. Nos bebimos un par de cervezas y dejamos que fluyera la creatividad —me cuenta. Luego me pasa un brazo por los hombros porque sabe que tengo frío—. ¿De verdad te ha gustado? Conmigo puedes ser sincera. No me voy a enfadar.

—Que sí. En serio. Es solo que… —Me muerdo el labio porque no sé cómo encontrar las palabras correctas. Allá va—. A veces tenía la impresión de que estabas hablando de nosotros. Es una tontería. Ni siquiera me conocías cuando escribiste la letra. Supongo que me he puesto melancólica porque mañana es nuestro último día en la isla.

—Nuestro último día en la isla —repite Axel sin pestañear—. Eso no significa que deba ser nuestro último día juntos.

Apoyo la cabeza en su hombro y sonrío sin poder evitarlo. Axel me abraza un poco más fuerte, con la presión justa para que me sienta de maravilla. Su mano me frota el brazo para que entre en calor, pero no hace falta porque se me ha quitado el frío en cuanto su cuerpo ha tocado el mío.

—Si tú quieres, claro —murmura con voz queda.

—Sabes que quiero.

—No lo sé —responde contrariado—. Cuando se trata de ti nunca estoy seguro de nada.

Levanto la cabeza y lo miro a los ojos. Le doy un beso mientras trato de acallar mis dudas. Es curioso, también tengo la misma sensación respecto a él, pero no voy a permitir que nos puedan las ganas y nos sobren las dudas. Mañana le abriré mi corazón por completo. Y cruzaré los dedos para que no me rechace.

Querido Lucas:

He tocado el piano de nuevo.

Me he enamorado de Axel.

Y, por primera vez desde hace tres años, vuelvo a estar ilusionada. Creo que solo hace falta una chispa de ilusión para darle sentido a la vida. Tengo ganas de comerme el mundo y te prometo que a partir de este momento voy a dejar las dudas y la autocompasión a un lado.

El miedo está en mi cabeza. Soy fuerte.

Voy a volver a ser la de antes (o quizá una versión mejorada de mí misma que ha aprendido de las circunstancias).

Ya no le tengo miedo al pasado.

Te quiero, pero ya no me duele recordarte.

LILA

48

Axel

Cada uno de nosotros pasa el último día en la isla a su bola. Pol y Gabi lo aprovechan para discutir como de costumbre, Leo surca las olas y Jimena toma el sol mientras se queja de que no ha cogido ni una pizca de color (mentira). Lila y yo lo vivimos al máximo como si no fuéramos a volver a vernos, lo cual es una tontería porque tengo clarísimo que quiero estar con ella cuando regresemos a España. A veces me entran las dudas porque no sé lo que hay dentro de su cabeza, pero creo que quiere lo mismo que yo. Es cierto que las personas que son indescifrables nos fascinan porque no hay nada más atractivo que una incógnita. Sin embargo, por alguna razón, tengo la absoluta certeza de que estaré más enamorado de Lila cuando lo sepa todo de ella. Porque sus virtudes e imperfecciones la hacen única.

No será fácil mantener una relación a distancia. Nos hemos acostumbrado a convivir bajo el mismo techo y va a ser un giro de ciento ochenta grados. Yo vivo en Guipúzcoa y ella en Madrid. Estamos a punto de empezar la gira y estaré viajando un par de meses por todo el país. Aun así, sé que puedo sacar tiempo para vernos si ambos ponemos de nuestra parte.

Pol tiene razón. El amor no es una lucha de egos y a mí no debería importarme dar el primer paso. Aunque esté asustado; sinceramente nunca había tenido tanto miedo, a excepción de aquella vez que mi abuelo estuvo una temporada en el hospital. Soy consciente de que Lila ha pasado por un infierno del que todavía no está preparada para hablarme. Lo único que sé es que vio morir a su mejor amigo, lo cual es suficiente para entender que lo ocurrido le dejó una cicatriz.

Está atardeciendo y Lila se ha ido a su habitación para hacer la maleta. Soy muy ordenado y tardo menos de cinco minutos en preparar la mía. Cruzo el pasillo en dirección a su dormitorio para preguntarle si le apetece estar a solas conmigo esta noche. Podríamos cenar a bordo del *dhoni* o en cualquiera de las islas cercanas. Solo quiero pasar este último día con ella.

Estoy a punto de llamar a la puerta cuando Jimena sale de la habitación. Sonríe con sinceridad al verme. Se nota que le caigo bien. Para mí es un alivio, del mismo modo que también lo es que Lila tenga buena relación con mis amigos. De lo contrario, todo sería más

difícil.

—Le vendría bien que le echaras una mano —dice guiñándome un ojo—. No le caben en la maleta todos los imanes y *souvenirs* que ha comprado para sus padres. Está que trina, pero es más terca que una mula. Mira que se lo dije: «Haz como yo y no lleves regalos». El dinero mejor gastado es el que inviertes en ti misma.

—Yo también llevo bastantes regalos para mi familia —admito con una sonrisa de circunstancia.

Jimena pone los ojos en blanco.

—¡Sois tal para cual! —exclama divertida, y entonces me señala con un dedo—. No se ha quitado el collar que le regalaste. Y te aseguro que Lila es de las que nunca llevan collares ni pulseras. Le gustas de verdad. No la cagues, Axel. Me da igual que seas el bajista de mi grupo favorito. Si le haces daño a mi amiga, te las verás conmigo. Aunque parezca que soy toda sonrisas y buen humor, tengo muy mala leche cuando me enfado.

—No me cabe duda —respondo con los brazos levantados—. Y jamás le haría daño a propósito.

Jimena me mira con franqueza.

—Lo sé —añade sin vacilar—, pero alguien dijo una vez que el infierno está lleno de buenas intenciones y el cielo de buenas obras.

No sé qué responder a eso. Jimena me sostiene la mirada durante un buen rato, como si estuviera decidiendo si soy digno de su mejor amiga. Al final se da media vuelta y se marcha. Es un alivio porque no sé cómo tomarme lo que acaba de decir. Nunca le haría daño a Lila, aunque supongo que tiene razón y a veces herimos a las personas que queremos sin pretenderlo.

La puerta está entornada y por el hueco veo a Lila sentada encima de la maleta mientras maldice su mala suerte. La ropa sobresale por todos lados formando una montaña que intenta aplastar con el trasero. Está colorada como un tomate y tiene la frente perlada de sudor por culpa del esfuerzo. Se pone de pie y, justo cuando creo que va a darse por vencida, se lanza con los brazos extendidos sobre la maleta como si fuera su peor enemigo. Finalmente se cierra y grita: «¡Victoria!». Luego se percata de un pequeño detalle que ha pasado por alto.

—¡Mierda! ¿Cómo cierro la cremallera?

—¿Te ayudo? —pregunto aguantándome la risa.

Lila gira la cabeza hacia mí y sus mejillas se sonrojan todavía más.

—Qué poca vergüenza. ¿Me estabas espiando?

—Alguien me ha chivado que no te caben todos los imanes en la maleta.

Lila resopla y se aparta un mechón de pelo que le cubre el ojo izquierdo.

—Mi padre los colecciona —dice a modo de excusa—. No he podido

evitarlo. Venga, hazte el héroe. Lo estás deseando.

—Se pide «por favor».

Pero no quiero enfurecerla, ya que está tan enrojecida que tengo la impresión de que va a explotar de un momento a otro. No me gustaría tentar a la suerte. Me acerco a ella y no sé dónde meter la mano porque está tumbada encima de la cremallera.

—Si levantas el brazo izquierdo…

—No puedo. Me voy a caer.

—Deberías haber puesto la maleta en el suelo y no encima de la cama.

—¡Ya es tarde para eso!

—Levántate y te ayudo a hacerla de nuevo. Tengo una técnica infalible. Son muchas horas de vuelo acumuladas.

—Ni hablar. ¿Sabes lo que me ha costado cerrarla?

—Lo sé. Te he visto pelearte con ella.

A Lila le entra la risa y pierde el equilibrio. Se cae de lado en el colchón y la maleta se abre de par en par como si hubiera explotado una bomba dentro. La ropa sale disparada en todas direcciones. Un tanga fucsia me cuelga de una oreja. Lila se dobla por la mitad y se parte de risa.

—No es mi talla —digo antes de tirárselo a la cara—. ¿Por qué traes tanta ropa? Ni siquiera te has puesto la mitad.

—Todos los tíos sois iguales. Lleváis cuatro camisetas y un par de zapatos en la maleta. No te puedes poner en mi lugar.

La señalo con un dedo e intento ponerme serio, pero la media sonrisa me traiciona.

—Eso es sexista. Y la maleta de Pol desmontaría tu teoría en medio segundo. Para tu información, todo se basa en la forma en la que doblas la ropa para que ocupe menos espacio. Mira y aprende. —Cojo una camiseta suya y comienzo a enrollarla—. ¿Lo ves? Se hace así para…

A Lila le cambia la expresión de repente. Su rostro es una máscara pálida. Me percato de que algo acaba de caerse y me agacho para recogerlo. Me da un manotazo cuando estoy extendiendo el brazo, pero soy más rápido y logro ver lo que hay en el suelo. Tres cajas de pastillas. Sé lo suficiente de medicamentos para saber que son ansiolíticos y antidepresivos. Lila las esconde bajo la almohada y evita mirarme. Está abochornada.

—No digas nada —musita con agobio.

Pero no puedo evitarlo. No sabía que se estaba medicando. La preocupación me late en las sienes y necesito saberlo todo porque quiero ayudarla.

—¿Desde cuándo las tomas?

—Déjalo.

—¿Hace cuanto que las tomas? —insisto.

—No es asunto tuyo —responde con tono cortante.

—Ya, pero…

Me quedo callado. No quiero meter la pata. No sé qué decir para que se evapore la tensión que acaba de formarse entre nosotros. Una parte de mí desearía no haber visto esas pastillas porque ahora no puedo actuar con naturalidad.

—Lo sabía —murmura con un hilo de voz.

La miro sin entender nada.

—¿El qué?

—Sabía que me mirarías de forma diferente si descubrías las pastillas. Por eso no te lo he contado.

—Lila, eso no es verdad —respondo con menos vehemencia de la que me gustaría—. Te sigo mirando igual que antes.

—Qué va. —Sacude la cabeza con resignación—. Me miras con lástima y no lo soporto.

Intento tocarla y se aparta. Cierro las manos con impotencia. No la estoy mirando con lástima. No lo estoy haciendo, ¿no? Simplemente estoy en estado de shock porque no me lo esperaba.

—No te estoy juzgando.

—Si no me estuvieras juzgando, no tendrías la necesidad de decirlo.

Me froto la cara porque me siento bastante perdido. Solo ha sido un momento de flaqueza. Supongo que todo sería más fácil si Lila confiara en mí, pero sé que este no es el momento adecuado para pedírselo. No quiero que sienta que la estoy presionando.

—Quizá podrías explicarme por qué las tomas —sugiero con suavidad.

—Las tomo porque las necesito —responde irritada.

—Hay otras formas de lidiar con el dolor. Esas pastillas son adictivas y muy peligrosas. Podrías probar a ir a terapia, hacer yoga o…

—Ni siquiera sabes si voy a terapia —me corta furiosa—. ¿Puedes dejar de actuar de esa forma tan paternalista? No eres médico. No puedes juzgarme solo porque has visto unas pastillas. No tienes ni idea. ¿Quién te crees que eres para darme semejante consejo? ¿Crees que las tomo porque es lo más fácil?

—Lila, no pretendía…

—Será mejor que me dejes sola.

—Estamos hablando —respondo a la defensiva. Estoy avergonzado porque tengo la impresión de que he hecho algo malo—. ¿Podemos mantener esta conversación como dos personas civilizadas?

—No.

La miro sorprendido y se limita a cruzar la habitación como una exhalación para abrir la puerta.

—No soporto hablar contigo si me miras de esa forma.
—¿De qué manera? —pregunto agobiado.
—Ya sabes de qué manera.
Quiero decirle que se equivoca, pero me limito a levantarme de la cama y salgo de su habitación. Me voy porque en el fondo, aunque me duela admitirlo, tiene razón. La he mirado de *esa* manera porque me ha entrado el pánico.

Me siento hecho un lío mientras paseo por la playa. Me planteo volver a llamar a la puerta de su habitación para pedirle disculpas. Solo ha sido un malentendido. Jamás sentiría lástima por Lila. Sí, vale, he tenido miedo porque no sabía que se está medicando, pero es algo razonable porque estoy enamorado de ella y me gustaría ser capaz de ayudarla. No quiero parecer un idiota paternalista que cree saber qué es lo mejor para ella. Solo quiero estar ahí y que no me aparte de su lado a la mínima de cambio.
Me tropiezo con Jimena en la playa.
—¿Ya ha conseguido meter los imanes en la maleta? —pregunta divertida.
Ha dibujado un corazón en la arena y está intentando hacerse una foto.
—¿Quieres que te la haga yo?
—¡Sí, gracias!
Le hago varias fotos hasta que se queda satisfecha. Entonces Jimena me observa con los ojos entornados.
—¿Va todo bien?
—Claro.
—Tienes la misma cara que yo cuando discuto con Lila. Puede ser dura de mollera, lo sé. ¿Qué ha pasado? Supongo que los dos estáis un poco nerviosos porque vuestra luna de miel está a punto de llegar a su fin. —Me atraviesa con la mirada—. ¿No habrás cortado con ella?
—¿Qué? No. No es eso.
—Ah —responde aliviada.
—Solo ha sido un malentendido —digo, porque sé que negarlo es ridículo.
Jimena me mira expectante.
—¿Qué sucede? Vamos, cuéntamelo. Es mi mejor amiga. Lo sé todo de ella.
—No quiero meterme donde no me llaman.
Jimena resopla.
—A mí me lo puedes contar. Ella es mi amiga, pero te prometo que puedo ser muy imparcial cuando la situación lo requiere.
—No sé yo si…

—¡Sé hasta el día que le baja la regla! —exclama indignada—. Entre nosotras no hay secretos. A excepción de mi hermano, del cual prefiero no hablar por motivos más que evidentes. Nos conocemos desde que íbamos a tercero de primaria. Lo sabemos todo la una de la otra. En definitiva, que puedes confiar en mí.

Sopeso la posibilidad de contarle a Jimena lo que ha sucedido. Es su amiga. No sería traicionar la confianza de Lila. Sería diferente si le hablo del tema a mis amigos. Jimena, en cambio, la conoce. Se comportan como si fueran hermanas. Supongo que puede darme algún consejo para hablar con Lila y que no dé por hecho que soy un capullo.

—Hemos tenido una pequeña discusión porque he visto sin querer las pastillas. Piensa que la he mirado con lástima. A lo mejor cree que voy a salir huyendo o que ya no me interesa. No es eso. De verdad. Simplemente no me lo esperaba. Eso es todo. Ahora no sé cómo decirle que sigo sintiendo lo mismo por ella. Se ha cerrado en banda y tengo la impresión de que no me creerá.

—¿Qué? —pregunta con un hilo de voz.

—Ya sé que no he tenido la reacción idónea, pero…

—¿Qué pastillas? —me interrumpe con brusquedad—. ¿De qué pastillas estás hablando?

Se me cae el alma a los pies porque ahora sí que he metido la pata hasta el fondo. He dado por hecho que Jimena sabía que Lila se está medicando, pero es evidente que no se lo ha contado porque forma parte de una privacidad que acabo de vulnerar. ¿Cómo he podido ser tan bocazas?

49

Lila

Todavía estoy asimilando lo que acaba de suceder cuando alguien llama a la puerta de mi habitación. Doy por hecho que se trata de Axel y no respondo. Si quiere que tengamos una oportunidad, debe entender que necesito mi espacio.

Dios, no me puedo creer que me haya mirado de esa forma. Me lo habría esperado de cualquier persona menos de él. No del chico sensible y comprensivo del que me he enamorado. Me refiero a esa mirada asustada y recelosa. Como si creyera que estoy mal de la cabeza porque todas las personas que se medican lo están.

Ya sé lo que la mayoría de la gente opina de los antidepresivos. Están mal vistos porque se cree que las personas que los tomamos somos débiles. Incluso mi madre me pidió en varias ocasiones que los dejara, como si fueran una chuchería que no consumes cuando te pones a dieta. Pero no funciona así. El médico me explicó que, a raíz de lo que me pasó, mis redes cerebrales viven en constante ansiedad, que a su vez se traduce en miedo, angustia y un perpetuo estado de alerta ante un temor que no es real. Cualquier situación que me recuerde a lo que sucedió es susceptible de convertirse en una amenaza y por eso sufro ataques de pánico. Mi cerebro tiene un déficit del neurotransmisor GABA, que es el encargado de enviar un mensaje químico al sistema nervioso. La medicación se encarga de disminuir los síntomas de la ansiedad. No tomo las pastillas por gusto, sino por prescripción de un facultativo.

Estoy a punto de gritarle a Axel que deje de llamar a la puerta cuando Jimena la abre de par en par.

—Ah, eres tú —digo aliviada.

—¿Me puedes explicar por qué tomas pastillas? —pregunta a bocajarro.

A veces Jimena puede ser absolutamente insensible. No lo hace con mala intención, solo que es una persona muy impulsiva. Esa es la principal razón por la que no se lo he dicho. Me daba miedo que me juzgara.

—¿Axel te lo ha contado? —replico con incredulidad.

—Él no pretendía… Se le ha escapado.

Aprieto la mandíbula. No me puedo creer que haya tardado tan

poco tiempo en irse de la lengua. Estoy tratando de hacerme a la idea de que es un traidor cuando Jimena vuelve a la carga.

—Lila, ¿por qué no me lo dijiste? —En su tono de voz hay una recriminación para la que no estoy preparada.

—No tengo ganas de discutir —respondo con voz apagada.

—Se supone que somos amigas. Primero me ocultas lo de mi hermano y ahora esto. ¿Qué clase de amiga soy para ti si no puedes confiar en mí? ¡Tú lo sabes todo de mí! Nunca te he guardado ningún secreto.

—¡Somos diferentes! —exclamo alterada—. Que no te lo cuente todo no significa que no valore nuestra amistad. ¿No te has parado a pensar que si me lo callo tiene más que ver conmigo que contigo? No es fácil explicarles a las personas que quieres que te estás medicando porque enseguida empiezan a sacar sus propias conclusiones, que es justo lo que estás haciendo.

—No es cierto —dice con un hilo de voz—. A lo mejor he tenido una reacción un poquito desmedida al venir corriendo hasta aquí.

—¿Un poquito? —pregunto con ironía—. Jimena, por poco tiras la puerta abajo.

—Vale —concede de mala gana y se sienta en el borde de la cama —. Me he sentido como una imbécil porque pensé que lo sabíamos todo la una de la otra. No pretendía echártelo en cara. Por supuesto que tienes derecho a tener tus propios secretos. Aunque me fastidia que no me lo hayas contado por miedo a mi reacción. Me horroriza ser la clase de amiga en la que no puedes confiar porque crees que no va a entenderte.

Me siento a su lado y la miro de reojo.

—¿Y me entiendes?

—No lo sé —admite con la sinceridad que la caracteriza—. Pero ahora que me he enterado, podrías explicarme cómo funcionan esas pastillas y por qué necesitas tomarlas. Me ayudaría a ponerme en tu lugar.

—La verdad es que no tenía pensado hacerlo, pero Axel ha metido la pata y supongo que no me queda otro remedio —respondo con acritud.

—No ha sido culpa suya.

—Ni lo menciones —la interrumpo con brusquedad, y me doy cuenta de que estoy más enfadada con él de lo que pensaba.

Le explico a Jimena el tratamiento que estoy siguiendo. A veces mi amiga aprieta los labios o frunce el ceño. Sé que para ella es complicado comprender que me estoy medicando. No sería la primera persona que me recomienda hacer deporte o meditación. Hace un momento, sin tener ni idea, Axel me ha sugerido que hiciera yoga como si fuera a solucionar todos mis problemas.

—Vale —responde cuando termino—. No soy médico. Si te las han recetado es porque las necesitas. Perdona por haberme puesto de esa manera. He sido injusta contigo. Creo que me he exaltado porque en el fondo me he sentido un poco identificada.

La miro sin entender y clava la vista en sus manos.

—Cuando Lucas murió…, bueno, intenté lidiar con el dolor a mi manera. Mis padres estaban preocupados y me llevaron al médico. Este me derivó al psiquiatra, que me diagnosticó depresión. Me recetó unas pastillas que jamás me tomé porque pensé que eso era cosa de locos. No te ofendas, Lila. Lo siento mucho. —Me dedica una mirada avergonzada y le aprieto la mano para que continúe—. Me daba pánico hacerme adicta. Al final estuve durante un año yendo al psicólogo y la terapia cognitiva conductual me ayudó bastante.

—No me lo contaste —digo sorprendida—. Pensé que llevabas la muerte de Lucas mejor que yo. Eras la que me animaba y me sacaba una sonrisa.

Jimena siempre ha sido la amiga fuerte y alegre. La que veía el vaso medio lleno y se iba de fiesta. Ahora entiendo que esa personalidad positiva en parte ha sido su escudo para asumir la pérdida. Que una persona no exteriorice el dolor no significa que no esté sufriendo. Puedes sonreír y estar muriéndote por dentro. Se puede sufrir en silencio sin que nadie se percate de ello.

—Fue tres meses después de su muerte —me explica—. Al principio no me lo creía. Estaba viviendo en un estado de negación y pensé que lo mejor que podía hacer era intentar consolarte. Quería hacer algo útil. Luego…, no sé, me vine abajo de un día para otro. Siempre he tenido la impresión de que no lloré lo suficiente a Lucas. Por eso empecé a ir al psicólogo. Me sentía culpable por acaparar el dolor. Al fin y al cabo, tú pasaste por aquello en primera persona. Tú estabas allí. No yo. Pensé que no tenía derecho a estar mal delante de ti porque, comparado con lo que tú viviste, lo mío solo era un simple duelo.

—¡Jimena! —digo alarmada.

Rompe a llorar.

—¡Lo siento! —exclama, a pesar de que no tiene que pedirme perdón—. Ya sé que te he dicho que entre nosotras no hay secretos. Pensé que ya tenías bastante con lo tuyo. No quería preocuparte. Lo hice con mi mejor intención.

—Lo sé. —Intento tranquilizarla y le doy un abrazo—. A lo mejor nuestra amistad no es perfecta, pero es muy real.

Jimena está temblando y la abrazo más fuerte. Sus lágrimas me mojan la camiseta y esconde la cabeza en mi pecho.

—Tienes tanto derecho a llorar a Lucas como yo. Y a echarlo de menos. Nunca dudes de ello.

—Pero tú estuviste allí.

—Me alegro de que no tuvieras que pasar por lo mismo que yo —le digo con sinceridad—. A partir de ahora, nos desahogaremos mutuamente cuando lo necesitemos, ¿vale? Se acabó nombrar a Lucas como si fuera un fantasma al que le tenemos miedo. Él jamás nos lo permitiría. Querría que lo recordásemos con cariño y que habláramos de él con naturalidad.

—Tienes razón. —Jimena respira profundo antes de mirarme a los ojos—. ¿Estás muy cabreada con Axel?

—Sí.

Sé que quiere decir algo para hacerme cambiar de opinión, pero se contiene porque soy de esas personas que necesitan tiempo cuando se enfadan. Solo espero que el paso de las horas me calme porque ahora mismo Axel acaba de perder mi confianza. Y la confianza es algo que tarda mucho tiempo en conseguirse, pero un breve instante en romperse.

50

Axel

Decido que lo mejor es no agobiar a Lila. El hecho de que Jimena me haya chivado que está muy enfadada conmigo también ayuda a mantenerme alejado. Me fastidia que esto haya sucedido el último día en la isla, cuando solo quiero estar con ella y comérmela a besos. Pero no sé qué otra cosa puedo hacer, excepto tener paciencia. A las nueve menos cuarto de la noche, Lila aparece en la playa. Estoy sentado en la orilla y experimento una mezcla de alivio y pánico cuando la veo. El alivio gana al pánico cuando se sienta a mi lado, y el pánico regresa de inmediato cuando mantiene la espalda tensa y retira su mano cuando está a punto de rozar la mía. No quiere tocarme. Es una mala señal.

—¿Estás muy cabreada? —pregunto con cautela.

Lila deja escapar el aire que estaba conteniendo. Es un suspiro que no tengo del todo claro qué significa.

—Estoy más decepcionada que cabreada —puntualiza sin mirarme a los ojos. Se abraza las rodillas contra el pecho y mantiene la vista clavada en el mar—. Puedo entender que te asustaras cuando viste las pastillas. No voy a decir que no me haya dolido, pero eres humano y te pilló por sorpresa. Ahora bien, lo de ir corriendo a decírselo a Jimena…

—No fui corriendo —la interrumpo un tanto indignado porque piense eso de mí—. Me la encontré en la playa y notó que me pasaba algo contigo.

—Y no tardaste ni cinco minutos en contárselo.

—Di por hecho que lo sabía —respondo con voz queda.

—No importa que creyeras que Jimena lo sabía. ¿De verdad no lo entiendes, Axel? —pregunta con tristeza, y me siento fatal porque sospecho que no comprendo del todo lo que le sucede—. Ni siquiera estamos saliendo juntos y a la mínima de cambio vas a contarle una de nuestras discusiones a Jimena. Me siento traicionada. ¿Cada vez que discutamos vas a decírselo a alguien? ¿Esa es la clase de relación que vamos a tener?

—Por supuesto que no —respondo tajante—. De hecho, soy una persona bastante cerrada y no suelo hablar de mis sentimientos con nadie. Tú has sido la excepción. Pensé que lo sabías.

—Pero no te ha costado ningún esfuerzo ir con el cuento a Jimena.

—Ha sido un error —admito apesadumbrado—. Uno que no se repetirá.

Lila me observa con recelo.

—¿De verdad sentías esa necesidad de desahogarte? ¿Tanto miedo te da que me esté medicando? Necesito que me lo digas.

—No.

Es una respuesta automática y que no tardo ni dos segundos en reflexionar. Quizá lo digo porque creo que es lo que necesita oír, pero Lila es demasiado lista para tragárselo y sus ojos brillan con furia.

—Vamos por mal camino si no podemos ser sinceros el uno con el otro.

—Me ha dado miedo —respondo, pero me apresuro a matizar— porque no me lo esperaba. No puedes culparme por no haber tenido la reacción que te habría gustado. No lo sabía, Lila. Ahora lo sé y no cambia nada.

—No te creo. Me gustaría, de verdad, pero no te creo.

—No ha cambiado nada entre nosotros.

—Entonces ¿por qué tengo la impresión de que me estás diciendo lo que quiero oír para no hacerme daño? —pregunta mirándome fijamente a los ojos—. Hay algo que se ha roto dentro de mí porque me parece que te tenía idealizado. Igual que tú a mí.

—No es verdad. Te veo tal y como eres. Para mí sigues siendo la misma chica que he conocido en esta isla. Y también debería seguir siendo la misma persona para ti a pesar de que haya cometido un error. Los seres humanos no somos perfectos.

—Pero yo era perfecta para ti, ¿no? —dice consternada—. A los hombres os encanta el estereotipo de la chica jodida y vulnerable porque creéis que podéis arreglarla. Hasta que resulta que esa chica se está medicando porque tiene un cuadro de ansiedad y estrés postraumático. Entonces descubrís que no sois la solución para todos sus problemas y que vais a necesitar muchísima paciencia y tacto con ella. Y salís huyendo, puesto que no es lo que esperabais.

—¿Me estás comparando con tu ex? —pregunto atónito.

—A la mierda mi ex. Te estoy hablando de nosotros. Sé que me miraste de otra forma cuando viste las pastillas. De lo único que me arrepiento es de haber sentido vergüenza y haber intentado ocultártelas. Esto es lo que soy, Axel. Soy una chica que está rota de dolor; que a veces sufre ataques de ansiedad y que día a día rememora la muerte de su mejor amigo porque no puede dejar de culparse por ello. Por eso necesito las pastillas. Por eso me fastidia tanto que me hayas mirado como si estuviera loca. No te atrevas a negarlo. —Abro la boca para decirle que se equivoca, pero es más rápida que yo—. Y para colmo te pones en plan condescendiente y me aconsejas que

practique yoga cuando no tienes ni puta idea de qué me pasa. ¿Y me preguntas si estoy muy cabreada? Pues sí. Resulta que estoy bastante cabreada.

Se genera un pesado silencio entre nosotros. Aparto la vista de sus ojos azules porque me duele mirarla. Ya sé que he metido la pata. Ya sé que le he hecho daño. Joder, no sé qué hacer ni qué decir para solucionarlo.

—Lo siento —digo al fin—. Lo de aconsejarte que practicaras yoga fue una gilipollez por mi parte. Solo pretendía ayudar.

—Si de verdad quieres ayudarme, no digas ese tipo de cosas. La salud mental no es ningún juego. No tomo las pastillas por gusto. Me las ha recetado un psiquiatra. A algunas personas les ayudará hacer yoga, el deporte o meditar, pero no tienes ni idea de todo lo que he intentado hacer para no estar así. Durante muchísimo tiempo me he sentido débil y culpable por medicarme para combatir la ansiedad. Así que no es plato de buen gusto que me des ese tipo de consejos.

—Te aseguro que lo hice con mi mejor intención —respondo avergonzado.

—Lo sé. Por eso ayudaría que admitieras que te entró el pánico y que necesitaste desahogarte con Jimena.

—Pensé que te estaba ayudando cuando hablé con ella.

—Traicionaste mi confianza. Ni siquiera tardaste diez minutos, Axel.

—Joder, Lila… —mascullo agobiado, y no me reconozco porque siempre soy la persona razonable que encuentra la palabra exacta para zanjar una discusión. Pero con ella a veces me siento a la deriva—. No tengo una máquina para retroceder en el tiempo. Te prometo que si la tuviera viajaría a ese momento en el que vi las pastillas para reaccionar tal y como esperabas de mí. Lo siento, de verdad. Siento haber herido tus sentimientos. Aunque tampoco puedes esperar que te entienda del todo cuando no tengo ni idea de lo que te pasó.

Lila se sobresalta y un intenso rubor se apodera de sus mejillas. Me mira furiosa.

—Solo nos conocemos desde hace diez días. No puedes pretender llegar a mi vida y saberlo todo de mí. Las relaciones no funcionan así. No es justo que me pidas que me abra en canal. ¿Por qué no valoras lo que sí te he contado de mí? ¿Por qué no te fijas en lo que puedo darte en lugar de en lo que no?

—Es que… me pides que te entienda y que no te juzgue, pero no eres del todo sincera conmigo —respondo desesperado—. No te pones en mi lugar, Lila. No te haces ni una idea de lo difícil que es para mí.

—Pues sí. Soy una persona muy difícil. Lo siento por ti.

—Venga ya, Lila.

Pongo mi mano sobre la suya cuando hace el amago de levantarse. Mis dedos rozan los suyos y entrecierra los ojos. Le acaricio el dorso

de la mano con cariño para demostrarle lo mucho que me importa. Para intentar explicarle que no la veo como una chica jodida, loca o vulnerable, sino como alguien absolutamente especial que me ha robado el corazón. Pero Lila aparta su mano de golpe y se pone de pie. Su rechazo me duele más de lo que estoy dispuesto a soportar en este momento.

—Sabes que no pretendía decir que eres una persona difícil —digo con tono grave.

Se encoge de hombros para restarle importancia, pero está temblando.

—Da igual. Necesito mi espacio.

—Y lo entiendo perfectamente, pero hoy es el último día que pasaremos juntos en la isla y me duele que estés enfadada conmigo.

—Dolida —musita—, pero supongo que se me pasará. No elijo cómo sentirme. De ser así, siempre escogería estar alegre y feliz. Siento que nuestro último día en la isla lo pasemos distanciados.

—Pues no lo sientas y quédate aquí conmigo —respondo con suavidad.

Lila niega con la cabeza.

—No puedo. Necesito mi espacio. Ya te lo he dicho.

Asiento de mala gana y no mido mis próximas palabras.

—Me da rabia que a la mínima de cambio me veas como lo peor y seas incapaz de perdonarme. No sabía que fueras tan orgullosa.

—No soy orgullosa, pero tampoco voy a conformarme con un chico que cree que estoy mal de la cabeza porque tengo ataques de ansiedad.

Se aleja caminando a toda prisa.

—¡Lila! —la llamo.

Me debato entre seguirla o dejar que se vaya, ya que me ha pedido espacio. Al final me digo que lo mejor que puedo hacer por ella es respetar su decisión. Aunque me duele que crea que pienso que está loca. Nada más lejos de la realidad, por supuesto. Tengo que asumir que Lila está enfadada y dolida porque he metido la pata y que no puedo hacer nada más aparte de concederle tiempo.

Revista *¡Escándalo!*

Entrevista en exclusiva al tío repudiado del bajista de Yūgen: «Axel me abandonó cuando más lo necesitaba a pesar de que somos familia. La fama se le ha subido a la cabeza».

Fuentes cercanas al bajista de Yūgen nos han hecho llegar una información muy jugosa a la redacción de esta revista. El reservado miembro del grupo de moda perdió a sus padres en un accidente de tráfico cuando era un bebé. Se crio con sus abuelos maternos en un pequeño pueblo de Guipúzcoa y tuvo una excelente relación con su tío paterno durante su infancia. No obstante, nuestra fuente anónima nos ha confesado que esta relación entre tío y sobrino se enfrió de un día para otro. Según la información facilitada, Axel se siente culpable porque abandonó a su tío cuando este más lo necesitaba. Nos hemos puesto en contacto con el familiar del bajista, que vive en Glasgow y hace años que perdió el contacto con su sobrino. Eduardo Vila, que así se llama el tío de Axel, nos ha confesado que se siente abatido porque el bajista lo haya apartado de su vida, aunque le desea lo mejor. También ha realizado unas declaraciones en exclusiva a esta revista para dar su versión de los hechos: «Que nadie crea que siento rencor alguno por mi sobrino. Era un chico humilde, educado y buen estudiante. Quise quedarme con su custodia, pero mi trabajo me obligaba a viajar de un sitio a otro y sabía que jamás podría darle una vida estable. Aun así, jamás me perdí una noche de Reyes ni ningún cumpleaños. Formé parte de su vida y fui algo así como un segundo padre para él. Siempre lo tendré en mi corazón. No me ayudó cuando más lo necesitaba, pero no le guardo rencor. Es cierto que perdí mi casa, mi trabajo y estuve viviendo durante un tiempo en la calle. Para mí habría sido más fácil si me hubiera brindado su apoyo económico. Estaré disponible para él si algún día se anima a descolgar el teléfono».

Vaya, vaya, ¿os esperabais semejante actitud por parte del chico bueno de la música? Axel es famoso, además de por ser el bajista de Yūgen, por colaborar con numerosas causas benéficas y ser uno de los embajadores de Greenpeace para concienciar contra el cambio climático. Pero ¿su mala conciencia le dejará dormir por las noches después de haber abandonado a alguien de su propia sangre? ¿Qué podemos esperar de él si es capaz de traicionar a su familia?

51

Axel

Dentro de tres horas cogemos el vuelo de vuelta a España. Lila y yo no hemos vuelto a hablar desde anoche. Me tomo su silencio como una especie de castigo. Quiero aclarar las cosas con ella antes de que nos subamos al avión, saber en qué punto estamos, pero mi *amona* me ha llamado por teléfono para desbarajustar mis planes. Estoy intentando hablar con ella, aunque resulta imposible porque está muy alterada. No entiendo qué sucede. Hace cinco minutos que me ha llamado, y lo que parecía una conversación en la que me preguntaría qué es lo que me apetecía almorzar cuando regresara al pueblo se ha convertido en una mezcla de improperios que no logro descifrar. Nunca había visto a mi *amona* tan alterada. Incluso escucho a mi *aitona* maldecir mientras intenta tranquilizarla y masculla que los periodistas son un atajo de buitres.

La palabra «periodistas» me revuelve el estómago. Nunca nos han molestado en el pueblo. De hecho, rara vez se meten en mi vida porque soy un famoso de perfil bajo. Soy muy celoso de mi intimidad, me guardo de dar escándalos y mantengo mi privacidad bajo llave. No saben nada de mí. Esto no tiene ningún sentido.

—*Amona*, por favor —suplico agobiado—. Intenta tranquilizarte y cuéntame qué pasa. No me estoy enterando de nada. Ahora mismo me encuentro a más de ocho mil kilómetros de distancia y no hay nada que pueda hacer por vosotros salvo escucharos.

Los demás me miran preocupados. El desayuno típico maldivo se ha visto interrumpido por mi llamada telefónica. Ni siquiera Pol ha probado bocado. Mis amigos saben que mis abuelos lo son todo para mí. Lila me mira con el ceño fruncido desde la otra punta de la mesa.

—*Barkatu*, Axel. Tienes razón. No me reconozco. Tu abuelo y yo estamos muy alterados porque los periodistas se han presentado aquí. Tu *aitona* está disgustado porque han pisado su huerto —me explica con la voz estrangulada por las lágrimas.

No soporto escuchar llorar a mi *amona*. Siempre ha sido una mujer fuerte que se crece ante las adversidades. Perdió a su única hija y jamás se ha lamentado de su mala suerte. Es luchadora y no se viene abajo cuando hay problemas. Pero soy su punto débil. Lo sé de sobra.

—¿Cómo que los periodistas se han presentado en el pueblo? —

pregunto alarmado.

—¡En nuestra casa! —exclama indignada—. Diciendo unas cosas horribles de ti. ¿Cómo se atreven? ¡Ni siquiera te conocen! Si supieran el muchacho noble que he criado, no se atreverían a hablar así de ti.

Mi *amona* consigue contármelo todo entre sollozos. Me explica que un puñado de periodistas se han presentado en nuestra casa para preguntarles por mí. Dicen que mi tío ha dicho un montón de mentiras acerca de nuestra relación. Los vecinos han llamado a la Policía porque no se marchaban. Incluso el médico del pueblo ha tenido que asistir a mi *aitona* porque se ha encarado con un periodista que se ha colado en el huerto. El pánico que me produce que pueda sufrir un ataque al corazón hace que me levante de la silla de un salto.

No sé cómo consigo calmar a mis abuelos. Le repito a mi *amona* que no importa lo que la prensa diga de mí. Le aseguro que me encuentro perfectamente y que no me afecta en absoluto. Es mentira, por supuesto. Estoy hecho una furia porque han ido a molestarlos. No soporto la idea de que la salud de mis abuelos se resienta por culpa de mi fama.

Cuelgo el teléfono casi una hora después y me desplomo sobre la silla. Respiro con dificultad y no presto atención a lo que me dicen los demás.

No entiendo nada. No tiene ningún sentido que mi tío haya hablado de mí. ¿Por qué lo ha hecho después de tantos años? No tiene lógica. De repente, Gabi me da un tirón del brazo para que me levante. Estoy a punto de pedirle que me deje en paz, pero su mirada me dice que tengo que escucharla. Me pongo en pie y la sigo, intentando ignorar las ganas que tengo de abrazar a Lila al pasar por su lado.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando nos quedamos a solas.

—No sé ni por dónde empezar —musita, y me ofrece su móvil—. Creo que la llamada de tus abuelos tiene mucho que ver con esto. No quería enseñártelo, pero será mejor que te enteres por mí antes que por la prensa.

Abro los ojos de par en par en cuanto leo la noticia. Una rabia peligrosa y candente se apodera de mi cuerpo. El pulso me martillea en las sienes. Hace un par de horas, mi tío ha dado una exclusiva hablando de mí. O, mejor dicho, diciendo un montón de mentiras sobre mí. Han contactado con él gracias a una fuente anónima. La entrevista se ha hecho viral en las redes sociales, donde por supuesto no necesitan conocer mi versión de los hechos para lapidarme.

—No lo entiendo.

—No hay nada que entender. Solo son mentiras. Los que te conocemos lo sabemos —intenta tranquilizarme Gabi.

—Pero nadie sabía de la existencia de mi tío.

Solo mis abuelos. Y Lila.

Lila.

Intento tranquilizarme. Ella nunca haría algo así, ¿no? Aunque está furiosa conmigo y no me dirige la palabra. Dijo que la traicioné y que estaba enfadada y dolida. No puede ser. Me niego a creerlo. Pero Lila tiene razón. Solo nos conocemos desde hace diez días. Hay muchas cosas que no sé de ella. Apenas sé cómo es, aunque crea lo contrario porque poco más de una semana me ha bastado para enamorarme como un idiota de ella.

¿El amor me ha nublado el juicio?

Por primera vez en mi vida he confiado en alguien. Le he abierto mi corazón sin miedo a salir herido. ¿Así es como acaba nuestra historia? ¿Con ella tomándose la revancha porque le he hecho daño?

—Axel, ¿qué pasa? —pregunta confundida Gabi.

La ignoro y regreso a la terraza. Lila tiene las manos cruzadas sobre el regazo y los labios apretados. La arruga de su entrecejo se hace más profunda cuando me ve. Quizá es su expresión de culpabilidad.

—Quiero hablar contigo.

Lila se sobresalta porque nunca he utilizado este tono tan duro con ella. Ni siquiera me reconozco. Pero mis abuelos son todo lo que tengo y no voy a permitir que nadie, ni siquiera ella, les haga daño para vengarse de mí.

Se pone de pie y me sigue dentro de la casa.

—¿Tus abuelos están bien?

—¿Tú qué crees? —estallo fuera de mí.

—Pues… no lo sé —responde desconcertada.

Se me escapa una sonrisa sarcástica. Es una actriz maravillosa.

—¿Cómo has podido? —la recrimino dolido.

—No te entiendo.

—Me entiendes perfectamente. La entrevista de mi tío.

—No te sigo.

—Supongo que pensabas que no irían a hablar con él, que los periodistas se conformarían con escribir un artículo sobre el tema. Bienvenida a mi mundo. No logro entender por qué lo has hecho. Sé que te fallé al hablar con Jimena, aunque eso no te da derecho a devolvérmela. Si querías que supiera qué se siente cuando desvelan un secreto tuyo, te aseguro que no lo sé porque lo que han publicado son un montón de mentiras. Pero lo que me duele es que mis abuelos sufran. Lo demás me resbala.

Lila se encoge sobre sí misma y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Axel, ¿de qué hablas?

—Ya lo sabes. Tú y mis abuelos sois las únicas personas que conocíais la existencia de mi tío. Te hablé de él aquel día en Thoddoo. Te abrí mi corazón, algo que jamás he hecho con nadie. Y lo has pisado como si no valiera nada. ¿Y todo para qué? ¿Para vengarte de

mí porque ayer metí la pata?

Lila me mira atónita. Las lágrimas resbalan por sus mejillas y tengo que contener el impulso de abrazarla.

—¿Cómo puedes creer que haría algo así? —pregunta con la voz rota—. Jamás hablaría de ti con los periodistas. Pensé que me conocías.

—Dijiste que solo nos conocemos desde hace diez días y que no puedo pretender llegar a tu vida y saberlo todo de ti —le recuerdo con aspereza.

—¡Yo no soy así! —grita fuera de sí—. Quiero pensar que el dolor te está cegando y que estás descargando tu rabia con la primera persona que…

—Con la única persona que puede traicionarme porque estaba deseando vengarse de mí —la interrumpo con dureza—. ¿Qué más mentiras me has contado? Parece que no te conozco tanto como pensaba. Me has engañado con esa cara de no haber roto nunca un plato. Eres una traidora. Espero que estés satisfecha.

Lila retrocede impactada y deja de llorar. De repente, su rostro es una máscara de frialdad.

—Fuiste un imbécil por creer que tenías derecho a entrometerte en mi vida y ahora también lo estás siendo al desconfiar de mí.

—No me insultes. —Me tiembla la voz.

—Aunque quisiera, no te podría insultar más de lo que tú acabas de insultarme a mí. —Lila se borra las lágrimas con rabia—. El día que recapacites y quieras pedirme disculpas será demasiado tarde. Por eso prefiero que te lo ahorres. No quiero saber nada de ti.

Tengo la impresión de que he cometido un error cuando Lila se marcha. Mi primer impulso es seguirla para aclarar lo sucedido. El segundo mantenerme en mis trece porque es más fácil buscar un culpable. No obstante, eso solo me ayuda a sentirme peor conmigo mismo.

52

Lila

A veces, cuando has llegado a un punto en el que te has roto por dentro, das por hecho que te has vuelto tan fría que eres incapaz de experimentar más dolor. Pero, entonces, la vida te demuestra con creces que te equivocas, y el sufrimiento se cuela por cada cicatriz vieja para recordarte que sigues siendo humana.

Supongo que así podría resumir cómo me siento después de que Axel me haya culpado de lo sucedido. Es una sensación extraña. Te enamoras de alguien y le das el poder de hacerte daño. Le entregas tu corazón y cruzas los dedos para que lo cuide. Solo hace falta un golpe de viento para que esa bonita historia que habéis construido se derrumbe como un castillo de naipes.

En una clasificación del uno al diez sobre lo hecha mierda que me siento, diría sin dudar que mil. No sé qué me duele más, que Axel me conozca tan poco que sea capaz de pensar algo así de horrible de mí, que sus sentimientos no sean recíprocos y por eso le cueste tan poco apuñalar los míos o que no sea una persona digna de su confianza. Todo me escuece, pero lo que más me fastidia es que una parte de mí está deseando ir a hablar con él para suplicarle que me escuche.

«Uf, soy patética».

Quizá el amor significa dejar a un lado tu orgullo, pero entre ser menos orgulloso y carecer de amor propio hay una gran diferencia. Durante estos últimos años he aprendido que debo quererme y no buscar la aprobación de los demás. Que solo seré capaz de seguir adelante si me pongo en primer lugar y acepto a la chica que me devuelve la mirada en el espejo. Por eso hago de tripas corazón e ignoro a Axel. No es fácil. En absoluto. Paso, de hecho, por distintas fases. Desde contener las lágrimas hasta luchar contra las ganas que tengo de gritarle y exigirle que me mire a la cara y me repita, si es capaz, lo que me dijo. En su lugar, me limito a mantener la distancia y a encogerme de hombros cuando Jimena me pregunta qué me pasa. No me apetece que nuestras últimas horas en la isla se conviertan en una pelea, porque sé que correrá a defenderme en cuanto le cuente la verdad. Por tanto, será mejor que no se lo diga hasta que lleguemos a España.

Axel permanece encerrado en su habitación todo el tiempo. Me

entran ganas de aporrear su puerta y gritarle que es un cobarde, pero me controlo. Los demás saben que sucede algo, aunque nadie se atreve a preguntar en voz alta. Después de despedirnos de Hassan, un hidroavión nos recoge para trasladarnos al aeropuerto de Malé, donde nos reencontramos con Hugo. Al menos, mi ex tiene la decencia de guardar silencio mientras me mira de reojo. Es un alivio porque no tengo ganas de enfrentarme de nuevo a él.

En el avión me siento lo más alejada posible de Axel. Durante el vuelo lo pillo lanzándome un par de miradas fugaces y me limito a enderezar la espalda para demostrarle mi desprecio. Es un desprecio falso, obviamente. Ojalá tuviera un mecanismo de apagado para eliminar de golpe todo lo bueno que siento por él. Pero el amor no funciona así. No puedes desenamorarte de una persona de un momento a otro por mucho daño que te haya hecho. Sería lo ideal, aunque nuestro corazón sigue su propio ritmo y nadie puede imponerle reglas.

Al menos le he devuelto el collar. No soportaba llevarlo colgado del cuello. Cada vez que me rozaba la piel me acordaba de todos y cada uno de los momentos que hemos vivido. Me hubiera gustado arrojárselo a la cara, pero no soy la clase de chica que monta una escena. Por eso aproveché que había salido de su habitación para dejárselo encima de la maleta. Antes de subir al avión, me he percatado de que Axel tenía la mano derecha cerrada y del puño asomaba una cadena de plata. Nuestras miradas han coincidido por un segundo y la mía le ha gritado: «Que te den».

Cuando aterrizamos en Madrid, tengo la impresión de que ha pasado mucho tiempo desde que me fui. Es una locura, pero algo me dice que me he convertido en una persona diferente durante estos últimos diez días. Me he retado a mí misma e incluso me he enamorado de un bajista que me ha roto el corazón. Y lo que más me sorprende es que no me arrepiento de nada. Porque todos debemos vivir una aventura, aunque carezca de final feliz, puesto que la vida son las elecciones que tomamos y los errores de los que aprendemos. No hay nada más ridículo que quedarte con las ganas y preguntarte durante el resto de tu vida: «¿Qué habría pasado si…?».

Me despido de Gabi, Leo y Pol. A nadie le pasa desapercibido que Axel y yo no nos dirigimos la palabra. Jimena me mira preocupada y sé que está haciendo un gran esfuerzo por contenerse. Una de las mejores cosas que me llevo de este viaje es mi inesperada amistad con Pol. Por eso no me pilla desprevenida que me estreche entre sus brazos con fuerza.

—Te voy a echar de menos, pelirroja.

—Yo también —respondo con sinceridad—. Ven a verme algún día a Madrid.

—Te lo prometo. —Me guiña un ojo.

Jimena está llorando como la dramática que es cuando nos subimos al taxi. Hugo le dice que es una exagerada y ella lo manda a la mierda. Él le responde que esos no son sus amigos y que se van a olvidar de ella en cuanto regresen a su vida de glamour. Ella le grita que se meta en sus asuntos. Sé que la relación de Jimena con su hermano nunca volverá a ser la misma y estoy intentando no sentirme culpable por ello.

El taxi para primero delante de la floristería de mis padres. Jimena me exige que la llame por teléfono en un par de horas porque necesitamos ponernos al día. Hugo pone los ojos en blanco y murmura con malicia que somos un par de pringadas. Lo ignoro y me bajo del coche para reencontrarme con mis padres. Me embarga ese aroma familiar en cuanto abro la puerta de la floristería. Ese olor que se me ha hecho insoportable durante los últimos tres años, pero que ahora me hace sentir a salvo y en casa. Quizá debes marcharte durante una corta temporada de tu hogar para aprender a valorarlo. Se me llenan los ojos de lágrimas porque, a pesar de todo, tengo la fuerza necesaria para encauzar mi vida. Me he propuesto volver a tocar el piano. Quiero retomar los planes que se quedaron por el camino. Voy a ser feliz de nuevo. No tengo la menor duda.

Mi madre está arreglando un ramo de crisantemos detrás del mostrador. Me percato de que somos más parecidas de lo que creía. Ojalá algún día tenga las mismas arrugas alrededor de los ojos por culpa de reír tanto. Levanta la cabeza, me mira y sonríe. Y entonces corro hacia ella y la abrazo.

53

Axel

Lo primero que hago al aterrizar en Madrid es responder a la llamada de Amber. Así no tengo tiempo de hablar con mis amigos y asumir que soy un completo capullo. Me invita a su casa, pero le pido que nos veamos en la habitación de hotel que tengo reservada para esta noche. Creo que ir a su casa estaría fuera de lugar y este es el único sitio en el que se me ocurre que podemos tener intimidad.

—¡Hola! —me saluda de manera efusiva cuando me ve.

Me doy cuenta de que ya no siento nada remotamente sexual por ella. Es como si la atracción y el deseo se hubieran evaporado de golpe. Amber se aparta de mí y me observa con un deje de inquietud.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, gracias —respondo sin querer entrar en detalles.

—Te he echado de menos —admite mientras me pone las manos en el pecho.

La cojo de las muñecas con delicadeza y la aparto de mí.

—Lo siento, pero no quiero lo mismo que tú —respondo con el mayor tacto posible—. Eres una chica increíble y estoy convencido de que encontrarás a alguien que busque una relación estable. Pero yo no soy esa persona. Siento haberte hecho perder el tiempo. Quería decírtelo a la cara para que no pienses que he estado jugando contigo. Ojalá no me odies mucho.

Amber suspira y recoge el bolso que ha dejado sobre la mesita de noche. Fuerza una sonrisa débil y se encoge de hombros.

—Bueno, cabía esa posibilidad —responde restándole importancia —. No te odio. En el fondo ya sabía que tú y yo jamás tendríamos ese tipo de relación. Mi mejor amiga dice que no debería conformarme con menos de lo que merezco, pero, por supuesto, no quería escucharla porque albergaba una pequeña esperanza. Aunque, tranquilo, no voy a poner el grito en el cielo. No quiero ser durante más tiempo la chica que se queda esperando a que el chico que le gusta sienta lo mismo que ella. Los sentimientos no se fuerzan y el amor no se exige.

—Gracias por tomártelo así —digo un tanto avergonzado porque me doy cuenta de que es más madura que yo—. Te deseo lo mejor. Te lo mereces. Y espero que te vaya todo genial y…

—Axel. —Amber me aprieta el brazo con cariño—. No digas nada. No hace falta.

Asiento en silencio. Luego me mira con cierta intriga. Se cuelga el bolso en el hombro y fuerza otra sonrisa.

—Espero que funcione.

—¿Qué? —pregunto desconcertado.

—Lo tuyo con esa chica. Es evidente que te has enamorado. De lo contrario, te habrías limitado a seguir acostándote conmigo, aunque no lo tuvieras del todo claro.

Me fastidia que Amber me vea de esa manera, pero no digo nada cuando sale de la habitación. Gabi entra antes de que cierre la puerta. Tiene el rostro encendido y me señala con un dedo.

—¿Ya te estás tirando a otra? —grita indignada—. ¡No me lo puedo creer! Y luego la gente me pregunta por qué creo que todos los tíos sois unos cerdos. ¿En serio, Axel? Pensé que lo tuyo con Lila era especial. No me puedo creer que hayas pasado de ella el mismo día que regresamos a España para acostarte con otra.

—Te estás equivocando —respondo irritado—. No me he acostado con Amber. Tenía una conversación pendiente con ella.

Gabi entorna los ojos con suspicacia, pero me conoce lo suficiente para saber que estoy diciendo la verdad. Luego me mira sin dar crédito y sacude la cabeza.

—¿Me puedes explicar…?

—No —la interrumpo—. No me apetece hablar del tema.

—Soy tu amiga. A mí no me vengas con esas. Todos hemos sido conscientes de cómo te ibas enamorando de Lila. ¡Ni siquiera podías despegarte de ella! Aquí hay algo que se me escapa y quiero saber qué es para poder echarte la bronca.

—¿Por qué das por hecho que tengo la culpa?

Gabi resopla.

—Porque te pusiste hecho un basilisco después de que te llamaran tus abuelos. Sé que no es plato de buen gusto que digan mentiras sobre ti. Sabes que me sucede constantemente. Tengo un máster en aguantar las barbaridades que la prensa cuenta de mí. Sé cómo te sientes. Ahórrate el ataque de victimismo porque no te servirá de nada. Pero no puedes pagarlo con la gente. No funciona así. Y te lo dice alguien que suele hacer lo contrario. —Gabi no me permite hablar cuando quiero tomar la palabra. Está acelerada—. Leo me ha pedido que me mantenga al margen porque se nota que estás hecho polvo. Pol quería venir a verte, pero le he dicho que no lo haga porque es un zoquete. Pero yo no podía quedarme con la intriga. ¿La llamada de tus abuelos tiene algo que ver con Lila? Ay, Dios. ¿Qué has hecho, Axel?

—Yo… —Trago con dificultad y evito su mirada. Catorce horas de

vuelo dan para mucho. He tenido tiempo de ordenar mis pensamientos y me ha sobrado para arrepentirme de ser un gilipollas. Por eso me siento en el borde de la cama y me limito a espetar—: He metido la pata hasta el fondo.

Gabi se acomoda a mi lado y dice:

—Cuéntamelo todo.

Le hago un resumen de la situación y me escucha mientras abre los ojos de par en par y murmura «¡Oh, vaya!» o «¿Por qué todos los tíos sois tan bocazas?». Es un verdadero alivio contar con el apoyo incondicional de una amiga en este momento, nótese la ironía. Cuando termino de hablar, Gabi me está mirando como si Hitler a mi lado fuera un angelito caído del cielo.

—Eres un idiota.

—Muchas gracias —respondo abatido.

—¿Qué quieres que te diga? —replica molesta—. No conozco a Lila tanto como tú y jamás habría desconfiado de ella.

Me río con desgana.

—Permíteme que lo dude. Eres igual o más malpensada que yo.

—Cierto —responde sin vacilar—, pero jamás habría dudado de ella. Además, cuando me enamoro tengo una venda en los ojos y siempre me pego una buena hostia, aunque me traicionen delante de mis narices. De todas formas, no estamos hablando de mí. Te las has apañado para arruinar cualquier posibilidad con la chica que te gusta y debemos buscar una solución.

—No hay solución. No quiere saber nada de mí. Me dijo que, cuando quisiera pedirle perdón, ya sería demasiado tarde. Apenas me miró durante el vuelo, y cuando lo hizo fue para asesinarme con la mirada.

—Normal.

—Gabi, no me estás ayudando.

—Perdón —dice sin sentirlo en absoluto—. En primer lugar, te da miedo pedirle disculpas porque sabes que te has equivocado. Y, en segundo lugar, sé que Lila es una buena persona, no será capaz de guardarte rencor durante mucho tiempo.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque me porté fatal con ella y, aun así, me ayudó cuando más lo necesitaba.

La miro sin entender nada. Gabi me explica avergonzada que un hacker la chantajeó con publicar unas fotos íntimas suyas. Entonces entiendo dónde estuvo Lila aquella noche en la que ambas desaparecieron. No me lo dijo porque es una persona que jamás traicionaría la confianza de alguien que le cuenta un secreto. Ahora me siento todavía más culpable y miserable.

—A veces el orgullo nos impide ver la realidad tal cual es.

—Era miedo —musito abochornado—. Nunca le dije que estaba enamorado porque no sabía si ella sentía lo mismo. Me daba pánico que me rechazara. Y supongo que pagué lo sucedido con ella porque así era más fácil alejarla de mí.

—Nunca es tarde para hablar de tus sentimientos.

Gabi intenta animarme sugiriendo que podríamos pedir comida mexicana, pero le digo que me deje solo porque no soporto ver la decepción que hay en sus ojos. Me tumbo bocarriba en la cama cuando se marcha. Meto la mano en el bolsillo trasero de mi pantalón y cojo el collar de Lila. El mismo que me devolvió sin un grito ni una recriminación. No me la merezco.

Necesito decirle lo mucho que lo siento. La certeza me impide respirar con normalidad. Da igual que no me perdone. Vale, no da igual, pero quiero que sepa que lo siento en el alma. Que jamás debería haberla acusado de algo tan horrible. Que sé que he metido la pata hasta el fondo y que quiero saber si hay algo que pueda hacer para arreglarlo.

Me acuerdo de que tengo su número de teléfono. Me debato entre llamarla o escribirle. Un mensaje me parece la opción más fácil y típica de un cobarde, así que la llamo. No me sorprende que no me conteste. La primera vez suena hasta que se acaba el tono de llamada. La segunda me cuelga. No hay una tercera porque no quiero parecer un acosador. Por eso me limito a enviarle un mensaje con la esperanza de que se anime a responderme. Sé que es casi pueril, pero no sé qué otra cosa escribir:

«¿Podemos hablar?».

54

Lila

No sabía que dos semanas pudieran dar tanto de sí. Hoy me he dado cuenta de que ya llevo más tiempo en casa del que estuve en Maldivas. Entonces ¿por qué una experiencia tan corta me ha dejado una huella tan profunda?

No voy a negar que me acuerdo de Axel. Apenas me permito pensar en él porque estoy muy ocupada, pero a veces me tumbo en la cama y escucho nuestra lista de Spotify con una sonrisa de nostalgia. He vuelto a tocar el piano y ahora lo necesito tanto que mis padres me han impuesto un horario para no molestar a los vecinos. ¡Quién lo hubiera dicho! La primera vez que toqué el piano para mi madre se le llenaron los ojos de lágrimas. Me pidió que tocara «The Ludlows», el tema principal de *Leyendas de pasión*, y tuve que buscar la partitura en internet porque no me la sabía. Luego preparó palomitas y vimos juntas la película. Ahora estoy ensayando todos los días para aprobar el examen de ingreso del conservatorio. Nunca debería haberlo dejado, pero no pienso martirizarme por el tiempo perdido.

También estoy estudiando para sacarme el carnet de conducir. Tenía un dinero ahorrado y he decidido matricularme en una autoescuela. Jimena se ha apuntado conmigo. El primer día de clase, el profesor nos echó la bronca porque hablamos demasiado. Mis padres están sorprendidos por este cambio de actitud y me han pedido que no me exija demasiado. Sigo trabajando en la cafetería y, entre tocar el piano y las clases de la autoescuela, apenas tengo tiempo de respirar. Jamás me había sentido tan bien. Supongo que tener la mente ocupada me está ayudando a mantener a raya la ansiedad. Ayer mi madre me propuso volver al psicólogo y le dije que me lo pensaría. Creo que es un gran avance.

Por supuesto, hablé con Jimena el mismo día que regresamos a España. Se plantó en mi casa y pasó la noche conmigo. Al principio no se lo podía creer. No le entraba en la cabeza que Axel me hubiera acusado de venderlo a la prensa. Después lo puso a parir como solo haría una amiga de verdad. Dijo todo lo que necesitaba oír para sentirme mejor: «Es un cerdo que no te merece, estás mejor sin él…». Luego vimos *El diario de Bridget Jones* y discutimos sobre quién había envejecido mejor, si Colin Firth o Hugh Grant. Dirá lo que quiera, pero

Colin Firth aparenta diez años menos.

Para ser sincera, he de decir que Axel intentó ponerse en contacto conmigo. Me llamó un par de veces y, cuando le colgué, me envió varios mensajes:

«¿Podemos hablar?».

«Por favor, Lila. Te echo de menos».

«Necesito verte».

El último mensaje que recibí antes de bloquearlo fue:

«Al menos déjame decirte a la cara que lo siento y que soy un idiota. Lo mínimo que te mereces es que te pida disculpas. Y luego, si es lo que quieres, no volveré a molestarte. Te lo prometo».

Después de leerlo, pensé: «Sí, eres un idiota. Y tus promesas no valen nada». Para colmo, hace un par de días Jimena se presentó en mi casa sin avisar. Supe que le sucedía algo y le pedí que no se anduviera por las ramas.

—Desde que me enteré de lo que te sucedió con Axel, no he podido dejar de darle vueltas al tema —me explicó avergonzada—. No paraba de preguntarme cómo se enteró la prensa de que Axel se había criado con sus abuelos o de la existencia de su tío.

—No lo sé, tendrán sus contactos —respondí con desgana.

—Ha sido Hugo.

Necesité unos segundos para digerir la noticia. Jimena se puso colorada de rabia y comenzó a deambular por mi habitación. Me explicó que se había dejado llevar por su intuición y que algo le decía que su hermano era el culpable de aquel malentendido. Luego admitió que lo perdió de vista mientras estábamos en Thoddoo y que regresó enfadado al cabo de veinte minutos.

—Nunca me dijo dónde había estado, pero cuando me explicaste qué te pasó con Axel, empecé a atar cabos. Ayer lo pillé desprevenido y lo culpé de ser la persona que habló con la prensa. ¿Te puedes creer que no lo negó? —preguntó indignada y fuera de sí—. Os estuvo espiando detrás de una palmera mientras Axel te hablaba de su pasado. Cuando lo echamos de la casa, decidió vengarse de ti porque es tan egocéntrico que sigue creyendo que tienes la culpa de lo que sucedió. Por eso llamó a los periodistas. Hasta ha admitido que cobró una generosa cantidad de dinero con la que pensaba pagarse un curso de fotografía. Es un canalla. No tiene escrúpulos. ¿Qué clase de hermano tengo?

Me senté en el borde de la cama y respiré profundamente. Recordé con vaguedad que, mientras hablaba con Axel aquel día, escuché el crujido de una rama. Me da vergüenza ajena imaginarme a Hugo escondido detrás de una palmera. Pero no puedo decir que me sorprenda. Lo conozco demasiado bien para saber que es capaz de todo con tal de conseguir lo que quiere.

—Pero esta vez no se ha salido con la suya. Lo grabé con el móvil sin que lo supiera y se lo he enseñado a mis padres. A mi madre por poco le da algo. Le han echado la bronca del siglo y lo han obligado a devolver el dinero. El mal ya está hecho, así que, para darle un escarmiento a mi hermano, mi madre ha decidido donarlo a una asociación de mujeres que han sufrido maltrato psicológico. Sé que no sirve de nada, pero está muy avergonzada y quiere que sepas que lo siente muchísimo.

—Tus padres no tienen la culpa —dije con suavidad—. No lo sabían.

—Eres demasiado buena, Lila. Lo han consentido durante todos estos años hasta que han creado un monstruo. Yo también soy culpable por no haber querido abrir los ojos. Era más fácil tener un hermano perfecto que uno cruel. —Jimena levantó los brazos para que no la interrumpiera—. Jamás le voy a perdonar que se haya cargado tu relación con Axel.

—Mi relación con Axel se la ha cargado el propio Axel —respondí con dureza.

—Porque mi hermano metió mierda entre vosotros.

—Axel podría haber elegido confiar en mí. En una persona a la que quieres demostrarle que te importa.

—El amor es imperfecto porque las personas lo somos

—Las personas complicamos el amor porque somos idiotas. Y Axel es un… —Me costó insultarlo en voz alta y por eso guardé silencio—. Da igual. Nuestra historia llegó a su fin. Ni siquiera estoy segura de que hubiéramos tenido un futuro aun regresando juntos a España. Nuestros mundos son muy diferentes.

—Eso nunca lo sabrás, Lila. Tal vez podrías hablar con él —sugirió con tono conciliador.

—No.

—¿Por qué?

—Porque sigo enamorada y no quiero que me pida disculpas. Me sería muy fácil perdonarlo —respondí con sinceridad.

—Hace cinco días me llamó para saber cómo podía encontrarte —dijo, y la mire con los ojos abiertos de par en par. Jimena hizo un gesto con las manos para tranquilizarme—. No le dije dónde vives. Prácticamente me lo suplicó, pero me mantuve firme. Me aseguró que solo quería pedirte disculpas. Sonó… muy sincero y arrepentido.

—Me da igual —espeté con una frialdad que no sentía.

—¿Tan malo sería darle una segunda oportunidad si sigues enamorada de él?

—Terrible —confirmé—. No pienso dársela para que me rompa de nuevo el corazón.

—Uf, Lila. Ojalá tuviera tu firmeza para mandar a la mierda a un tío cuando me trata como el culo. Luego vuelven y con cuatro frases

hechas me tienen en el bote —se lamentó, y luego se colgó de mi brazo—. Pero, como amiga tuya que soy, necesito que sepas que no puedo sentenciar a Axel. Las buenas personas también se equivocan. Creo que él merece la pena. Sería un buen novio. Y está enamorado de ti, aunque la haya cagado.

Jimena se equivoca. Axel no está enamorado de mí. Si lo hubiera estado, jamás habría desconfiado. Me habría dado el beneficio de la duda porque hubiera sabido que lo nuestro tenía futuro y no hubiera querido perderme. A estas alturas, lo más seguro es que ya se esté enrollando con otra. Alguna pobre ingenua a la que lleve a ver las estrellas y con la que cree una lista musical. Yo nunca volveré a ser esa chica que se enamora sin medir las consecuencias. De eso nada.

55

Axel

Estoy hecho polvo. Me cuesta despertarme por las mañanas, algo impropio de mí porque estoy acostumbrado a rendir con cinco horas de sueño. De repente, parece que la falta de sueño acumulada en los últimos años me está pasando factura. Durante la gira soy el primero en irse a dormir y el último en levantarse. Solo me apetece remolonear en la cama, alimentarme de comida basura y ver series en versión original. Gabi ni siquiera se quejó cuando la dejé tirada los tres primeros días que quedamos para salir a correr a las ocho de la mañana. Al cuarto día, se dio por vencida y dejó de sugerírmelo.

No me reconozco; pero, para ser sincero, tampoco reconozco al tipo que le echó la culpa a Lila. No tenía ningún motivo para desconfiar de ella y, aun así, la consideré culpable de todos mis males. Y ahora no me dirige la palabra. No quiere saber nada de mí. Me ha costado hacerme a la idea, pero después de tres semanas he llegado a la conclusión de que su decisión es muy firme.

Llamé a Jimena en un momento de desesperación y del que no me siento orgulloso. Intenté convencerla para que me diera la dirección de Lila, pero su amiga se mostró muy tajante. Me dijo que ella no quería volver a verme y que no me la merecía. Le respondí que tenía razón y que si pudiera reencontrarme con ella le pediría perdón mirándola a los ojos. Luego lo intenté con Pol, por aquello de no darme por vencido tan rápido.

Acabábamos de terminar el quinto concierto de la gira. Alicante nos recibió con un estadio abarrotado de gente y pancartas que gritaban su amor por Pol. Él, por supuesto, estaba encantado de ser el centro de atención, y Gabi no se tomó del todo bien que el batería del grupo recibiera más aplausos que ella. Pero esa es otra historia.

La expresión de Pol, el tipo de la eterna sonrisa, se ensombreció cuando le pregunté por Lila. Me miró como si estuviera en mitad de una balanza y no le hiciera ni pizca de gracia que lo obligaran a decantarse hacia un lado.

—¿Hablas con ella? —le pregunté con curiosidad.

—Sí, casi todos los días.

Intenté mantener la compostura y que no se me notaran los celos. No tenía miedo de la relación de Pol con Lila, pero me daba envidia

que él hablara frecuentemente con ella.

—¿Qué tal está?

—Ha vuelto a tocar el piano y se está sacando el carnet de conducir —me informó mientras se secaba el sudor del cuello con una toalla—. Yo no te lo he dicho, ¿vale?

—Tampoco es para tanto. Solo quiero saber si le va bien.

—Ya, pero me pones en un aprieto. Nunca me pregunta por ti.

Intenté que aquello no me escociera mucho. Pol notó mi malestar y se acercó a mí para darme un par de palmaditas en la espalda que me sentaron como el culo.

—Todo sería más fácil si pudiera verla. Solo quiero mirarla a los ojos y pedirle disculpas.

Pol se apartó de mí y frunció el ceño.

—Ya sé lo que intentas —respondió sacudiendo la cabeza—. Lila me ha pedido expresamente que no te dijera dónde vive. Me encantaría que hicierais las paces. De verdad. Creo que hacéis una bonita pareja y que solo ha sido un malentendido que podéis solucionar hablando, pero jamás traiciono a una amiga. Lo siento, Axel.

—No pasa nada. Te entiendo perfectamente.

Aquello era una mentira tan grande como una catedral. Solo lo dije porque sabía que no podía enfadarme con Pol por respetar la decisión de Lila, pero por dentro la distancia me estaba matando lentamente. Lo peor de perder a alguien después de meter la pata es ser consciente de que toda la culpa es tuya. Porque, si tus actos y decisiones hubieran sido diferentes, esa persona jamás se habría marchado de tu lado. Por tanto, no puedes maldecir tu suerte ni echarle la culpa al destino. Te toca lidiar con el arrepentimiento mientras haces las paces contigo mismo.

Mis amigos han quedado para comer pizza y ver *Resacón en Las Vegas* en la habitación de Leo. No tengo fuerzas para fingir que me hace gracia, así que me tumbo bocarriba en la cama y enciendo Spotify. Suelo escuchar la lista que creé a medias con Lila para sentirme mejor, pero la verdad es que casi siempre acabo con el ánimo por los suelos. Hoy es un poco diferente. La primera canción que suena es «Party in the USA», de Miley Cyrus. Sonrío sin poder evitarlo mientras recuerdo nuestras escapadas de buceo y los ojos abiertos de par en par de Lila cuando vio por primera vez un tiburón ballena. Tengo el collar de plata guardado en el bolsillo trasero del pantalón porque albergo la esperanza de devolvérselo en algún momento. A pesar de todo, tengo la impresión de que todavía no hemos escrito nuestro final. O eso quiero creer.

Sin embargo, en este momento, lo único que me queda de ella es el recuerdo de un atardecer en la playa, el hoyuelo de su mejilla izquierda, los besos y momentos compartidos y una lista de canciones

de Spotify.

56

Lila

Estoy saliendo del trabajo cuando me vibra el móvil. Mi primer impulso es eliminar la notificación. Estoy convencida de que mi teléfono me espía, porque de lo contrario no me explico que me lleguen noticias relacionadas con Yūgen las veinticuatro horas del día. La última fue el titular de una revista sensacionalista que decía: «El tío de Axel Vila no se arrepiente de ensuciar el nombre de su sobrino». A pesar de lo enfadada que estoy con Axel, me carcomió la rabia cuando leí la noticia. No se merece que su tío diga esas mentiras sobre él. Me da pena que sus abuelos lo estén pasando mal. Sé lo mucho que los quiere. Por eso perdió la compostura y me culpó de todo. Supongo que necesitaba buscar un culpable. No lo estoy defendiendo, pero soy incapaz de no ponerme en su lugar por un momento. Debe de ser horrible que las personas que más quieres sufran debido a tu fama.

Voy de camino a la autoescuela mientras leo la noticia. Ayer Yūgen dio un concierto en Badalona que fue todo un éxito. Se completó el aforo del estadio y el crítico musical dice que Gabi se lució en el escenario. Me alegro por ellos. Pol nos ha invitado a Jimena y a mí al concierto que van a dar en Madrid la semana que viene, pero me he negado a asistir. No estoy preparada para reencontrarme con Axel porque entonces tendría que enfrentarme a mis sentimientos por él.

Camino sin prestar atención a mi alrededor y me tropiezo con una mujer de la edad de mi madre. Se le cae la bolsa de la compra. Me guardo el móvil en el bolsillo y le pido disculpas.

—¡Lo siento muchísimo! —exclamo avergonzada.

No tengo remedio. Estaba leyendo un wasap de Jimena en el que bromea sobre el tamaño medio del pene en España. No tengo ni idea de si 13,85 centímetros es mucho o poco. Prefiero no saberlo. Me agacho para recoger la bolsa y se la devuelvo a la señora. La mujer abre los ojos de par en par en cuanto me reconoce. Me sobresalto sin poder evitarlo y mi pulso se dispara. Hacía más de dos años que no la veía. Me llevo una mano al pecho mientras con la otra sostengo con fuerza la bolsa de la compra. Tengo la boca seca cuando musito un tímido «Hola».

—Lila, qué sorpresa —dice, y no sé distinguir si su tono es amable o defensivo.

Sofía, la madre de Lucas, siempre fue como una segunda madre para mí. Él y sus padres vivían en el tercer piso, justo encima de nuestra casa. Sus padres y los míos eran íntimos amigos. Por las tardes, Sofía merendaba con mi madre en la floristería y Lucas y yo nos uníamos a ellas cuando regresábamos del conservatorio. Se mudaron cuatro meses después de que Lucas muriera y tuve la impresión de que se fueron porque no soportaban cruzarse conmigo todos los días.

No sé qué decir y creo que ella tampoco. Durante unos segundos, permanecemos en silencio. Sofía me observa como si me estuviera evaluando mientras le devuelvo una mirada cautelosa. Todavía recuerdo lo que me dijo la última vez que nos vimos. Me gritó que Lucas seguiría vivo si yo hubiera muerto aquel día. Me lo creí. Hubo momentos en los que preferí estarlo. Y aquello me sumió en la culpa que me persigue desde hace tres años.

—¿Qué tal te va? —pregunta al fin.

Tengo un nudo en la garganta y los ojos se me llenan de lágrimas. Quiero salir huyendo, pero permanezco allí de pie mientras intento contener los sollozos. Sofía me observa con una mezcla de compasión y cariño. Me encojo cuando levanta el brazo porque creo que va a darme una bofetada, pero entonces me pone una mano en el hombro.

—Lo siento muchísimo, tesoro.

«Tesoro». Solía llamarme así cuando me quedaba a dormir en su casa o me invitaba a almorzar arroz con pollo. También lo hacía todos los 25 de diciembre en los que Papá Noel dejaba un regalo para mí en su casa.

—¿Por qué lo sientes? —pregunto con un hilo de voz.

Sofía esboza una sonrisa atormentada.

—¿No es evidente? Por haberte culpado de lo sucedido. Solo eras una niña. Mírate, sigues siendo una jovencita encantadora e inocente. Pensé que sería más fácil echarte la culpa, pero la verdad es que, en estos años, Joaquín y yo te hemos echado muchísimo de menos. Eres lo único que nos queda de Lucas. Quizá por eso me dolía tanto mirarte a los ojos. Eres el futuro que mi hijo nunca tendrá. Si Lucas siguiera con vida, estaría furioso conmigo por haberte gritado aquellas cosas tan horribles —dice tan arrepentida y llena de dolor que soy incapaz de estar enfadada con ella.

—No pasa nada —musito, puesto que es todo lo que puedo decir.

—Nunca te he dado las gracias, Lila.

—¿Por qué? —pregunto desconcertada.

—Sin tu testimonio, aquel hombre jamás habría recibido una condena tan dura. Lo identificaste y luego testificaste en el juicio. Conseguiste que se dictara una dura sentencia. Hiciste justicia por nosotros. Siento no habértelo dicho antes.

—Yo… solo hice lo que debía —respondo con las mejillas

encendidas.

Sofía me sostiene el rostro con las manos y me mira a los ojos. Hay una gratitud tan grande en su mirada que me pilla desprevenida. Me había hecho a la idea de que no volveríamos a vernos. Asumí que seguía odiándome y me había limitado a aceptarlo con resignación.

—Podrías haber elegido no testificar y nadie te habría culpado. Fuiste muy valiente.

Me muerdo el labio. «Valiente» jamás será una palabra que escoja para definirme. Durante mucho tiempo me he considerado una persona débil y asustada. Ahora entiendo que cómo te ves a ti mismo define cómo te ve el resto. No puedes pretender que los demás te acepten si te odias por todos los errores y malas decisiones que has tomado.

—Cuando Joaquín y yo nos mudamos, perdimos el contacto. No quiero que pienses que tuviste la culpa. Ambos necesitábamos empezar de cero en otro sitio porque aquella casa estaba llena de recuerdos de Lucas. Luego nos separamos durante un tiempo, pero hace seis meses nos reencontramos y nos hemos dado una segunda oportunidad.

—¡Eso es fantástico! —exclamo repentinamente ilusionada.

—A Lucas le gustaría que todos los que lo queríamos fuéramos felices.

—Pues sí.

—¿Y tú qué tal estás? —pregunta con sincera preocupación.

No le hablo sobre mis crisis de ansiedad ni el diagnóstico de estrés postraumático porque no quiero asustarla. Le cuento acerca de mis planes y ella se emociona cuando se entera de que he vuelto a tocar el piano. Me pide que la avise si algún día doy un recital y le prometo que lo haré. Entonces me percato de que sigo sosteniendo su bolsa y se la devuelvo con una sonrisa de circunstancia.

—Eres una buena chica —se despide de mí—, que nadie te haga sentir lo contrario. Ni siquiera tú. Prométemelo, Lila.

Estoy un poco mareada cuando me despido de Sofía. Necesito asimilar todo lo que me ha dicho y me siento en un banco cercano al doblar la esquina. El corazón se me va a salir del pecho. Respiro profundamente y me percato de que estoy esbozando una pequeña sonrisa. Hace un par de meses, este reencuentro me habría dejado hecha polvo, pero ahora soy capaz de tomarme unos minutos para procesarlo y seguir con mi vida. No me quedo estancada en el pasado mientras permito que la culpa me destruya. Ya no.

Me levanto de un salto y reemprendo la marcha en dirección a la autoescuela. Sonrío de oreja a oreja porque sé que el destino solo me depara cosas buenas. He retomado la terapia e incluso me he apuntado a clases de zumba, donde parezco un pato mareado

bailando. La semana pasada salí de fiesta con Jimena y no me entraron ganas de volver a casa a los cinco minutos.

A veces una sonrisa puede marcar la diferencia.

A veces solo nos hace falta un pequeño empujoncito para vivir la vida con ganas.

A veces perdonarte a ti misma es el primer paso para quererte.

Querido Lucas:

Me siento mejor. No voy a decir que haya experimentado una curación milagrosa, pero creo que estoy empezando a ver la luz al final del túnel. Ayer hice una amiga nueva en mi clase de zumba y hoy hemos quedado para merendar en una cafetería que estoy segura de que te encantaría porque siempre fuiste un goloso. Hace un par de días, el médico me bajó la dosis de la medicación. Por un instante me entró el pánico y quise gritarle que ni de coña, pero esa noche dormí ocho horas seguidas y me levanté de muy buen humor.

Una vez me dijiste: «Todo lo bueno de esta vida necesita paciencia y esfuerzo para dar resultado». Por eso he decidido ir paso a paso y hacer de la constancia una norma. Aquel día estaba ensayando para el recital de Navidad del colegio. No recuerdo de qué canción se trataba, pero sentía que me estaba ahogando en un vaso de agua. Luego salí del paso y me recordaste medio en broma, medio en serio que a veces podía ser mi peor enemiga.

Tenías razón.

Me da miedo ser consciente de que me conocías casi mejor que yo misma. Creo que por eso me he sentido tan perdida estos últimos años. No solo ha sido por la culpa, sino también por la falta que me hacías. Normalmente, me pregunto qué habrías hecho tú si estuvieras en mi lugar. Sé que no es sano. Debería aprender a vivir con tu recuerdo sin esperar que soluciones todos mis problemas. No obstante, creo que he mejorado un poco. Ahora sé que solo me necesito a mí misma para ser feliz. Porque mi felicidad solo es responsabilidad mía y no puedo endosarle esa carga a nadie. Y, aunque me duela, no puedo vivir eternamente echándote de menos.

Pensé que, si me daba la oportunidad de ser feliz, estaría traicionando tu recuerdo. Que cada vez que me reía me estaba olvidando de ti. Ahora sé que puedo reír y guardarte un hueco en mi corazón. Que dejar atrás el pasado no significa que esté mancillando tu recuerdo.

Por eso, esta es la última carta que te escribo.

Durante mucho tiempo, esta ha sido la única forma que he tenido de llegar hasta ti. Me ha servido de terapia. De vía de escape. De purgatorio. Se ha convertido en un refugio al que acudir cada vez que me sentía perdida.

Sabes que siempre te voy a querer. Dejar de escribir las cartas no va a cambiarlo. De hecho, creo que la única forma sana de querer a alguien es hacerlo sin sentir dolor.

A partir de hoy, te seguiré queriendo, pero el recuerdo de aquel horrible día dejará de atormentarme. Me quedaré con todo lo bueno que me dio nuestra amistad. Te lo prometo, Lucas. Para mí siempre serás el chico de los calcetines de Dumbo que era adicto a las palomitas de caramelo. Parece que la muerte se lo lleva todo, pero no nos puede quitar nuestros recuerdos.

Te quiero, y creo de corazón que esto no es un adiós, sino un hasta luego.

57

Axel

Estamos en Madrid.

Vamos a dar tres conciertos en la capital y luego viajaremos a Sevilla. Han pasado tres semanas desde la última vez que vi a Lila, pero, como soy un optimista sin remedio, sigo creyendo que algún día podré devolverle el collar de la tortuga. Con un poco de suerte, podré pedirle perdón. Y el resto soy incapaz de averiguarlo.

Si te equivocas, deberías tener la oportunidad de enmendar tus errores. Por eso llevo una semana haciendo una lista de todas las floristerías que hay en Madrid. No me doy por vencido cuando el recuento sobrepasa las cincuenta, aunque admito que creía que sería una tarea más sencilla. A veces me detengo para reflexionar si lo que estoy haciendo es una locura. Cabe la posibilidad de que Lila me mande a la mierda cuando me vea. Además, me dijo que no quería saber nada de mí. Quiero pedirle disculpas, pero no sé hasta qué punto tengo derecho a reaparecer en su vida.

Dejo la lista de las floristerías sobre el escritorio de la habitación porque de repente me siento culpable. No quiero parecer un acosador. La cabeza me da vueltas y decido ponerme las zapatillas para salir a correr. Escucho AC/DC a todo volumen y me pregunto qué pensaría Lila de mi lista de reproducción para hacer deporte. Seguro que tendría algo que decir al respecto. Cuarenta y cinco minutos después, regreso al hotel y me cruzo con Leo en la recepción. Está firmando autógrafos a un grupo de personas que lo han reconocido. No me apetece hacerme el simpático y me pongo la capucha de la sudadera para pasar desapercibido. Leo consigue escaquearse antes de que las puertas del ascensor se cierren.

—Tener amigos como tú para que me echen un cable… —bromea, y luego me observa más serio—. Has salido a correr.

—Lo dices como si fuera mi primera vez.

—Hace tres semanas que estás tirado en la cama, salvo cuando nos subimos al escenario.

—Necesitaba despejarme.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Sí, pero no me sirve de nada.

El ascensor llega a nuestra planta y Leo me acompaña a mi

habitación sin preguntar. Se cuela dentro antes de que pueda pedirle que me deje en paz. Soy una persona reservada por naturaleza, pero he de reconocer que últimamente evito hasta la compañía de mis amigos. Incluso mi *amona* me ha echado la bronca por teléfono porque me nota muy raro.

—¿Qué es esto? —pregunta Leo con curiosidad señalando el folio que hay en el escritorio.

Me da bastante vergüenza admitir en voz alta lo que he estado haciendo durante los últimos días, pero Leo es mi amigo y sé que puedo confiar en él. Por eso se lo cuento todo.

—Te puedo ayudar para que termines antes. —Se ofrece.

—No sé si quiero terminar la lista. Lila me bloqueó porque no quiere hablar conmigo. ¿Qué derecho tengo a buscarla?

Leo se queda pensativo durante unos segundos. En ese momento, le suena el móvil. Se le ilumina la expresión y sé que se trata de Nura. Hubo un tiempo en el que di por hecho que su relación no tenía futuro, pero ahora sé que están hechos el uno para el otro. Nunca he visto a mi amigo tan feliz.

—Ni se te ocurra pasar de ella por mí —le pido.

Leo parece sentirse aliviado con mis palabras y descuelga. Cuando habla con Nura siempre se ríe como si ella le contara unos chistes buenísimos. Leo puede pasarse horas conversando con ella. Antes pensaba que no tenía mucho sentido porque viven juntos, pero ahora lo entiendo perfectamente. Al cabo de un rato, mi amigo pone el altavoz.

—¡Hola, Axel!

—Nura, qué alegría escuchar tu voz.

—Mentiroso. —Me toma el pelo con su habitual descaro—. Me han chivado que estás un poco deprimido porque metiste la pata con la chica que te gusta.

Una verdad indiscutible sobre Nura es que es muy directa y carece de filtro. Atravieso a Leo con la mirada y pone cara de arrepentimiento.

—Es buena dando consejos —se disculpa—. Y muy sincera.

—¡Supersincera! —exclama Nura.

—No soy un proyecto social —respondo entre dientes.

—Venga, tío. Nos vendrá bien una opinión femenina. ¿Tú qué opinas, Nura? Axel está en un dilema y no sé qué aconsejarle.

Antes de que pueda pedirle que cierre la boca, mi amigo le explica a su novia que estoy confeccionando una lista con todas las floristerías de Madrid para encontrar a Lila, pero que no sé si estoy haciendo lo correcto porque ella no quiere saber nada de mí.

—¿Y no sería más fácil que Pol te diga dónde vive? —pregunta Nura.

—No quiero ponerlo en ese aprieto —respondo, e ignoro deliberadamente el hecho de que ya se lo he pedido una vez.

—¡Hum! —murmura Nura—. No conozco a Lila, así que soy incapaz de saber cómo se tomaría que te presentaras por sorpresa en su casa. Además, tiene todo el derecho del mundo a no querer verte.

—Tienes razón. Debo respetar su decisión. Será mejor que la deje en paz.

—Yo no he dicho eso —responde Nura con su alegría habitual—. Si Leo no hubiera ido a buscarme aquel día, ahora no estaríamos juntos. No quería volver a verlo, o eso me decía a mí misma. A veces no sabes qué quieres hasta que lo tienes delante.

—¿No habrías dado el primer paso si no hubiera ido a buscarte? —bromea Leo.

—Ni de coña. Fuiste tú el que metió la pata. Además, soy muy orgullosa.

—Dime algo que no sepa —musita Leo aguantándose la risa—. Entonces ¿qué le aconsejas a Axel? Tiene más en cuenta tu opinión que la mía.

—¡Normal! —exclama orgullosa—. Creo que corres el riesgo de que Lila se cabree todavía más contigo si no respetas su deseo de mantener la distancia. Te equivocaste y tienes que asumir las consecuencias. Pero, si tanto te importa pedirle perdón, podrías escribirle una carta. A no ser que solo quieras disculparte porque lo único que te importa sea volver con ella…

—No es lo único que me importa —respondo indignado—. No voy a negar que quiero tener una segunda oportunidad, pero no lo hago solo por eso. Necesito disculparme porque es lo mínimo que se merece después de cómo la traté.

—¿Sabes cuáles son sus apellidos? —pregunta Nura.

—Sí.

—Así nos será más fácil encontrar la floristería de sus padres. Entre los tres podemos hacer una lista y tardaremos menos. ¡Qué emocionante! Siempre he querido ser parte de una investigación.

Leo se frota las manos y le dice a su novia que es un genio. Por primera vez me dejo ayudar. Estoy cansado de actuar como si no necesitara a los demás. El mundo es demasiado complejo para fingir que te va bien solo. Lila me demostró que hay personas que llegan para quedarse y dejar huella en tu corazón. Porque la vida es mejor en buena compañía y a veces nos necesitamos los unos a los otros para recorrer algunas partes del camino.

58

Lila

Es la cuarta vez que vengo al cementerio a visitar la tumba de Lucas. Durante los últimos tres años, solo he venido en su cumpleaños porque se me hacía muy difícil. Para mí era muy doloroso plantarme delante de la lápida de mi difunto amigo. Sin embargo, ahora que estoy aquí, siento una inesperada oleada de paz.

No sé por qué tenemos tanto miedo a los cementerios. Solo son un refugio al que acudimos cuando echamos de menos a nuestros seres queridos. Su recuerdo no puede hacernos daño, pero vivir estancados en el pasado sí. No podemos aferrarnos a los «te quiero» que no pronunciamos o a los abrazos que no dimos. Sabemos que la vida tiene fecha de caducidad y a menudo la desaprovechamos, pero culparnos por lo que pudo haber sido no nos sirve de nada.

Por eso hoy estoy aquí.

Es una despedida y también un nuevo comienzo.

Por todo lo que fuimos. Se lo debo a él y a mí misma.

Saco el paquete de cartas que llevo guardado en la mochila y me aclaro la voz. No sé si existe el más allá. No sé si la muerte es el principio de otro camino que transitamos a solas. Ni siquiera tengo claro que Lucas me esté escuchando. Pero algo me dice que siempre estará a mi lado. Escribí estas cartas para él y no tiene mucho sentido que las guarde en un cajón de mi escritorio. Estas hojas han sido mi refugio. Las palabras en las que vivía la culpa. La tinta con la que daba rienda suelta a mis sentimientos.

Hasta hoy.

—«Querido Lucas…» —digo con voz temblorosa.

A medida que voy leyendo en alto, mi voz se hace más firme. Me sorprende haber escrito según qué cosas. Me da pena haber creído que esta tristeza jamás me abandonaría. A veces me cuesta reconocer a la chica deprimida que no le veía ningún sentido al futuro. Pero esta soy yo. La chica de antes, la chica de hace tres años y la chica que está leyendo estas cartas. Soy imperfecta, no pasa nada. Me levantaré cada vez que me tropiece e intentaré aprender de mis errores. No sé quién seré dentro de unos años, pero sí sé quién soy ahora. Es mi responsabilidad vivir el momento. Nadie puede arrebatármelo.

—«… por eso, esta es la última carta que te escribo».

Me percato de que estoy llorando. Me limpio las lágrimas y respiro profundamente. Llorar no es un signo de debilidad, sino que te ayuda a expulsarlo todo. Me doy un momento para desahogarme y continúo como si nada.

—«A partir de hoy, te seguiré queriendo, pero el recuerdo de aquel horrible día dejará de atormentarme. Me quedaré con todo lo bueno que me dio nuestra amistad». —Levanto la vista de las cartas y fijo la mirada en el nombre grabado en la lápida—. «Te lo prometo, Lucas. Para mí siempre serás el chico de los calcetines de Dumbo que era adicto a las palomitas de caramelo».

Cuando termino de leer la última carta, hago una pila en el suelo, cojo una cerilla y le prendo fuego. Observo cómo el papel se convierte en ceniza. Es liberador. No me estoy despidiendo de Lucas. Para mí siempre será mi alma gemela. El amigo que me salvó la vida. Y el mejor regalo que puedo hacerle es aprovecharla.

La historia de Lucas y Lila

Érase una vez una niña pelirroja y un niño muy alto para su edad que se conocieron en una mudanza. La niña vivía rodeada de flores y se sabía de memoria los diálogos de *Toy Story*. El niño vivía en su mundo y llevaba a todas partes su mochila de Dumbo. La niña tenía pocos amigos y el niño estaba deseando hacer amigos nuevos.

Un día, la niña pelirroja descubrió que una familia se había mudado al piso de arriba. Ella estaba acostumbrada a hablar con las flores porque los demás niños del colegio se metían con ella y la llamaban Zanahoria. No pudo evitar la tentación de ir a conocer a sus nuevos vecinos, a pesar de que su madre le había pedido que no los molestara. El descansillo del tercer piso estaba repleto de muebles y se tropezó con una caja. Se escuchó el inconfundible sonido de cristales rotos.

—Las copas de mi madre —dijo una voz aguda.

Un niño larguirucho y de rizos castaños se asomó a la puerta. A la niña pelirroja le latía el corazón muy deprisa. Retrocedió asustada y supuso que le echaría la bronca por andar husmeando.

—Lo siento. Ha sido sin querer.

El niño se encogió de hombros y luego esbozó una sonrisa a la que le faltaban varios dientes.

—No pasa nada. Te guardaré el secreto. —Le guiñó un ojo y a la niña le cayó bien de inmediato—. Mi madre creerá que se han roto en la mudanza. ¿Cómo te llamas?

—Lila.

—Yo soy Lucas —se presentó el niño, y luego la miró con inusitada curiosidad —. ¿Te gusta *Dumbo?*

—Me da un poco de pena que lo separen de su madre.

—A mí también. ¿Te apetece verla conmigo?

—Bueno.

En realidad, a ella no le gustaba *Dumbo*. Le parecía una película horrible en la que separaban a un pequeño elefante de su madre, pero estaba dispuesta a verla con tal de hacer un nuevo amigo.

Cinco minutos después, el niño la había invitado a su habitación y su madre les había preparado la merienda. Lucas comprendió que a su vecina no le gustaba en absoluto aquella película y le preguntó si le apetecía jugar con su colección de Playmobil. Solo estaba siendo amable con una invitada tal y como le habían inculcado sus padres, pero la verdad era que la niña tenía una gran imaginación y congeniaron de inmediato.

Estaba anocheciendo cuando la madre de la niña llamó al timbre para recogerla. Ambos protestaron y se prometieron que quedarían al día siguiente. Al cruzar el pasillo, Lila señaló el enorme piano de cola que había en el salón.

—Es de mi padre —le explicó Lucas.

—¿Sabes tocarlo?

—No, es muy difícil.

—Podríamos aprender juntos. Seremos un equipo.

«¿Formar equipo con una chica?». La mayoría de los niños de su antiguo colegio se habrían burlado de él. Solo por eso, le pareció una gran idea. A él le daba igual tener un amigo o una amiga, siempre y cuando a ella le gustara el chocolate y las travesuras.

Todas las tardes, Lila subía a casa de Lucas o él bajaba a la de ella. Sus padres estaban tan complacidos por aquella amistad que los apuntaron al mismo colegio. Los niños se hicieron inseparables.

A veces los confundían con hermanos. Todo el mundo se acostumbró a verlos juntos. El panadero de su calle al que sus madres los enviaban a comprar el pan y que de vez en cuando les regalaba un pedazo de empanada recién hecha, los profesores que los separaban en clase y el hijo del vecino que la había tomado con Lila y al que Lucas se empeñó en darle una lección (los castigaron una semana y él se quejó de que el mundo era injusto). Parecían siameses a los que habían separado al nacer. Sus madres bromeaban al respecto. Incluso ellas se hicieron amigas. Un día, Lila las pilló hablando sobre ellos y le contó horrorizada a Lucas que estaban convencidas de que cuando fueran mayores acabarían siendo novios. Los dos pusieron cara de asco después de que ella pronunciara la palabra «novios». «¡Qué tontería!», exclamó Lucas, y Lila se rio tan fuerte que se le salió el refresco por la nariz. Nunca volvieron a hablar del tema. Les gustaban las mismas cosas, menos *Dumbo*. Un día, Lila se atrevió a confesarle a su mejor amigo que aquella película le parecía horrible. Pensó que se enfadaría, pero Lucas le dijo que ya lo sabía y siguieron jugando a los dinosaurios.

Tenían siete años cuando empezaron a tocar el piano. Su primer profesor fue el padre de Lucas, que se animó a darles clase para que lo dejaran en paz. Aquellos niños podían ser muy convincentes si se ponían de acuerdo, y desde siempre se les dio muy bien formar equipo. Pronto sus habilidades superaron las del adulto, que en realidad era contable. Así que los padres decidieron apuntarlos al conservatorio.

Y empezaron las clases de solfeo y el amor por la música.

—Cuando sea mayor, voy a tocar en la Orquesta Filarmónica de Viena —le dijo Lila un día.

—Y yo seré profesor de música para enseñar a otros niños a tocar el piano.

Aprendieron que la forma más fácil de conseguir sus sueños era apoyarse mutuamente. Confiaban el uno en el otro y aquello los hacía confiar en sí mismos.

Cuando tenían nueve años, una niña entrometida llamada Jimena apareció en su mundo. A Lila no le gustó que los siguiera a todas partes. Les iba de maravilla solos. ¿Para qué necesitaban otra amiga que encima hablaba por los codos? Además, Lila estaba un poco celosa porque no quería compartir a su amigo con nadie, pero Lucas la convenció para hacerle un hueco. Lila se llevó bien con Jimena en cuanto aquella niña entrometida y habladora, pero de buen corazón, le dijo que su pelo era precioso. Al final, los tres se convirtieron en grandes amigos, aunque la amistad de Lucas y Lila siempre fue extrañamente especial. Un vínculo que solo ellos entendían. Ni sus padres ni sus profesores ni en ocasiones la propia Jimena. Sin embargo, ambos sabían que entre ellos no había nada remotamente romántico, porque una amistad tan sincera y

desinteresada como la suya había sido fruto del destino.

Un día, Lucas le dijo a su amiga que ella era la persona que mejor lo conocía en el mundo.

Cuando cumplió doce años, Lila le pidió que no le soltara la mano porque se sentía muy perdida sin él.

Cuando Lucas se rompió un brazo, Lila iba a visitarlo y le tocaba el piano todas las tardes.

Una vez, Lucas le confesó a su amiga que sabía que ella tenía más talento que él. «A veces tu talento me intimida». Lila lo miró como si se hubiera vuelto loco y él le pidió que jamás lo desaprovechara porque era un don.

El día que Lucas se echó su primera novia, una chica que sentía celos de Lila, ella temió que él pasara de ella para que su novia no lo dejara. Pero Lucas se las apañó para seguir siendo el mismo de siempre. Y a Lila le tocó apoyarlo cuando aquella novia lo dejó por otro y Lucas estuvo varias semanas deprimido, hasta que ella perdió la paciencia, le gritó y luego se arrepintió. Por suerte, nunca fueron la clase de amigos que se guardan rencor.

La primera vez que se enfadaron de verdad —porque sus anteriores peleas eran por chorradas—, Lila y Lucas estuvieron una semana sin dirigirse la palabra. Ella había empezado a salir con Hugo y su amigo le confesó que el hermano de Jimena no le gustaba en absoluto, algo que despertó la furia de Lila. Por supuesto, Lucas tenía razón. Y a pesar de todas las veces que le aconsejó a su amiga que rompiera con él, ya que una persona que te quiere no te pone límites, siempre estuvo ahí para ella.

La consoló en cada discusión. La abrazó cuando ella le explicó que se sentía muy pequeña al lado de Hugo. Intentó demostrarle que por sí sola era grande. Y, cuando entendió que Lila solo saldría por su propia voluntad de aquella relación, se limitó a permanecer a su lado. «No puedo abrirle los ojos a alguien que los tiene cerrados, pero algún día te darás cuenta de lo mucho que vales y estaré ahí contigo porque te vas a comer el mundo», le dijo un día.

A los dieciocho años, los dos aprobaron el examen del conservatorio para iniciar el Grado Superior en Música. Lucas le gritó «¡Te lo dije!» cuando ella sacó la nota más alta del examen. No había rencillas o competitividad alguna entre ellos. Los amigos de verdad se alegran casi más que tú de tus victorias.

—¿Y si salimos a celebrarlo? —preguntó Lila.

Los dos estaban viendo una reposición de *Friends* y a ella le pareció que después de tanto esfuerzo se merecían una buena fiesta. Además, acababa de discutir con Hugo y lo único que le apetecía era salir a despejarse.

—¿A esta hora? —preguntó Lucas reacio.

—Las diez y media de un viernes no es la hora a la que un chaval de dieciocho años se va a la cama —bromeó Lila, y le tiró del cordón de la bata—. ¡Aburrido! Con esas pintas pareces un jubilado que se pasa las tardes jugando al parchís.

Lucas sacó pecho.

—Me encanta el parchís.

—No tienes remedio. ¿Le vas a pedir a Rebeca que juegue contigo al

parchís? Creo que quiere jugar a otra cosa, pero tú verás…

Lucas se puso colorado cuando ella mencionó a Rebeca. Era una compañera de bachillerato por la que suspiraba desde el año pasado. Lila no paraba de insistir para que le pidiera una cita, pero Lucas no lo veía del todo claro.

Se levantó entonces de la cama y abrió el armario para buscar algo que ponerse. Lila siempre conseguía arrastrarlo a todas las fiestas. Desde que salía con aquel cretino se había vuelto más insegura, pero él sabía que en el fondo seguía siendo la misma chica divertida que había conocido.

—¿Llamamos a Jimena? —preguntó Lila ilusionada cuando él abrió la puerta de su habitación para ir al baño a cambiarse.

—La han castigado una semana sin salir porque la pillaron copiando en el examen de francés —le recordó él.

—Es verdad —respondió apenada—. Ya no me acordaba. ¿Todavía no ha pasado una semana? A lo mejor podríamos convencer a sus padres para que la dejen salir con nosotros.

Lila y Lucas no consiguieron convencer a los padres de Jimena, así que salieron juntos a dar una vuelta por la ciudad. Aquel viernes parecía que todo el mundo tenía algo que celebrar. Las discotecas estaban a rebosar y en su pub favorito no cabía ni un alma. Lucas odiaba las multitudes y le dijo a Lila que quería marcharse cuando una chica guapísima intentó ligar con él.

—Te entran porque tienes pinta de poeta atormentado —se burló Lila en cuanto salieron del sitio.

Lucas enarcó una ceja.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No sé, pero a las tías les gusta ese rollo —respondió ella encogiéndose de hombros—. A mí no. Te he visto dormir con tu pijama de *Cars* y los calcetines puestos. Para mí has perdido todos los puntos. No tienes morbo.

—¡Retira eso!

Lila se partió de risa y echó a correr calle abajo. Lucas la persiguió mientras la llamaba bruja. La alcanzó antes de que doblaran la esquina y le dio un pequeño tirón de pelo.

—No es justo. Tienes las piernas muy largas. No estamos en igualdad de condiciones.

—Eso lo dices porque eres una enana.

—¡Soy de estatura media! —exclamó indignada.

Lucas se puso serio.

—Lila, te pones de puntillas para alcanzar las estanterías superiores del supermercado.

—Todo lo bueno y barato lo ponen arriba —se quejó ofendida.

En ese momento, a ella le sonó el móvil. Lila se puso tensa al ver el nombre de Hugo en la pantalla. Había vuelto a discutir con él mientras Lucas se cambiaba de ropa en el baño. Seguro que su mejor amigo se había enterado de todo, pero era demasiado bueno para sacar el tema. Le puso una mano en el brazo cuando ella hizo el amago de coger el teléfono.

—Pasa de él, por favor.

Lila intentó ignorar la llamada de su novio con todas sus fuerzas. Sabía que su relación con Hugo no iba a ningún sitio y se preguntaba constantemente por qué era incapaz de romper con él. Las relaciones tóxicas son adictivas. Ella lo sabía de sobra. Estaba enganchada emocionalmente a una persona que le hacía daño.

Intentó ser fuerte y se fijó en el cartel de neón destartalado de aquel

supermercado veinticuatro horas. Si hubiera sabido lo que estaba a punto de suceder, jamás habría convencido a Lucas para entrar. No habría insistido dos veces cuando él le pidió que fueran a un bar cercano en lugar de comprar cerveza para luego bebérsela en su casa. Pero ninguno de los dos era capaz de adivinar el futuro.

Lila escogió el pack de cerveza más barato y ambos se pusieron en la cola. Su amigo le pasó un brazo por encima de los hombros, la atrajo hacia sí y le dio un beso en la sien.

—Olvídate de él. No te merece. Eres demasiado buena y lista. No puedo soportar que alguien que toca *Let It Be* al piano como los ángeles salga con un tipo que se quedará calvo antes de cumplir los treinta porque abusa de la gomina.

—Eso lo dices porque eres mi amigo.

—Tengo mucha suerte de serlo.

Lila abrió la boca para responderle que ella sí que era afortunada de contar con él, pero en ese instante la puerta del supermercado se abrió de par en par y el caos se apoderó de aquel sitio. Un tipo armado entró gritando y apuntando a los clientes con una pistola. Le dio un empujón a un padre que estaba comprándole un helado a su hijo y el niño se echó a llorar. Al principio, el ladrón los ignoró por completo y le exigió al dependiente que le diera el dinero de la caja. Lila estaba aterrorizada y le dio la mano a Lucas. Su amigo intentó discretamente esconderla detrás de su espalda. Cuando estaba a punto de marcharse, el atracador se dio la vuelta y su expresión cambió al ver a Lila. Lucas era muy alto, pero no lo bastante corpulento como para ocultar a su amiga. Los ojos del atracador se convirtieron en dos destellos de lascivia mientras recorría el cuerpo de Lila con la mirada.

—Qué guapa es tu novia —dijo relamiéndose.

—No queremos problemas —respondió Lucas sin moverse del sitio. Lila temblaba detrás de él y era incapaz de moverse. Se encogió de miedo cuando el ladrón la miró a los ojos, y su primer instinto fue agachar la cabeza. Lucas estaba tan asustado como ella, pero intentó mantener la compostura y dijo—: Por favor, márchese.

—Sí, me voy, aunque tu preciosa novia se viene conmigo. Nos lo vamos a pasar muy bien.

Lucas extendió el brazo para proteger a Lila y demostrarle al ladrón que no pensaba permitir que se la llevara a ningún sitio.

—Venga, niño, no te metas en problemas por ella. —El hombre lo apuntó con la pistola—. ¿No ves que le va la marcha? Estaba comprando cervezas. Se lo quiere pasar tan bien como yo.

El atracador lo empujó para que se apartara y Lucas se tambaleó, pero luego se enderezó y apretó la mandíbula.

—Ella no se va a ningún lado —respondió rotundo.

Todo sucedió a cámara rápida. El ladrón estiró el brazo para agarrar a Lila y ella se echó hacia atrás. Lucas le gritó que la dejara en paz y se interpuso entre ambos. El ratero se puso furioso y lo apuntó de nuevo con la pistola. Lucas solo tuvo tiempo de gritarle a su amiga que se agachara. Sonó un disparo. El atracador abrió los ojos de par en par cuando se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Lila se quedó paralizada al ver que Lucas se desplomaba en el suelo. Se tiró encima de él e intentó taponar la herida mientras gritaba que llamaran a una ambulancia. Luego apretó la mano de su amigo, fría como el hielo, y le suplicó que no la abandonara.

59

Axel

Me sudan las manos al contemplar la floristería de los padres de Lila. Delante del escaparate hay una bicicleta celeste con una cesta de mimbre repleta de rosas silvestres. Estoy en la acera de enfrente y todavía no he sido capaz de cruzar la calle. Lo malo de ser consciente de que te has equivocado es que debes hacer acopio de valor y dar la cara. Tengo la carta guardada en el bolsillo trasero del pantalón. Ni siquiera sé por qué he venido. Debería habérsela enviado por correo como haría cualquier persona normal. Pero aquí estoy.

Me armo de valor y cruzo el paso de peatones. He venido a esta hora porque sé que Lila está trabajando en la cafetería. Me contó que tiene turno de mañana. No quería molestarla y por eso he esperado un tiempo prudencial antes de venir para no tropezarme con ella. Lo que debo hacer es muy sencillo. Dejaré la carta en el buzón y me iré por donde he venido. Estoy a punto de hacerlo cuando algo me llama la atención. Desde aquí puedo ver a una mujer pelirroja detrás del mostrador preparando un ramo de margaritas. Es la madre de Lila. El pelo es inconfundible. Son como dos gotas de agua. Siento una punzada en el pecho porque podría haberla conocido si no me hubiera comportado como un imbécil.

—¿Axel?

Estoy a punto de echar la carta en el buzón y me sobresalto. La veo reflejada en el cristal del escaparate. Su pelo rojo y rizado. La sorpresa reflejada en sus ojos azules. Sus mejillas encendidas y los labios entreabiertos. El corazón se me va a salir del pecho. Me doy la vuelta con la carta en la mano. No sé qué decir. Me siento como si me hubiera pillado haciendo algo malo. Todo explota cuando se cruzan nuestras miradas. Me cuesta un mundo resistir el impulso de abrazarla y preguntarle qué tal está.

Lila abre la boca para decir algo, pero las palabras se quedan en el aire. Durante unos segundos permanecemos en silencio. Nos miramos. Quiero decirle que está guapísima, pero todas las frases coherentes están atascadas en mi garganta. Lila consigue recomponerse y endereza los hombros. Hay algo diferente en ella. Una seguridad renovada y muy atractiva.

—¿Qué haces aquí? —pregunta desconcertada.

Mira a nuestro alrededor como si quisiera cerciorarse de que he venido solo. No sé si está enfadada o nerviosa. La atracción se palpa en el ambiente, y la tensión también. Ella se aparta un rizo de la cara como la he visto hacer cientos de veces.

—Pensaba que estabas en el trabajo —respondo a modo de excusa.

—Hoy he salido antes.

—Ah.

Me gustaría decir algo más inteligente, pero ese «ah» es todo lo que se me ocurre en este momento. Menuda forma de lucirme en nuestro reencuentro. Aunque en mi defensa he de decir que no me lo esperaba. Lila se percata de la carta que llevo en la mano y mi primer impulso es esconderla detrás de mi espalda. Por si no se pudiera ser más patético.

—¿Qué llevas ahí?

—Nada.

—Axel. —Lila parece estar a punto de sonreír, pero se controla en el último momento—. He visto que has escondido algo.

Dejo escapar un suspiro y le enseño la carta. No es así como me lo había imaginado, pero supongo que es absurdo negarlo. Aunque ahora mismo me muera de vergüenza. Si Pol estuviera aquí, estaría disfrutando de lo lindo con mi forma de hacer el ridículo.

—¿Es una carta?

—Sí.

—¿Para mí?

—Sí —respondo abochornado—. No quería molestarte. He venido a esta hora porque pensé que estarías en el trabajo.

—¿Te ha dicho Pol dónde vivo? —pregunta con los ojos entornados.

—No. —Levanto los brazos en señal de paz—. Él no tiene la culpa de esto. Ha sido idea mía.

—¿Cómo me has encontrado?

Genial. Ahora sí que voy a lucirme. Pero después de haber metido la pata con ella, no quiero mentirle.

—Hice una lista con todas las floristerías de la ciudad.

Lila abre los ojos de par en par. Supongo que pensará que soy patético. Lo doy por hecho.

—Hay cientos de floristerías en Madrid —musita.

—Ahora lo sé —bromeo.

—¿Me la das?

Lila señala la carta. Asiento y hace el amago de cogerla. Doy un paso atrás por inercia. Enarca las cejas y extiende el brazo. No sé por qué me estoy comportando como un idiota. Nunca había estado tan nervioso. Maldigo para mis adentros y le ofrezco el sobre. Nuestros dedos se rozan y me arde la piel. Sé que ella también lo nota y finge ignorarlo. Lila tira de la carta y yo la sostengo. Es un momento

surrealista en el que forcejeamos durante un instante. Mi expresión es un poema. La suya también. Al final suelto el trozo de papel y ella se lo queda.

—Perdona, estoy un poco avergonzado. Se supone que tú no tenías que estar aquí.

—Siento haberte estropeado los planes.

—No pasa nada. Es decir, que no es culpa tuya —digo de manera atropellada. Me estoy agobiando y de repente tengo muchas ganas de salir corriendo—. Léela cuando me vaya, por favor.

Lila se muerde el labio.

—¿Y no sería mejor que me dijeras lo que pone?

—Sabes qué he escrito en esa carta.

—No soy adivina —responde sin acritud.

Cierro las manos porque así me resulta más fácil mantener la distancia. Me siento como un niño al que le ofrecen un caramelo a la puerta del colegio. Me duele respirar el mismo aire que ella y sabernos alejados porque lo tuvimos todo para ser felices y lo estropeé.

—Lila, si supieras cuánto…

—No saques el tema —me interrumpe con tono apagado y firme, y de repente noto todo el dolor que estaba conteniendo. Es la misma chica que me miró con los ojos anegados en lágrimas cuando le eché la culpa por algo que no había hecho—. No quiero hablar de ello.

Me niego a irme todavía, a pesar de que es evidente que ella está deseando perderme de vista.

—¿Qué tal te va? —lo pregunto porque de verdad me interesa. No es por compromiso.

—Bien —responde con voz queda—. ¿Y a ti?

Creo que la suya sí es una pregunta educada.

—Fatal.

Lila aprieta los labios. No se esperaba que fuera tan sincero. Quiero decirle que estos días separado de ella han sido como una losa que he tenido que llevar a cuestas. Se me han hecho eternos y agotadores.

—Te echo de menos —admito con voz ronca.

Lila tiene un momento de debilidad. Sus ojos azules me miran. Hay un destello de deseo y ganas contenidas. Quizá por eso me atrevo a tocarle la mano. Es una caricia que me revoluciona la piel. Lila se aparta de golpe y sé que me merezco su rechazo. Por eso me duele tanto. Me lo he ganado a pulso.

—No rompas la carta, por favor. Me ha llevado casi un día escribirla. Tenía muy claro lo que quería decir, pero no sabía cómo ponerlo por escrito. No sirvo para ser escritor. No sé por qué te estoy contando todo esto. No quiero ponerte en un compromiso. Tú solo léela y luego haz lo que quieras con ella.

Lila evita mi mirada.

—Te prometo que la leeré.

—Estás preciosa —digo sin poder contenerme—. Cuando te miro me doy cuenta de que eres más guapa de lo que recordaba.

No dice nada, pero sé que está manteniendo una lucha interna. De repente, se percata de que su madre nos está mirando con el ceño fruncido desde el interior de la floristería. La mujer me observa con interés cuando nuestras miradas se cruzan. Quiero ser educado y levanto la mano para saludarla. Lila me mira de reojo y arruga la nariz.

—Tengo que irme. He venido a ayudar a mi madre con unos pedidos muy urgentes.

Pasa por mi lado y me llega el olor a manzana de su champú. Está a punto de entrar en la tienda y necesito decir algo para retenerla solo un instante. Me da igual que este momento no sea perfecto. Ella está conmigo. Es todo lo que me importa. Por eso siento la necesidad de alargarlo un poco más.

—Voy a estar tres días en Madrid.

Sé que me ha escuchado porque me mira por última vez de una forma que no sé descifrar antes de entrar en la floristería. La he perdido. Las palabras que he escrito en esa carta no cambian nada. Sé que puedo vivir sin ella, pero no puedo soportar que me odie. Tengo la esperanza de que Lila sea capaz de perdonarme, porque la vida me parece una broma absurda después de haberle roto el corazón a la chica de la que estoy enamorado.

60

Lila

Todas las emociones que he intentado mantener a raya desde que regresé de Maldivas se apoderan de mí. La incertidumbre, la nostalgia y el miedo golpean mi corazón herido. Acabo de reencontrarme con Axel cuando menos lo esperaba. Hay una verdad indiscutible sobre los ex: regresan a tu vida en el momento más inesperado y no puedes hacer nada por evitarlo.

¿Qué estoy diciendo?

Axel y yo no fuimos pareja. Puede que durante diez días tuviera la impresión de que nos conocíamos muy bien el uno al otro, pero es evidente que me equivocaba. Cogió mi corazón y lo tiró a la basura como si no valiera nada. Y ahora se presenta aquí con una carta. Después de haberme buscado en todas las floristerías de la ciudad.

¿Cómo se atreve a tener un gesto tan romántico para disculparse?

No es justo. No puedo estar enfadada con él si aparece con la cabeza gacha y me mira como si fuera lo que más desea en este mundo. Es imposible que me desenamore de él si no mantengo la distancia.

—Lila, ¿quién era ese chico? —pregunta mi madre con suavidad.

Las madres saben cosas, aunque se las ocultes. Nunca le hablé de Axel, pero intuyó que hubo alguien especial en el momento en el que me pilló mirando el techo de mi habitación con gesto atormentado. Me preparó un chocolate caliente y me dijo que el dolor de un desengaño no dura para siempre.

Guardo la carta en la mochila y me encojo de hombros para restarle importancia. No consigo engañarla. No hay nadie que te conozca mejor que tu propia madre. La mía se limita a mirarme de reojo cuando me pongo detrás del mostrador.

—¡Cuántos pedidos online! —exclamo con falso entusiasmo—. Hoy tenemos mucho trabajo.

—Sigo pensando que tu padre y yo deberíamos contratar a alguien. Cuando te fuiste nos las apañamos muy bien sin ti.

—¡Tonterías!

Estoy acelerada y mi madre lo nota. Trabajo como si me hubieran dado cuerda porque así soy incapaz de pensar en la carta de Axel. No quiero ser débil. Deseo ser la clase de chica a la que le rompen el corazón y devuelve todo el daño que le han hecho con indiferencia y

un saber estar envidiable. Pero sé que algo cambiará dentro de mí después de leer sus palabras. A Axel solo le ha bastado mirarme a los ojos para derribar todas mis defensas.

Hay algo indudable sobre el amor: si te golpea con fuerza, no puedes hacer nada para resistirlo.

Dos horas después, me tumbo en la cama y sostengo la carta con manos temblorosas. No puedo postergar este momento durante más tiempo. Me muero de ganas de saber qué dice. Una cosa es fingir delante de él que ya no siento nada y otra muy distinta tratar de engañarme a mí misma. No hay nada peor en esta vida que mentirse a uno mismo.

La letra de Axel es muy pulcra. Tiene una caligrafía preciosa, lo cual no me sorprende. Pero sí me pilla desprevenida que el chico reservado que mide sus palabras haya sido capaz de desnudarse por completo al escribir esta carta. Por eso tengo que releerla varias veces. Para comprender lo mucho que le importo.

Querida Lila:

Esta es la primera carta que escribo en mi vida. Por favor, no seas muy dura conmigo.

No sé ni por dónde empezar. Voy a ser honesto contigo porque creo que la sinceridad y una disculpa es lo único que puedo entregarte que merezca la pena.

No esperaba conocerte en ese viaje.

Has sido inesperada en todos los sentidos. La primera vez que te vi, creí que jamás volveríamos a cruzarnos. Cuando me reencontré contigo en el aeropuerto, maldije mi mala suerte porque di por hecho que aquel viaje sería una tortura. Eras la chica más exasperante que había conocido nunca. No podía estar más equivocado.

Siempre me he enorgullecido de calar a las personas, pero en realidad soy un cobarde que no suele darle una oportunidad a casi nadie porque cree que le va mejor solo. Supongo que por eso mantengo la distancia con todo el mundo. Antes de conocerte, ni siquiera era capaz de abrirme por completo con mis amigos. Sentía un miedo visceral y primitivo ante la posibilidad de confiar en alguien. Quizá porque la traición de mi tío me pilló desprevenido, aunque durante estos años haya tratado de convencerme a mí mismo de que no fue para tanto. Pero lo cierto es que me daba pánico confiar en los demás porque desde que me hice famoso estoy acostumbrado a que un montón de extraños se me acerquen por interés. Por eso me resulta tan complicado darle una oportunidad a la gente.

Tú me has cambiado.

Me siento como si fuera Jack Nicholson en *Mejor imposible* porque me he dado cuenta de que me gusta la persona que soy a tu lado. Me gusta ser capaz de abrirle mi corazón a una chica pelirroja y de ojos azules en una playa de

arena blanca. Me gusta ser vulnerable contigo porque es un alivio poder ser yo mismo con alguien. Me gusta esta sensación de estar saltando al vacío cuando estamos juntos porque nunca me había sentido tan vivo. Y me gustas tú. Me gustas tanto que no sabes lo mucho que siento haberlo estropeado todo.

Lo siento. Te pido disculpas por haber desconfiado de ti. En el fondo de mi alma sabía que jamás me habrías traicionado. He tenido tiempo para pensar y creo que lo pagué contigo porque estaba muerto de miedo. Nunca me había enamorado (añádelo a la lista de cosas nuevas que he aprendido después de conocerte) y no sabía que eso asusta de cojones. No tenía ni idea de que el amor te puede convertir en el tipo más ciego, irracional y estúpido del mundo. Y me arrepiento tanto de haberte hecho daño que escucho en bucle nuestra lista de Spotify, ya que es la única forma que tengo de estar cerca de ti.

Pero si hay algo de lo que me arrepiento es de no haberte dicho que te quiero cuando tuve la oportunidad. Me lo callé porque me daba miedo que tú no sintieras lo mismo. Nos han enseñado que el amor no vale nada si no es recíproco, pero ahora sé que la posibilidad de que no sientas lo mismo que yo no le resta ni un ápice de valor a mis sentimientos.

Tú y yo éramos inevitables, Lila.

Sé que no hemos tenido el final que te mereces, pero espero que no te arrepientas de haberme conocido porque aquella isla no habría sido lo mismo sin ti.

Quiero tener un futuro contigo. Lo quiero todo contigo. Y, por si todavía no te ha quedado claro, me importa una mierda haber visto esas pastillas. Lamento mi reacción. No me lo esperaba y te prometo que solo estaba sorprendido y preocupado por ti. Necesito que entiendas que te sigo viendo de la misma forma. Para mí sigues siendo la chica pelirroja que quiero presentarle a mis abuelos.

Si sientes lo mismo que yo, eres capaz de perdonarme y dejas de estar enfadada conmigo, quiero pedirte una segunda oportunidad. Soy de los que piensan que las segundas partes a veces sí son buenas.

AXEL

61

Axel

Mañana a primera hora nos vamos a Sevilla.

No sé qué esperaba. Bueno, sí lo sé. En el fondo creí que la carta lo solucionaría todo; que después de leerla, Lila dejaría de estar enfadada conmigo como por arte de magia. Como si un puñado de palabras escritas pudieran cambiar sus sentimientos. Como si el hecho de haber sido sincero con ella borrara todo lo que le dije en aquella isla.

Y aquí estoy, tumbado bocarriba en la cama de mi habitación de hotel con la vista clavada en el techo. Lo malo de tener expectativas es que te vienes abajo cuando no se cumplen.

Me estoy agobiando y necesito despejarme, así que me pongo las zapatillas para salir a correr. Nada más abrir la puerta, me encuentro a Pol, que me ofrece una de sus sonrisas de fábrica.

—Qué alegría que salgas de tu cueva porque venía a sacarte a rastras.

—Voy a correr —le digo para que se aparte de la puerta. No tengo ganas de soportar su buen humor.

—De eso nada. Ponte algo decente, nos vamos a dar una vuelta. Ya sé que no te importa demasiado tu apariencia, pero no pienso salir contigo mientras lleves puesto un chándal. Pareces la versión masculina de la protagonista de esa serie romántica que le encanta a Gabi.

—Llevo puesto un chándal porque voy a salir a correr —digo indignado.

—Se puede correr con estilo —responde Pol con una sonrisa socarrona. Va vestido con una camiseta blanca básica, unos vaqueros gastados y su famosa cazadora de cuero negra. Lleva puesto su uniforme y jamás entenderé por qué las revistas de moda sacan en la portada a un tío que se pasa media hora peinándose delante del espejo. Pol se autoinvita a entrar en mi habitación y va directo al armario. Me tiende unos vaqueros y el primer jersey que encuentra—. Me apetece una cerveza y en este país beber a solas es de pringado.

—¿Por qué no llamas a Leo?

—Era mi primera opción, pero no sé dónde se ha metido.

—Qué bonito.

—Tío, no te ofendas, pero últimamente no eres mi compañía

preferida. De todos modos, cualquiera me sirve para poder despotricar de mi padre. Me ha llamado por teléfono y hemos tenido una bronca de las gordas.

Pol lo menciona como si no le importara, pero me ablando porque sé que debe de estar afectado. Mi amigo mantiene una tensa relación con su familia y me preocupa que esta última discusión agrave su problema de adicciones. Por eso me cambio de ropa para acompañarlo. Diez minutos después, estamos caminando por la ciudad en dirección a un pub que dice que nos pilla cerca. Pol se conoce todos los garitos de moda de la capital. Ya ni siquiera me sorprende que sea capaz de hacerme un tour por mi propio pueblo. Allá donde va, encuentra un conocido al que llamar para salir de fiesta.

—Odio la Navidad —dice señalando con la cabeza las luces que ya adornan las calles—. Todo el mundo se pone superplasta cuando llega esta fecha.

—A mí me gusta. Y me parece una buena época para dejar de ser un cínico.

Pol echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Doblamos la esquina y nos metemos en una calle abarrotada de gente. Agradezco en el alma que la ciudad esté tan concurrida en esta época del año porque así pasamos desapercibidos entre turistas y compradores compulsivos.

—Solo pido no tocarle este año a Gabi en el amigo invisible. La Navidad pasada me regaló una sudadera de Kurt Cobain que se supone que tenía que gustarme y me obligó a llevarla puesta durante un día entero.

—Debió de ser una experiencia traumática —bromeo.

—Tengo mi propio estilo. Imagínate que me hubieran hecho una foto.

Lo peor de todo es que lo dice completamente en serio. Pol sostiene la puerta para que entre primero en el local. Sé que algo va mal en cuanto pongo un pie dentro. El pub está vacío y parece que lleva un siglo cerrado. Me giro y veo que cierra la puerta de cristal para dejarme encerrado dentro.

—¿Qué haces? —pregunto desconcertado—. No tiene gracia, Pol.

—No soy un cínico —responde guiñándome un ojo—. Cuando os veo juntos sí creo en el amor.

No sé a qué se refiere hasta que alguien carraspea a mi espalda. Me doy la vuelta para encontrarme con Lila, que tiene las mejillas encendidas por el enfado. Cuando comienzo a atar cabos, alguien aparece al lado de Pol. Jimena me dedica una mirada avergonzada y me saluda con la mano.

—Ya habéis hecho la gracia navideña —les digo muy serio—. ¿Podéis abrirnos ahora?

Pol y Jimena se alejan caminando y golpeo la puerta de cristal para

llamarlos, pero me ignoran. Lila resopla detrás de mí.

—Ni lo intentes. No atienden a razones. Llevo cuarenta y cinco minutos aquí encerrada.

La miro a los ojos y pongo cara de circunstancia para demostrarle que no tengo nada que ver con esto. Pero no puedo evitarlo. A una parte de mí le da igual que nuestros amigos nos hayan engañado, pues me alegro muchísimo de volver a verla. Y no pienso desperdiciar esta oportunidad.

62

Lila

Lo último que me esperaba cuando respondí aquel wasap de Pol era acabar encerrada con Axel. Su mensaje me puso de inmediato de buen humor porque lo había echado de menos. Me pidió que llamara a Jimena y las dos nos dirigimos hacia la ubicación que me había enviado. El resto parece sacado de una comedia romántica en la que los amigos de los protagonistas se han puesto de acuerdo para obligarlos a entenderse; Jimena me dejó encerrada y luego puso cara de pena mientras se justificaba diciendo que era por mi bien.

Y aquí estamos.

Axel intenta mantenerse serio, pero a mí no me engaña. Sé que está disfrutando con la situación. Me apoyo en un pilar polvoriento mientras trato de mantener la compostura. Se me han disparado las pulsaciones al verlo. Vuelve a llevar las gafas. No sé por qué me gusta tanto cómo le quedan. Quizá porque no es el típico empollón que sabes que te conviene, pero al que no puedes encontrar atractivo. Axel es tan alto que debo levantar la barbilla para mirarlo a los ojos, tiene un rollo intelectual y despreocupado que le sienta de maravilla y las gafas le dan un puntillo de chico bueno en el que parece que puedes confiar. Hasta que surge el primer imprevisto y te acusa de ser una traidora que solo le ha contado mentiras y que lo ha engañado con su cara de no haber roto nunca un plato. Me invade la rabia cuando me acuerdo de sus palabras. Es una mezcla extraña de sentimientos. El deseo lucha contra la furia. La decepción y la nostalgia me invaden al mirarlo a los ojos. Y, por encima de todo, está este absurdo enamoramiento que me impide pensar con claridad. No tenía ni idea de que estar enamorada es estar hecha un lío el 90 por ciento del tiempo. El 10 por ciento restante lo dedicas a pensar en el chico que te gusta mientras te preguntas por qué no puedes hacer algo más productivo con tu vida.

—¿Por qué sonríes? —pregunto irritada.

—Porque nos la han jugado.

—No tiene gracia.

—Creerán que están haciendo una buena obra en época navideña.

—La Navidad está sobrevalorada —respondo con desgana. Llegué a esa conclusión cuando descubrí que las ausencias pesan más en esta

época del año—. No finjas que no estás encantado con esta situación.

—Tienes razón. Estoy encantado de volver a verte.

Es imposible que me resista del todo a él cuando me dice ese tipo de cosas sin despegar su mirada de la mía. Las motitas doradas de sus ojos pardos estallan como las llamas del fuego de una chimenea. Apoyo la espalda en el pilar porque me tiemblan un poco las piernas. Me da rabia que Axel tenga tanto poder sobre mí. Solo necesita un par de frases hechas para tenerme en el bote. ¿De verdad voy a ponérselo tan fácil?

—¿Sigues enfadada conmigo?

—¿Tú qué crees?

—Tenía la esperanza de que estuvieras un poco menos cabreada —responde con sinceridad—. Aunque en realidad sabía que lo seguías estando. De lo contrario, me habrías llamado.

—Me has dado razones para estar cabreada contigo.

—Lo sé —admite sin pestañear—. Me equivoqué.

No se me ocurre qué responder a eso. Es muy difícil seguir enfadada con una persona cuando admite que tienes todo el derecho del mundo a estarlo. Le resta puntos a tu cabreo. De hecho, lo hace tan pequeñito que empiezas a preguntarte si de verdad merece la pena seguir enfadada.

—No sé qué hacer o qué decir para arreglarlo.

—Pues no digas nada. —Me encojo de hombros para fingir una indiferencia que no siento en absoluto—. No hace falta. No tenemos por qué hablar. Volverán a por nosotros en cualquier momento.

—Pero quiero hablar contigo, Lila.

No sé por qué Axel consigue que mi nombre suene diferente en sus labios. Es la forma que tiene de pronunciarlo. Como si yo fuera una persona muy importante. De hecho, a su lado me sentía tan especial que creí que juntos éramos invencibles.

—¿Tanto daño te he hecho que ni siquiera puedes mirarme a los ojos? —pregunta abrumado.

Me percato de que estoy evitando su mirada. Una tormenta de emociones se desata en el centro de mi pecho cuando lo miro a los ojos. No podría odiarlo ni aunque lo intentara miles de veces. El amor y el odio son sentimientos irracionales sobre los que no tenemos control. Y nunca elegí estar enamorada de Axel, pero ha sucedido y no puedo hacer nada por cambiarlo. Salvo enfrentarme a mis sentimientos y decidir si merece la pena arriesgarme.

—Me hiciste daño —admito muy bajito—, pero sí puedo mirarte a los ojos.

—Lo siento.

—Lo sé —respondo sin dudar—, pero me duele de todos modos.

Axel se pasa una mano por el pelo como si tratara de encontrar la

solución a un acertijo muy complicado. Me mira como si le fuera la vida en ello. Sé que está muy arrepentido y que lo siente de corazón. Me pregunto por qué me cuesta tanto esfuerzo perdonarlo, y llego a la conclusión de que, en realidad, ya lo he hecho. Pero las decepciones duelen más cuando provienen de las personas que te importan. Por eso lo he perdonado, aunque siga estando dolida.

—¿Leíste la carta?

—Sabes que sí.

Axel me mira con un deje de esperanza.

—¿Entonces…?

—Estoy enamorada de ti.

Axel se queda boquiabierto de la impresión. Casi me resulta gracioso que algo tan evidente sea una sorpresa para él. Me parece que es el único que no se había dado cuenta de lo que siento. Me entran ganas de zarandearlo y decirle que es muy espabilado para algunas cosas, pero que en temas románticos está muy verde.

—¿Por qué dos personas que se quieren no pueden estar juntas? —pregunta con el ceño fruncido.

—Porque me llamaste traidora, mentirosa y me dijiste que te engañé con mi cara de no haber roto nunca un plato —le recuerdo con aspereza.

—Joder —masculla agobiado—, sí que soy un bocazas.

—Solo cuando te dejas llevar por tus sentimientos. En realidad, sueles ser bastante comedido.

—Pues vaya un momento para haberme dejado llevar por mis sentimientos —se lamenta con sinceridad—. Me salté la parte en la que debía decirte que te quiero y fui directo al cajón de mis inseguridades.

—Todos cometemos errores.

Axel pestañea confundido.

—¿Eso significa que me perdonas?

—Soy incapaz de seguir enfadada contigo. Si estar cabreada con alguien requiere tanto esfuerzo, entonces no merece la pena.

—Dios, Lila, en este momento te besaría si no tuviera la impresión de que me voy a ganar una bofetada.

No le digo que no podría darle una bofetada si me besa porque me muero de ganas de que lo haga. Axel me evalúa sin decir nada. Nos miramos como si pudiéramos leer el pensamiento del otro. Tengo la impresión de que conoce todas mis dudas. Sabe que estoy a un paso de ceder y eso, por alguna extraña razón, me molesta un poco.

Tengo la necesidad de cambiar de tema y digo:

—¿Qué tal están tus abuelos? —Lo pregunto porque sé que para él son su mundo. Que esté dolida no significa que haya dejado de importarme.

—Los periodistas tardaron algunos días en dejarnos en paz. Nada como responder con el silencio para que entiendan que no vas a entrar en su juego. Al final se han cansado de esa historia falsa. De mi tío ni sé ni quiero saber nada.

Axel lo cuenta con serenidad, y respiro aliviada porque estaba preocupada de que dos personas tan mayores estuvieran siendo acosadas por un atajo de periodistas sin escrúpulos. Mi mirada se suaviza cuando vuelve a encontrarse con la suya.

—Menos mal. Me alegro de que los hayan dejado en paz.

—Yo también —admite aliviado, y añade con sinceridad—: Gracias.

—No tienes que darme las gracias por eso.

Axel me observa como si de repente viera algo nuevo en mí que le llama mucho la atención. Inclino la cabeza hacia un lado y enarco una ceja. Me sigue mirando, así que pongo los ojos en blanco porque no entiendo por qué lo hace tan fijamente.

—Estás diferente.

Lo miro sorprendida porque no sé a qué se refiere. ¿Es por la ropa? En la isla estaba acostumbrado a verme vestida con biquinis y vestidos veraniegos. Ahora llevo un jersey grueso, unos vaqueros acampanados y unas Converse de color gris deslavado. La verdad es que habría elegido un atuendo más impactante si hubiera sabido que iba a reencontrarme con él. Quizá me habría sentido más segura de mí misma.

—¿Por qué?

—Te veo bien —dice con una sonrisa—. No sé definir qué es, pero brillas con luz propia. Como si últimamente te hubieran pasado muchas cosas buenas. La felicidad te sienta bien. Estás muy guapa.

—Ah —respondo ruborizándome—. Me he apuntado a la autoescuela y estoy estudiando para volver a presentarme al examen del conservatorio.

—Eso ya lo sabía —responde, y añade cuando lo miro con curiosidad—: Me lo dijo Pol. Le preguntaba constantemente por ti. No en plan ex despechado que no asimila que ya no estamos juntos. Solo quería saber si te iba todo bien. Estaba preocupado por ti.

—Supongo que se podría decir que las cosas me van bastante bien —respondo pensativa—. Ahora estoy durmiendo mejor y el médico me ha bajado la medicación.

La expresión de Axel no cambia ni un ápice cuando menciono el tema. Me muerdo el labio. Ha admitido que se equivocó. Yo también debería asumir mi parte de culpa. Me sentí atacada cuando descubrió las pastillas y di por hecho que me tildaría de loca. No sé hasta qué punto la forma en la que me veo a mí misma influyó en cómo creía que me vería él.

—Me alegro mucho por ti, Lila.

—¿De verdad me sigues viendo de la misma forma? —pregunto indecisa.

—Sí —responde de manera rotunda—. Te quiero, Lila. Y no estoy enamorado de ti porque crea que eres una chica jodida y vulnerable a la que pretendo arreglar. Eres la persona más fuerte que conozco. Nunca me has necesitado para salir adelante. Eres lista, preciosa y absolutamente válida. No me puedo creer la suerte que tuve de encontrarte. Y si hay algo que pueda hacer para…

No lo dejo terminar la frase. Me pongo de puntillas, rodeo su cuello con mis brazos y le doy un beso. Mi boca se aplasta contra la suya. Lo beso con tantas ganas que me doy cuenta de lo mucho que lo he echado de menos. He intentado luchar en vano contra mis sentimientos. He pretendido que el dolor y las dudas pesaran más que el amor. Pero, a pesar de que haya intentado negármelo a mí misma, la única verdad es que quiero estar con él.

Axel me abraza por la cintura y me devuelve el beso como si fuera la primera vez. Es una sensación cálida que me hace sentir a salvo, diferente a todos los besos que habíamos compartido. Este es más real. Está plagado de expectativas. Hay confianza.

Axel se aparta un poco de mí. Solo son unos centímetros que me suponen una tortura porque me percato de que no quiero volver a alejarme de él. Creo que lo hace para cerciorarse de que no está soñando. Me acaricia la boca con la suya. Esboza una sonrisa que va directa a mi corazón y me estrecha entre sus brazos.

—Esta vez voy a hacerlo bien —me promete.

—Vamos a hacerlo bien.

Axel entierra una mano en mi pelo y me da un beso en la frente. Me gusta muchísimo que me dé besos en la frente. Creo que lo sabe. Me acaricia la mejilla con su pulgar de una forma tan tierna que me entran ganas de llorar. Mete la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y me entrega el collar de la tortuga.

—Es tuyo.

—¿Lo llevabas guardado por casualidad?

—Siempre lo he llevado encima por si tenía la suerte de encontrarme contigo para devolvértelo.

Mi corazón da saltitos de emoción y le doy la espalda para que pueda ponerme el collar. Me aparta el pelo y me da un beso en el cuello antes de colgármelo. Cuando me doy la vuelta, sé que los dos vamos a apostar por lo nuestro. Siento un vértigo en el estómago que no puedo ignorar. Y sé que para tener una oportunidad juntos primero debo ser sincera con él.

—Me da muchísimo miedo que me hagas daño —le confieso mirándolo a los ojos—. Creo que por eso no quería llamarte. Sabía que, en cuanto volviera a verte, íbamos a terminar justo así.

—¿Tan malo es?

—Malísimo —bromeo.

Axel entrelaza mi mano con la suya. Hay tanta seguridad en sus ojos que soy incapaz de no confiar en él.

—¿De qué más tienes miedo?

—De perderte —admito con tono ronco—. Igual que a Lucas.

Axel me abraza como si quisiera demostrarme que no va a irse de mi lado. Ambos sabemos que es una promesa que ninguno de los dos puede hacer. La vida es imprevisible y a veces duele, pero me niego a andar de puntillas para no sufrir. De lo contrario, me perdería todo lo bueno que me depara el futuro.

—Voy a aprovechar cada segundo contigo y te prometo que merecerá la pena —dice, y sé que esa sí es una promesa que puede cumplir—. Y también te prometo que a partir de hoy no habrá ningún te quiero que se me quede atascado en la garganta porque tenga miedo de pronunciarlo en voz alta.

—Puedes empezar ahora.

—Te quiero, Lila.

Axel baja la cabeza para besarme antes de que alguien abra la puerta del pub y yo le responda:

—Yo también te quiero, grandullón.

63

Axel

El 25 de diciembre, Lila y yo cumplimos dos semanas de estar saliendo juntos. Mantener una relación en estas fechas mientras estoy de gira con el grupo es caótico y complicado, pero durante estos quince días nos las hemos apañado para vernos entre descanso y descanso. Lila se presenta por sorpresa acompañada de Jimena en el concierto que damos en Granada. Mis amigos se burlan de mí cuando me cambia la expresión al verla y paso de ir a una fiesta repleta de famosos que organiza una conocida revista porque, sinceramente, una noche en una habitación de hotel con Lila me parece más interesante. Otro día viajo a Madrid solo para estar con ella durante un par de horas después de un agotador concierto en Badajoz. Y merece absolutamente la pena.

Hacemos un parón en Navidad para pasarlo con nuestras respectivas familias. Lila y yo nos enviamos mensajes a todas horas y mi *amona*, una cotilla sin remedio, echa un vistazo por encima de mi hombro para espiar la conversación de WhatsApp.

—*¡Amona!* —protesto tapando el móvil.

Pone cara de inocencia y se da la vuelta para seguir removiendo la porrusalda. Se me hace la boca agua y sé que me ganaré un sopapo si intento meter la cuchara en la olla para probar la sopa.

—¿Cuándo me vas a presentar a esa chica tan especial con la que hablas a todas horas? —pregunta impaciente.

—Solo llevamos un par de semanas saliendo. No quiero agobiarla.

—Yo me casé con tu abuelo un mes después de conocerlo.

—Eran otros tiempos.

Por el momento, mi *amona* lo deja estar, aunque sé que no tardará en volver a la carga y me temo que vamos a tener esta conversación en más de una ocasión. Pero no quiero forzar mi relación con Lila. Ambos estamos disfrutando del momento. La magia de las primeras veces es única. Quiero vivir nuestro noviazgo con la libertad de dos personas jóvenes que no se ponen límites.

Me gusta quedarme despierto hasta las tantas de la madrugada hablando con ella por teléfono y que su mensaje sea el primero que leo cuando me despierto por la mañana. Me pongo de buen humor cuando veo en la pantalla un «¿Qué te cuentas, grandullón?», a pesar

de que ya se lo he contado todo. Y me encanta pensar en ella las veinticuatro horas del día y echarla de menos a los tres segundos de despedirnos. Sí, me gusta todo eso, aunque Pol me tome el pelo y diga que Leo y yo nos hemos convertido en un par de plastas con novia.

Tenemos citas. La invito a un restaurante de comida hindú que me flipa y Lila se pone colorada por culpa del picante. Ella me lleva a dar un paseo por el parque de El Retiro y menciona el nombre de cada árbol y arbusto con el que nos cruzamos. Le tomo el pelo llamándola Lila Silvestre y pone los ojos en blanco mientras se le escapa la risa floja. Hablamos de nuestras películas favoritas e intercambiamos opiniones del último libro que estamos leyendo. Discutimos por todas y cada una de las canciones que queremos incluir en nuestra lista de Spotify, aunque siempre la dejo que se salga con la suya. Me hace gracia que alguien que toca «Bohemian Rhapsody» al piano sin mirar la partitura sea capaz de llamarme esnob musical.

Son las ocho de la tarde cuando llaman al timbre. No estamos esperando a nadie y voy a abrir la puerta. Es un mensajero con una caja enorme que lleva mi nombre. El hombre me reconoce y me pide un autógrafo para su hija. Se lo firmo, le deseo feliz Navidad y le doy una generosa propina antes de despedirme de él.

Leo lo que hay escrito en la tarjeta y sonrío de oreja a oreja: «Feliz Navidad, grandullón».

Me pueden las ganas y abro el paquete en cuanto me encierro en mi habitación. Es un pijama de invierno de Darth Vader. Lila sabe que me encanta *Star Wars* porque le dije que no me apetecía salir cuando estábamos en el hotel y echaban *El imperio contraataca* por la tele. Ya no me da vergüenza admitir que fingí estar muy cansado para que nos quedásemos viendo la película. También hay una taza personalizada con dos muñecos Funko muy parecidos a nosotros que están tomando el sol en una playa de arena blanca y un paquete de galletas con sabor a beicon para Django. Lila está deseando conocerlo porque le hablo a todas horas de él. Voy a la cocina para llenar la taza de chocolate caliente y regreso a mi habitación para hacerme una foto que le envío a Lila por WhatsApp. Django está tumbado a los pies de mi cama y le ofrezco una galleta que devora en medio segundo.

«¿Cómo te atreves a hacerme un regalo por Navidad? Creí que habíamos quedado en que no nos regalaríamos nada. Por cierto, a Django le han encantado las galletas, pero la próxima vez que intentes comprar su cariño recuerda que pesa más de sesenta kilos».

Lila me llama por teléfono en cuanto recibe el mensaje. Doy por hecho que va a exigirme una foto de Django disfrutando de su recompensa y le hago una antes de que pueda quejarse. Ya empiezo a

conocerla bastante bien.

—¡Mira quién fue a hablar! —protesta en cuanto descuelgo el teléfono—. Axel, te has pasado tres pueblos. Acabo de recibir tu regalo.

—¿Te ha gustado? —pregunto nervioso.

—¿En serio me estás preguntando que si me ha gustado que me regales un viaje a Disneyland Paris? —Se le escapa una risilla eufórica —. ¿De verdad vamos a conocer a Mickey Mouse?

—Y a Woody y Buzz —le aseguro, porque sé que *Toy Story* es su película favorita.

También he reservado hora para almorzar en el restaurante de *Ratatouille*, pero prefiero que se lleve una sorpresa. Nunca me cansaré de ver cómo sus ojos azules se llenan de ilusión. Pol tiene razón, me ha dado fuerte.

—¿Por qué has elegido esa fecha? Sabes que es un día después de que me presente al examen del conservatorio.

—Para celebrar que habrás aprobado —respondo sin dudar—. Feliz Navidad, pecosa.

—Feliz Navidad, grandullón.

A veces la vida sucede más rápido de lo que estás preparado para asimilar. No entiende de ritmos impuestos o de pausas obligadas. Sigue su curso sin pedir permiso y tienes que subirte a ella si no quieres quedarte varado en mitad del camino.

Un mes después de que hayamos comenzado a salir, Lila me abre su corazón y me lo cuenta todo. Me quedo en shock y Lila tiene que pellizcarme el brazo para que reaccione. Saber la verdad solo me hace quererla más porque comprendo que estoy enamorado de una chica muy fuerte que ha sobrevivido a algo muy malo. Me habla sobre la culpa que la ha atormentado durante todos estos años porque se quedó paralizada por el miedo en aquel supermercado. Me dice que tiene pesadillas que hasta hace poco tiempo no la dejaban dormir por las noches. Sé que lo está superando y la única forma que se me ocurre de ayudarla es estar a su lado.

Lila se anima a hablarme de Lucas y comprendo perfectamente por qué lo echa tanto de menos. Se conocían desde que eran unos niños. Me dice que está aprendiendo a convivir con su ausencia y que ya no le duele tanto recordarlo. Sonríe con nostalgia cuando me habla de sus calcetines de Dumbo y de lo mucho que le gustaba tocar a dúo *La La Land* con ella. Admite con una mezcla de pesar y vergüenza que durante tres años estuvo encerrada en su propio dolor y se negó a volver a tocar el piano porque pensaba que no tenía derecho a disfrutar de la vida. Me explica que la culpa la atormentaba tanto que

durante los primeros meses tras la muerte de Lucas estaba convencida de que el mundo sería un lugar mejor sin una persona tan cobarde como ella. La única forma que tuvo de resarcirse un poco fue declarar como testigo en el juicio contra el asesino de Lucas. Se negó a estar separada de él por una mampara porque quería demostrarle que ya no le tenía miedo, aunque en el fondo seguía aterrorizada. No entiendo que sea capaz de restarle importancia al valor que tuvo para enfrentarse al asesino de su amigo. Cuando le digo que es una persona muy valiente, Lila me mira como si me hubiera vuelto loco. Entonces comprendo que hay heridas que jamás cicatrizan del todo y con las que debes aprender a convivir durante el resto de tu vida.

Una tarde en la que estamos dando un paseo por el centro de Madrid, Lila me pregunta si me molesta que me hable de Lucas. La miro desconcertado y respondo con sinceridad que conmigo puede hablar de cualquier cosa. Respira aliviada y me explica que con Hugo no podía hablar de su amigo porque su ex se ponía celoso. Me guardo lo que pienso de Hugo porque no quiero que el recuerdo de alguien tan miserable pueda interponerse entre nosotros. Las malas personas tienen el poder de hacernos daño en la medida que nosotros se lo permitimos. Para mí, ese tío solo es un ser mezquino e insignificante al que no pienso concederle ni un minuto de mi tiempo. Sé que Lila está de acuerdo conmigo. Por eso me dio por reír atónito cuando me explicó que fue su ex quien filtró la noticia falsa a la prensa. A partir de ese momento, ambos nos prometimos que Hugo solo sería un mal recuerdo y que no se merecía estar presente en nuestras conversaciones.

Nunca me habría imaginado que Lila había vivido algo tan duro. Por eso soy sincero con ella cuando le digo que admiro su fortaleza. Y por eso me entra el miedo cuando los periodistas se hacen eco de nuestra relación y nos hacen una fotografía que sale publicada en la portada de una revista. Lila permanece un par de días ausente, y, cuando me atrevo a preguntarle qué le sucede, me confiesa que está aterrada de que el hombre que asesinó a Lucas la encuentre cuando salga de la cárcel.

«Es una posibilidad que no me había planteado hasta este momento», dice. Entonces me siento culpable porque sé que yo la he puesto en esta tesitura. Lila parece leerme la mente, me da la mano y me promete que mi fama no la asusta. Yo la quiero todavía más y sé que por ella cruzaría límites que nunca me he planteado. Como, por ejemplo, contactar con un equipo de seguridad privada que me informa de que al asesino de Lucas todavía le quedan doce años en la cárcel, aunque dentro de algún tiempo podría solicitar el tercer grado. No permitiré que le haga daño a Lila. Se me encoge el corazón las veces que se despierta sobresaltada en mitad de la noche y la estrecho

entre mis brazos para que se tranquilice. Me duele verla sufrir, pero sé que juntos nos enfrentaremos a todo lo que esté por venir.

«Te tengo. Conmigo estás a salvo», le prometo, a pesar de que estoy tan asustado como ella. Y cierra los ojos y se queda dormida. Porque sí, a veces me da miedo ser consciente de lo enamorado que estoy. Hasta que mis dudas se convierten en un sentimiento con el que puedo vivir y comprendo que el amor asusta un poco porque todo lo bueno de esta vida produce cierto vértigo. Pero lo que siento por ella es lo bastante fuerte como para comerse de un bocado mis dudas. Porque el amor que siento por ella es lo más real y sincero que me ha pasado en esta vida.

Lila

Nueve meses después

Acabo de conocer a los abuelos de Axel. Podría haber venido mucho antes al pueblo, pero queríamos tomarnos nuestro noviazgo con calma. Y así fue hasta que hace un par de semanas mi madre lo obligó a entrar en la floristería porque fuera estaba lloviendo a mares. Se quedó a cenar porque mi madre le puso muy difícil decir que no. Y, por supuesto, lo sometió a un interrogatorio digno de un agente de la KGB. Mi padre se limitó a fruncir el ceño cuando comprendió que íbamos a tener un invitado inesperado para cenar, pero después de cruzar un par de palabras con Axel, me confesó que ya no le daba miedo que estuviera saliendo con el bajista de un grupo de rock porque era evidente que lo más fuerte que este chico se había chutado era el inhalador para la alergia al polen.

Miren y Xabier, los abuelos de Axel, son dos personas encantadoras que me hacen sentir como en casa en cuanto pongo un pie dentro de la suya. La abuela de Axel, o su *amona*, como él la llama, me recibe con tanta comida que creo que voy a reventar. Hace unos días le pedí que me enseñara a cocinar marmitako y casi quemé la comida en el primer intento. Ella le restó importancia y pedimos pizza para almorzar.

Axel dice que su abuelo me adora porque me gusta jugar con él al ajedrez. Soy malísima y pierdo todas las partidas. Me parece que por eso le caigo tan bien.

A Axel le encanta presumir de mí y una noche me pidió que tocara «Moon River» al piano, la canción de la película favorita de su abuela. Quedaron impresionados por mi talento y me ruboricé hasta las orejas.

Hace tres semanas bordé el examen del conservatorio. Cuando llamé emocionada a Axel para contárselo, se limitó a decir: «Te lo dije, pequeño hobbit. Me parece que eres la única persona que está sorprendida. ¿Ya has hecho la maleta para ir a Disneyland Paris?». Al día siguiente viajamos al lugar donde los sueños se hacen realidad. Nos alojamos en el hotel rosa y me hice fotos con todos los personajes de Disney. Conocí a Buzz y Woody —o a las pobres personas que iban disfrazadas de ellos— y los abracé tan fuerte que Axel me estuvo

tomando el pelo durante un par de horas. Fue un viaje inolvidable que culminó con una visita exprés a París para subir a la torre Eiffel y ver un espectáculo de cabaret en el Moulin Rouge.

Jimena y yo aprobamos el carnet de conducir. Ella ya ha perdido un par de puntos y sus padres la amenazan con no prestarle más el coche. La última vez aparcó en línea amarilla y la grúa se llevó el Ford Focus de su madre. «Solo fueron cinco minutos de nada», se defendió indignadísima. Ahora sale con un estudiante italiano erasmus que la llama *bellissima* y le dice *ti amo* cada dos por tres. Ella dice que solo se está divirtiendo, pero tengo la impresión de que está colada hasta las trancas de Piero.

De Hugo solo sé que sus padres lo han obligado a asistir a un taller para «reconstruirse y ser una mejor persona». Yo he llegado a la conclusión de que lo suyo no tiene arreglo. Por supuesto, me negué a hablar con él cuando le dijo a su hermana que el primer paso para ser un hombre nuevo era pedirme perdón. A mí no me engaña. Cuando supo que salía con Axel, se presentó en mi casa para rogarme que le diera una segunda oportunidad. Mi madre lo echó blandiendo el palo de la fregona y Hugo se largó con el rabo entre las piernas. Jamás la había visto tan enfadada. Unos días antes, me atreví a ser sincera con ella y le expliqué la verdad sobre la relación con mi ex. Mi madre se puso blanca y me pidió disculpas por no haberse dado cuenta. La abracé muy fuerte y le dije que no tenía la culpa de nada. Hugo siempre será un narcisista manipulador. Una de esas personas tóxicas y egoístas que te conviene tener muy lejos. Estoy convencida de que ni siquiera el mejor terapeuta del mundo podrá cambiarlo. Por eso, Jimena y yo tenemos un acuerdo: ella no me habla de su hermano y yo jamás le pregunto por él. El pasado, si no te hace ningún bien, hay que aparcarlo para vivir el presente.

La primera vez que me vi en la portada de una revista me mareé de la impresión. Llamé a Jimena para confesarle que no sabía si sería capaz de lidiar con los periodistas. Se presentó en mi casa media hora después y me dijo que no podía permitir que la opinión de un puñado de desconocidos condicionara mi relación con Axel. Sé que soy muy afortunada de tener una amiga como ella. Aquella fue la primera y la última vez que tuve miedo de la prensa.

Dentro de un par de días empiezo las clases en el conservatorio. Sé que Axel y yo tendremos muy complicado vernos. La semana que viene se va de gira por Europa con el grupo, pero no estoy asustada. A pesar de la distancia, hemos conseguido mantener una relación muy sana y llena de confianza. Hablamos todos los días por teléfono y buscamos tiempo para estar juntos. No me pregunto qué nos deparará el futuro porque estoy demasiado ocupada viviendo el ahora.

Django está tumbado en el césped. No es la clase de perro que te trae la pelota. He descubierto que le encanta comer salchichas y tomar el sol. Axel dice que le gusto, pero me parece que solo me busca cuando le traigo galletas con forma de hueso. El gran danés levanta las orejas cuando escucha que se acerca un coche. Luego se tumba de lado y comienza a roncar.

—Su instinto de perro guardián nunca dejará de sorprenderme —bromea Axel.

—¡Ya están aquí! —exclamo emocionada.

Me pongo de pie para ir a saludarlos. Axel se despereza antes de levantarse y me quita una ramita que tengo enredada en el pelo. Nunca me acostumbraré a la forma en la que me mira. Se me sigue acelerando el corazón como el primer día.

—Debería de ser yo el que se alegre de ver a mis amigos.

—También son míos —le recuerdo porque es la pura verdad. Durante estos últimos nueve meses, he compartido grandes momentos con Gabi, Pol, Leo y su novia. La primera vez que vi a Nura me quedé un tanto impresionada por su descaro y no supe si me caía bien. Solo fue necesario que nos tomáramos un café para darme cuenta de que es una chica increíble—. Estás celoso porque he quedado con Pol para ir de compras. Tiene más paciencia que tú. Y es más sincero.

Axel pone los ojos en blanco.

—Porque creo que todo te queda bien —responde antes de envolverme en sus brazos—. Eres la novia más guapa que he tenido nunca.

—¡Soy la única que has tenido!

Axel se ríe cuando forcejeo con él para intentar hacerle cosquillas. Me entra la risa floja cuando las tornas cambian y encuentra mi punto débil. Le suplico que pare. Django se sienta y comienza a ladrar. Axel se sobresalta y levanta los brazos.

—Tranquilo, colega. Solo estamos jugando.

El perro lo evalúa durante unos segundos antes de echarse la siesta. Lo acaricio entre las orejas y el gran danés comienza a roncar.

—Qué fuerte —se queja Axel—. Para que luego digas que no te quiere. A mí jamás me ha defendido.

—Tú no le compras galletitas con sabor a beicon.

Leo y Nura son los primeros en bajarse del coche. Nos saludan desde la distancia. Viven juntos y suelen discutir porque Nura permite que sus gatos se suban a la cama, pero luego le recrimina a Leo que malcríe a Buster, el perro que han adoptado.

—No sabéis lo interminable que se nos ha hecho el viaje desde el aeropuerto —dice Nura, y señala con la cabeza a Gabi y Pol, que ya están discutiendo—. Que alguien separe a los niños antes de que se maten.

—Déjalos. Ya se cansarán —responde Leo, que últimamente ha optado por mantenerse al margen de sus peleas—. Están discutiendo porque Pol ha bautizado a Charlie como «el Greñas».

Nura se parte de risa cuando escucha el apodo. Charlie es el nuevo novio de Gabi. Es un actor estadounidense que se ha hecho famoso en nuestro país por haber realizado un cameo en la última serie española de Netflix. Todos sabemos que ella tardará un máximo de tres semanas en aburrirse de él. Mientras tanto, los piques verbales entre Pol y Gabi están asegurados.

—¡Que me olvides! —le grita Gabi mientras le da la espalda y levanta el brazo—: Habla con mi mano.

Pol le agarra la muñeca y finge hablar con su mano.

—Mano de Gabi, dile que si no deja de estar enfadada con el mundo le saldrán arrugas prematuras en la frente. Y todos sabemos que va a llevar fatal el tema del envejecimiento.

—No estoy enfadada con el mundo. Estoy enfadada contigo porque eres un esperpento que se cree guapísimo. Sinceramente, no sé por qué tienes la autoestima tan alta si no vales ni un duro.

—Me crezco cuando me miras con deseo.

—Con deseo de estrangularte, querrás decir.

Gabi tropieza con la raíz de un roble y se mancha los vaqueros de barro. Lleva unas botas de tacón que no son aptas para caminar por la hierba. Pol se parte de risa y luego se limita a saltarla. Ella intenta agarrarlo de un tobillo para hacerlo caer, pero él es más rápido y la deja allí tirada.

—Este esperpento se va de compras con su pelirroja favorita —le informa Pol guiñándome un ojo.

—¿De compras? —A Gabi se le ilumina la cara y comienza a levantarse—. ¿Puedo ir con vosotros? ¿Por qué no me habéis avisado? ¡Lila, no me esperaba esto de ti! Pol jamás sabría diferenciar entre unos vaqueros *wide leg* y unos *flare*.

Pol la deja despotricando, me da un abrazo de los suyos y luego estrecha a Axel como si no hiciera menos de dos días desde que se vieron por última vez. En ese momento, Miren aparece con los brazos en jarra.

—Ni *wilig* ni *flure* ni leches. No llevo tres horas encerrada en la cocina para que os vayáis sin probar mi bacalao al pilpil.

Todo el mundo obedece sin rechistar y nos dirigimos hacia la casa. Gabi se limpia el barro de los vaqueros y murmulla:

—No me gusta el bacalao.

—Gabriella Luna, ya sabes que en esta casa no soportamos a las desagradecidas —responde la abuela de Axel—. ¿Qué haces con tacones? ¡Estás en el campo! Ponte otros zapatos, señorita. Te vas a comer el almuerzo sin rechistar.

—Sí, señora —musita Gabi.

Pol se ríe y Miren lo fulmina con la mirada.

—¿Y tú de qué te ríes, zoquete?

—De nada, señora.

—Así me gusta. Calladito estás más guapo. ¡En esta casa no se discute por tonterías!

—Sí, señora —responden al unísono.

Pol y Gabi entran a la casa como dos corderitos obedientes. Axel ya me había contado que su *amona* es la única que consigue meterlos en cintura, pero hasta que no lo he visto con mis propios ojos no me lo he creído del todo. Axel me da la mano para retenerme unos segundos con él. Me aparta el pelo de la cara y me acaricia los labios con los suyos.

—¿Eres consciente de lo mucho que te quiero?

—Sí.

—Ah, conque eres un pequeño hobbit engreído…

Tiemblo anticipadamente porque sé que vamos a besarnos. Ahora entiendo por qué Axel desea que el tiempo pase más despacio cuando estamos juntos. Estos nueve meses a su lado han sido como subirme a una montaña rusa que viaja a toda velocidad.

—¿Te gustan los hobbits?

—Me gustan las hobbits pelirrojas que van de listillas, pero que, en realidad, se mueren por mis huesos.

Axel me besa antes de que pueda protestar. No sé a quién quiero engañar. Estoy tan enamorada de él que me quedaría para siempre pegada a sus labios.

¿Existen personas destinadas a encontrarse?



Axel es el bajista de Yūgen, el grupo del momento. La fama le ha enseñado a no confiar en nadie y lo único que quiere es pasar desapercibido, hasta que el encuentro fortuito con Lila, una pelirroja de armas tomar, lo trastoca todo.

Lila pasa los días en la floristería familiar. Puede parecer huraña, pero huye de un pasado que la atormenta. Cuando su mejor amiga la invita a acompañarla a Maldivas para conocer a Yūgen, lo último que espera es reencontrarse con Axel, el impresentable que le quitó un taxi en Madrid. Pero esta vez descubrirán que los polos opuestos se atraen... y se encuentran.

Entre playas de arena blanca, atardeceres infinitos, peces de colores y noches de música y canciones, Maldivas será para ellos un viaje inolvidable. Porque las historias increíbles surgen de la casualidad, se guían por el instinto y nos llevan a dar el salto.

Después de *Todas las veces que me enamoré de ti*, Chloe Santana regresa con *Todas las veces que saltamos al vacío*, la segunda entrega de la tetralogía Yūgen. Una emotiva aventura en un entorno paradisiaco que demostrará que el amor es tan imprevisible como poderoso.

Chloe Santana (Sevilla, 1992) estudió Derecho, pero la pasión por la literatura se apoderó de ella en 2014, cuando autopublicó su primer libro y obtuvo el primer puesto de los más vendidos de Amazon. Ahora vive tejiendo historias que le roban el corazón, discutiendo con los personajes que viven en su cabeza y viajando a lugares remotos que le sirven de inspiración. Tiene debilidad por las protagonistas fuertes, los romances a fuego lento y las historias muy adictivas. Vive en Sevilla con su marido y sus tres perros. Si no está escribiendo, lo más probable es encontrarla acurrucada en el sofá con sus mascotas, una taza de té y un buen libro.



Primera edición: septiembre de 2023

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Margarita H. Garcia

ISBN: 978-84-9129-913-4

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

[1] Promoción válida del 1 de octubre al 1 de noviembre de 2022, ambos incluidos, para mayores de dieciocho años. Para más información sobre las bases promocionales visite www.vacacionesconyugen.com.

Índice

17. Axel
18. Lila
19. Axel
20. Lila
21. Axel
22. Lila
23. Axel
24. Lila
25. Axel
26. Axel
27. Lila
28. Lila
29. Axel
30. Lila
31. Axel
32. Lila
33. Axel
34. Lila
35. Axel
36. Lila
37. Axel
38. Lila
39. Lila
40. Axel
41. Lila
42. Axel

Créditos

Nota